intervalo

ALBUM



10 OBRAS COMPLETAS

de *Stendhal – Rodenbach – Schiller – Godit*
García Serrano – Brett Young – Walsh
Garmati – Kurt – Correau

$ 28.-

SUMARIO

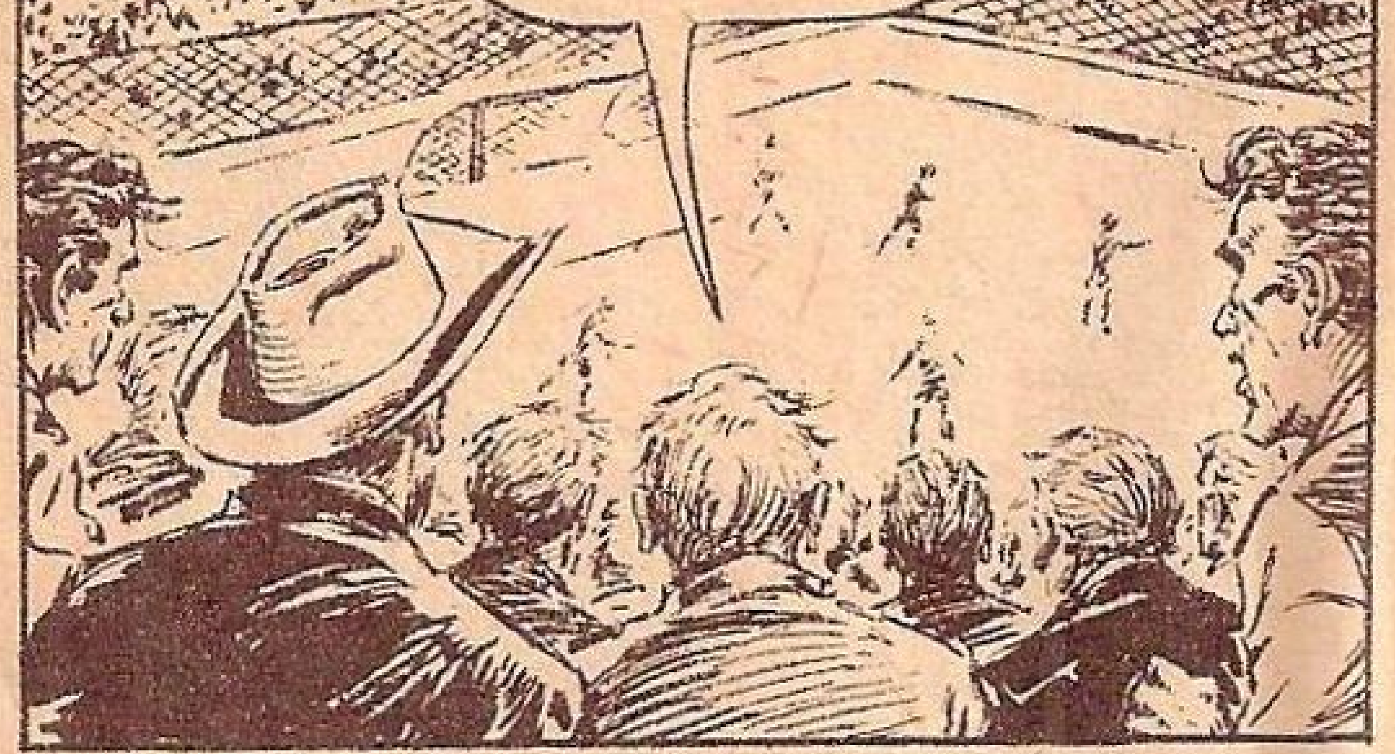


DIAMANTE NEGRO

por FRANCIS BRETT YOUNG

ADAPTACIÓN DIBUJOS DE CIRILO MUÑOZ

Abner Fellows tenía hermosos recuerdos de la infancia, antes de que su padre, viudo, se volviera a casar. Entonces iban juntos al campo de fútbol.



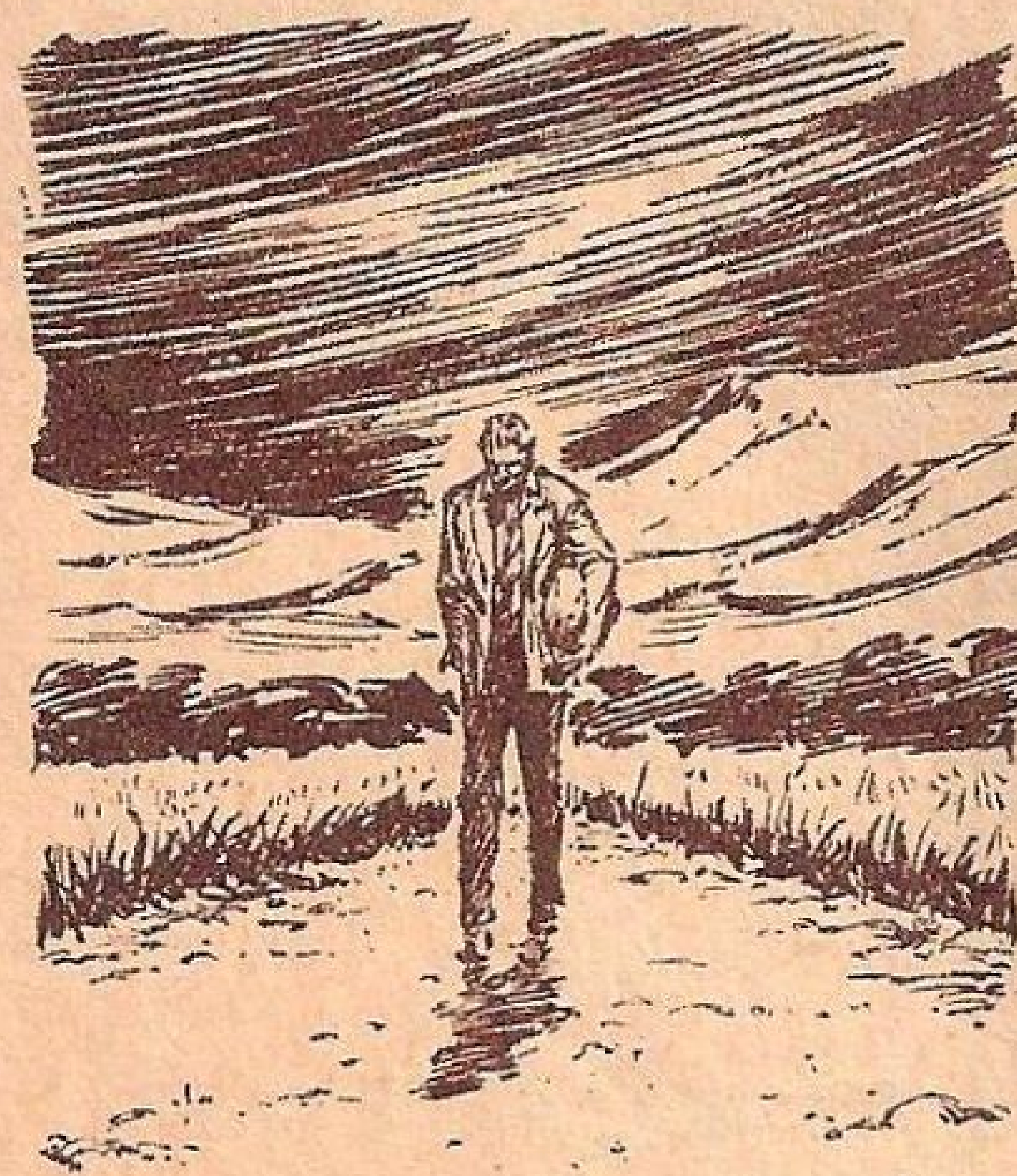
John Fellows era minero: ganaba bastante y no tardó en aparecer una joven que se casó con él. Abner hizo lo posible por armonizar con la madrastra. Pero cuando nació su hermanito, el carácter de la señora se hizo insoportable.



El minero retornó a visitar las cantinas y cierta noche Abner se dijo:



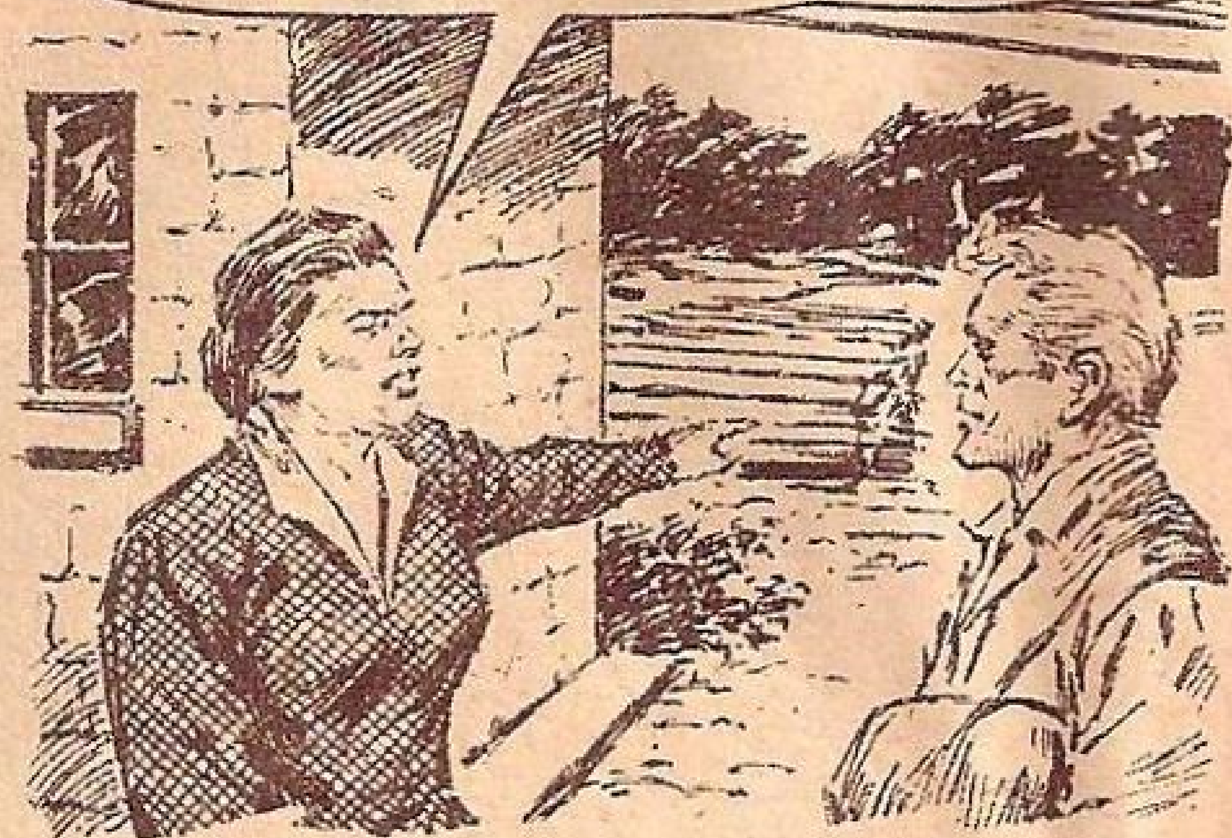
Decidió buscar trabajo en una región vecina, donde contrataban hombres para la siega. Muchos mineros sin ocupación se dirigían allí con sus familias. La noche sorprendió al joven en mitad de camino.



Sentándose al pie de un árbol, atrajo el paquete en que llevaba ropa y dinero.



Caminando siempre, dormía en cualquier parte, y más adelante pidió ayuda. Las mujeres de las aldeas le daban un pedazo de pan con tocino.



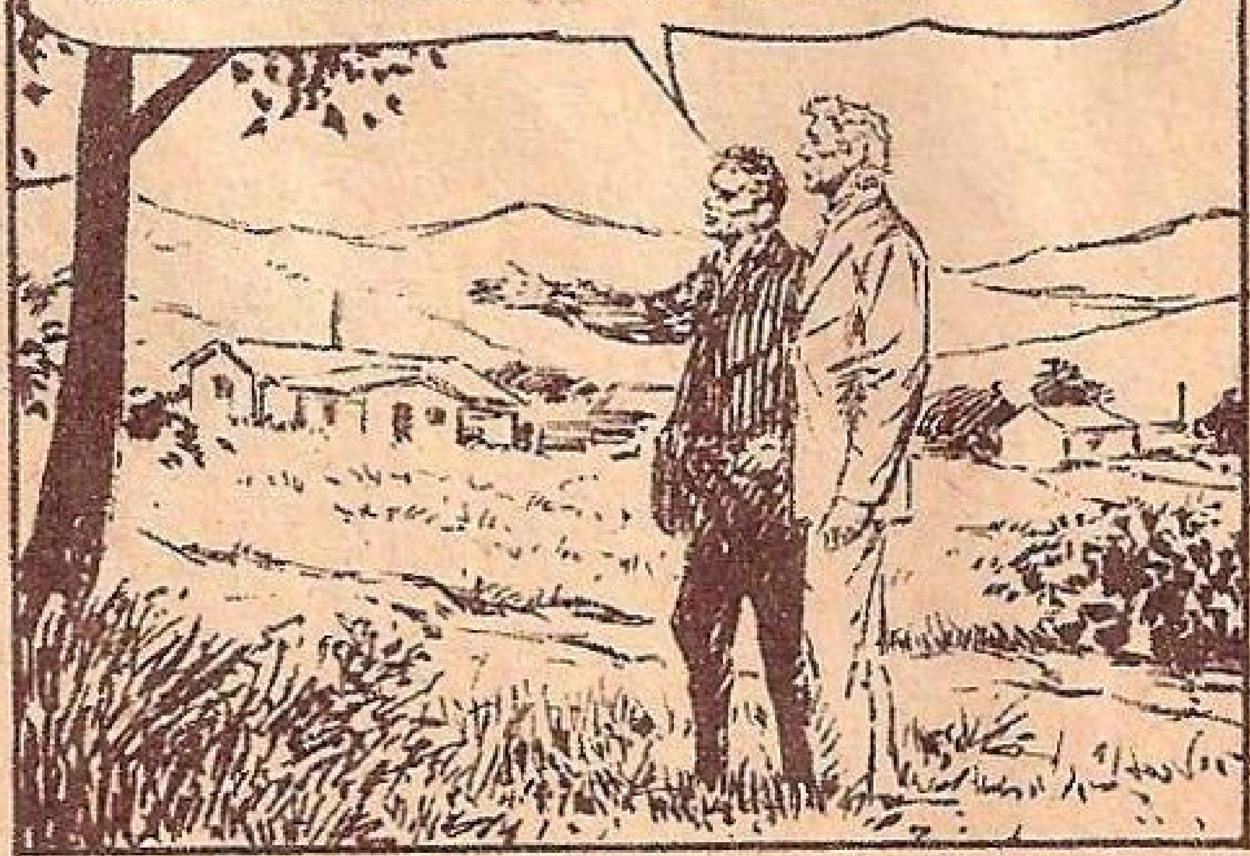
Como no se había afeitado, en algunas aldeas le cerraban las puertas pensando por su aspecto que fuera un vagabundo o un malhechor.

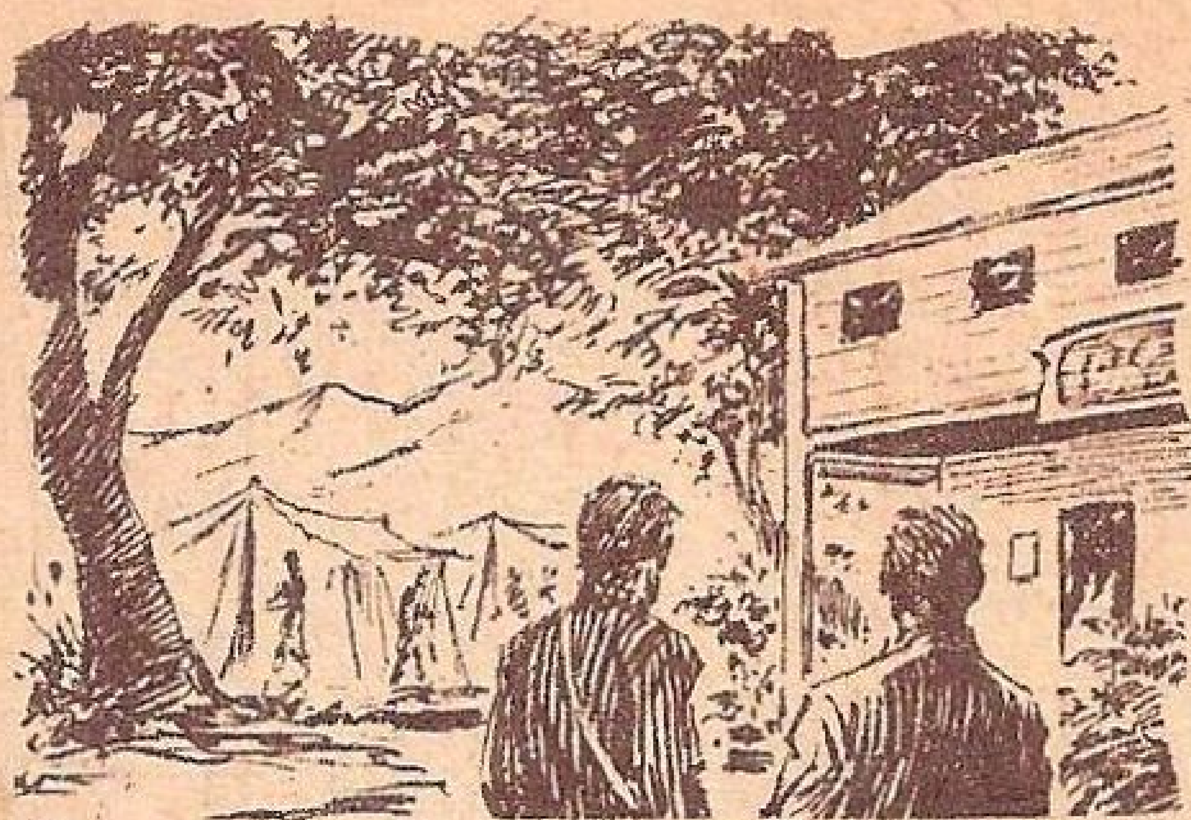


En sus andanzas conoció a un hombre llamado Mick Connor, que lo invitó a caminar juntos. El nuevo compañero era irlandés y aborrecía la vida quieta.



También se dirigía al país de Gales y no tardaron demasiados días en verlo. Mick señaló colinas, lagos y techos hogareños, sonriendo.





Por espacio de muchas millas no encontraron taberna alguna. Cuando cerca de Aston vieron una muestra descolorida sobre un portal, se sintieron satisfechos. Bajo unos árboles vieron un campamento de tiendas blancas. Junto a ellas, hombres.

Varias pilas de madera de aliso levantaban allí sus frágiles moles.

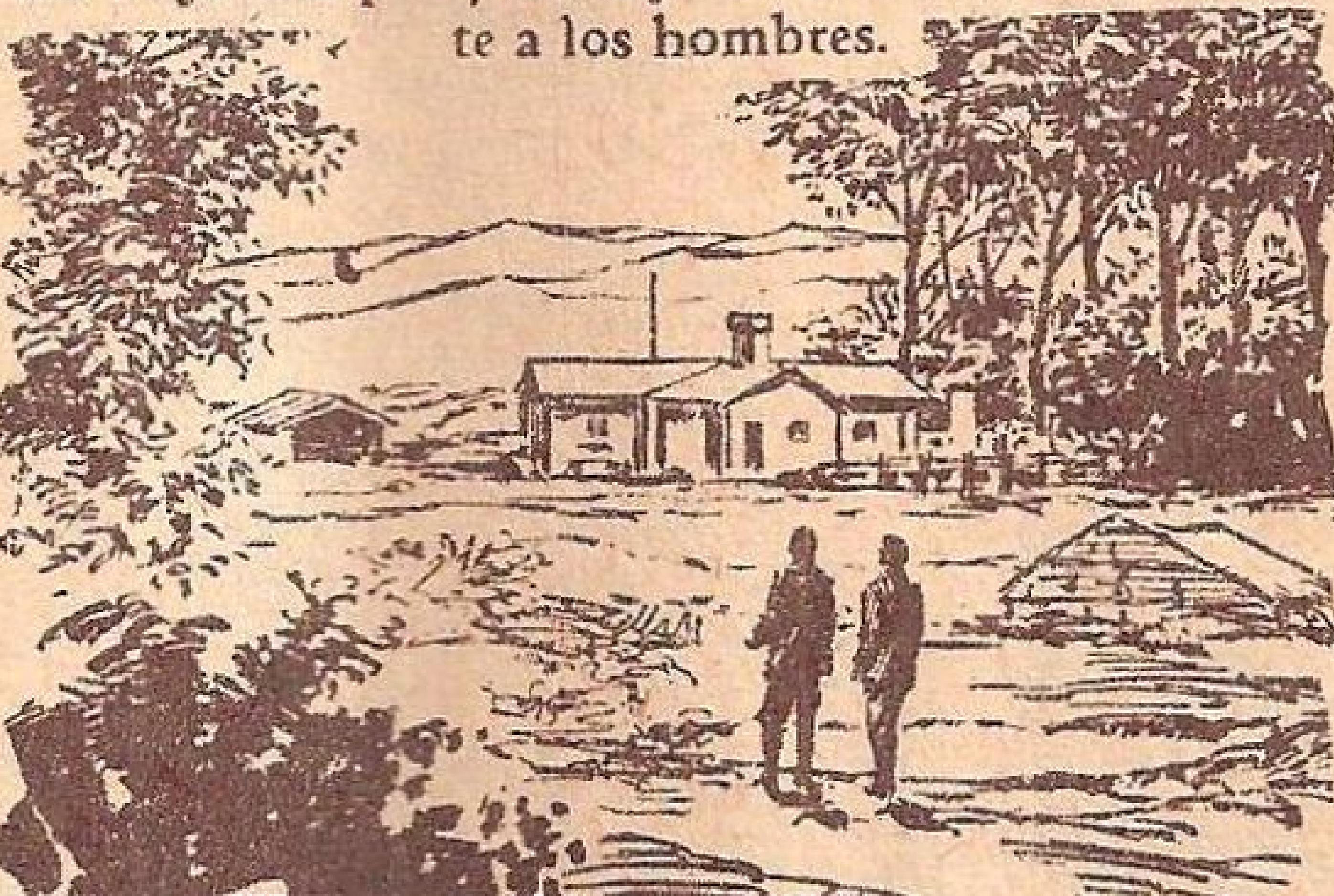


Preguntaron al capataz de los zuequeros si querían ayuda para cortar madera en el bosque. El gigante respondió que no. Pero...





Tras una hora de andar llegaron al lugar, que era limpio y agradable: Una casa rodeada de robles. En el bar alineábanse grandes barriles de cerveza. El viejo Malpas y su hijo recibieron amablemente a los hombres.



No tardaron en familiarizarse con el ambiente. Malpas les presentó al guardabosques, Mr. Badger, que parecía muy poco popular.
—Es preferible dar la mano al diablo y no a ese tipo, Abner.

Sin embargo la hermosa muchacha que comenzó a distribuir los vasos a la clientela de las mesitas, recibió con simpatía al hombre sanguíneo, vestido con pantalones de montar y cazadora de pana. Trabaron conversación en voz baja.



Mick, que parecía conocer a todos, explicó a Abner que la chica se llamaba Susie y que era una especie de vampiresa de la región.



—Hermosísima —reconoció el joven, admirando la gracia morena y saludable de Susie. Era hija de uno de los dueños de la taberna, el señor Hinds, quien andaba de aquí para allá con su mirada vivaz, como dispuesto a contener audacias.



George Malpas, hijo del otro dueño, resultó muy simpático a Abner, pues le dijo espontáneamente:
—Veremos si puedo alojarlo a usted con decencia.



—Vamos a ver si mi madre se deja convencer, señor Fellows. Ya llegamos a su casa. La señora Malpas, vieja, erguida, con labios sumidos, apenas miró a Abner.



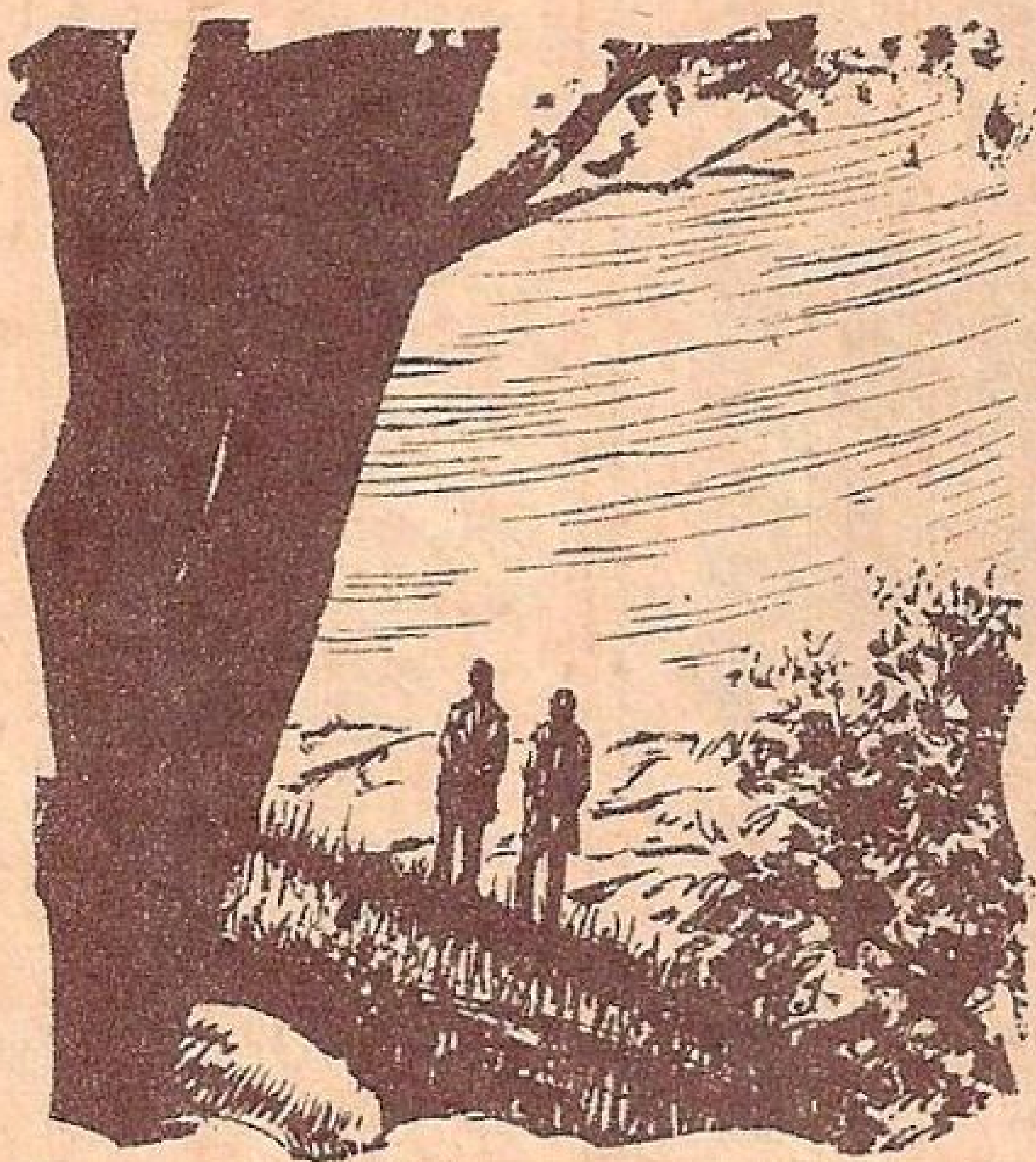
La mujer contestó que la mesa estaba pronta, pero que ella no iba a contrariar las disposiciones de su marido: —Tu padre no acepta huéspedes.



La anciana sirvió la comida sin despegar los labios, y cuando Abner iba a llenar su pipa le dijo: —Aquí no se fuma, joven.



La señora Malpas los despidió con frialdad, y ambos jóvenes se dirigieron a casa de George. En el camino éste explicó al nuevo amigo que se había casado con la novia elegida por su madre: la señora Malpas era autoritaria y fanática.



Llevaba su puritanismo a raros extremos, lindantes con la locura.



—Me unió a la que hoy es mi esposa, buena muchacha, a quien no amo, pero estimo.



—¿Y está contenta su madre? —preguntó Abner, muy extrañado de aquella historia. —No. Porque a los dos años de la boda, se suicidó mi suegro, a quien se creía hombre de gran fortuna. El hecho descubrió que había especulado sin suerte.

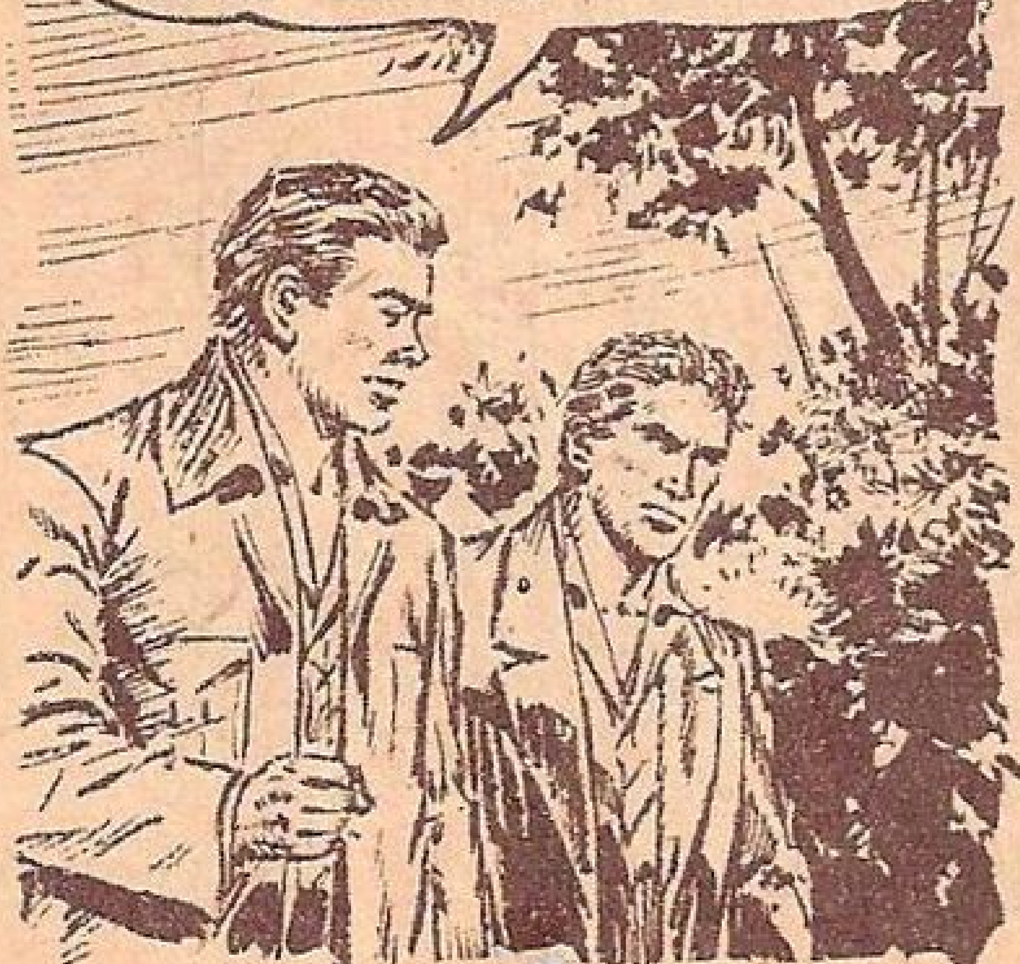


Para mi madre la desilusión acerca de su verdadera situación económica, se cumplicó ahora con motivos religiosos:— Tu suegro arde en el fuego eterno.

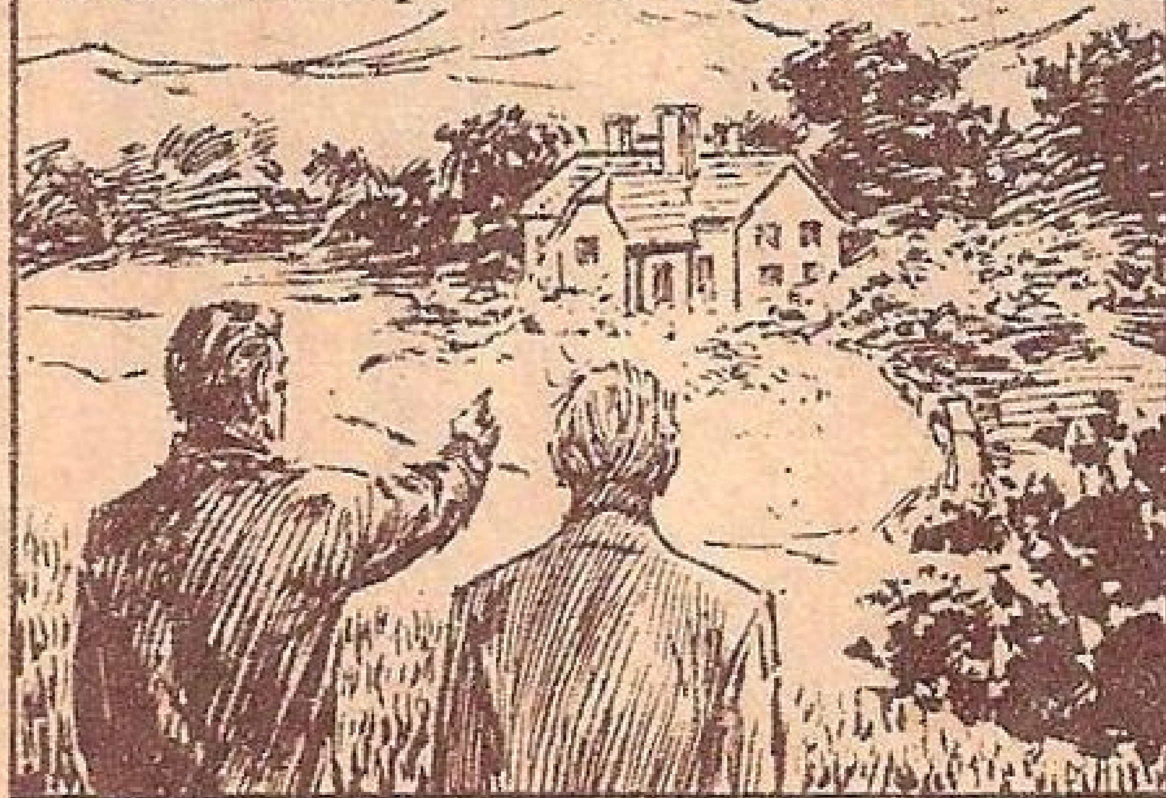


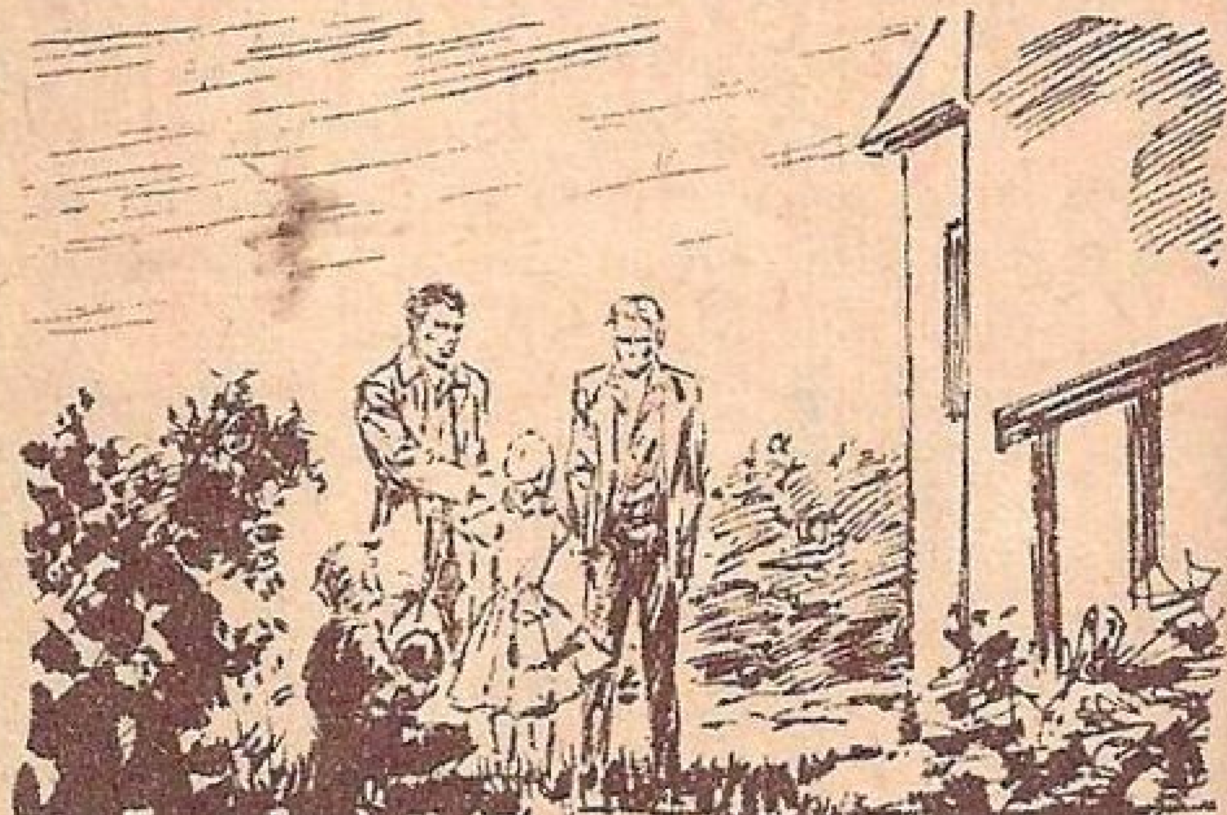
—Hizo extensivo su odio a mi pobre mujer, elegida por ella para mí.





Llegaban ante una suave pendiente verde, y George señaló una mole blanca: —Ahí está mi casa. Hay varios pabellones contiguos, muy viejos, donde viven otras personas. Esto fue una mansión importante. Sígame, Fellows.





—Puede llamarme Abner; me siento amigo suyo, George; es usted muy generoso.
En el jardincito próximo a la huerta jugaban un niño y una niña preciosos. George los acarició al pasar, diciendo: —Son mis hijos.



Cuando Abner vio a la jovencita que los recibía, le pareció increíble que se tratase de la mujer de su amigo. Era alta, esbelta, con un aire tranquilo y triste. Bajó la frente asintiendo cuando su esposo le pidió que preparase un cuarto.

—Vamos a tutearnos, Abner. Ya has visto a Mary: es una perla. Y los niños no te darán trabajo cuando llegues aquí después de tu labor diaria. Mary puso la mesa con nítido mantel y claros cubiertos de plata.

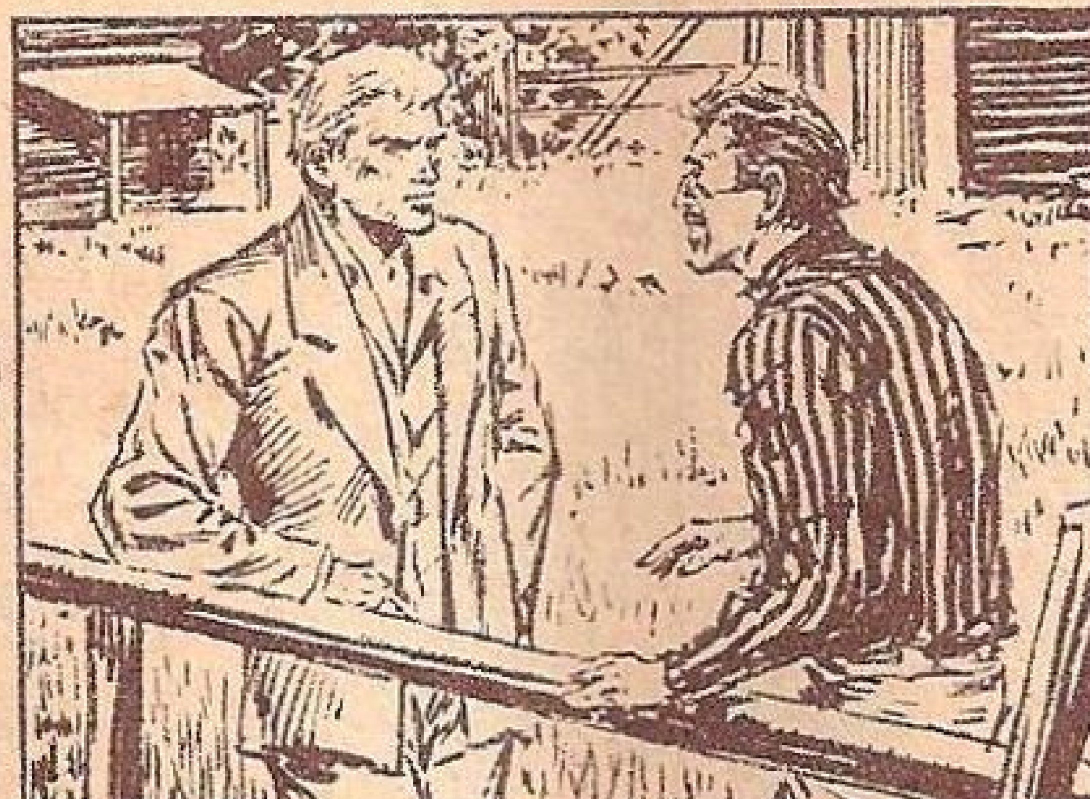




La comida fue abundante y sabrosa. Abner tuvo la agradable sensación de participar de la vida hogareña. Pudo ver que George trataba a la linda joven con afecto de hermano, como si ella fuese una niña y no su mujer.

Al otro día Abner apenas sintió la presencia de Mary ni de los niños. La casita brillaba y la mesa estaba muy bien provista. George y él fumaron.





Abner fue admitido con un jornal de veintidós chelines a la semana. Para quien conocía la vida de los mineros, aquella labor era un juego. Abner buscó a Mick para contarle su buena suerte; éste rio.

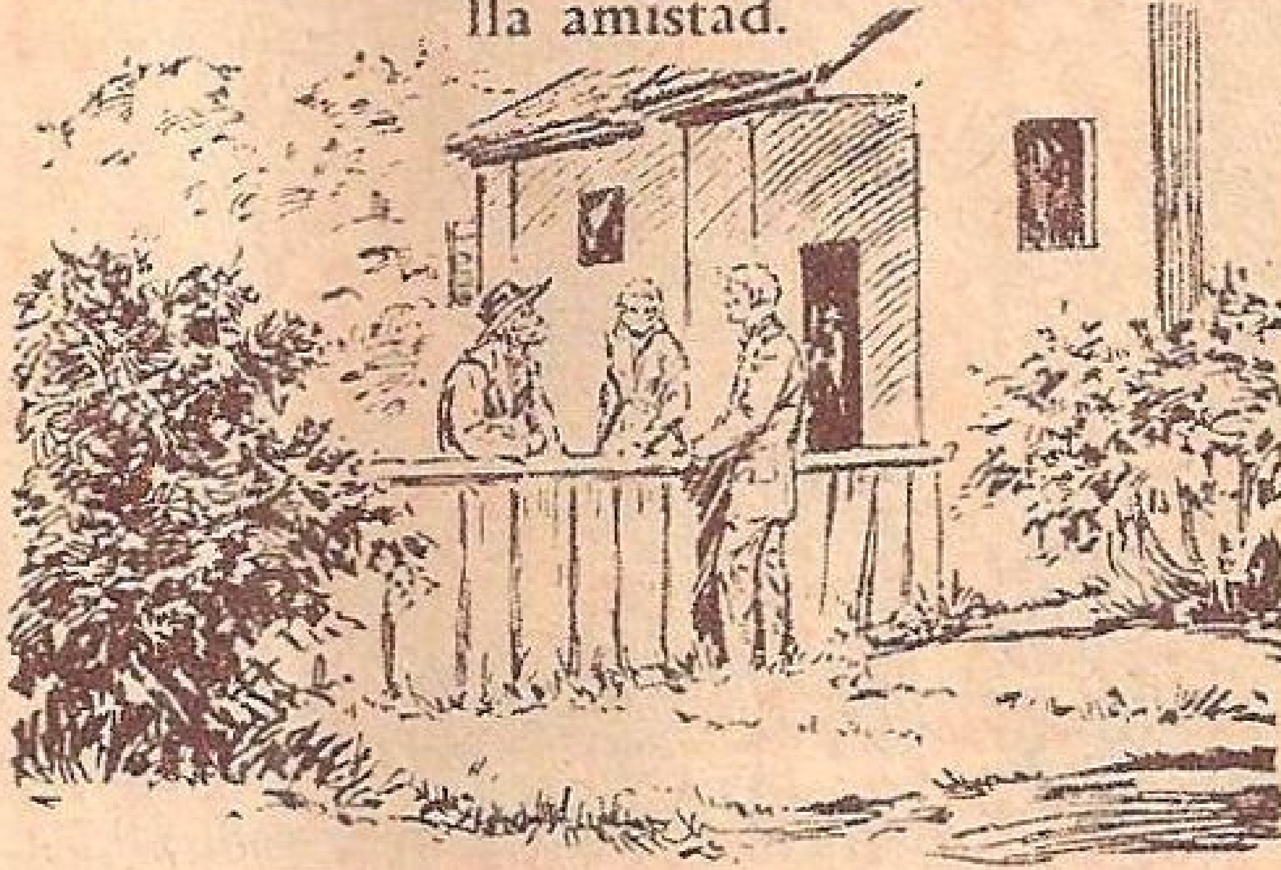
—Pronto me marcho de aquí rumbo a Irlanda, Abner. No puedo estarme quieto. La amistad intensa que unía a Abner con George atemperó la nostalgia con que aquel vio partir a su compañero singular. Por las mañanas ambos amigos iban juntos al trabajo.



Abner se empeñó en pagar su pensión en casa de George Malpas. Y Mary, de acuerdo con su esposo, fijó la suma. Nunca faltaba al mozo su taza de té caliente cuando volvía de trabajar. Luego fumaba en pipa, jugando con los niños.



Speder, el perro de la casa, daba cabriolas en torno de Abner y los nenes. Drew, uno de los vecinos de la mansión, y la vieja señora Mample, conversaban por las tardes con el muchacho, que se sentía contento con aquella amistad.



Mary Malpas trajinaba en la casa, como una sombra, casi en silencio. Pronto George confesó a su amigo que estaba enamorado de Susie, la hija de Hinds. Por eso iba a la taberna, concluída su labor diaria, en lugar de ir a su casa.

Abner veía a los jilgueros del otoño volar en torno del hogar de los Malpas. Todo era bello, hasta los mimos de las dos criaturas, que lo querían mucho.



Adivinaba la íntima tortura de la abandonada. Aquella Susie Hinds era digna de repudio por alentar amores tan encontrados y culpables como los que consentía a un hombre casado y al guardabosques. Además, por su culpa, George bebía mucho.





Una tarde, y luego otras más, Abner acompañó a George a la taberna. Se le impuso observar atentamente a aquella muchacha de sólida hermosura, cuyas trenzas parecían una corona de cobre y cuyas ropas olían a lavanda.



George no respondió. Esa noche, Abner al pedir una ginebra doble a Susie...



Mientras servía su mesa, ella dijo inclinándose y con voz muy baja: —Sal a la calle mientras cierro y después ven por la puerta de atrás que da al campo...



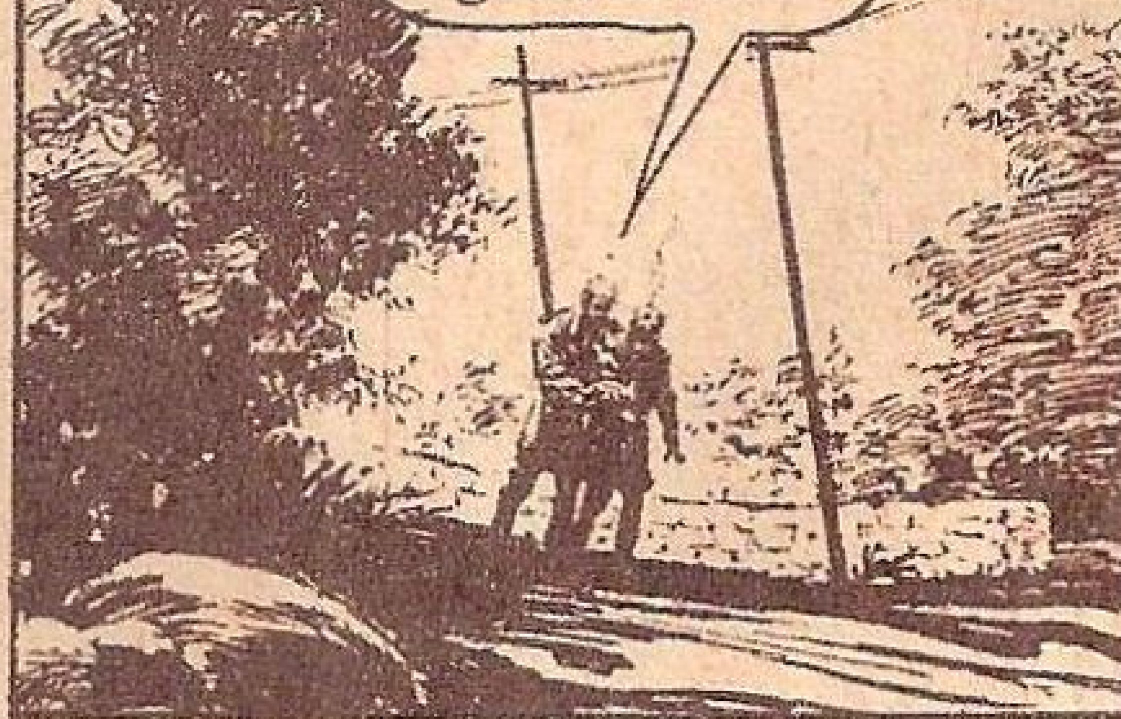
Abner siguió las indicaciones hasta escuchar su voz.



En esa soledad y en voz muy baja —para no despertar al señor Hinds —ella le dijo que desde tiempo atrás soñaba con un hombre joven, enérgico y trabajador como él. No quiero a nadie sino a ti. Desde que llegaste esperé que me dijeses algo.



Cuando, feliz y crédulo, Abner abandonó la taberna para emprender el camino de la casa, vio a George tambaleante por la carretera. Lo ayudó a caminar.



Mary recibió a su esposo, sostenido por Abner, con una amarga sonrisa. Le pidió que la ayudase a llevarlo arriba, donde estaba su cama.



—Estuvo en aquel maldito lugar esta noche, ¿verdad? Juzgo que la mujer de la taberna es una bruja con rostro hermoso y trenzas de cobre. La odio.



Una expresión sombría cruzó los ojos de la mujer de George, que dijo con enorme desprecio: —Todos los hombres se parecen. Da vergüenza pensarlo.



Abner se confesó enamorado de Susie una semana después, mientras trabajaba en las tuberías del valle.







Susie temía la cólera fría del viejo Hinds, que nunca había sido bueno con ella y a quien creía capaz de deformarle el rostro con un golpe rudo. Suplicó a Badger que no hablase con su padre de aquello. —Si me prometes ser amable, **no.**





















Vacilaron, forcejeando, y al pisar la pata de una silla volcada se desplomaron juntos. El policía golpeó la cabeza en el suelo.

Fue un golpe sordo sobre la piedra. George se libró del brazo. Bastard sangraba por la nariz y las orejas. El viejo Hinds dijo roncamente:



Abner fue a buscar al doctor con verdadera angustia. a través de la nieve. Al salir oyó comentarios: —Mal asunto para George Malpas. Homicido casual. El policía luchaba con George.





Mientras volvía con el médico, Abner pensaba: —Todo lo sucedido es por mi causa. George quiso defenderme. Lo demás fue casual fatalidad. Bastard estaba muerto. Los amigos regresaron en silencio a la casa. Malpas dijo al amigo: —No te aflijas.

—Hasta la suerte perra puede cambiar. Hay que acostarse: mañana habrá novedades. Amaneció frío y sin nieve. Todos desayunaron en silencio. Abner contó a Mary lo ocurrido. Y ella, muy pálida, comenzó a preparar ropa de George.



La mirada del culpable siguió la figura de su mujer. que iba hacia las habitaciones interiores: —Ha sido una esposa ejemplar para mí. Y queda en la miseria. Son demasiadas penas... después de la muerte de su padre.



—Pobrecita Mary, de mamá no ha de esperar ayuda, ni aun para nuestros hijitos.





—Sí; a menos que tu esposa no quiera. Las bellas facciones de George se animaron con una emocionada expresión y estrechando las manos de Abner dijo: —Eres un amigo como no creo que haya otro... Dios mío... Eres el único...

Eres el único amigo que encontré en mi vida. Ya lo has visto... Ni mi padre. Abrázame, Abner, y que el Señor te bendiga. Me estás pagando la espontánea simpatía con que te brindé mi casa. Gracias, compañero.



El jurado de catorce miembros que se formó, luego de varios interrogatorios determinó que se trataba de un homicidio casual.





Se le dará un año y medio de prisión. La vieja señora Malpas tuvo un ataque de nervios e insultó a Abner Fellows: —Usted, usted, emisario del diablo, es quien perdió a mi pobre hijo. Ojalá lo hubieran encerrado en lugar de George.



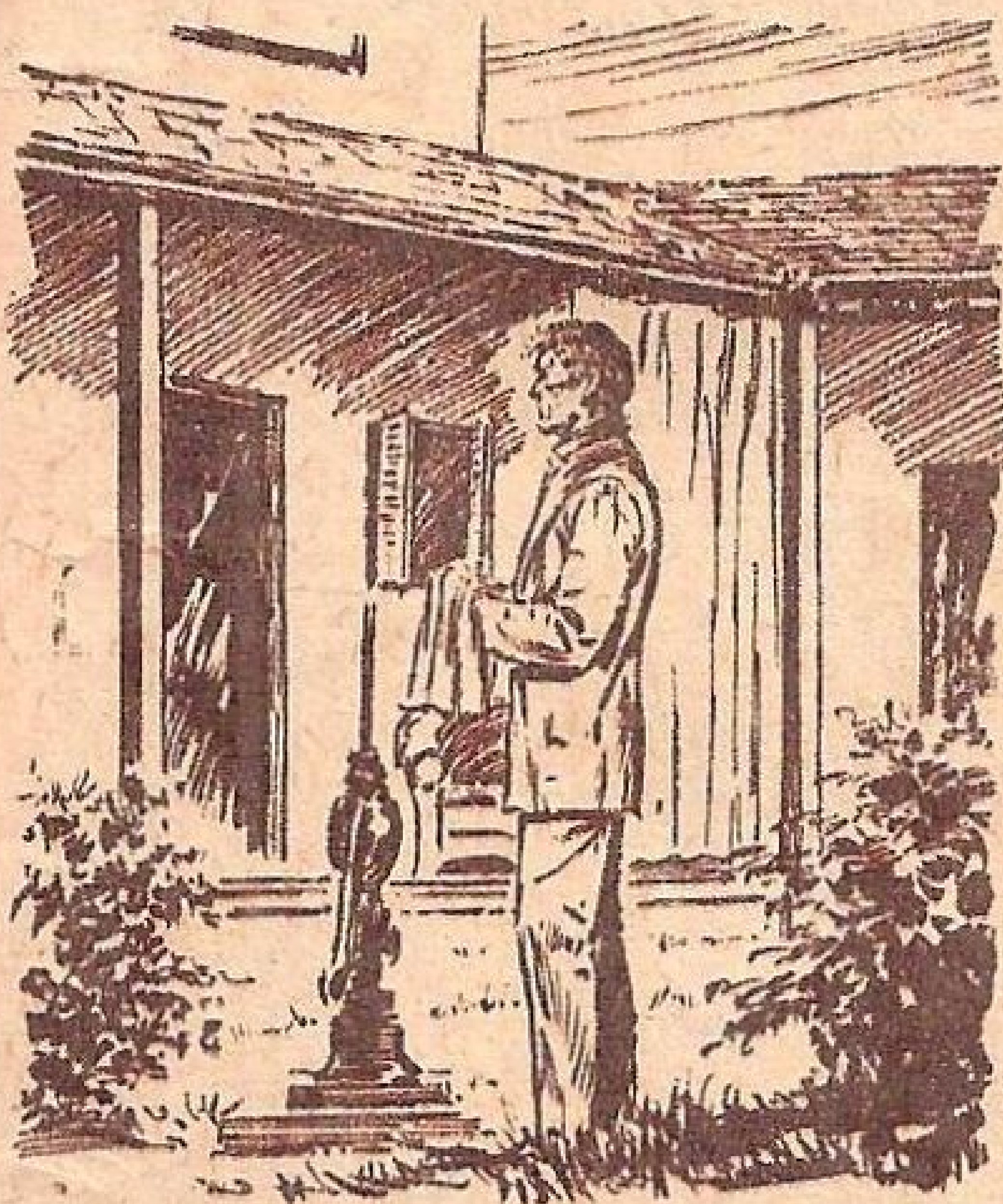




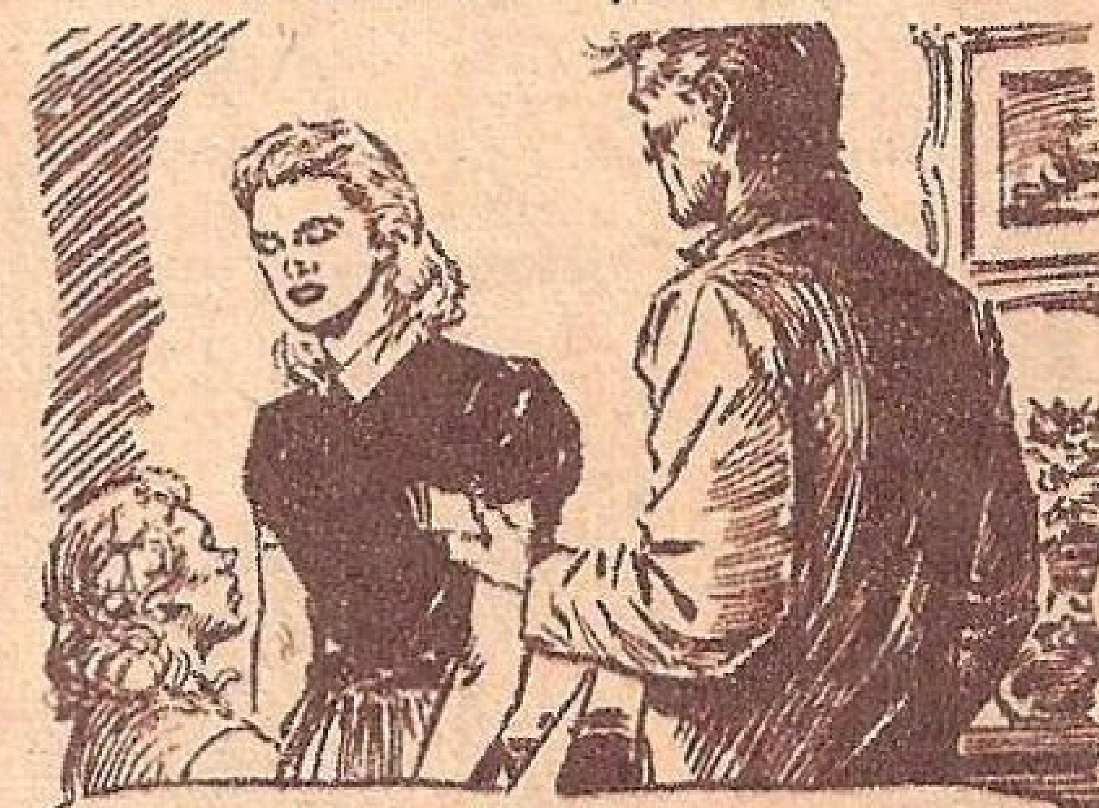




En los días siguientes, al volver del trabajo, después de lavarse como siempre en la bomba del patio, Abner bebía té en casa de Mary. Los niños lo buscaron con anhelo, extrañando al padre. Varias veces no halló a Mary.











Había erguido su hermoso rostro, despeinada, ardiente los ojos grises, anhelante el pecho, y por vez primera Abner vio en Mary Fellows a una mujer bellísima, singular, fina, muy diversa de la Susie de las trenzas de cobre.



Respondió gravemente: —George no ha visto en usted lo que verá cuando pase el tiempo. Su madre lo mantuvo siempre dominado, y en el desamor que le demuestra a usted, hay una especie de venganza inconsciente. Pero él la querrá como usted merece.





Al ver la luz que animó la frente y los ojos de la muchacha extrañadamente juvenil, Abner experimentó una emoción contradictoria: ansiedad y alegría, inquietud y esperanza...

Determinó esa noche no volver a la taberna, donde gastaba el dinero que hacía falta a los hijos y a la esposa de su amigo. Solía traer dulces a los chicos.



Cuando la niña enfermó de congestión pulmonar, Abner vino por las noches a ayudar a Mary. Sólo con él tomaba la nena sus medicinas.





Hubo que prometer a la niña que en primavera se la llevaría a la feria del próximo pueblo. —Allí verás al hombre más alto y a la mujer más gorda del mundo, y al mago que esconde conejos en su galera de felpa.

Mary sonreía ante estas promesas. Dejaba solo a Abner con sus hijos luego de poner sobre la mesita un plato y una botella de vino.



El viejo Drew y la señora Mample compartían muchas veladas.



Por lástima y respeto ocultaban esos pormenores a Mary, cada día más apenada, sin noticias. Asimismo callaban los comentarios adversos del pueblo.



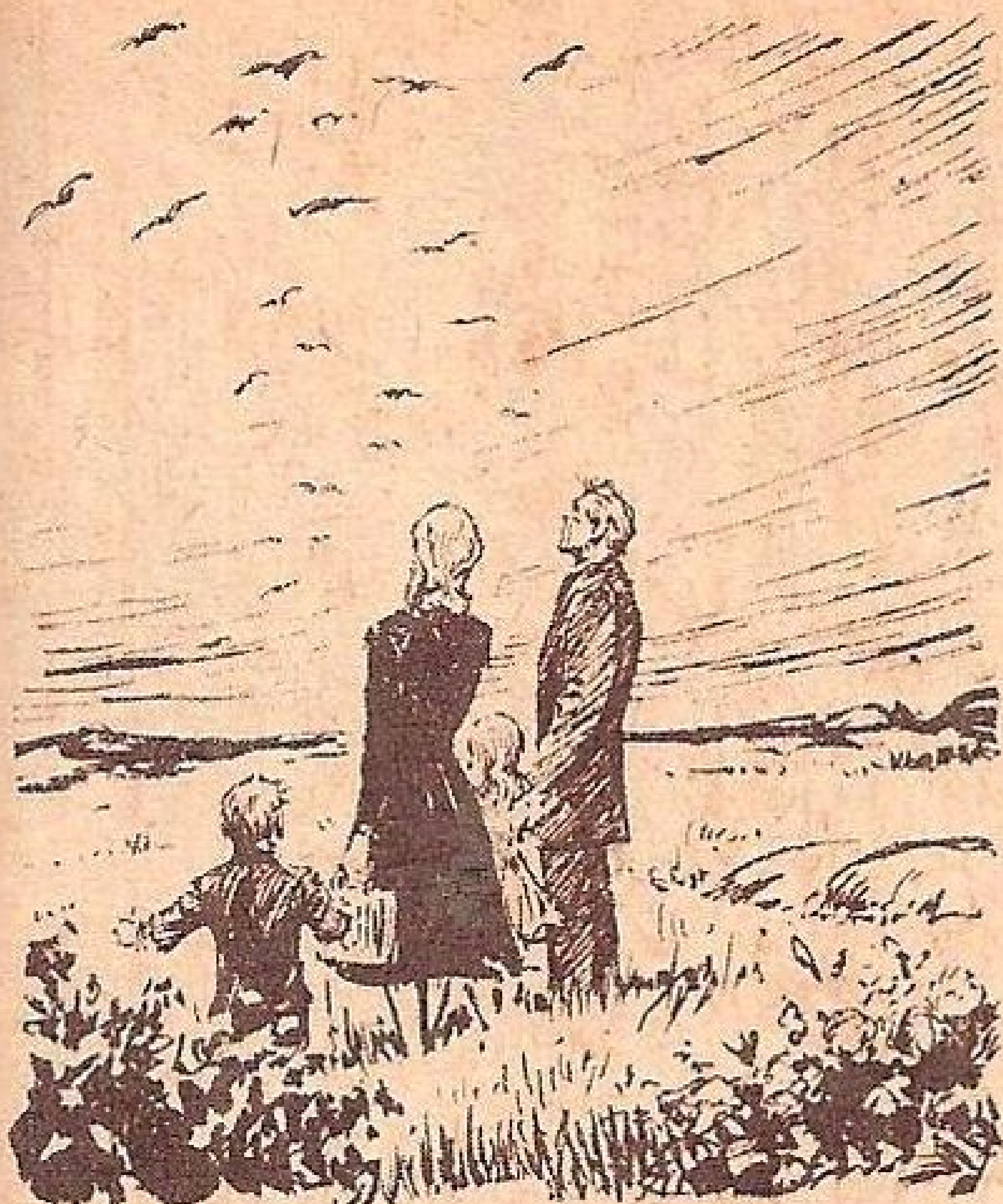
La despechada Susie contribuía a desacreditar a la esposa de George.



Esa primavera llena de verdor y cantos de pájaros, Gladys, ya sana, aunque débil, exigió que se cumpliese lo que le habían prometido. Y hubo que llevarla a la feria de Worpfis. Mary preparó un cesto con merienda y emprendieron la marcha.



Los niños iban de la mano de Abner y de Mary. Los cuatro se detuvieron a ver el vuelo de las gaviotas y rieron felices ante el esplendor de la llanura. Ya en la feria devoraron confitadas y rosquillas...



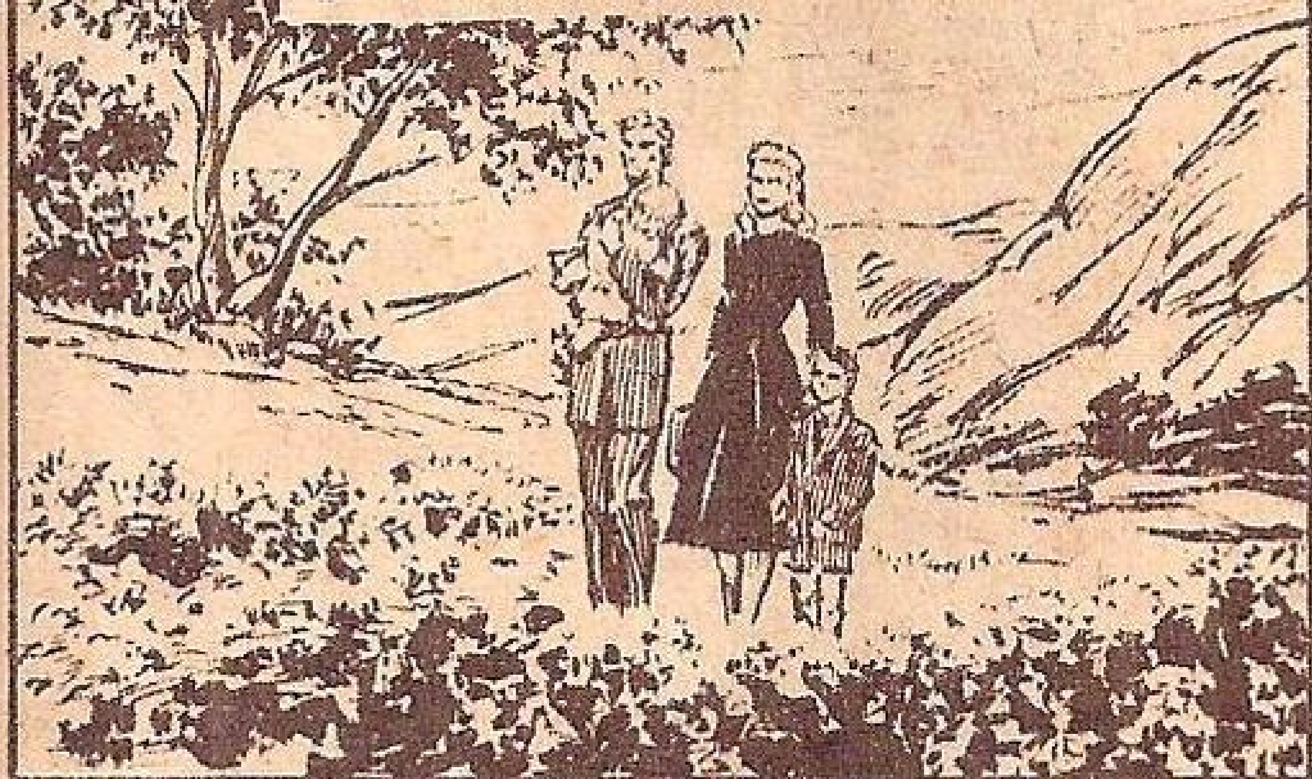
Pidieron luego naranjada. Fue un paseo encantador, inolvidable. La adivina miró a Abner y a Mary.



Al comprobar que los había tomado por un matrimonio, Mary se echó a reír.



Regresaron cansados pero felices. Gladys daba señales de fatiga. Entonces Abner la llevó en sus brazos.
Morgan quiso otro tanto. Y hubo que turnarse. No hablaban ya: iban con lentitud por los campos florecidos.



En la lejanía se escuchó cantar un pájaro, y la joven se detuvo: —Un ruiseñor. No sabe usted las veces que soñé escuchar esa voz con George si me hubiese amado, pero nunca me quiso... Abner sintió una extraña punzada en el corazón.

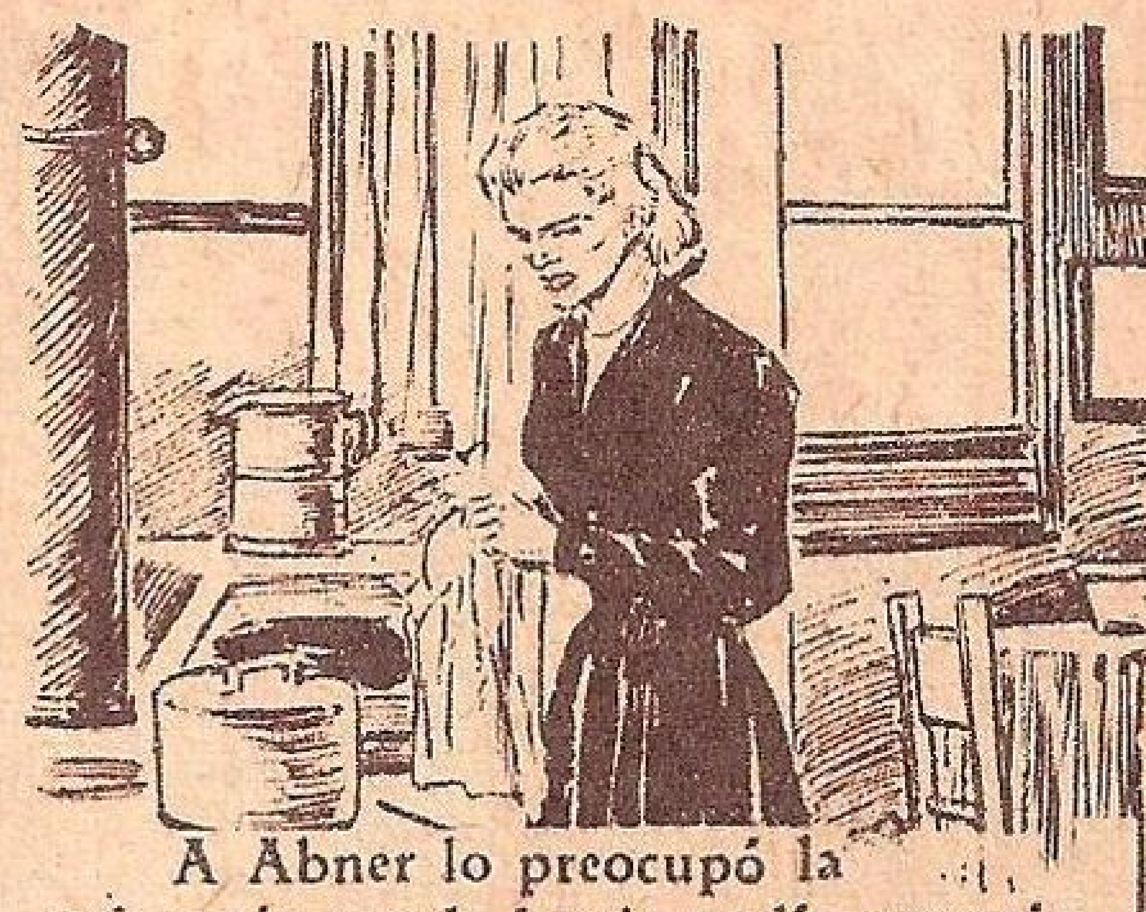


Dichoso el hombre tan querido y en ningun instante olvidado. Lástima que no fuera acreedor a semejante culto. En el acto se acusó de egoísmo. George era su amigo, casi su hermano. Alguna vez volvería a su mujer en la forma que ella soñaba.



Llegaron al pueblo con los niños dormidos. Era noche de luna. Una sombra los atisbó al pasar. Mary reconoció la figura algo vencida de su suegra.





A Abner lo preocupó la calumnia que la bruja podía esparcir. Quizá no era prudente que salieran juntos, que en su inocencia olvidasen la suspicacia humana. Acostó Mary a los chicos y preparó el té para los dos.

Estaba tomándolo en silencio, cuando la extraordinaria belleza de la joven, acusada por la palidez, volvió a descubrírsele como algo desconocido o ignorado.



Los ojos de ella estaban llenos de lágrimas y Abner se dijo: Quizá piensa algo parecido a lo que acaba de ocurrírseme.
George desdeña a una criatura singular, única.



Cuando se despedía para ir al pabellón que ocupaba ahora con mister Drew, Mary le tendió la mano: —Es usted muy bueno, Abner. Doy gracias a Dios por haberlo conocido. Esas palabras lo desvelaron y al día siguiente se las repitió.



Se las repitió muchas veces. Pasó rápido el día, y al llegar a casa de Mary para su té vespertino, lo sorprendió el trastorno de aquellas facciones.
–Acabo de recibir la primera carta de mi esposo: hiriente y cruel.





–Inexplicable... Estoy tan dolorida que no sé si volveré a sentirme la que fui. La carta era breve y terrible por su significado: "A pesar de estar cumpliendo condena, no por ella he dejado de vivir. Aunque digan que el amor es ciego, la gente tiene ojos. No olvides."

Un frenesí de rencor y de angustia siguió en la esposa al comentario de aquellas palabras. Abner quiso consolarla: "Ha escrito esto sin convicción. Sin duda los chismes de su madre han llegado hasta él, Mary, serénese."



La vio alejarse hacia arriba gimiendo. Llamó a la anciana Mample para que la acompañase y evitara a los niños la visión del dolor de su madre.



En los días siguientes pareció rehuir a Abner. Ni siquiera lo acompañaba a tomar el té de la tarde. Con extraño dolor tuvo que resignarse a la ausencia de Mary. Una tarde la encontró en el camino del pueblo. Sus ojos brillaban.



–¿Sabe con quién hablé hoy, Abner? ¿No? Con esa Susie Hinds. Ella recibe cartas de George donde le habla de amor. Es para morirse, ¿verdad?

Usted no debió rebajarse a visitar a una mujer como ésa, Mary.



Hicieron en silencio parte del camino hacia la casa. Como la vio temblar, vacilando, tuvo que apoyarla. Y a su vez se sintió presa de un vahido. ¡Amaba a aquella mujer!



Aquel año pasó lento y doloroso. Sólo hacia Navidad fue transformándose la impasible tristeza de Mary. Y Abner pensó: "Llega el fin de la condena."

(Volverá a tener en sus brazos a su marido. Por eso está contenta.)



Aquella noche brillaba un fuego alto en la chimenea del comedor de Mary, y ella, los niños y Abner bebían ponche caliente cuando llegó el anciano Drew agitado, casi próximo a un desmayo. Y apoyándose en la puerta, gritó:
–¡George!



Mary se puso de pie, blanca como una enferma. El anciano explicó que George llegaba libre. Habían reducido su condena. Pero antes de dirigirse a su hogar estuvo en la taberna con Susie Hinds. Llegaba ebrio, encolerizado, extraño.



—Viene a matarte, Abner. Dice que tú eres causa de su deshonor. Hasta la señora Malpas se lo afirmó. Debes huir en seguida. Yo corrí cuanto pude para llegar a tiempo y evitar un crimen.



Los niños miraban azorados a su madre Mary llamó a la señora Mample.



En el silencio y la soledad que siguieron, los dos se miraron, conmovidos. El inmenso amor de Abner apretaba su garganta con anhelo de confesión. Pero nunca llegaría a eso, nunca. Aquel sentimiento era como un diamante negro.



Un diamante en el carbón de la mina sombría, una estrella opaca, secreta, que jamás daría sus resplandores. Se apartó sereno, mientras Mary tomaba su labor. Entonces se vio la maciza figura de George, tambaleante, afirmándose en el...



...marco de la puerta. Era otro. Sus ojos llameantes se clavaron en la mujer. Y ella, obediente al ímpetu de su pasión, corrió hacia el ebrio y lo sostuvo, abrazándolo. —Querido, querido, querido, ¡por fin has vuelto a tu casa!





Avanzó también Abner, y sus ojos claros, abiertos, tranquilos, se posaron en la mirada turbia del amigo. Avanzó con las manos tendidas y también sostuvo al otro. Después dijo con sordina sus entrañables palabras: —George, me dijiste hermano.

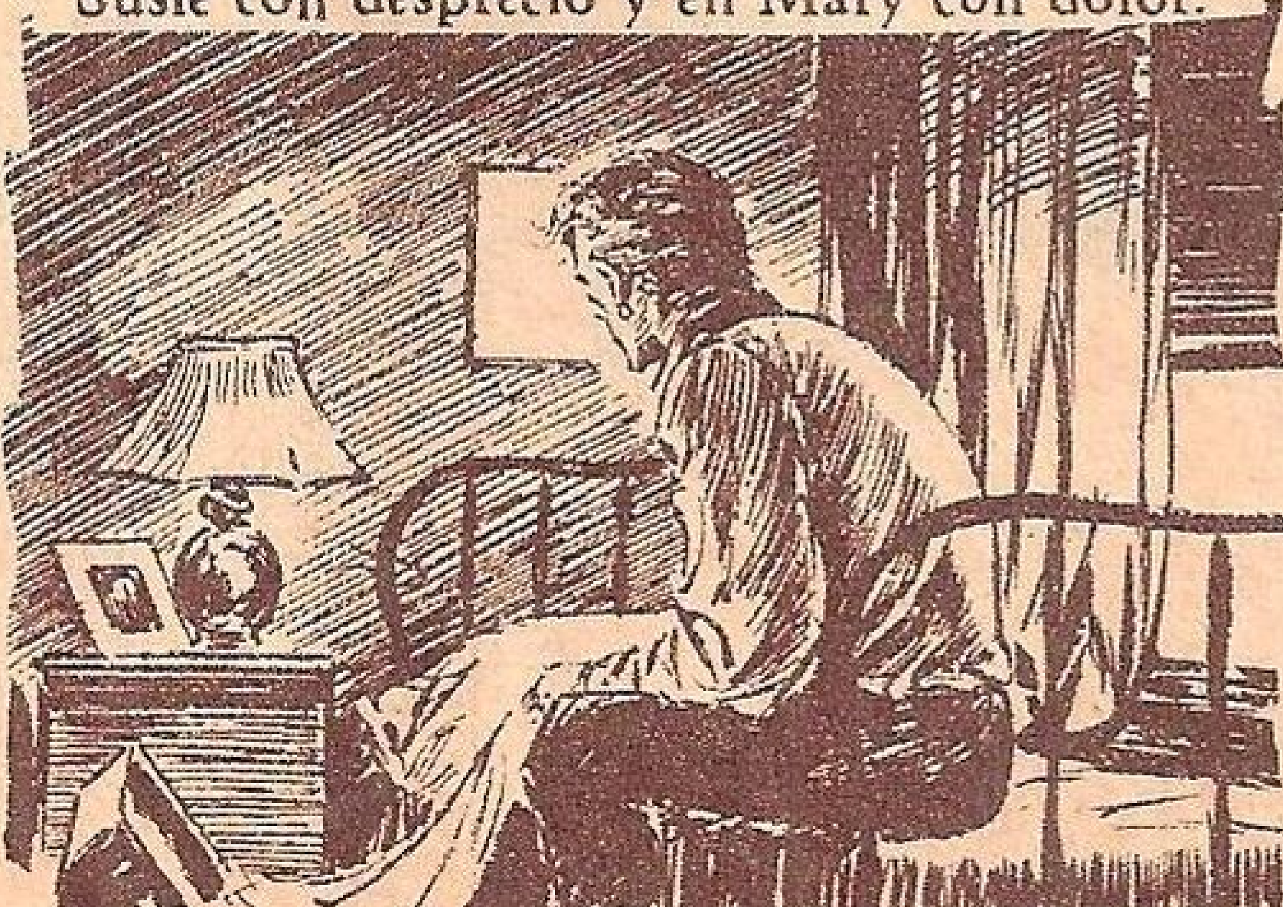
—Me llamaste amigo, compañero único. Juro por Dios que cumplí con ese sentimiento de fraternidad. Aquí te esperan tu esposa y tus hijitos; velé por ellos; George. Creo que no lo dudas. Eres mi amigo, pagaste por mí y cumplí mi deuda.



Algo solemne, puro, fuerte, se impuso a la turbia visión del borracho, que comenzó a sollozar. Luego lo vieron caer en profundo sopor. Entre los dos lo acostaron. Abner se despidió de Mary: —No tenga miedo. Mañana será el que usted quería.



Esa misma noche, Abner preparó su ligero equipaje. Seguiría rumbo a Irlanda. La libertad de los caminos parecía llamarlo con la voz de la nieve y del viento. Pensó en Susie con desprecio y en Mary con dolor.

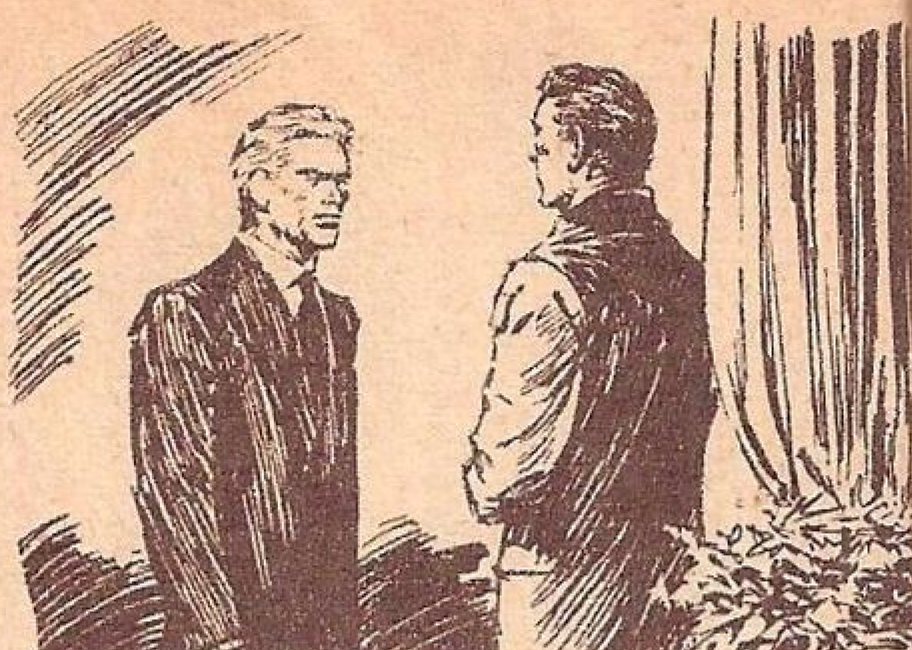


De ser posible labraría su destino en el trabajo agotador y constante. Nada de mujeres hasta madurar. Después sonrió, pensando: "Nunca podré ofrecer a otra la luz del diamante".



Fue a despedirse de George. Y volvió a hablarle con su acento claro: —Tu madre acabará con tu vida hogareña si no le haces frente. Es una enferma. No creas que ignoro todo lo que te ha escrito. Pero no lo rebato porque sé que eres mi amigo.





—Y el verdadero amigo nunca duda del suyo. George, quiero a tus hijos y te quiero a ti. Guardó silencio para decir lealmente mirando a los ojos a su compañero: —También quiero a Mary como quizá no querré a otra mujer.

—Por eso me voy, después de comprobar admirándola que puede haber una esposa leal y enamorada hasta de un hombre que no la comprende. No desperdicies ese "don". George Malpal contempló a su amigo, primero asombrado, luego conmovido.



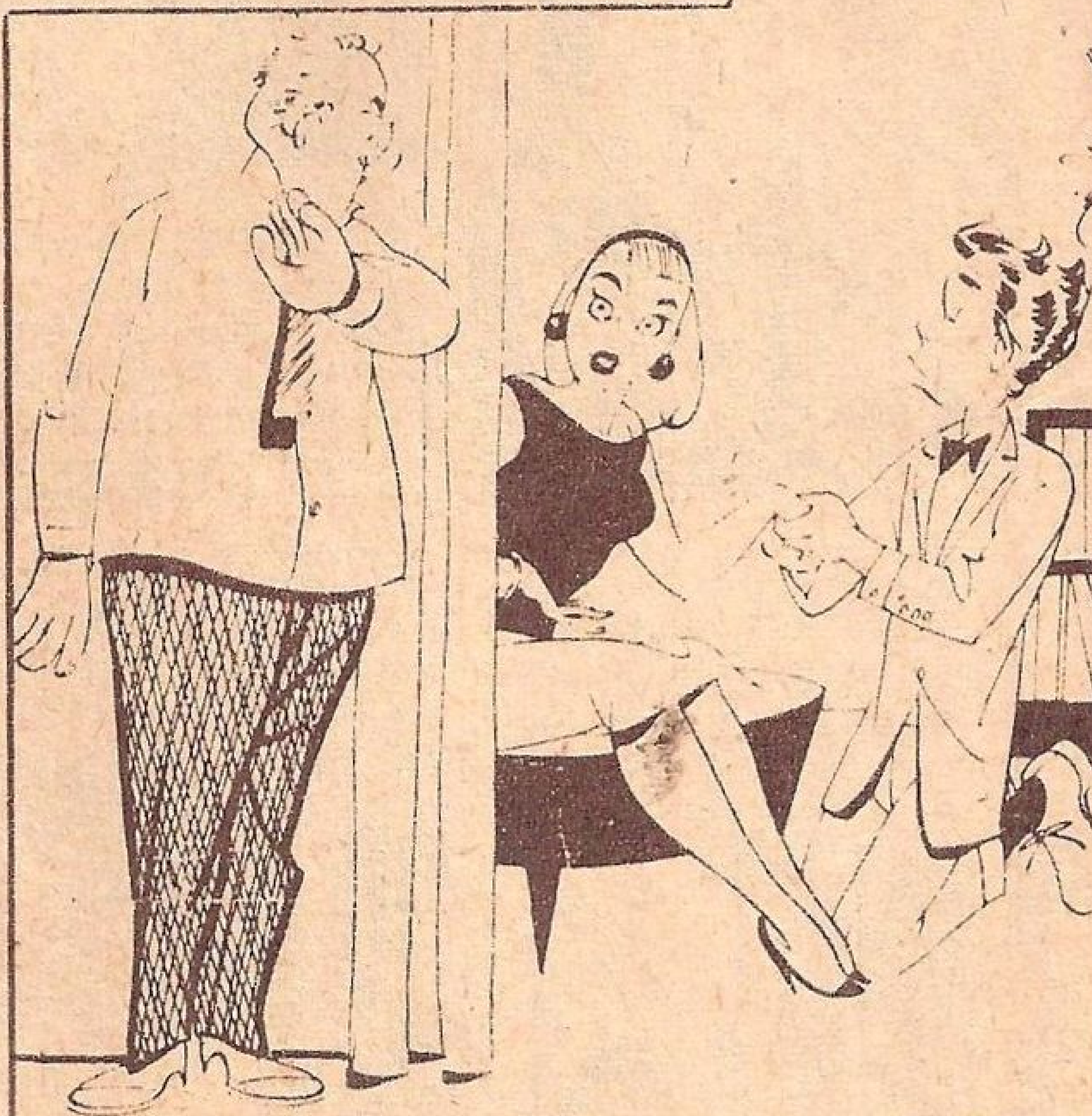
Al fin abrió los brazos como para oprimir en ellos a un hermano predilecto.



GOTAS DE ALEGRIA



—Ellos no están en casa; yo soy la niñera.



—¿Es sincero? ¿Sabes si tiene un empleo?

La DONCELLA de ORLÉANS

Por FEDERICO SCHILLER

ADAPTACIÓN



En 1801, la representación de «La doncella de Orléans», que seguía a la de «María Estuardo», del año precedente, hizo gritar a un público entusiasmado: «¡Viva el gran Schiller!». En 1804, «Guillermo Tell» lo llevó a la cima de la gloria, a tiempo para gustarla poco antes de la temprana muerte.

Hoy publicamos una adaptación de «La doncella de Orléans». Esta obra, que desborda el marco histórico es una de las grandes creaciones del ilustre poeta. Precisemos, ante todo, las circunstancias en que se sitúa la acción de «La Doncella de Orléans».

Entre la mitad del siglo XIV y la mitad del XV se desarrolla entre Francia e Inglaterra, con intermitencias, la llamada «guerra de los cien años». Se hallaba en su apogeo el año 1428, cuando la reina Isabel, de Francia, apoyando a los ingleses, tomó partido contra su hijo, Carlos VII, quien se había visto obligado a reprimir la conducta licenciosa de la madre. Anglófilo era asimismo el duque de Borgoña. Los centros más importantes de Francia, entre ellos París, estaban en manos de los enemigos de Carlos, y el sitio puesto a Orléans amenazaba hacer caer también a esta ciudad.



Entretanto, vivía en Domremy, en la Lorena, un rico agricultor, Tibaldo de Arco, padre de tres muchachas núbiles.



Margarita,

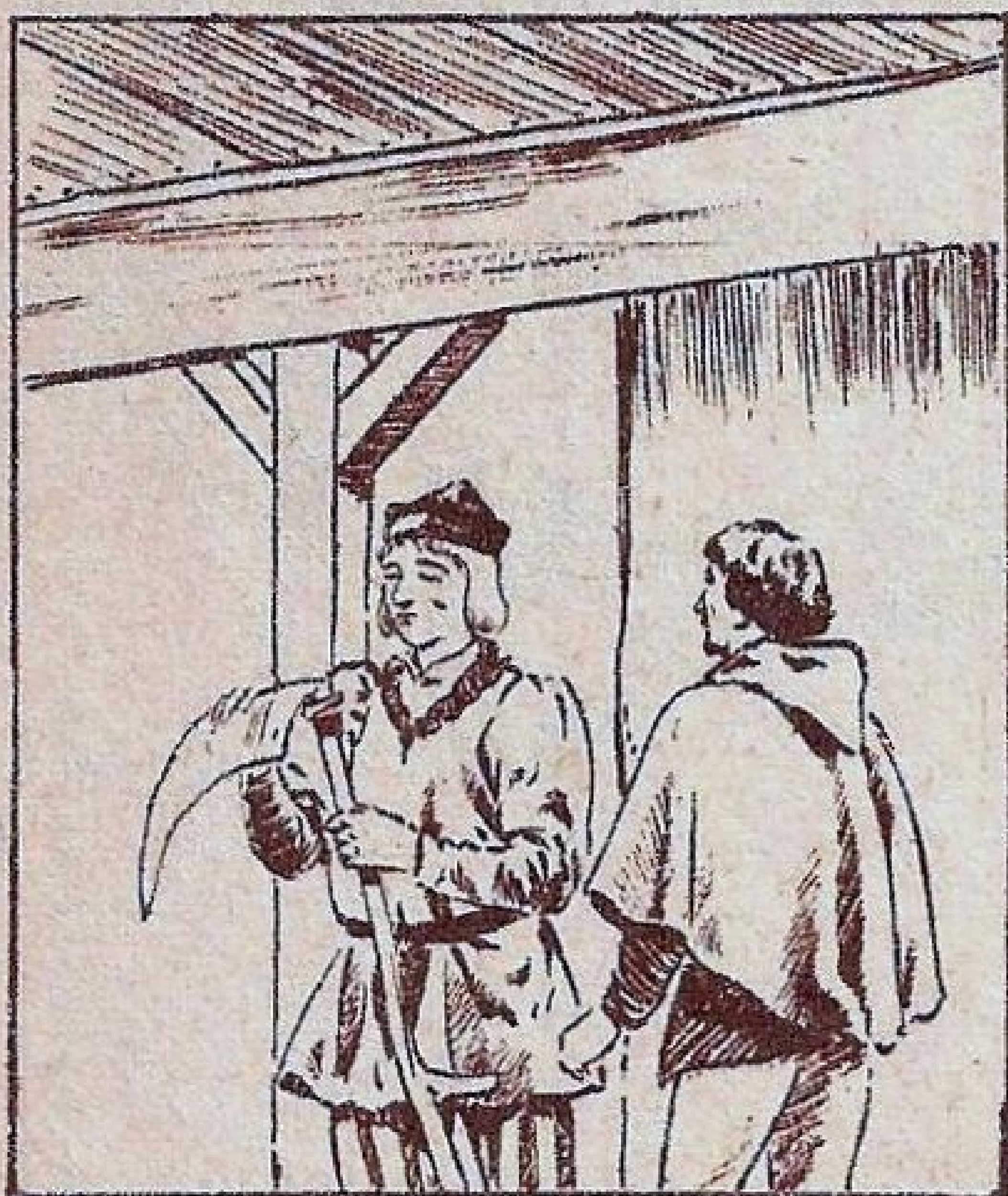


Luisa



y Juana.

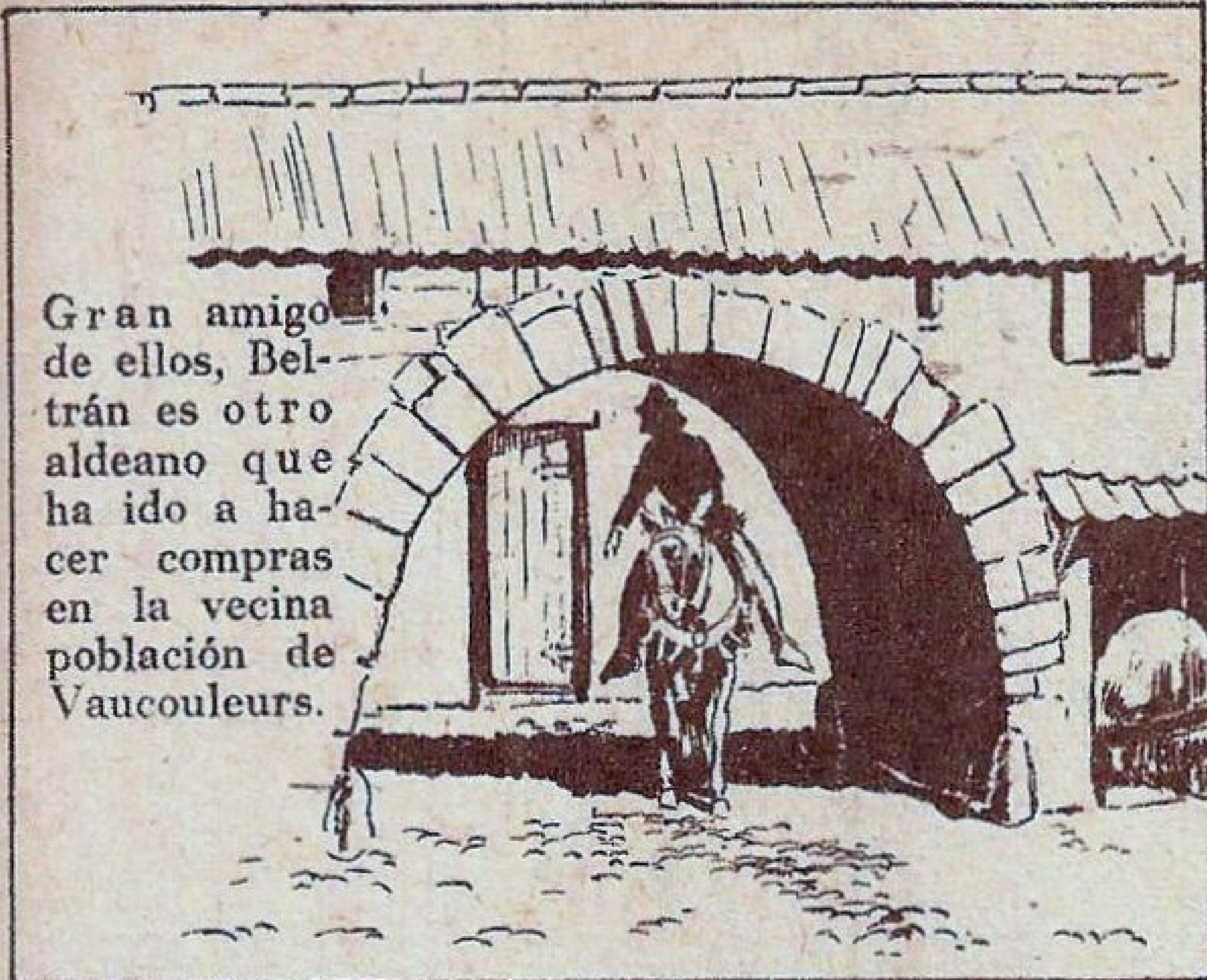




Dos honrados pastores del lugar, Esteban y Claudio María, son los prometidos de Margarita y de Luisa respectivamente, y un tercero,



Raimundo, resueltamente apoyado por Tibaldo de Arco, pretende en vano el amor de Juana.


Gran amigo de ellos, Beltrán es otro aldeano que ha ido a hacer compras en la vecina población de Vaucouleurs.


Allí, en la plaza del Mercado, encuéntrase con una verdadera muchedumbre, integrada por fugitivos de la guerra, que comentan, con ardor y pesimismo, noticias malas para la causa francesa.

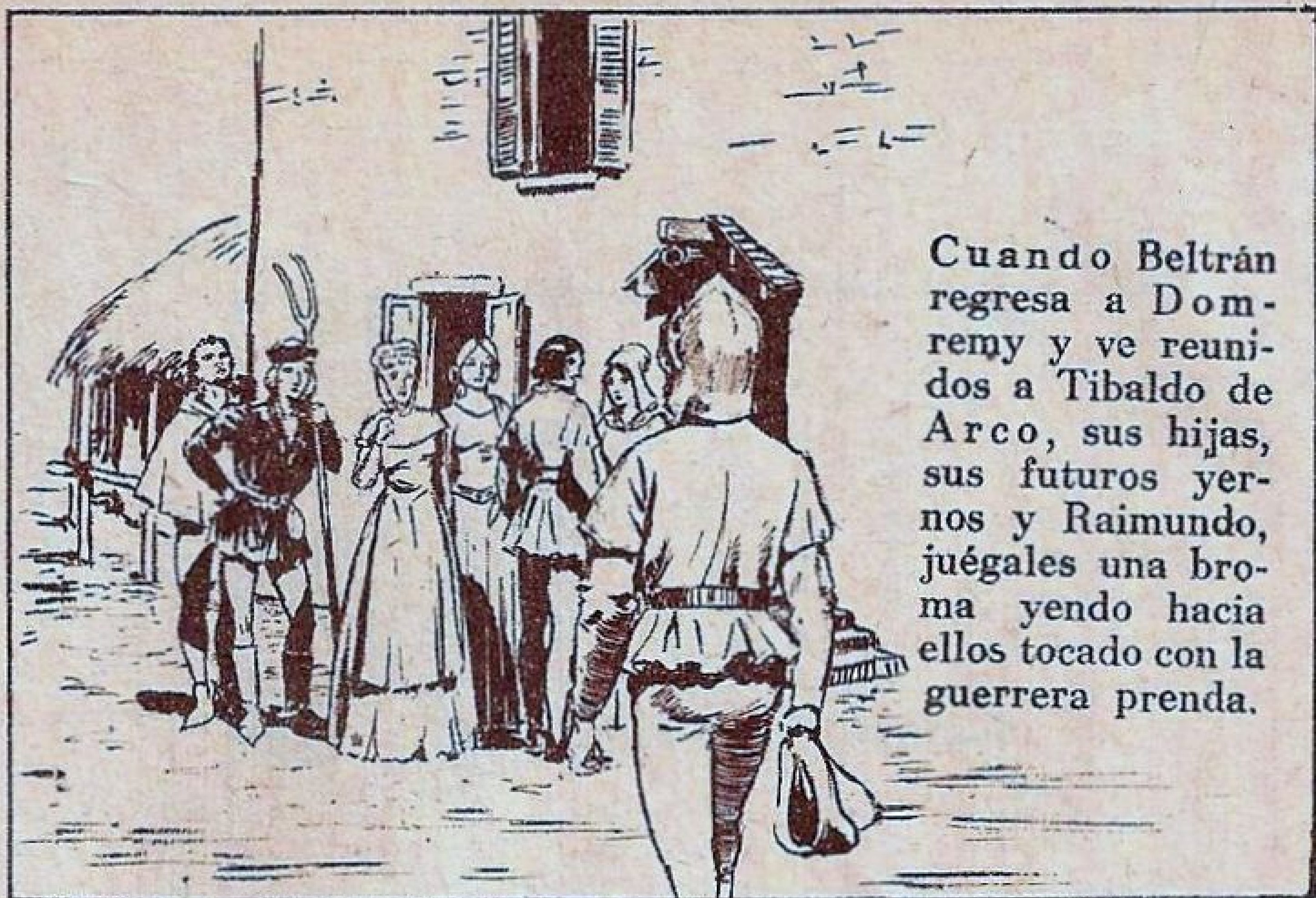

Egidio Esteban/2019
La inminente pérdida de Orléans pone sombras de dolor en los semblantes.


Beltrán, que escucha apenado, ábrese paso con dificultad entre el gentío, cuando ve que avanza hacia él una gitana morena, que lleva un reluciente casco en la mano.

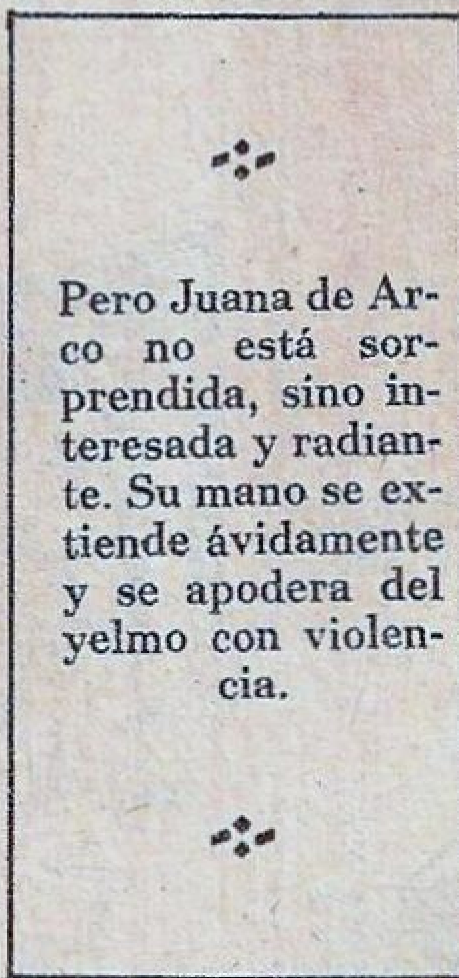

Amigo, buscáis un yelmo, lo sé. Necesitáis uno. Tomad éste; os lo vendo barato...
Estáis equivocada. Dirigios a los lansquenetes... Yo soy un labrador, y para nada me serviría un yelmo.


Pero la gitana insistió, persiguiendo a Beltrán.
En esta hora, ningún hombre puede decir que no le sirve un yelmo. Un abrigo de hierro para la cabeza sirve en nuestros días más que una casa de piedra...


Sin saber cómo, sin que le hubiese costado una moneda, el aldeano hallóse con el yelmo entre sus manos. La gitana había desaparecido.


Cuando Beltrán regresa a Domremy y ve reunidos a Tibaldo de Arco, sus hijas, sus futuros yernos y Raimundo, juégales una broma yendo hacia ellos tocado con la guerrera prenda.

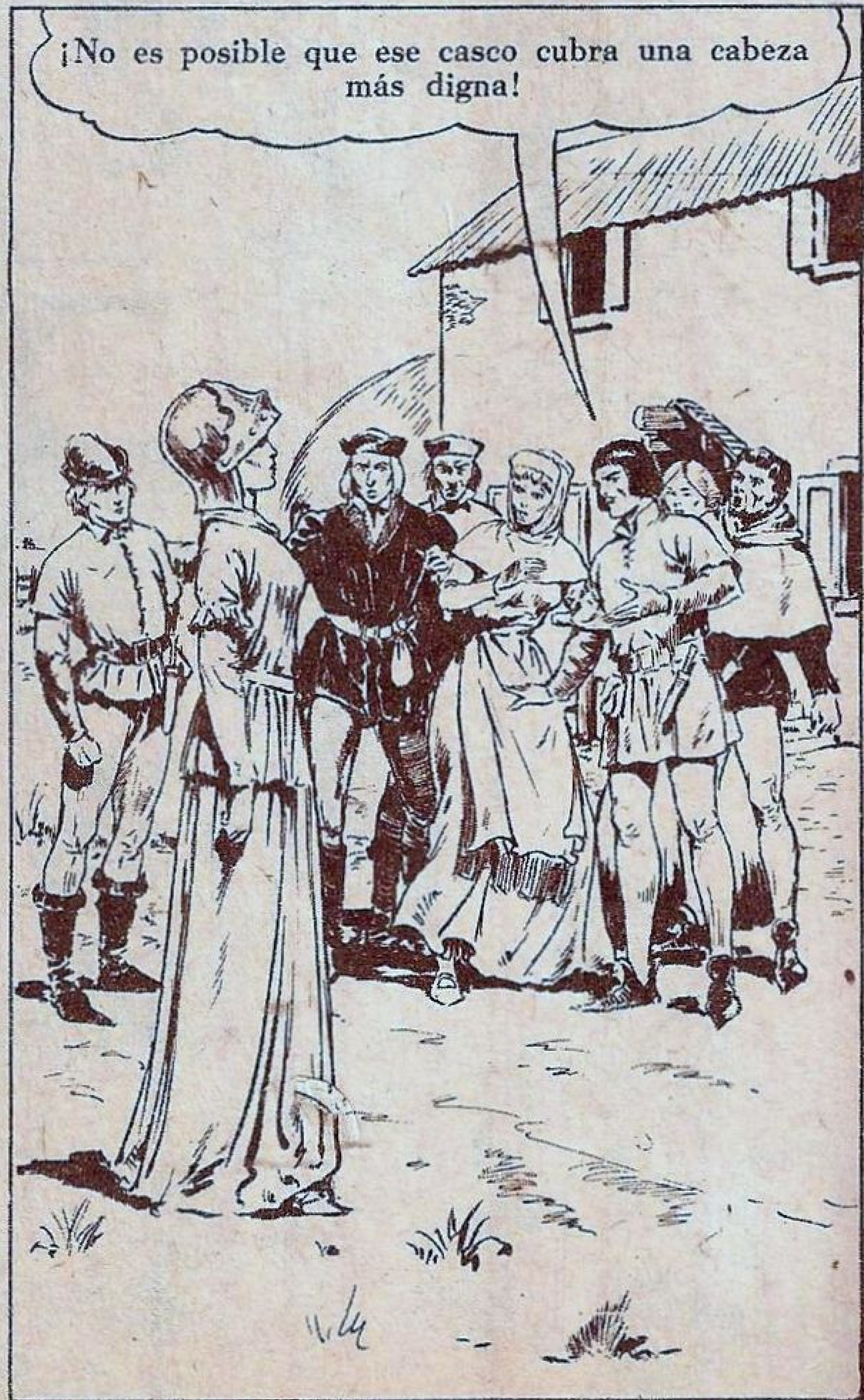

El asombro aumenta cuando Beltrán refiere cómo había conseguido el yelmo.


Pero Juana de Arco no está sorprendida, sino interesada y radiante. Su mano se extiende ávidamente y se apodera del yelmo con violencia.


¿Qué vais a hacer con él? No es adorno para la cabeza de una doncella.

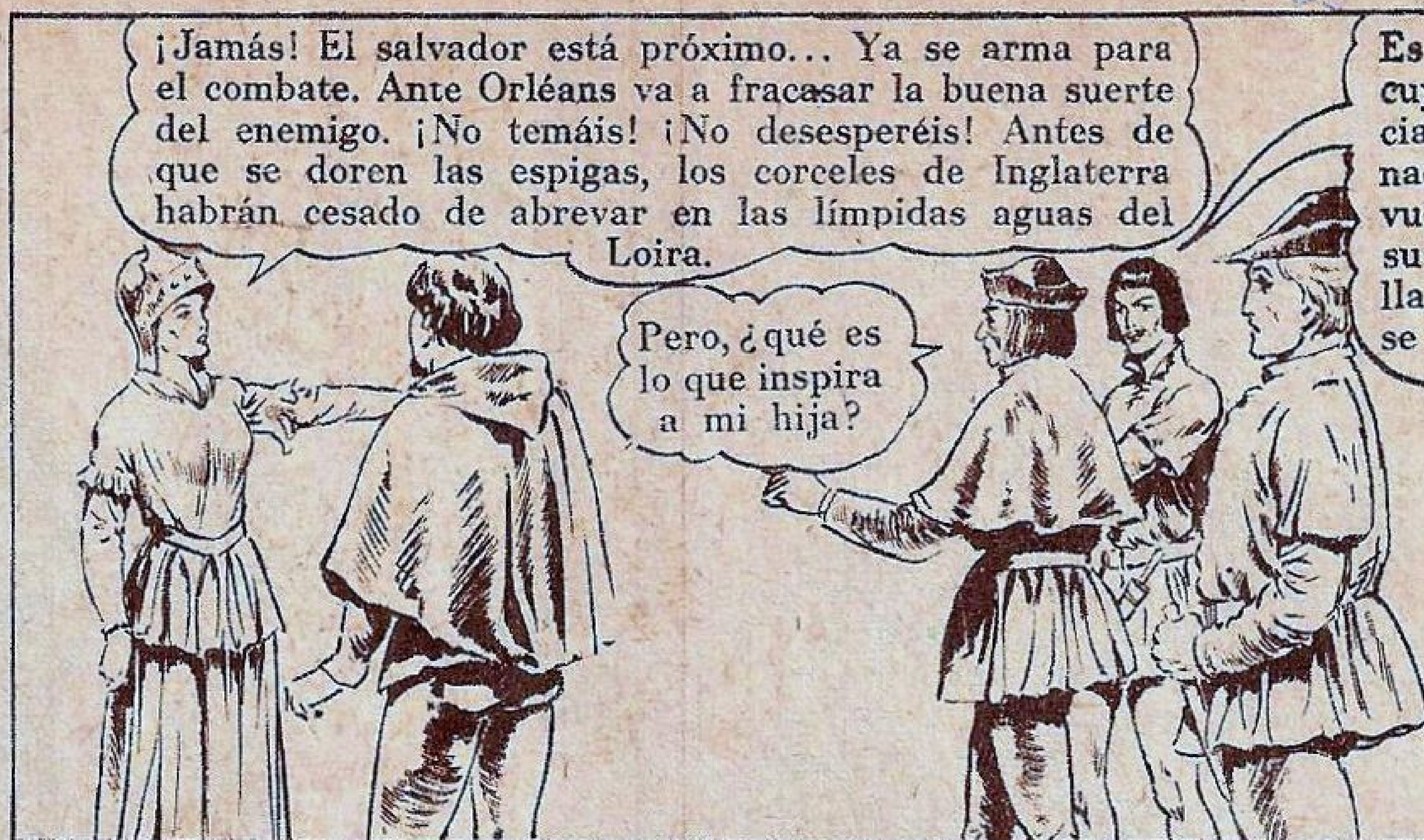

Os digo que este yelmo es mío. ¡Me pertenece!
¿Qué le pasa a esta muchacha?
Dejad que haga su voluntad. Ese adorno guerrero va bien a vuestra hija, pues su pecho contiene un corazón viril.


Y Raimundo les recuerda cómo ella sola se atrevió a enfrentarse con el lobo furioso y arrancó de sus fauces sangrientas la oveja que ya se llevaba.


¡No es posible que ese casco cubra una cabeza más digna!

En seguida Beltrán cuenta las nuevas que ha oído en Vaucouleurs, y cómo parece inminente la total derrota de Francia. Los oyentes escuchan abatidos. Pesa sobre ellos la sensación de la desgracia fatal.
Sólo Juana no se resigna, y habla con inspirado acento.



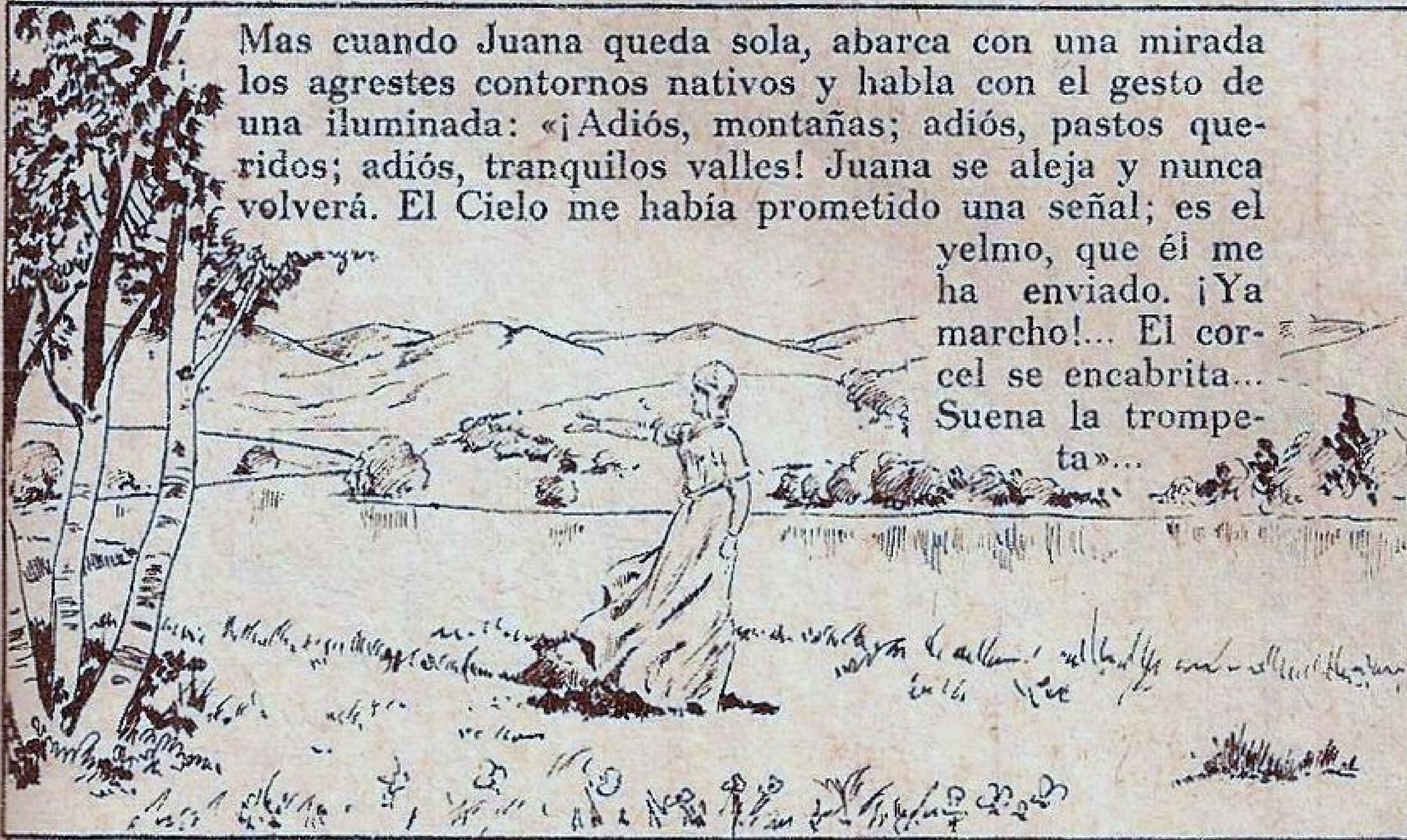




El sencillo campesino no cree que Dios haya encomendado una misión a su hija, y dice, modestamente: «¡Dios proteja a Francia y al Rey! En cuanto a nosotros, pacíficos labradores, ignoramos el arte de manejar la espada y de domar el corcel; tratemos, pues, de resignarnos en silencio y someternos a la suerte que nos reserve la fortuna. ¡Al trabajo, hijos míos, al trabajo; dejemos que los grandes y los príncipes luchen por la posesión del suelo!».



Mas cuando Juana queda sola, abarca con una mirada los agrestes contornos nativos y habla con el gesto de una iluminada: «¡Adiós, montañas; adiós, pastos queridos; adiós, tranquilos valles! Juana se aleja y nunca volverá. El Cielo me había prometido una señal; es el yelmo, que él me ha enviado. ¡Ya marcho!... El corcel se encabrita... Suena la trompeta»...



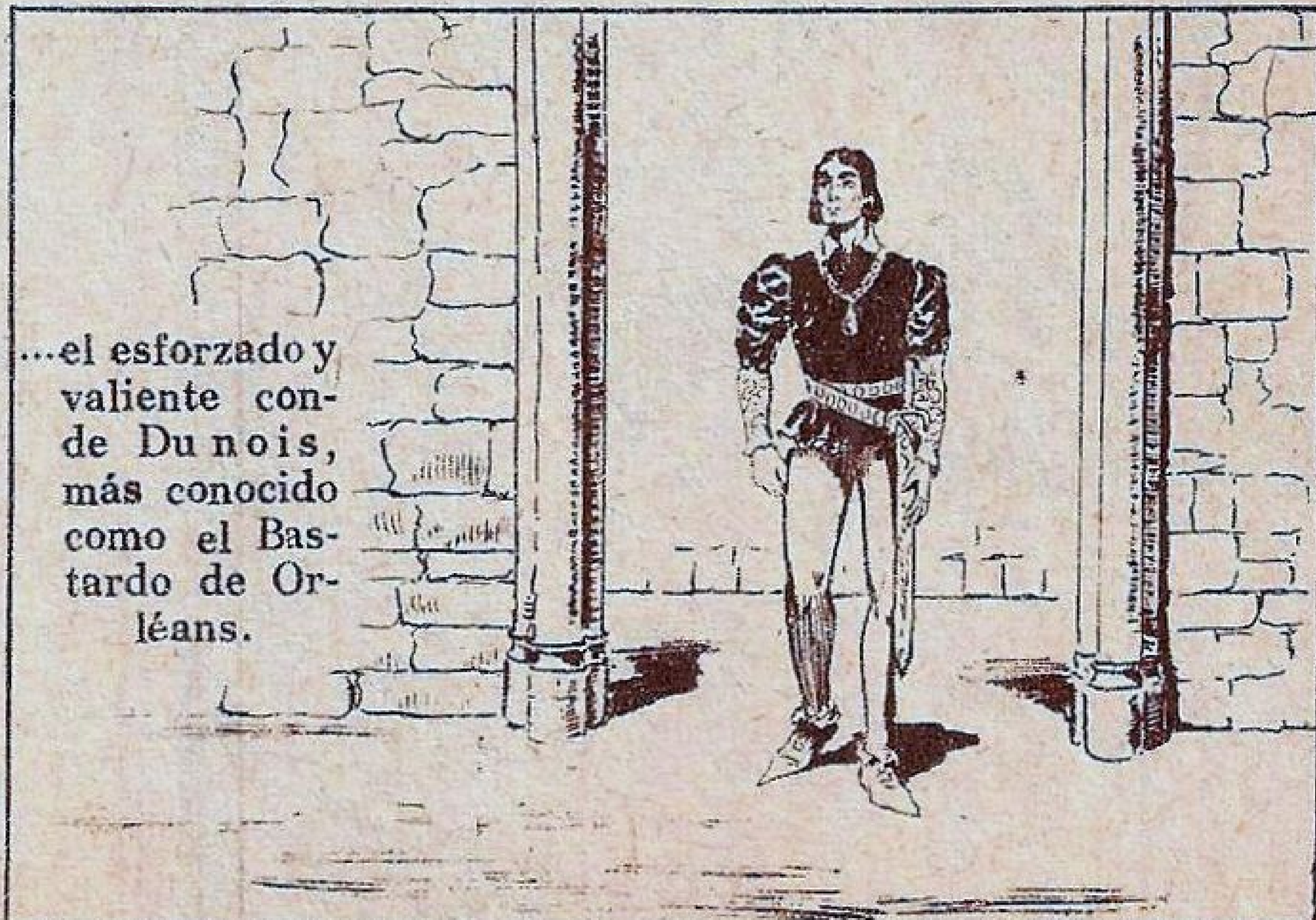
Entretanto, Carlos VII ha instalado su corte en Chinon, al sudoeste de Orléans.



En su brillante séquito, son figuras principales Ana Sorel, favorita de Su Majestad, y...



...el esforzado y valiente conde de Dunois, más conocido como el Bastardo de Orléans.

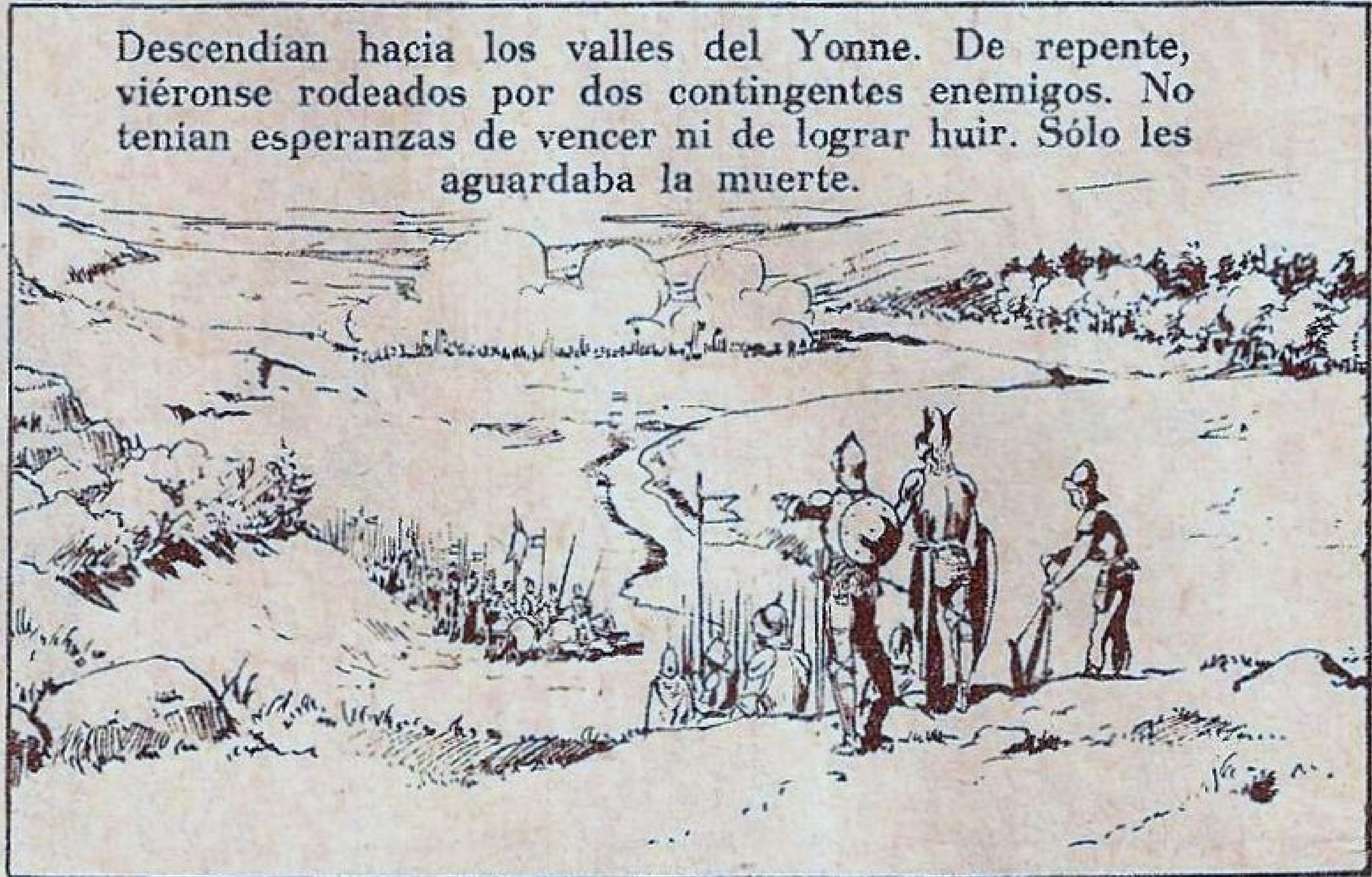


A pesar de la suerte adversa de sus armas, el Rey no ha sido hasta ese momento pesimista. Empieza a preocuparse cuando una delegación de consejeros de la ciudad sitiada le dice que ésta tiene para rendirse el plazo máximo de doce días, y que tendrá que hacerlo, a menos que dentro de ese lapso acuda en su auxilio un ejército suficientemente poderoso. El Rey pone su esperanza en Xaintrailles, el bravo defensor de Orléans. Entonces conoce una nueva pavorosa: Xaintrailles ha muerto. Antes de reaccionar de su abatimiento, escucha otra grave noticia: los mercenarios escoceses, que pelean por su causa, se han sublevado, y plantean el dilema: o se les paga sus sueldos atrasados, o desertarán. Carlos carece de recursos para satisfacer esa demanda; pero Ana Sorel acude en su ayuda. Le entrega sus joyas, lo anima, lo exhorta a que combata al frente de sus tropas.



Pero, ¿se referiría a Ana Sorel el vaticinio? Porque las calamidades se suceden... Mas cuando parecen aniquiladoras, por su número y magnitud, he aquí que llega a la corte el caballero Raúl, y conducido ante el Rey por el arzobispo de Reims, cuenta que él, con otros hombres de Lorena, acudía en ayuda de las tropas de Francia.

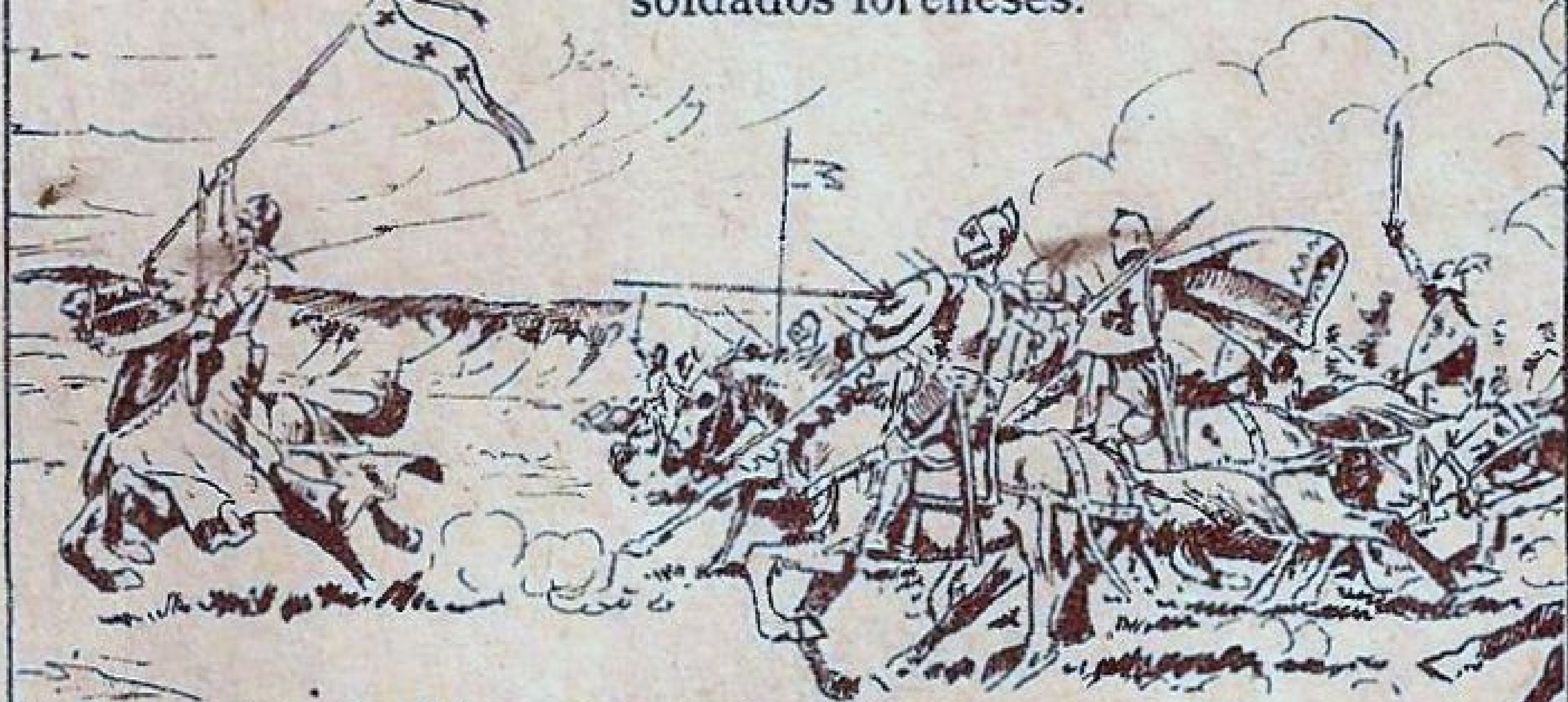




Súbitamente sale del bosque una doncella tocada con un yelmo, bajo el cual asoman obscuros rizos. Parece a un tiempo hermosa y terrible. Y una especie de resplandor la circunda cuando grita: «¿Por qué vaciláis, valientes franceses? ¡Al enemigo! ¡Adelante! ¡Aunque el enemigo fuese más numeroso que las arenas del mar..., adelante!».



La doncella se precipita. Arranca el estandarte de manos del abanderado y marcha resuelta al frente de los soldados loreneses.



Un doble hechizo se apodera de los combatientes: ebrios de entusiasmo, se lanzan a la acción los acaudillados por la doncella; sobrecogidos de terror, huyen los otros arrojando sus armas.

Raúl termina su relato.




Alegres repiques y voces de júbilo llegan hasta la cámara del Rey.
¿Oís a la muchedumbre? Ella viene. ¡El pueblo saluda a la enviada de Dios!
Dunois, ocupad mi sitio. Vamos a probar a la muchacha. Si verdaderamente está inspirada por Dios, sabrá reconocer al Rey.


¿Eres tú, milagrosa doncella?...
Entra Juana de Arco, con nutrido acompañamiento. Se adelanta y su mirada recorre el conjunto. Sobreviene un solemne silencio.
Bastardo de Orléans, quieres tentar a Dios. Levántate y abandona ese puesto que no te pertenece, pues es hacia aquél, superior a ti, a quien soy enviada.


Y resueltamente Juana se dirige al Rey y le rinde homenaje.
Me ves hoy por primera vez. ¿De dónde procede tu conocimiento?
Te he visto en donde salvo Dios nadie te ha visto. Una de estas últimas noches, abandonaste tu lecho para dirigir al Altísimo una ferviente súplica. Pediste que si se buscaban culpables de pasados crímenes, se te tomara y castigara a ti, en lugar de nuestro pueblo...

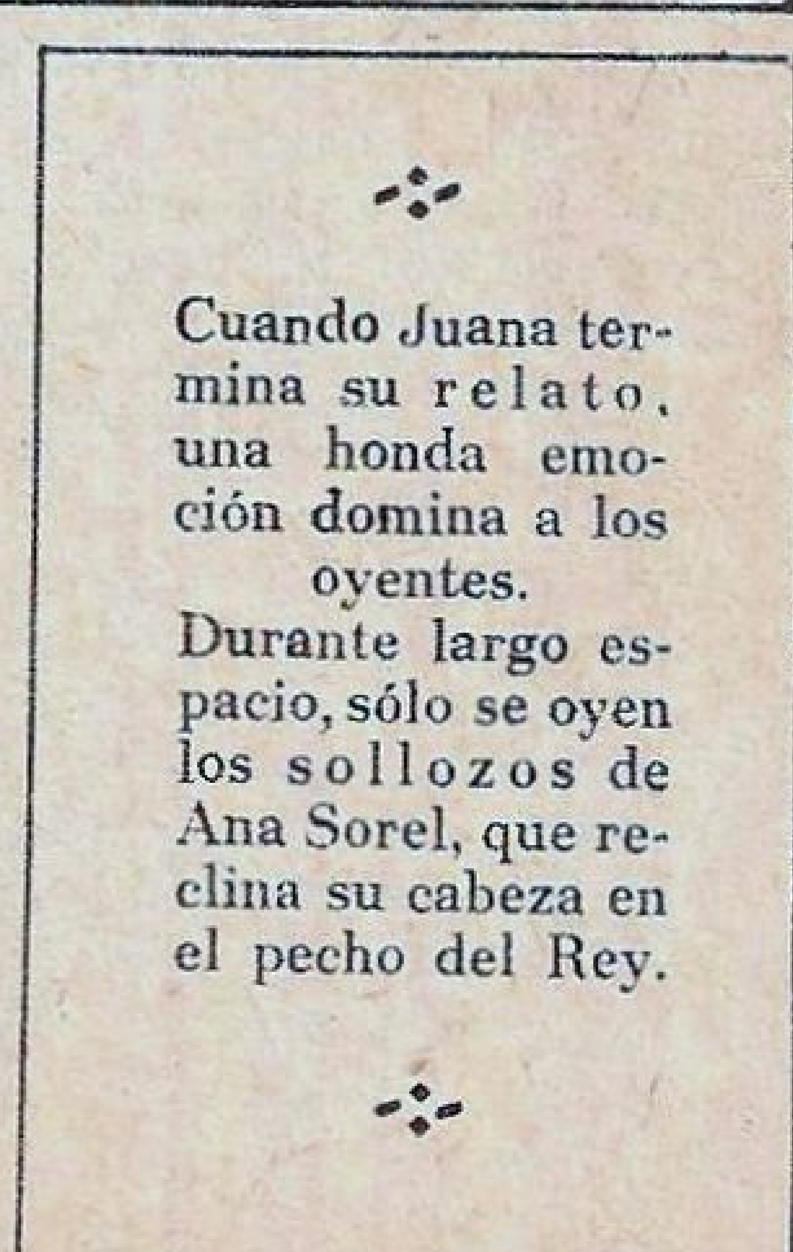

El Rey retrocede espantado al oir semejante prueba del poder de la niña. Esta continúa.
Añadiste que si era voluntad del Cielo quitarte todo lo que tus ascendientes poseyeron, sólo pedías que te dejase tres bienes: una conciencia tranquila, el corazón de tus amigos y el amor de Ana Sorel...
¡Basta! Creo en ti. Tu poder es sobrehumano. ¡Es Dios quien te envía!
¿Quién eres tú, santa hija del milagro? ¿Qué país afortunado te vio nacer?


Juana es mi nombre, venerable señor. Soy la humilde hija de un humilde pastor, y mi niñez ha transcurrido guardando los rebaños de mi padre. Cuando oí decir que París y gran parte de Francia estaban en poder de los ingleses, que habían cruzado las aguas del mar para hacernos sus criados, rogué a la Madre de Dios que alejase de nosotros la vergüenza de un yugo extranjero.


«Cierta noche, sentada bajo la encina que crece junto a una milagrosa imagen de la Virgen, se me apareció la Madre con una espada y una bandera. «Juana —me dijo—, "levántate, deja tus corderos... Dios te llama a otros deberes. Toma este estandarte, ciñe esta espada, extermina a los enemigos de tu pueblo, conduce a Reims a Carlos VII y corónalo con la real corona."


«La visión se me repitió dos noches más. En la tercera tuve ante mis ojos a la Reina del Cielo en todo el esplendor de su gloria»...




Cuando Juana termina su relato, una honda emoción domina a los oyentes.
Durante largo espacio, sólo se oyen los sollozos de Ana Sorel, que reclina su cabeza en el pecho del Rey.

El Arzobispo es el primero en hablar.

Ante tales testimonios de la gracia divina, las dudas de la razón humana desaparecen. Sus acciones demuestran la verdad de sus palabras... ¡Sólo Dios puede realizar tales milagros!

No son sus milagros los que me convencen, sino su mirada y el suave candor de su rostro.

¿He merecido acaso yo, culpable, tanta gracia?

La humildad de los grandes es bien vista desde lo alto. Tú te has humillado, Dios te ensalzará.

Así, pues, ¿podré resistir a mis enemigos? ¿Orléans no se rendirá? ¿Entraré en Reims triunfante?

Antes que ver caer a Orléans, verás las aguas del Loira correr río arriba... Y yo te llevaré a Reims, aunque sea a través de millones de enemigos.

Los oyentes sienten que el ardor guerrero los inflama. Entre el ruido de las armas que se entrechocan, óyese la clara voz del Bastardo.

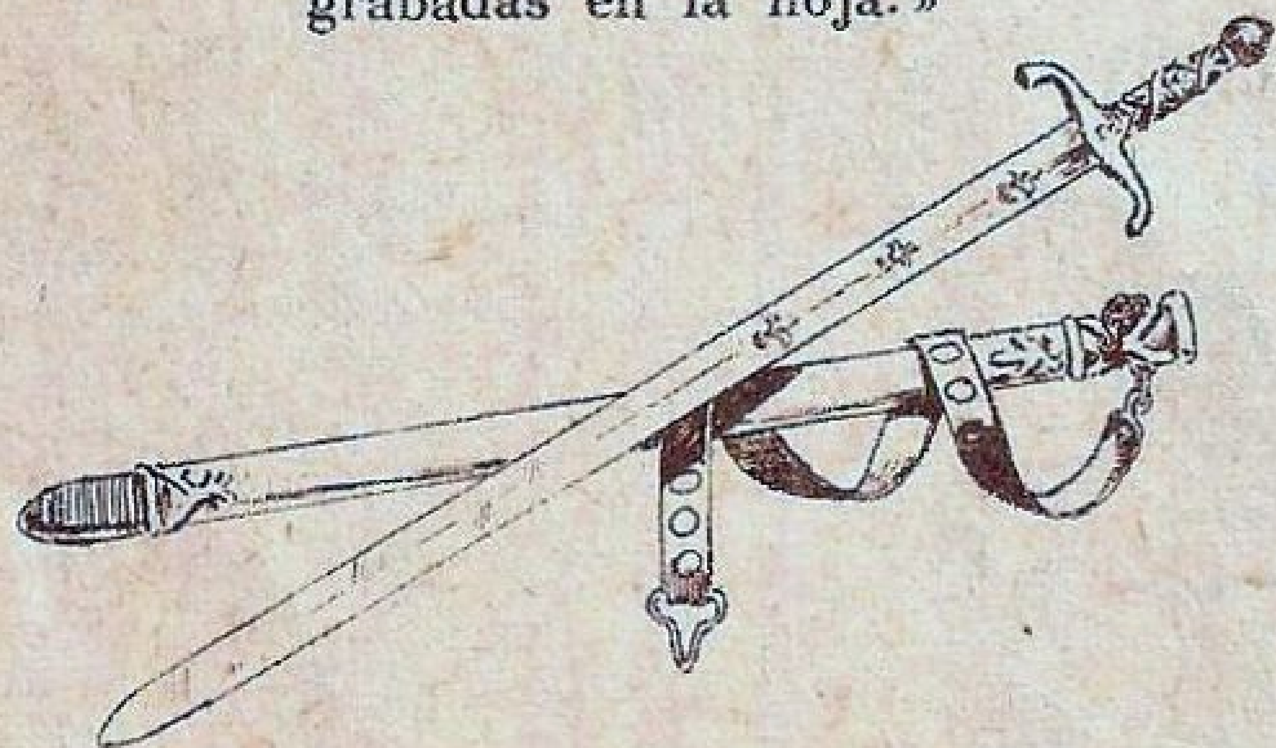
Adondequiera que nos guíe esta divina doncella, la seguiremos ciegamente. Que su mirada profética nos dirija; esta valiente espada la protegerá siempre.

¡El Dios de la victoria marcha a su lado!... ¡Al combate!

Manda a mi ejército, santa doncella. ¡Todos sus jefes te obedecerán!

Detente, noble delfín. Será preciso mandar buscar la espada con que he de vencer. El Espíritu Santo me ha dado las indicaciones necesarias.

«En la vieja ciudad de Fierbois, en el cementerio de Santa Catalina, hay una cueva donde se hallan amontonadas viejas armas, botín de nuestros antiguos triunfos. Entre ellas está la espada que ha de servirme. El enviado del Delfín la reconocerá por las tres lises de oro grabadas en la hoja.»



Cuando la antigua espada se halla en manos de Juana de Arco, ésta dirige el asalto contra los sitiadores de Orléans. Un verdadero pánico se apodera de éstos, empezando por los borgoñones, primeros en recibir el ataque.

¡Satanás combate por Francia!

¡El infierno se ha desencadenado!

La estrepitosa y desordenada fuga termina en un lugar abrupto, donde creen los jefes que las rocas y las sombras de la noche los protegerán de sus perseguidores. Pero allí los acecha otro peligro: el de la discordia, pues los reproches recíprocos, las imputaciones de responsabilidad suceden al descalabro. Los jefes ingleses, Talbot y Lionel especialmente, achacan al duque de Borgoña la culpa de los sucesos, en términos tales que el acusado se dispone a abandonar la lucha.



Mas Isabel, la reina madre de Francia, que también se halla en el improvisado campamento, ha oído la disputa y surge en un intento de pacificación.

¡Deteneos, señores! ¿Qué astro malhadado confunde nuestro buen sentido? ¡Cómo! ¿En el momento en que sólo la concordia puede salvarnos vosotros pretendéis dividiros con odio?...

Prevenirse contra el amigo falso es lo que dicta la prudencia.

Al felón y al desagradecido nunca les faltó la audacia del mentiroso.

¡Duque! Aquí están vuestros verdaderos amigos, y no tenéis otra salvación que una firme alianza con Inglaterra. ¿Creéis por ventura en la posibilidad de una reconciliación con el Delfín, a quien vos mismo habéis conducido a dos dedos de la perdición?

Nada más lejos de mi ánimo que hacer las paces con vuestro hijo el Delfín. Pero yo no consentiré en soportar los desdenes de la presuntuosa Inglaterra.

La reina insiste: —¡Vamos! Perdonaos unos y otros las palabras precipitadas. Ya sabéis cuántas son las preocupaciones que pesan sobre un jefe, y cómo la adversidad hace injustos a los hombres. Venid, abrazaos... —¿Qué os parece, Duque? Un corazón noble se rinde de buen grado a los dictados de la razón — añade Talbot.

Mientras las manos sellan la reconciliación, la reina madre enuncia su plan.



Pero los jefes tienen de Isabel un concepto bien distinto del de ella misma.



La viuda del vesánico Carlos VI se indigna contra esos hombres que, inmediatamente de ser reconciliados por ella, contra ella precisamente se vuelven. Protesta. Reclama. Pero es inútil; iracunda, termina por ceder al repudio general y se retira a Melun profiriendo palabras de desprecio. Los jefes, que la oyen sin impresionarse, quedan haciendo proyectos de desquite de los recientes reveses.



¡Bien lejos están de suponer que ahí mismo, envueltas en la obscuridad, se hallan avanzadas enemigas con la temible heroína a su frente! De pronto, irrumpe el nuevo grito de guerra: «¡Dios y la Doncella!» Suceden exclamaciones de sorpresa, de desconcierto, de pavor, mientras Juana de Arco organiza la acción de los suyos.



Dunois, el esforzado Bastardo de Orléans, escucha con tristeza. El sentimiento que se ha apoderado de su corazón quisiera ver una Juana más femenina, y también saberla a cubierto de todo riesgo.

Impetuosamente, la Doncella se lanza en medio del campamento. Dunois y los suyos no tienen más consuelo que el de seguirla, tratando de protegerla con sus cuerpos. Confundidos y aterrados, ingleses y borgoñones hablan mientras huyen: «¿Cómo ha podido llegar la Doncella a nuestro campamento?»... «¡Por el aire! ¡El Diablo es su aliado!»... «¡Huid! ¡Huid! ¡Estamos perdidos!»



Por eso se acerca a hablarle con dulzura.



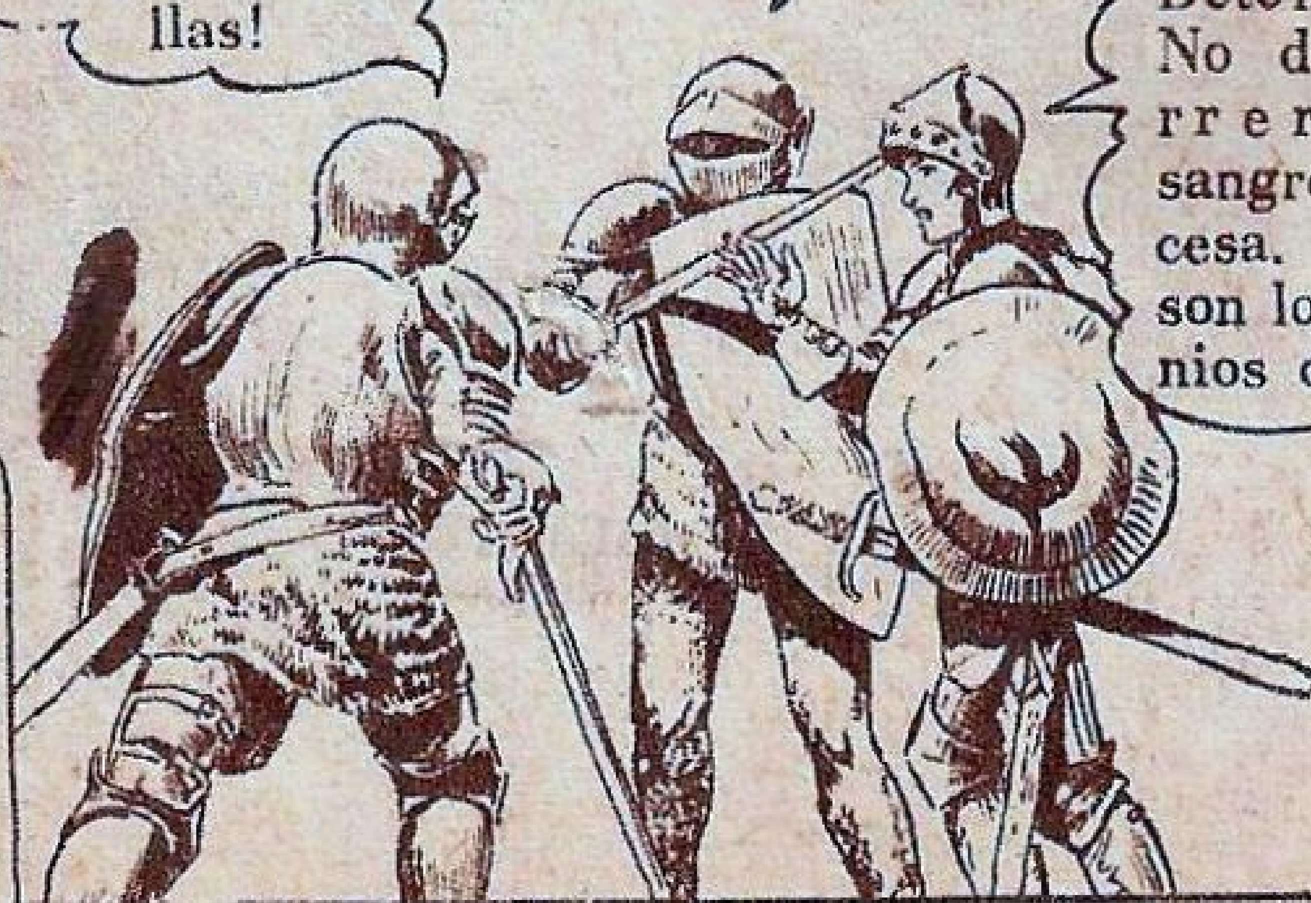


Talbot interviene, tratando de poner orden y tranquilidad entre los suyos. ¡Vano empeño! La fuga es vergonzosa; la derrota, total. En medio de la refriega, un caballero, oculto el rostro por la visera, se encuentra frente a frente con la heroína, cuyo coraje truécase instantáneamente en dulzura.

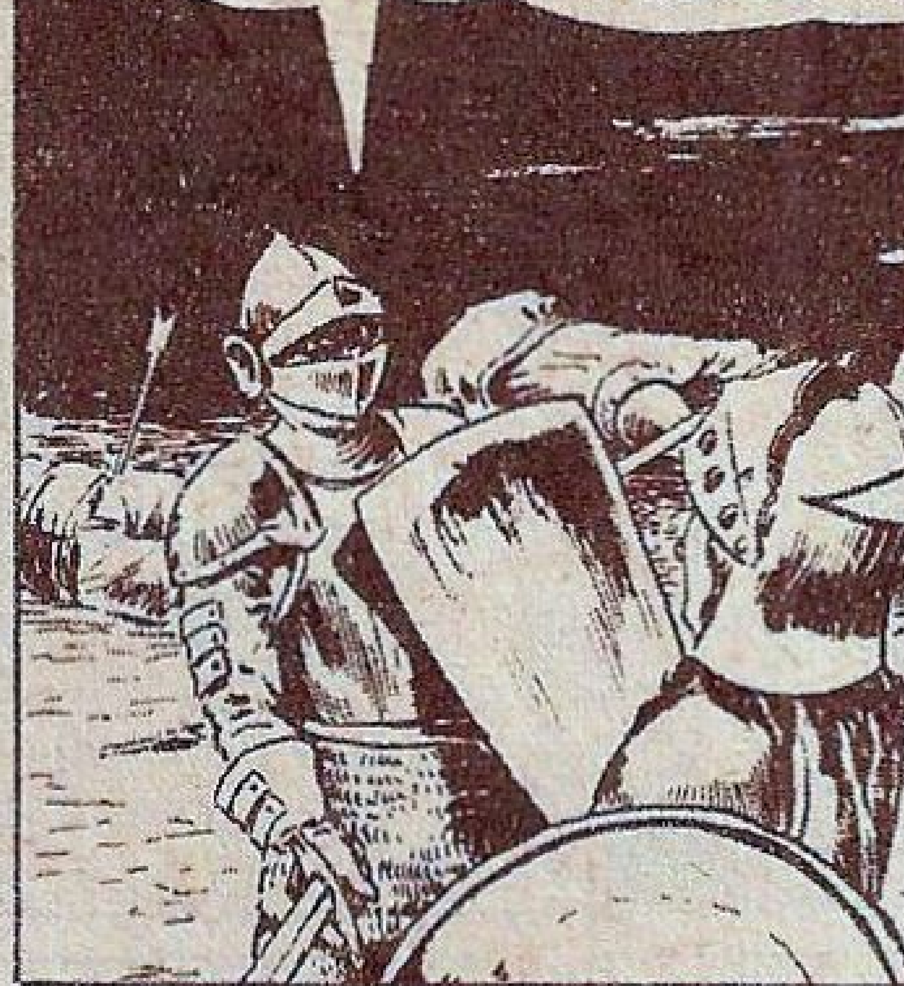




Pero ya están ahí también Dunois y uno de sus amigos, de quienes momentáneamente logró alejarse la heroína.
















La reconciliación iniciada así, adquiere toda su grandeza y significación política cuando el duque de Borgoña acude al encuentro de Carlos VII. Lo ha precedido Chatillon, su hombre de confianza, quien ha concertado las condiciones del encuentro, de total magnanimidad por parte del Rey. Cuando la gente que siempre ha permanecido fiel a Francia ve entrar en la ciudad de Châlons y aproximarse al palacio real al antiguo adversario, rama al fin del mismo tronco, acógelo con demostraciones delirantes de júbilo.







La escena se ha hecho ya de una emoción irresistible. Ana Sorel, sollozante, se retira a un rincón. El Rey lucha por contener sus sentimientos. Todos miran con ternura a los príncipes reconciliados.

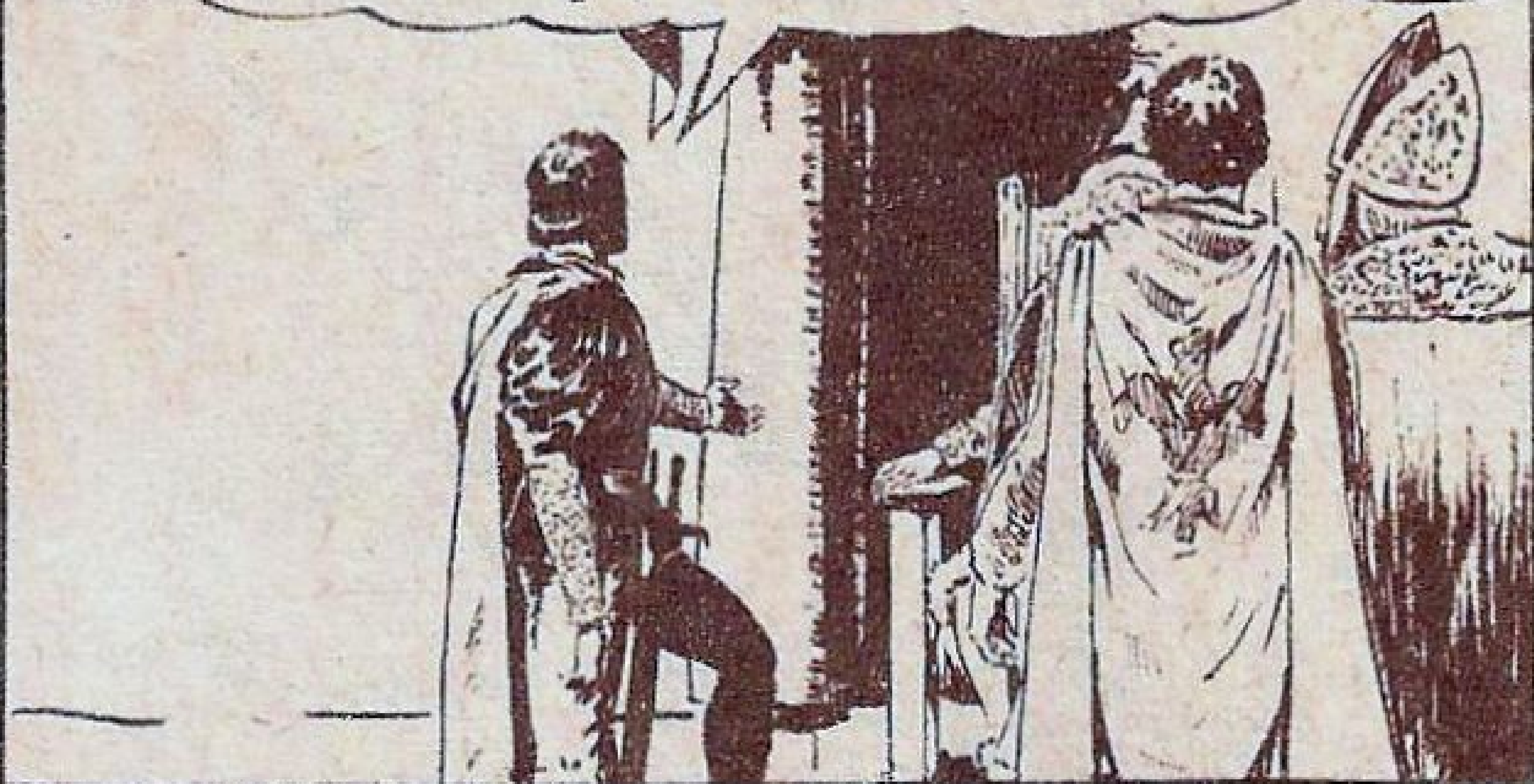






En vano el Rey pide a la pastora que diga cuál es la recompensa que desea por su obra. Sin arrogancia, pero con firmeza, la aldeana de Domremy aspira a un premio que está más allá de las posibilidades humanas. Mas Carlos VII está resuelto, cuando menos, a darle sitio entre la nobleza. Ordena, y la doncella obedece mansamente:




Del blasonado concurso, que escucha con respetuosa admiración, se adelanta el Bastardo de Orléans.
Mi corazón la había escogido en la obscuridad; los honores que acabáis de otorgarle no pueden, pues, acrecentar mi amor... Aquí, delante de mi rey y de este santo obispo, le ofrezco mi mano.


Pero no es sólo Dunois quien está enamorado de la Doncella. La Hire, oficial del Rey, de los más distinguidos y valientes, avanza también a hablar.
El más dulce adorno de Juana es su modestia. Por eso, aunque digna de los homenajes más ilustres, no aspira a ellos. Le basta la fiel adhesión de un alma recta, así como la suerte apacible que me atrevo a ofrecerle con mi mano de esposo.
¡Dos brillantes pretendientes, iguales en virtudes caballerescas, iguales en fama! Ambos son dignos de tan hermoso premio. Habla, pues, Doncella, y que sea tu corazón el que decida.


Juana permanece pensativa y silenciosa.
Veo conmovida a la noble Doncella. Un delicado pudor cubre sus mejillas. Désele tiempo para consultar su corazón, para confiarse a una amiga, con quien pueda meditar como mujeres un asunto propio de mujeres.
No; no es un pudor tímido el que enciende mis mejillas... En verdad, la elección de estos valientes caballeros me honra mucho; pero yo no he dejado mis pastos ni he vestido armadura de hierro con el fin mundano de ceñir a mis sienes la corona de los desposorios.


No. Mi vocación es muy distinta, y para realizarla hace falta una virgen sin mancilla. Soy el paladín del Altísimo y no puedo confesarme esposa de ningún mortal. Mi misión aun no ha sido cumplida: la diadema no ha ceñido la frente de mi soberano; su cabellera no ha sido ungida con el óleo sagrado; mi señor, delfín de Francia, aun no recibe legítimamente el nombre de rey.


Estamos en el camino de Reims...
No nos detengamos, pues el enemigo vela en torno de nosotros para cerrarte el camino. ¡Pero, a través de todos ellos juntos, yo te conduciré hasta Reims!


Pero entonces, cuando todo esté consumado, cuando hayamos entrado victoriosos en Reims, di, ¿me permitirás, santa doncella...?
Entonces mi obra estará cumplida y la pastora no tendrá nada que hacer en el palacio del rey.


En ese momento, un caballero penetra corriendo y se dirige ansiosamente al Rey.
¡El enemigo ha pasado el Marne y se dispone a atacarnos!
¡Combate y batalla! ¡Mi alma rompe sus ligaduras! ¡Armaos! Entretanto, corro a formar los batallones...
A las puertas de Reims quieren obligarnos a disputar otra vez la corona. Borgoñón, os necesito alentaros; ha llegado la oportunidad de reparar muchas malas jornadas.



Quedaréis contento de mí.
Marcharé delante de vos por el sendero de la gloria, y a la vista de la ciudad de mi coronación conquistaré mi corona.
El Rey se despide de su amada, que lo abraza con digna serenidad, mientras las trompetas llenan el aire con su estruendo guerrero.

La acción es rápida y sangrienta. Reims cae en poder de Carlos VII. Talbot, el valiente general inglés, sucumbe en la acción. Quizá sus heridas hubiesen sido curables, pero desdeñó todo cuidado al saber que la ciudad de París había pactado con los emisarios de su enemigo. Durante la refriega, Juana, que se mezclaba en ella ardorosamente, cruzó su acero con un hombre revestido de negra armadura, que luchaba con la visera baja. Cambiados los primeros golpes, el caballero negro emprendió la huida. Pero Juana marchó en su persecución, y de pronto se halló lejos del combate, en amplio espacio desierto. Entonces él sofrenó su caballo.



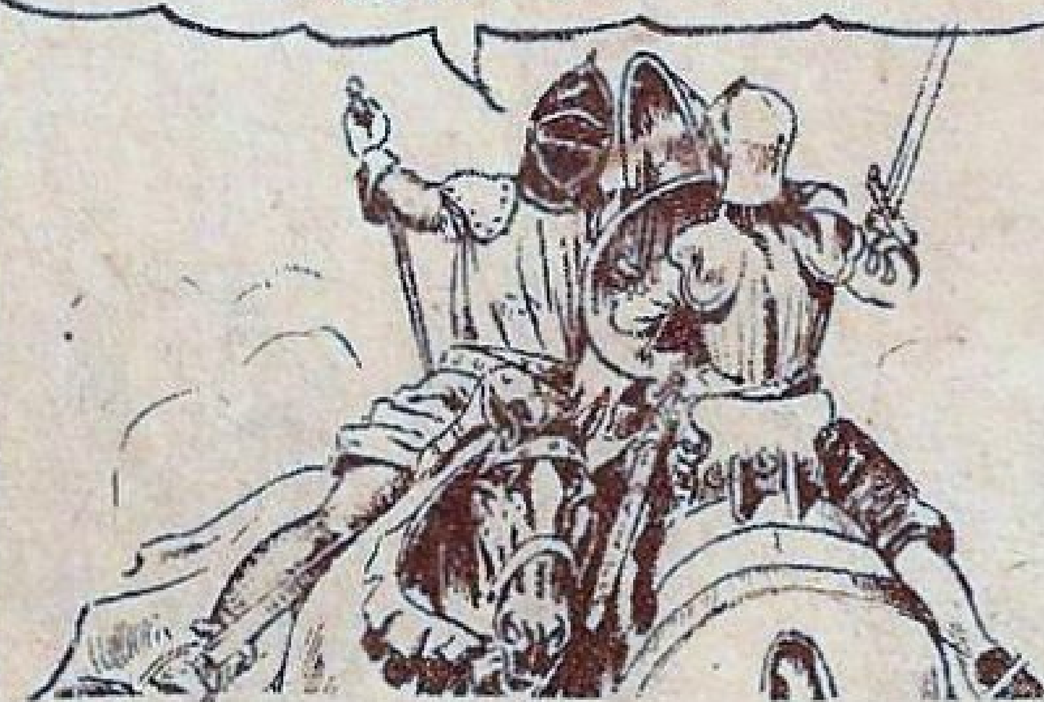






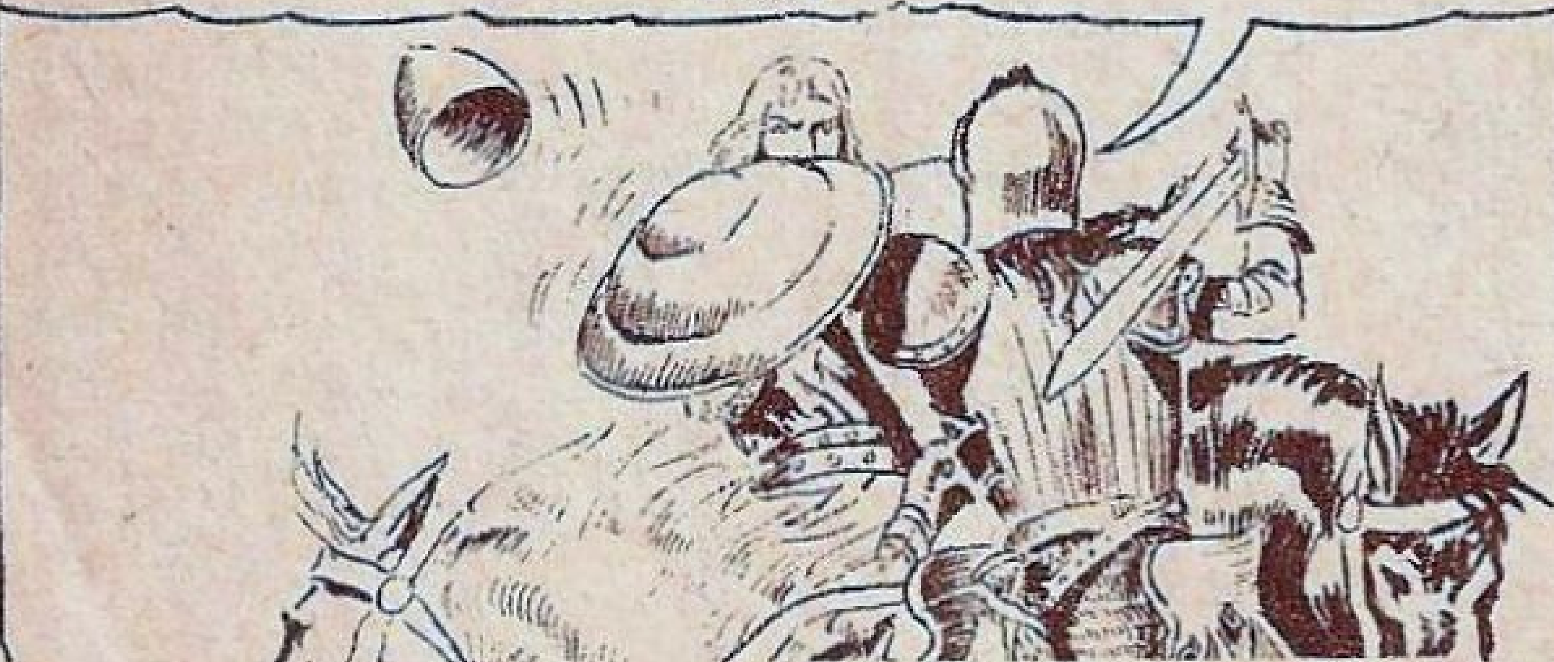
Juana intenta dar un golpe al desconocido; pero éste la toca en el brazo y desaparece. La Doncella se inmuta y tarda en recobrarse. Piensa entonces que ha sido víctima de una engañosa aparición, de un espectro infernal que buscaba desconcertar su valor.

Pero no tiene tiempo para enfrascarse en cavilaciones, porque Lionel, el hermoso oficial inglés, se planta ante ella, iracundo y terrible.



Se lanza contra ella, mas después de un breve forcejeo, Juana lo desarma.

En seguida le arranca el yelmo violentamente. El rostro de Lionel queda al descubierto.



Pero la mirada de la Doncella se cruza con la de Lionel, y Juana, conmovida, se detiene y deja caer lentamente el brazo.

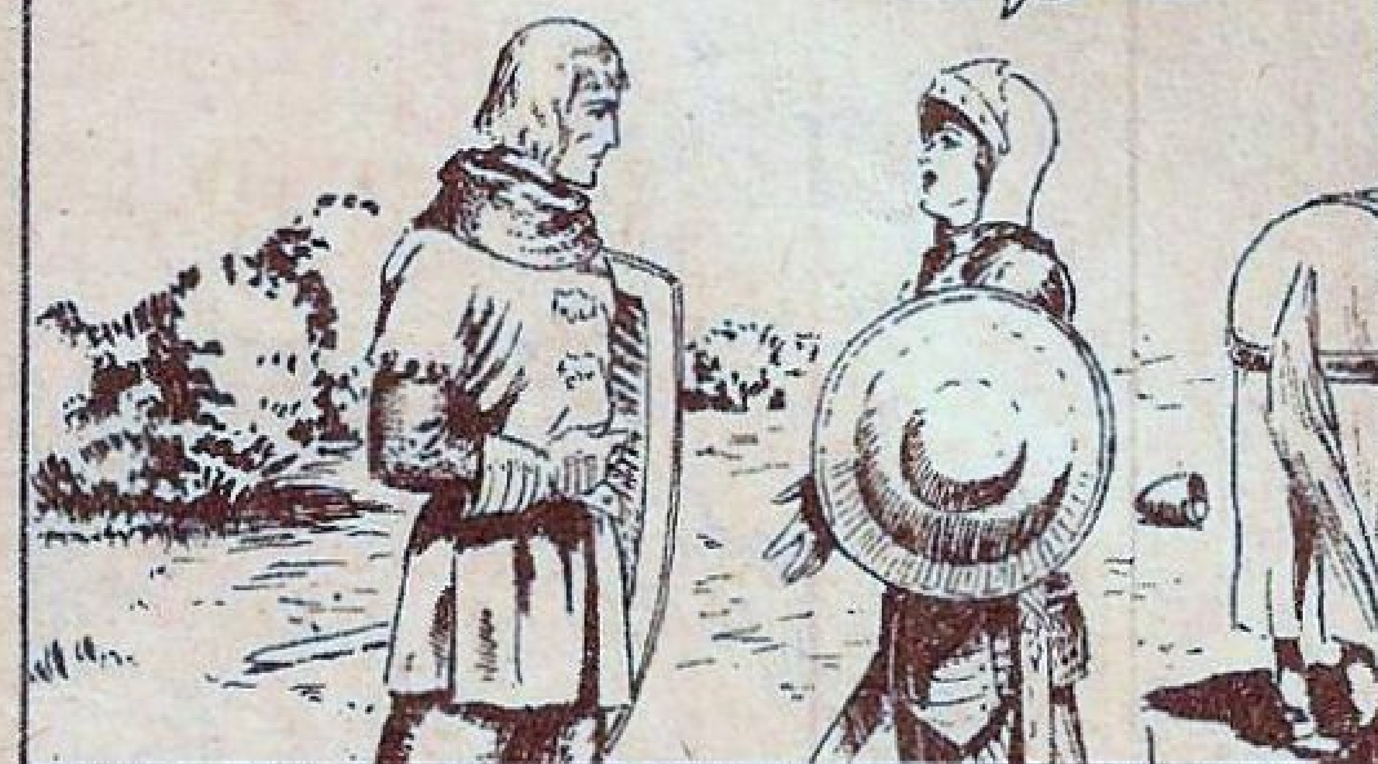


Mas la mutación de sentimientos que se ha operado en Juana no tarda en comunicarse al inglés.









Entonces Lionel osa lo que antes nadie se hubiera atrevido a hacer: arrancar la espada a Juana de Arco.



Lionel huye con su trofeo de amor y de guerra, a tiempo para eludir a Dunois y La Hire...

Estos, que se acercan, hallan una Juana de Arco bien distinta de la que están habituados a ver; una Juana que desfallece, como si sus fuerzas escaparan por la pequeña herida que tiene en el brazo. «Corre su sangre» —observa La Hire. Y ella dice con languidez: «Dejadla que se vaya con mi vida».

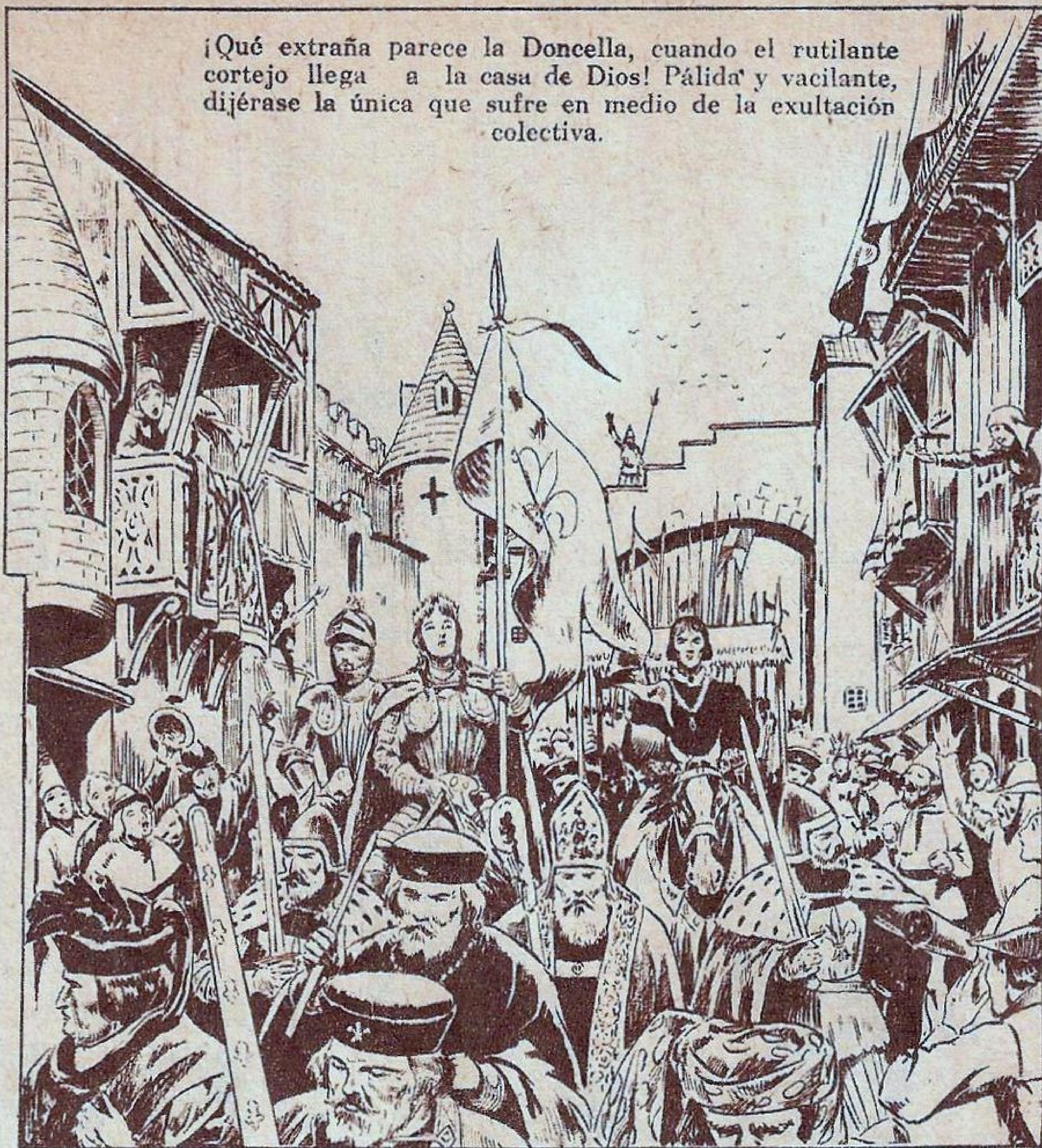


Juana se siente abrumada por su propia conducta. Su compasión por un enemigo pesa en su conciencia como una culpa. Cuando el pueblo y la corte se aprestan alegremente a las fiestas de la coronación, en Reims, Juana, sin cuyo heroísmo esa coronación hubiera sido imposible, hace un torturado examen de su corazón. ¿Por qué no fué compasiva con otros? ¿Por qué miró en los ojos al hermoso inglés y la espada perdió agresividad en su mano? «Con tu mirada comenzó tu crimen, desdichada» — dícese la pastora. Y también: «Desde que miraste aquel noble rostro, los lazos del infierno te han encadenado».

Pero ya la solemne ceremonia va a comenzar. La muchedumbre llena la plaza, frente a la magnífica catedral. Carlos VII entrará en ésta, para su consagración, y en su cortejo la Doncella ocupará el primer puesto, empuñando la bandera que Dunois pone en sus manos y que Juana toma casi con terror.



¡Qué extraña parece la Doncella, cuando el rutilante cortejo llega a la casa de Dios! Pálida y vacilante, dijérase la única que sufre en medio de la exultación colectiva.



Entre la concurrencia, hay siete aldeanos de Domremy. Son Tibaldo, Margarita, Luisa, Esteban, Claudio María, Raimundo y Beltrán. Han venido expresamente a gozar de la gloria de Juana, de «su» Juana, cuyo destino histórico es para ellos así como un cuento de hadas y de magos.



Juana pasa muy cerca de los suyos, pero no los ve. Luisa advierte en su hermana algo que la entristece; Margarita, más desaprensiva, sólo nota su brillo y su gloria, y el contraste entre aquella pompa que la rodea y el marco idílico en que apacentaba sus rebaños.

Mas hay en el grupo de aldeanos una mente tan turbada, un corazón tan afligido como el de la Doncella. Es su padre, Tibaldo de Arco, que ha llegado a la conclusión terrible para su espíritu creyente, de que Juana es un juguete del demonio.



Efectuadas las ceremonias del ritual, la admiración y reverencia se concentran en Juana. El mismo Carlos VII la señala a la multitud, y la multitud le contesta: «¡Viva la Doncella! ¡Viva la que nos ha salvado!» Pero alguien permanece mudo, abismado en sombrío dolor, y los ojos de Juana lo descubren: «¡Dios mío, mi padre!»



El aldeano se adelanta y habla con emocionada pero clara voz.



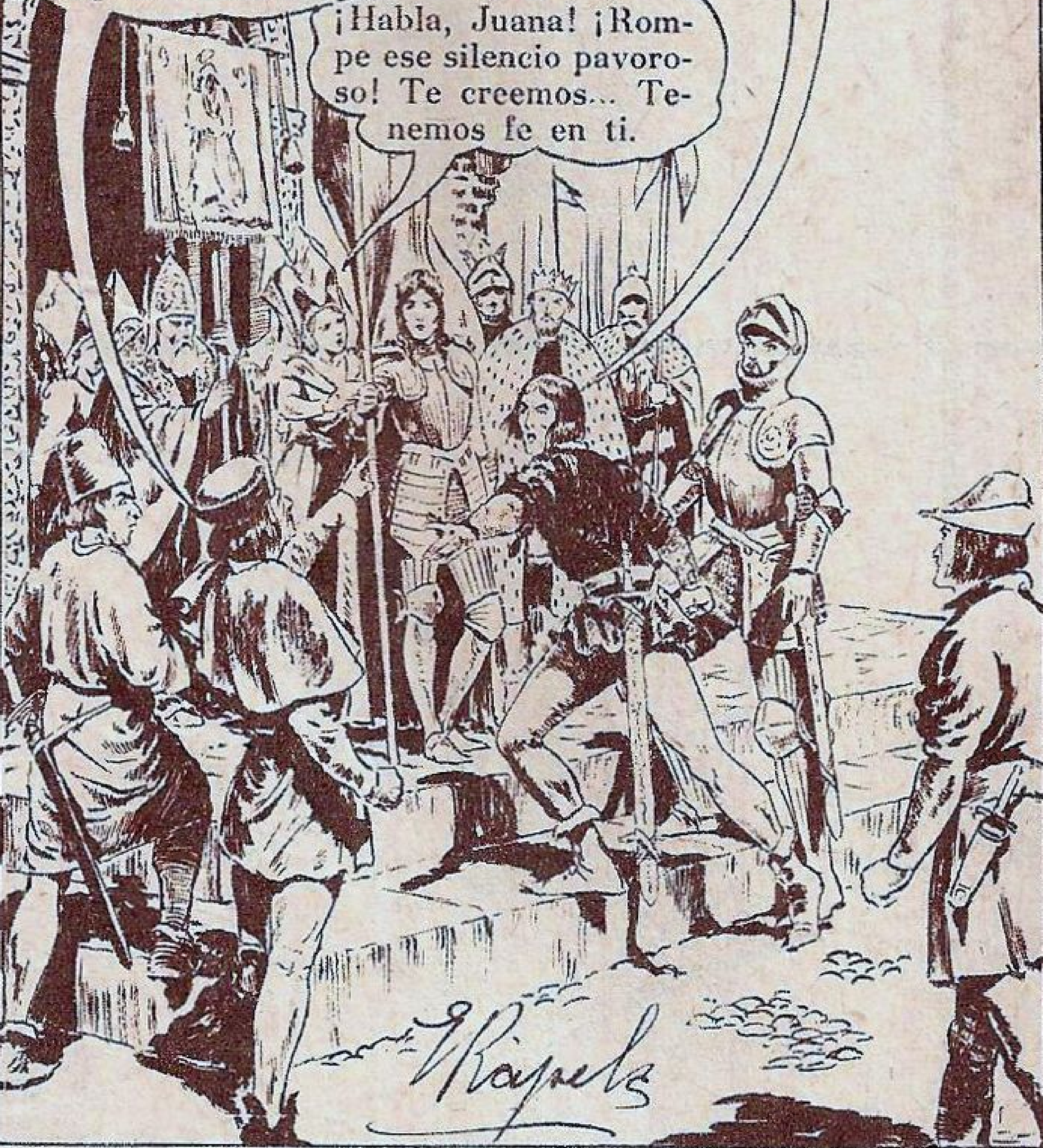


Un terror supersticioso empieza a propagarse en el concurso.

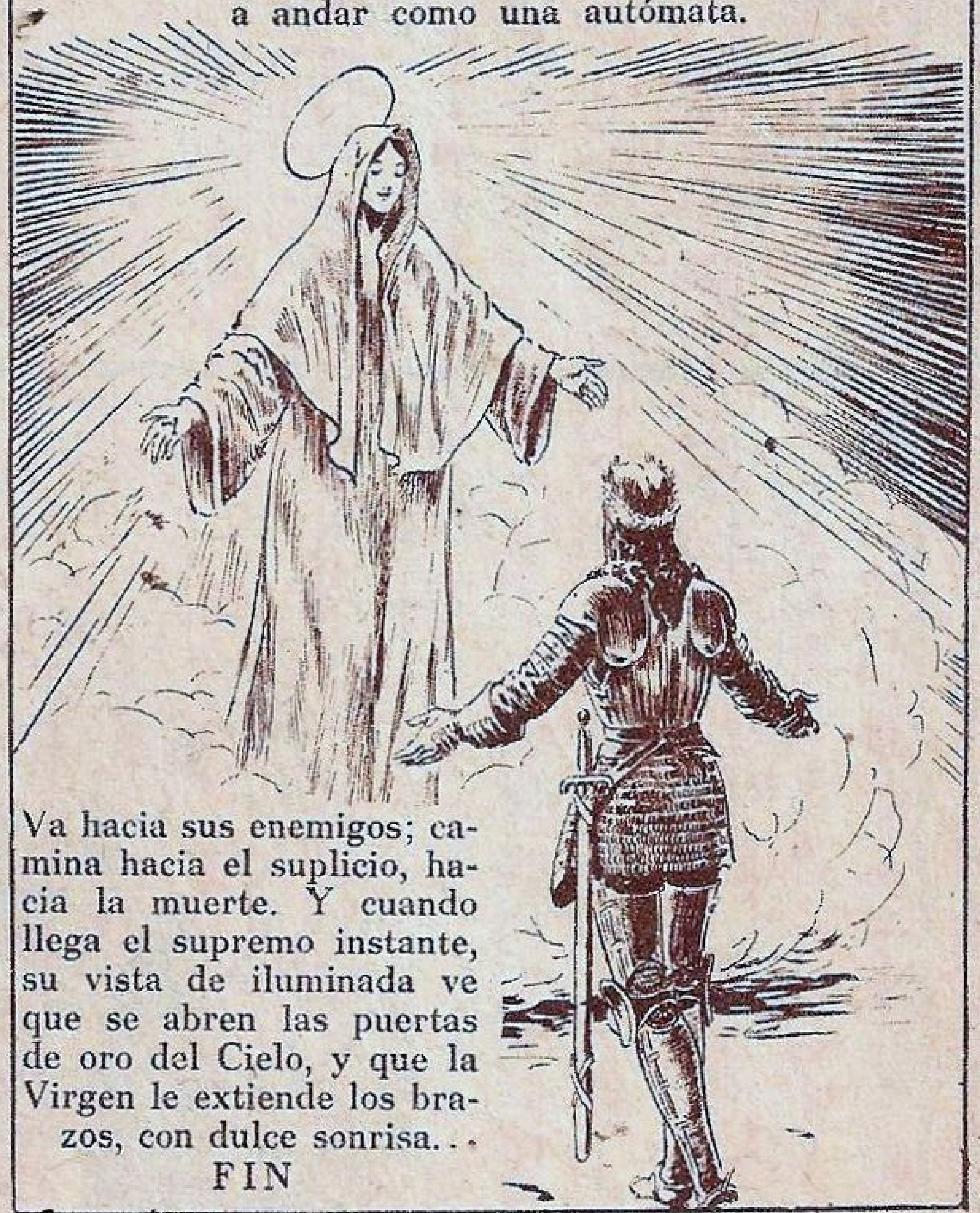


¡Con cuánta seguridad hubiese respondido poco antes Juana de Arco!

Pero ahora, perdida la fe en sí misma, Juana permanece callada.



Pero Juana enmudece. No quiere, no puede defenderse. Su padre la ha acusado, convencido de que ella está aún a tiempo de salvar su alma. El cree que su hija ha tentado a Dios al invocarlo falsamente; pero cree también que Juana expiará su culpa en la tierra y rescatará su ánima del poder de Satanás. Su palabra, corroborada por el mutismo de la Doncella, ha sumido en la duda al pueblo, a la corte, al Rey. Sólo resiste el amor del Bastardo de Orléans. ¿Con qué fruto? La voluntad de Juana está quebrada. Cuando todos se alejan de ella, cuando se siente sola, echa a andar como una autómata.



Va hacia sus enemigos; camina hacia el suplicio, hacia la muerte. Y cuando llega el supremo instante, su vista de iluminada ve que se abren las puertas de oro del Cielo, y que la Virgen le extiende los brazos, con dulce sonrisa...

FIN

CARLITOS

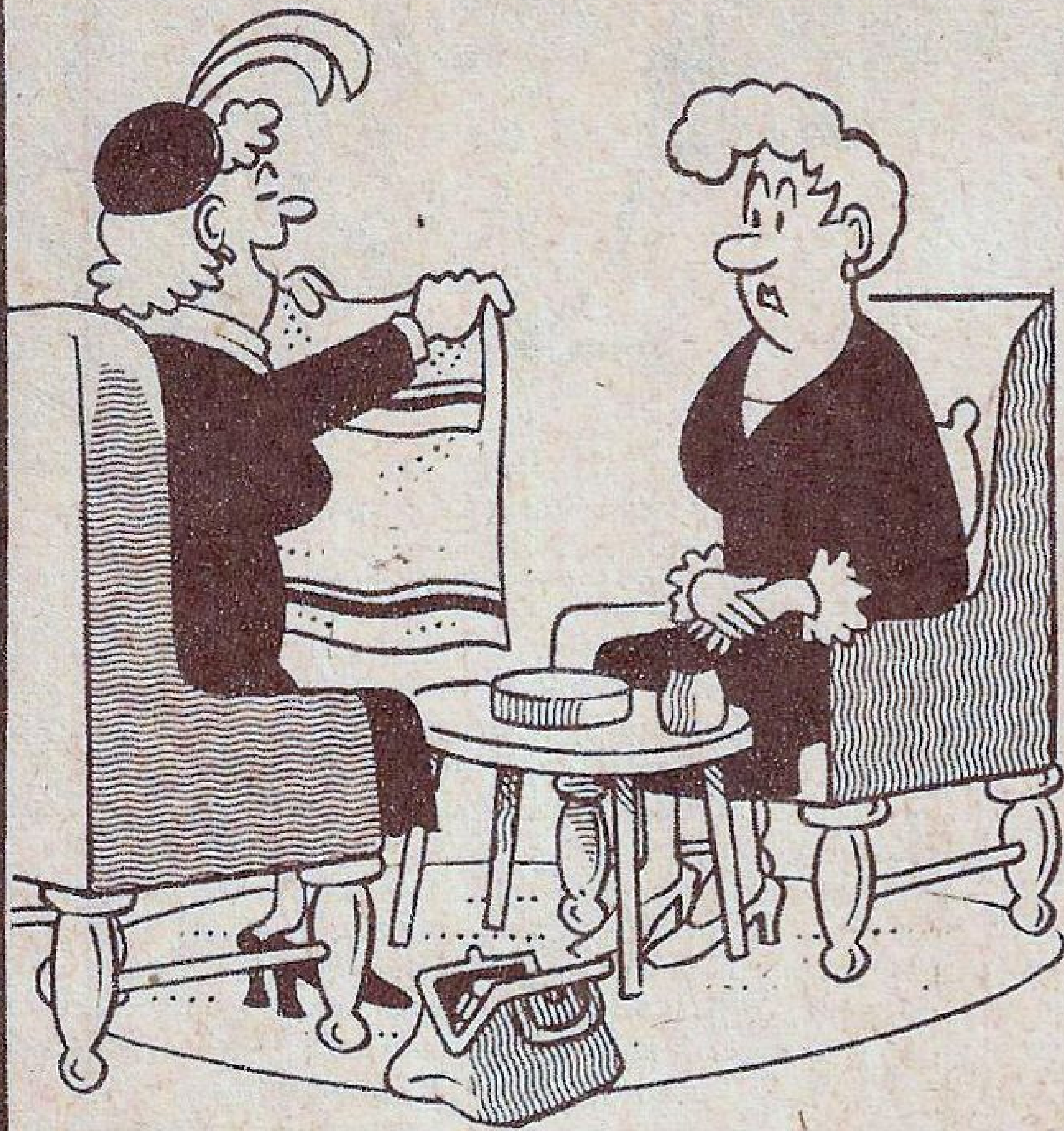




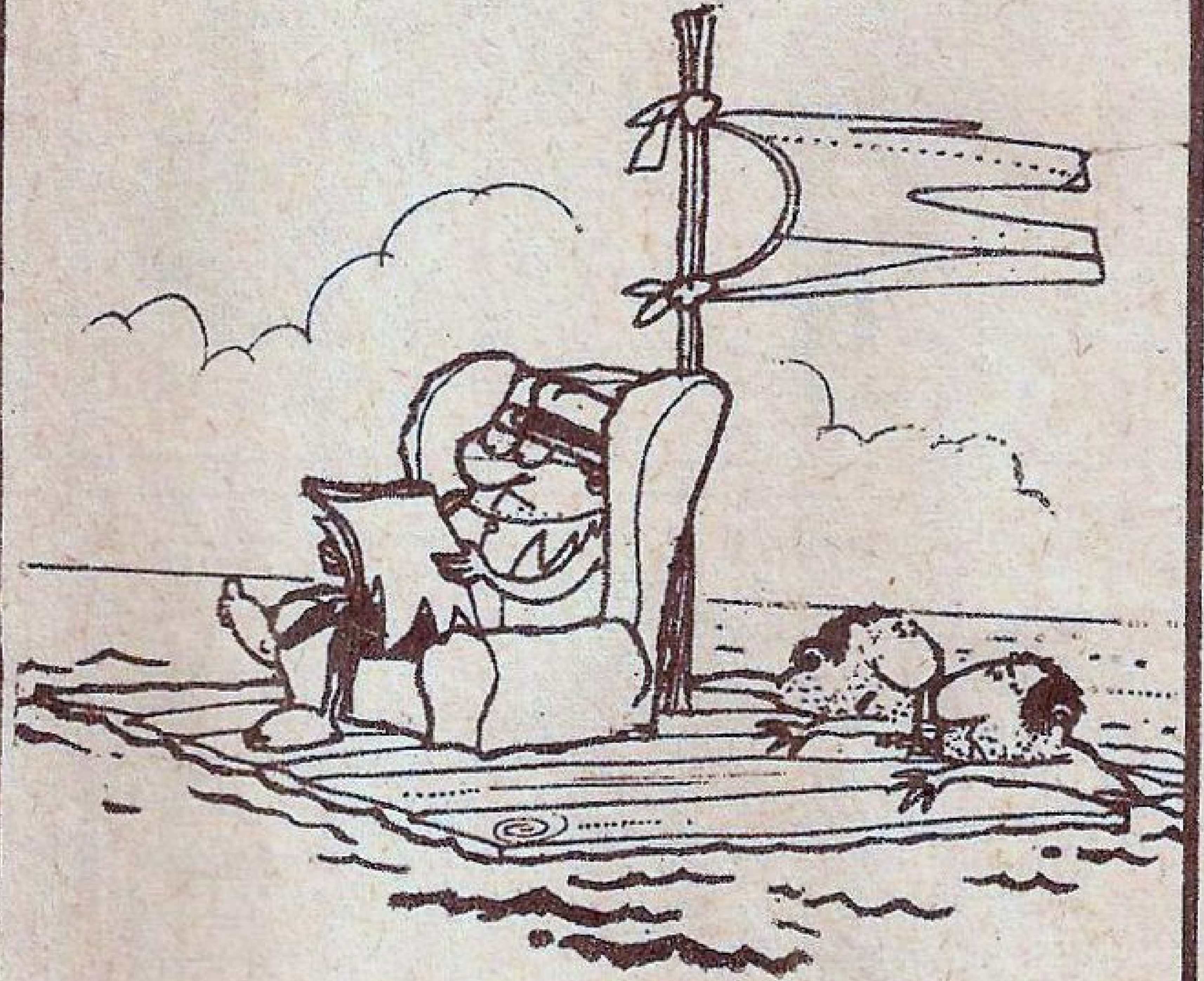




Y AHORA, SONRIA



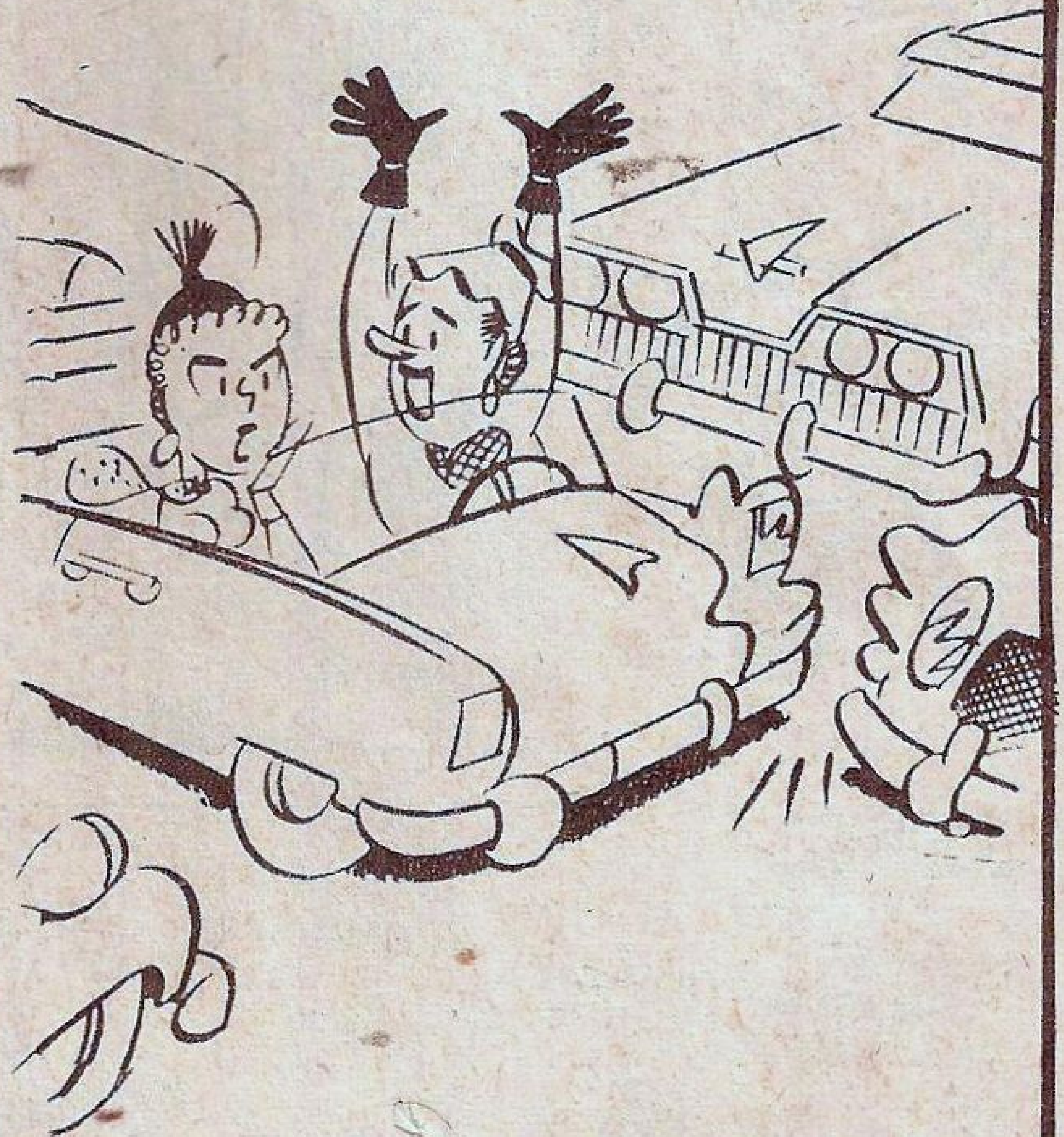
—No pude encontrar las referencias que me dio Lady Dorchester, señora, así que traje una de sus toallas bordadas para probarle que estuve en ese empleo.



—Dice que está reservada para pasajeros de primera clase.



—Te advertí que tuvieras cuidado al alquilar tu traje.



—Cuando me encuentro en un lugar difícil, levanto mis brazos y parecería que el camino se despejara para mí.

DISPAREN SOBRE EL PIANISTA

por F. D. GODIS

DIBUJOS DE HAUPT

ADAPTACION

Es de noche en París, y llueve...

¿Es agitado el Bar "Plyné"?

¡Jamás! ¡Usted puede ir con toda tranquilidad!

En el Bar "Plyné" toca Charlie Koler suaves melodías de versos inocentes.

Charlie es un excelente pianista . . .

Charlie Koler es un hombre poco robusto, de mirada triste . . .

Charlie; mi esposa quiere escuchar "Sobre las olas" . . .

Charlie sonríe a todo el mundo; su sonrisa es melancólica . . .

"Sobre las olas", muchachos. Para el señor y la señora D' Alue . . .

París se aquieta en aquel sitio de calma y seriedad: el Bar "Plyné" . . . El señor Plyné —hombre maduro y tranquilo— hacía un buen negocio . . .

Mi Bar es un sitio de paz. ¡Y casi todo París lo sabe!

Esa misma noche, y por una calle de París, un hombre corre con desesperación.

¡Su parecido con Charlie Koler es extraordinario . . .! Sin embargo se llama Chico Saroyan . . .

Uno, desde un auto, va a matar a Chico Saroyan...

¡No, Momo! ¡Harás que venga toda la policía de París! ¡No lo mates!

Chico Saroyan huye...

(¡El Bar "Plyné" . . .!)

PLYNE

BAR

El perseguido empuja la puerta del Bar . . .

¡Eduard! ¡Eduard!

La orquesta de Charlie Koler toca una antigua y deliciosa "java" . . . Y cuando terminan . . .

¡Eduard! ¡Hermano mío!


Chico Saroyan intentó abrazar al pianista, llamándole "hermano" . . .
¡No me llames Eduard . . ., sino Charlie! ¿Qué quieres? ¡Ven, sígueme!


Charlie Koler llevó a Chico Saroyan hasta su camarín . . .
¡Me quieren matar, hermano!


"HERMANO", pensó el pianista mirando al malhechor. ¡Y era verdad!
Los Saroyan nacieron en Reims. Quedaron sin padres desde niños. Jean tenía doce años; Chico, diez; Eduard, nueve, y Fido, cinco meses . . .
¡Tú y Jean son la desgracia de la familia!


En efecto, Jean y Chico Saroyan eran contrabandistas . . .
¡Y yo tuve que hacerme cargo de la educación del pobrecito Fido!
¡Has sido un padre para nuestro hermano menor!


—Fido iba a la escuela secundaria . . .
¡Gracias a mí tonto! ¡Eh! ¡Mientras ustedes se divertían!


Chico Saroyan intentó una débil defensa . . .
¡Tú tenías un alma buena, Eduard!
—¡No me digas Eduard! ¡Mi nombre artístico y personal es ahora Charlie! ¡Charlie Koler, como dice el cartel!


—¿Por qué no usas tu verdadero nombre?
¡No quiero acordarme del ayer! ¡El ayer me ha lastimado tanto!


El pianista del Bar "Plyné se ha puesto muy triste. Sólo cuando mira a Therèse, la hija del señor Plyné, se alegra. Es decir la hijastra. Therèse es cajera del "Plyné"...
(Para tí esta melodía, Therèse . . .)


Pero ahora hay que pensar en liberarse de ese hermano que ha manchado el buen nombre de los Saroyan. ¡El y el otro: Jean Saroyan!
¿Por qué no hacen una vida decente? ¿Por qué no trabajan?


A Chico Saroyan le fastidiaba cuando *le daban sermones* . . .
¡Termínala! ¿Eh? ¡Nosotros somos así, porque no somos tontos como tú!


Una trompada no le hubiera dolido tanto a Charlie Koler...
¿Soy tonto porque trabajo, porque cuido de Fido?


La chicharra del camarín indicaba que el pianista debía volver al Bar . . .
Ven, Chico. ¡Verás trabajar decentemente a un Saroyan!
¡Trabajando en una confitería en vez de estar en la Sala Pleyel!

–¡En la Pleyel tocan únicamente los grandes artistas!

¡Tú eras un gran artista, Eduard..., digo, Charlie! Qué pasó?

Charlie Koler no quería hurgar en su pasado...

El piano me espera, Chico. ¿Ya te marchas?

Los ojos del bandido espiaron por los vidrios de una puerta . . .

¡Momo y Ernst quieren matarme!

¿Qué nuevo lío . . .?

Dimos un golpe, y cuando llegó la hora del reparto, escapé. Jean debe de estar esperándome en Reims...

Y esos dos "socios" te esperan muy cerca de aquí para matarte, ¿eh?

Chico Saroyan mostró un puñado de francos nuevos . . .

¡Es la parte de esos! ¡Y me duele dársela a esos bandidos! ¡Son jugadores, y la tirarán en seguida!

El timbre oprimido por el señor Plyné volvió a hacerse escuchar . . .

Me llaman. ¡Adiós, Chico! ¡Y que Dios se apiade de ustedes!

Voy a escucharte un rato.

Mientras la pequeña banda de Charlie Koler ejecuta una música agradable, y la gente conversa, bebiendo aperitivos . . .

¡Sigues siendo un gran pianista, hermano! ¡Como te arruinas! ¡Tú eres concertista . . .

. . . y no aporrea-teclas! ¡Abandona esto y consíguete un empresario! ¡Debes colocar bien alto nuestro apellido!

¡No grites! ¿Oyes gritar a alguien aquí?

El vozarrón de Chico molestaba a los circunvecinos . . .

¿Qué sucede aquí? ¿Por qué grita, señor?

Discúlpelo . . . Es mi hermano.

La fisonomía de Plyné se alteró . . .

¡Aquí no grita nadie! ¿Entiende, Koler? ¡Y usted, salga inmediatamente!

Chico Saroyan lo atrapó de las solapas y lo estrujó con violencia...

¡Grito, si quiero! ¡Y lo golpeo a usted, si quiero! Sólo que . . .





















Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos


(...es bueno; estoy segura! ¡Mucho más bueno que Plyné!)


Plyné se casó con la madre de Therèse —una pobre mujer paralítica— por el dinero de ella...
(¡Un beneficio que le hago a la pobre! ¡Y que me hago a mí!).


Detrás de su máscara de sonrisa, Plyné era cruel, autoritario...
¿Dónde está Therèse? ¿La ha visto usted, Pierre?


Aquel mozo —Pierre— dijo a Plyné que había escuchado a la joven en una conversación telefónica con el pianista...
¿Con Charlie Koler? ¡Yo los arreglaré a esos!


A la mañana siguiente, Therèse caminaba por una calle de París, conversando con Charlie...
¡Mi padrastro lo va a echar! ¡Perderá el trabajo, Charlie!


Plyné entendió que aquellos jóvenes iban a enamorarse y que "tendría dos enemigos en la casa"...
(Y mi mujer puede darles su dinero, que es MI DINERO!)


Aquel rostro que sonreía era perfido, hipócrita...
Telefonearé a ese señor Ernst, comunicándole "algo muy sabroso"...
62.


¡Señor Ernst? ¡Ah, el señor Momo! ¿Cuánto me dan si les indico el paradero de Koler?


Una excelente pila de francos nuevos era "lo máximo" para Plyné...
¡Por supuesto! ¿De acuerdo, señor Ernst? Vengan por aquí ahora mismo...


A todo eso, Charlie y Therèse paseaban sobre la nieve de París . . .
¿Por qué no vuelve a ser el de antes, Charlie?


"¿Qué sabe de mi vida esta muchacha?", pensó el pianista . . .
¿Recuerda aquel programa del Catorce de noviembre de 1955 . . .


En las manos de Therèse había un programa de la Sala Pleyel . . .
¡Lo sé todo, Charlie! ¡Es decir, Eduard Saroyan!


En el programa, una fotografía del pianista lo mostraba con mucho más cabello del que ahora poseía. ¡Pero era él, Charlie Koler!
Sí. Soy yo . . . Eduard Saroyan. ¡Pero no quiero pensar en aquel tiempo!. . .


"¿Por qué? ¿Por qué?", insistió suavemente Therèse . . .
Aquel . . . fue mi tiempo de dicha, y de pena. Yo amaba . . .


En 1955 Eduard Saroyan planeó con su representante una serie de recitales. Luego de varios años de sacrificios espantosos, Eduard Saroyan podía ser considerado un excelente concertista de piano. ¡Había triunfado!
Yo era una adolescente. Mi madre me llevó a todos sus conciertos . . .


"En aquel tiempo yo era el hombre más feliz del mundo . . ."
Estaba de novio con Lena. ¡Ibamos a casarnos!


La angustia formó un nudo en la garganta del hombre . .
Sí. Nos casamos . . . ¡Yo ganaba tanto dinero . . .! ¡Y sin embargo, muchas veces el dinero no sirve para nada!


En ese mismo año de 1955, Lena falleció . . .
¡Oh, qué pena! ¿Cómo fue?


—Prefiero no continuar . . .
Se lo ruego, Charlie . . . ¡Oh, yo también le digo Charlie, en lugar de Eduard!


"¡Eduard! ¡Eduard! ¡Eduard Saroyan", repitió la joven estrujando contra su pecho el programa del 14 de noviembre de 1955; un programa que hablaba de Chopin, de Debussy, de De Falla, de Bartok . . . y del eminente Eduard Saroyan.
¡Cuénteme su vida, Eduard! ¡Hágalo . . . por su admiradora!


Los pasos del hombre sobre la nieve de París se hicieron más lentos . . .
Mi vida . . . ¡Mi vida empezaba con ella! ¡Mi novia, mi sueño de amor!
ETIEN


Eduard Saroyan replegóse sobre sí mismo. Le costaba recordar . . .
Lena empezó a sufrir por mi éxito enorme . . .
¿Celosa?


No. No sé..., pero se fue agotando de a poco. Cuando intenté una salvación desesperada, falleció...
ACIER


¡Ni cinco médicos pudieron devolverle la salud perdida! ¡Ella murió, matándome !


Y desde aquel invierno de su muerte, Eduard Saroyan terminó . . .
¡No puede ser! ¡No debe ser! ¡Eduard!


Me dediqué a mi hermano, a mi pequeño Fido, una criatura inteligente, que será médico, si Dios quiere...


En seguida tuve trabajo . . . en Marsella. Fido quedó en un colegio de París. Yo le enviaba dinero...


Cambié mi nombre por ese "Charlie Koler", ¡que es la máscara de mi dolor, de mi frustración ! . . .
¡Oh, Eduard, Eduard, yo voy a ayudarle a reconquistar su puesto en el arte! ¡Yo... lo quiero!


Estaban cerca del domicilio del pianista. Eduard Saroyan acarició las rosadas mejillas de Therèse, sin lugar a dudas una excelente muchacha..
¡No tengo suerte, Therèse! ¡Y no quiero arrastrarla!


—¡Ahora que me ha confesado su ayer, lo quiero más, Eduard! ¡Y voy a ayudarlo! ¡No soy una mujer débil!
¡Y yo soy un hombre solo en manos del destino!


Un coche se acercó al borde de la acera, se detuvo...
¡Quieto, Charlie Koler! ¡Venga con nosotros o. . .!
¡Y usted también, señorita!


Tuvieron que subir al "Peugeot"...
¡Perfecto el dato de Plyné!
¿De manera que Plyné les indicó la dirección de . . .?


Sí, señorita. Por una buena suma de francos nuevos. ¡El muy aprovechado!
¡El muy miserable!


Iban a llevarlos a Saint Denis.
Y si no me cuenta todo lo que sabe sobre Chico Saroyan, usted es hombre muerto, Charlie...


La muchacha dijo, muy sorprendida: "¿Chico Saroyan?
¡Sí! ¡Un gran amigo! ¡No me arrepiento de haberlo ayudado!
¡Un estafador! ¡El y su hermano Jean! ¡Dos buenas piezas!


Therèse iba sentada junto a Momo, adelante. Giró la cabeza...
¿Chico y Jean Saroyan? ¿Acaso malhechores!















En ese mismo momento, Therèse decía a su madre que iba a casarse de inmediato con el pianista, explicándole que se trataba del famoso Saroyan. Pero la intervención de Plyné trajo un gran disgusto...



La injuria tocó hondo en la carne del artista, que zamarreó a Plyné hasta hacerle golpear contra una de las columnas del Bar. Plyné tomó una cuchilla avalanzándose sobre Eduard. Pero el hombre no era sólo un virtuoso ejecutante del teclado. Golpeó a Plyné con certeza...



Desesperado, Plyné clavó sus uñas en la cara de Eduard, y ambos rodaron sobre el piso. Plyné apretaba la garganta del pianista. Iba a ahogarlo...

¡Ayyyyy!

Dos empleados del Bar vieron la escena. Lo vieron todo...

No se aflija, Charlie, yo diré exactamente lo que ocurrió, y por qué ocurrió. ¡Plyné era un miserable!

El pianista estaba abrazado a Therèse. La madre de la muchacha lloraba amargamente...

¿Me acompañas, Gastón? ¡Hay que ayudar a Charlie!

La horrorosa timidez de Eduard Saroyan volvió en aquel momento...

Señora... ¿Qué decirle? ¡Todo se ha precipitado!

¡Mi madre sabe que tú no serías capaz de matar, Eduard! ¡Pero Plyné era capaz de matar, de vender, de todo!

"¡Bueno, se terminó Charlie Koler!". Era la voz imperiosa de una persona del sexo masculino...

¡Ellos!

Eduard se estremeció viendo al pequeño Fido junto a Momo...

¡No! ¡A él, no! ¡El tiene que estudiar, hacer su vida pura! ¡El será un hombre de bien! El último de los... Saroyan. ¡Que él haga honor al apellido de sus antecesores!

Bueno, Charlie. Entonces nosotros dejamos aquí al niño... y tú nos acompañas. ¿Eh?

"Sí, sí, sí!", exclamó el pianista avalanzándose sobre Fido... –Hermanito querido. ¡Mi pequeño ídolo!

¡Te matarán, Charlie!

¡Ojalá mataran a "Charlie Koler", si es que viviera Eduard Sorayan!

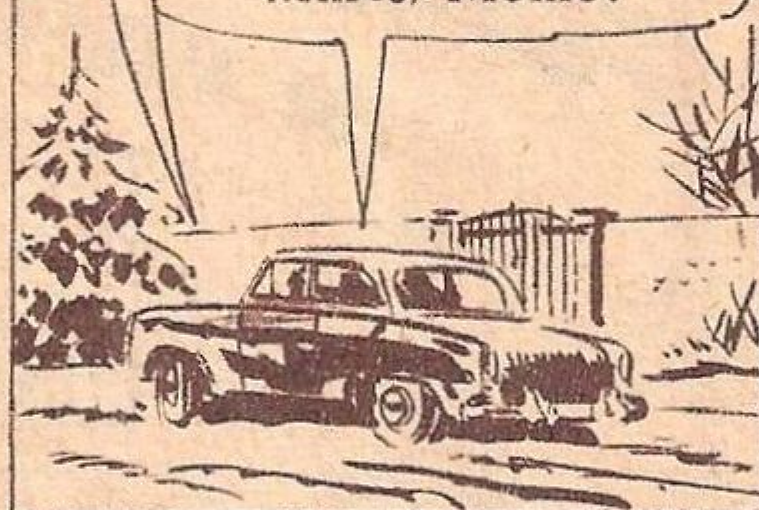
¡Vamos, vamos! ¡Condúcenos a ellos, y te largamos!

El pianista salió del Bar "Plyné". Detrás, los malhechores...

Es en Reims.... un chalet con dos cipreces al frente. En la misma entrada de Reims...











Resultó un duelo rapidísimo, terrible. Ametralladoras contra ametralladoras. Jean Saroyan cayó de bruces sobre los vidrios de la ventana ... Y cuando Ernst celebraba su triunfo, llegó el diluvio de proyectiles soltados por Chico. Ernst tiñó de rojo la nieve... Finalmente Momo... y Chico Saroyan.





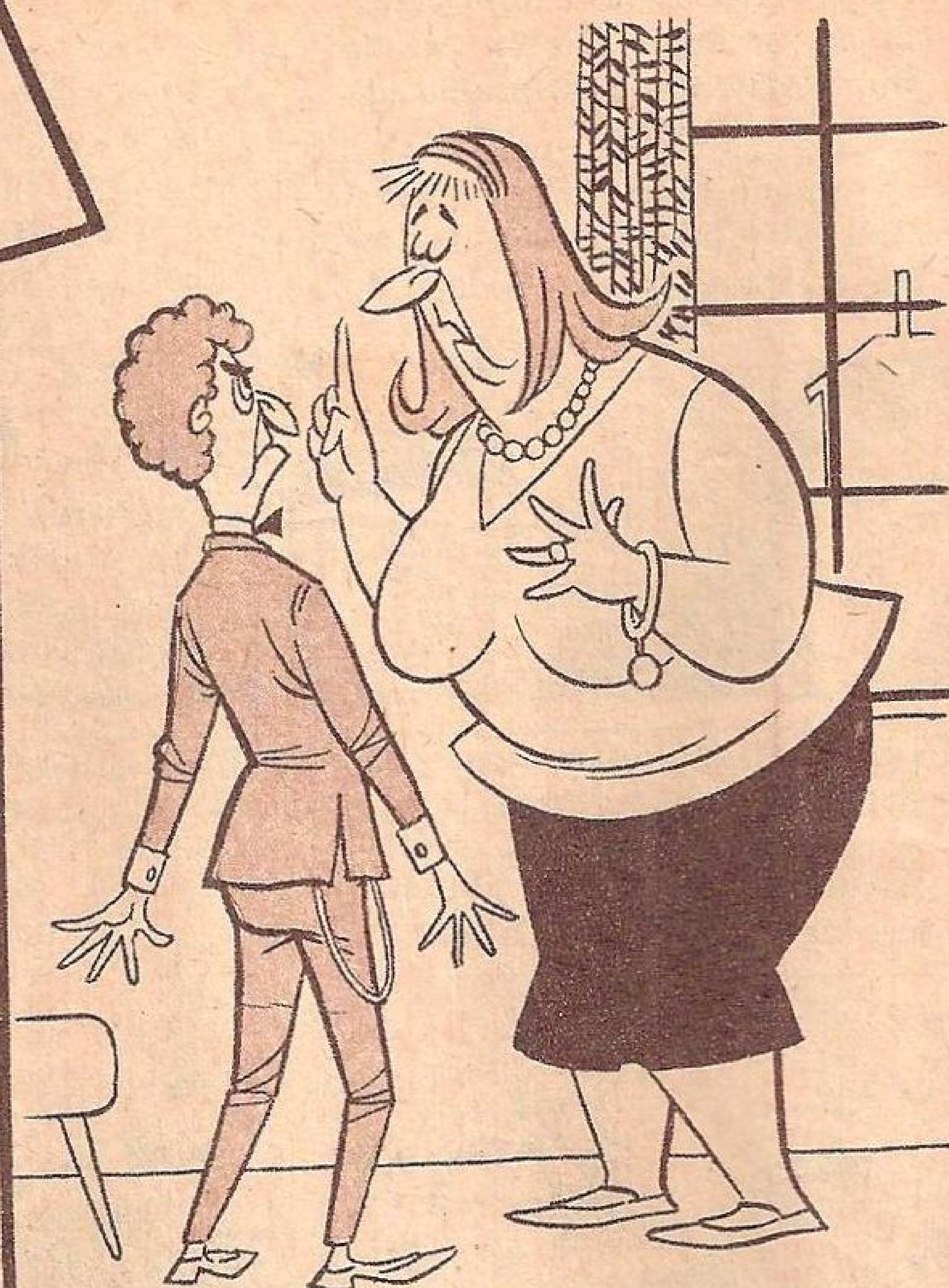








-SI TUS PADRES ME INVITAN A COMER, PUEDO LLEVARTE AL CINE...



-ALICIA TEMÍA CONTAGIARLE SU RESFRÍO... POR ESO DECIDIÓ SALIR CON ERNESTO...



-¿ESTO SIGNIFICA QUE TODO HA TERMINADO ENTRE NOSOTROS?



-¿QUIEREN ASIENTOS JUNTOS O SEPARADOS?

El amor de un bandido

Intervalo Álbum - año 1962

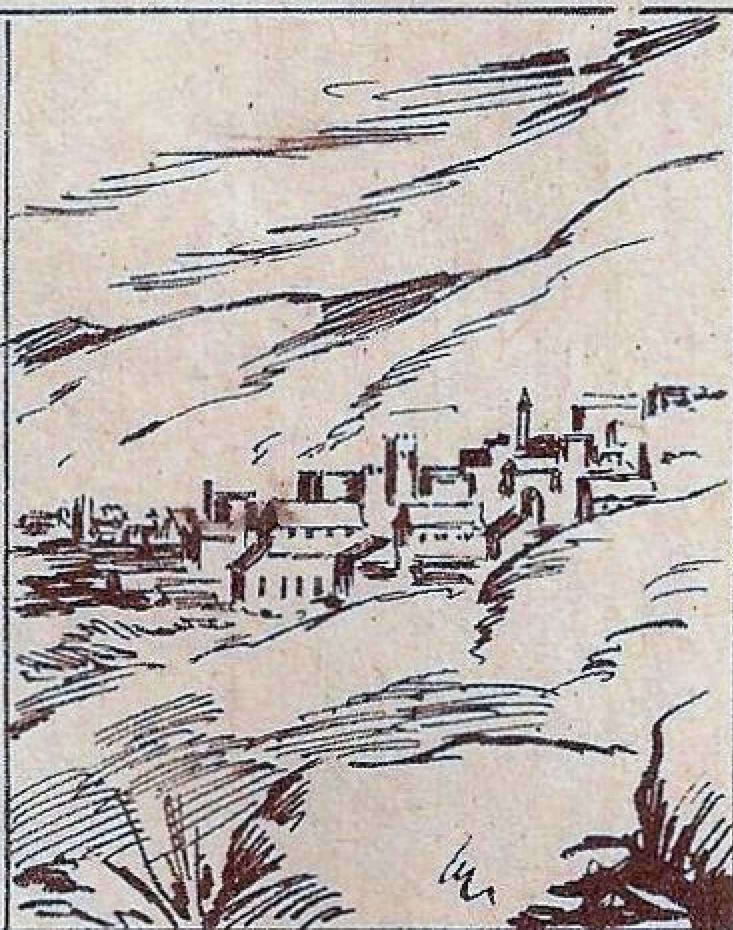
POR **STENDHAL**

ADAPTACIÓN

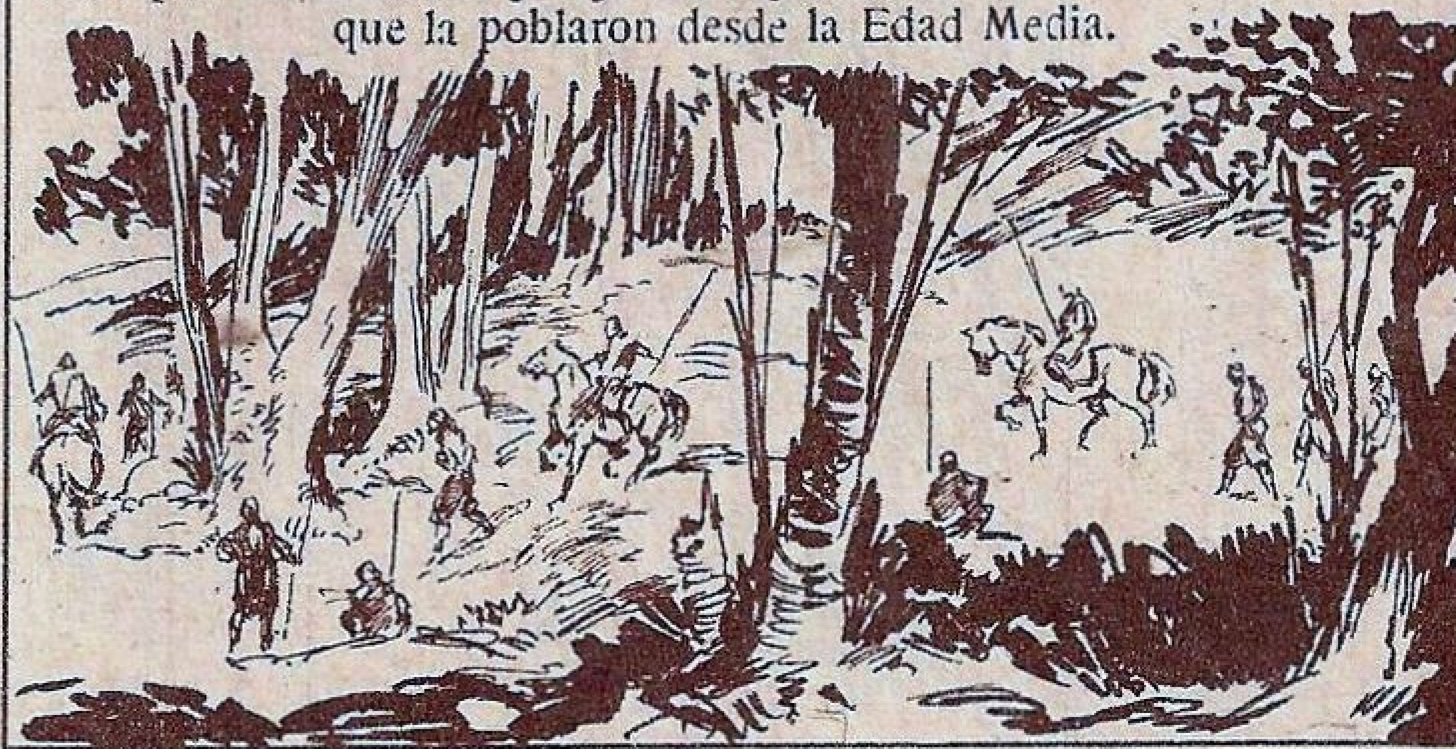
DIBUJOS DE **ARTURO CASTILLO**

Henri-Marie Beyle (1783—1842), universalmente conocido por el seudónimo de Stendhal, es uno de los más grandes y originales escritores franceses. Poseedor de una amplia cultura, andariego, se interesó por la historia, la literatura, la música y las artes plásticas. Fué íntimo amigo de Napoleón, a quien acompañó en su expedición guerrera por Italia. La admiración de Stendhal por este país, cuya historia y costumbres conocía a fondo, se reflejan en casi todas sus obras. El asunto de **El amor de un bandido** tiene un estrecho parentesco con **La abadesa de Castro,** hermosa novela del autor que ya conocen los lectores de INTERVALO.

A varias leguas de la antigua y gloriosa Roma, capital del Imperio Romano, se alza, emplazada en la pendiente de una montaña, la hermosa y pintoresca ciudad de Albano.

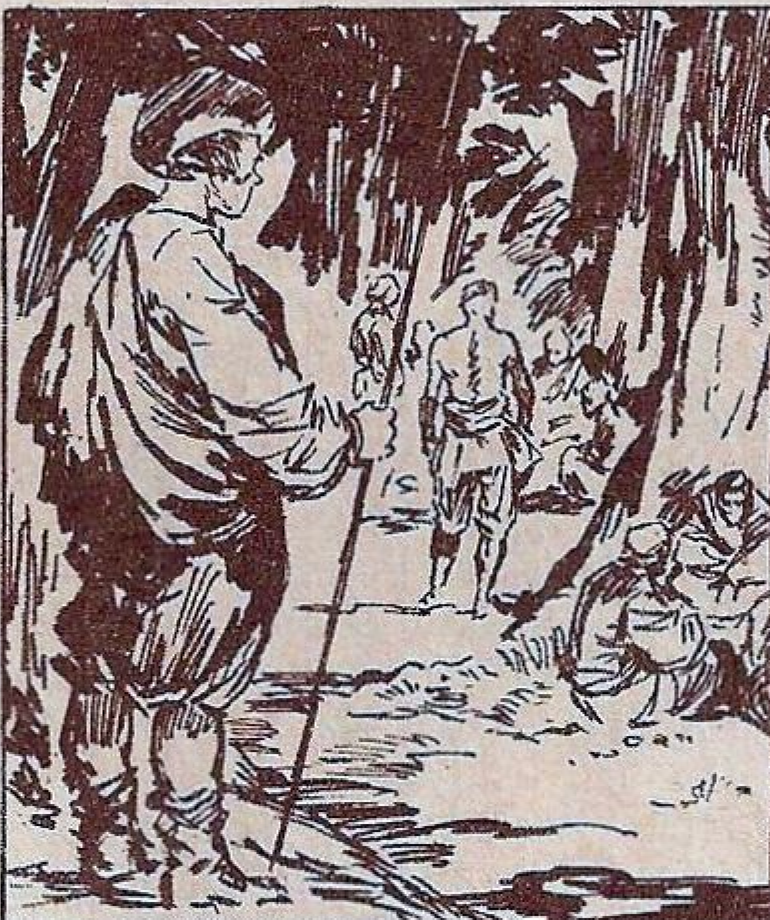


En torno de Albano se extiende, por varios kilómetros a la redonda, la vieja Selva de la Faggiola. Esta selva es famosa sobre todo por las historias y leyendas que se cuentan de los bandidos que la poblaron desde la Edad Media.





Esas historias son unas veces trágicas y sombrías, otras sanguinarias y feroces, pero la mayoría están rodeadas de una aureola poética, enriquecidas por el sentir popular. De este modo resulta que los bandidos se nos presentan como héroes que cuentan con nuestra adhesión, compasión y simpatía.



Esto, que puede parecer un contrasentido, no lo es, si se juzga imparcialmente a esos bandidos, pues, en verdad, eran verdaderos héroes en la mayoría de los casos. Vamos a explicarlo: cuando las ciudades italianas de fines de la Edad Media y comienzos del Renacimiento eran oprimidas, los republicanos más enérgicos, los que amaban la libertad en mayor grado que sus compatriotas, fueron perseguidos y se refugiaron en las montañas y en los bosques.

Los bandidos italianos del siglo XVI —los más famosos—, de los cuales tan mal se ha hablado sin conocerlos, eran, en su mayoría, proscritos políticos convertidos en guerrilleros, que hacían la oposición a los tiranos. El pueblo, vejado por estos, sentía una secreta y profunda simpatía por los "bandidos" y muchas veces vió en ellos su única esperanza de libertad.



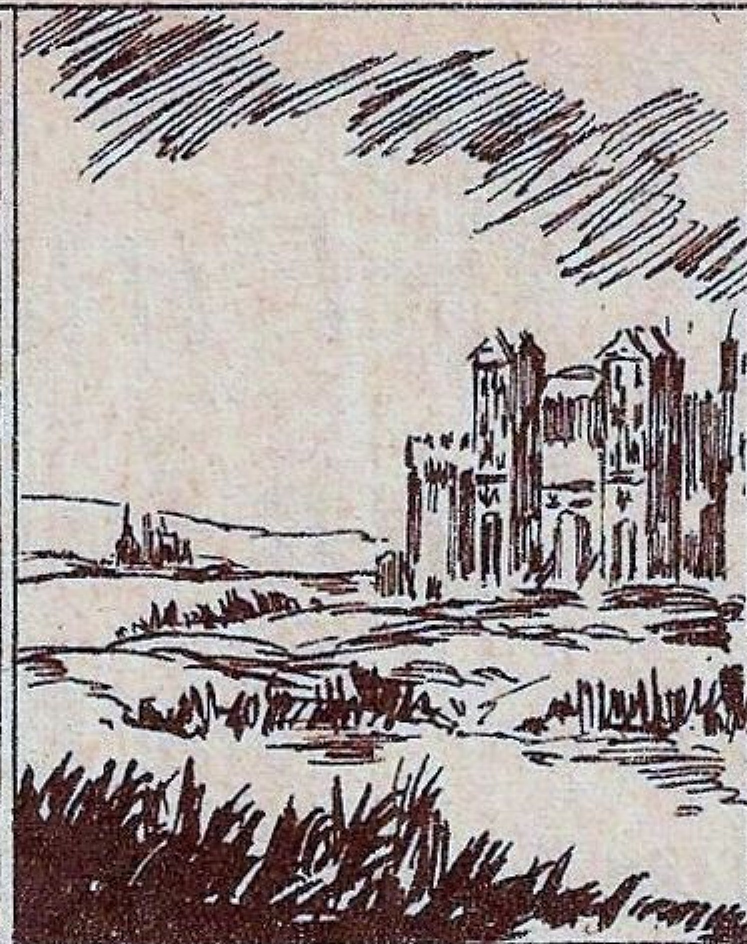
Entre los bandidos más famosos del siglo XVI pueden citarse Alfonso Piccolomini y Marco Sciarra. Tan temibles y poderosos fueron éstos, que los más grandes príncipes italianos disputaban para ganar sus favores. Tal el caso de Fabricio Colonna, quien se alió muchas veces con Sciarra para llevar la guerra contra Roma. Los capitanes del célebre bandido eran, casi todos, italianos proscritos por la sociedad, a...



...semejanza del Julio Branciforte, que figura como protagonista de **La abadesa de Castro**, obra basada en una leyenda que tiene ciertas conexiones con la que nos ocupa. Volvamos ahora a ésta... Sobre un vasto páramo que se abre en las cercanías de la moderna ciudad de Albano, a una legua escasa del sitio donde yacen las ruinas de Alba Longa —la antigua capital del Lacio—, se divisa un viejo castillo derruido



Junto a él se levanta otro hermoso castillo, verdadera joya de arquitectura, que, en cierto modo, no es más que la reproducción moderna del primitivo.



Visitaba yo por primera vez a Italia cuando, viajando de Roma a Nápoles, los descubrí. Como en aquel país se encuentran lugares históricos a cada paso, interrogué a un campesino.







Hice como me indicó el campesino. Llegué al moderno edificio y pregunté por aquel personaje, cuyo apellido no me era extraño del todo. Se me invitó a pasar al salón. Minutos después apareció un venerable anciano.

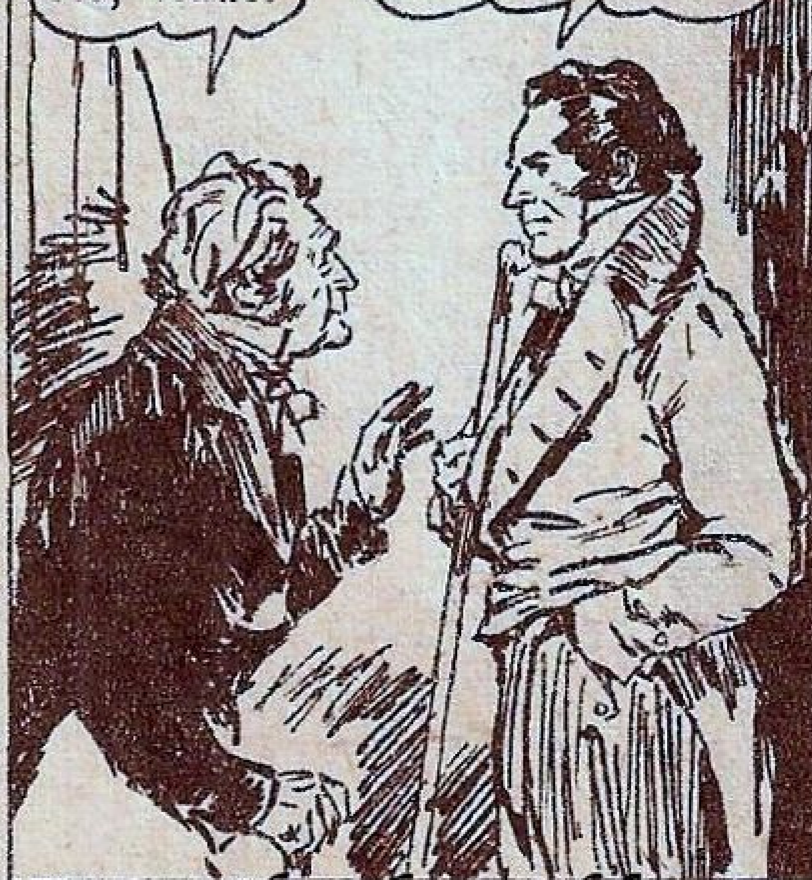


Le dije cuál era mi curiosidad, y él me respondió: —No sois el primero que viene a mi casa por el mismo motivo. Para mí es verdaderamente una honra atenderos. Cumplo, me parece, un deber, una misión moral... ¿Sabéis que el antepasado mío, en homenaje al cual se alza este palacio, fué un bandido, un famoso bandido?



Había oído sí, pero dije que no para no comprometer opiniones. El anciano expresó entonces: —Antes de contaros esa historia, acompañadme.





-Sí —respondió el anciano—, cuatro. Se han casado ya, y cada uno habita en su propia casa. Mi sitio está aquí, y no puedo abandonarlo hasta que muera. Luego lo ocupará mi hijo mayor. La tradición lo quiere así.



Pregunté quién era Lucrecia Rogeri, y el anciano me señaló un enorme retrato, realizado por un célebre pintor italiano, que se veía en la pared del salón.



Le pedí al anciano Atilio Masaro que me contara la apasionante historia. Nos sentamos junto a la chimenea, y el crepúsculo de aquella tarde de invierno nos sorprendió aún allí. La historia que me contó es la que sigue.



El castillo de Rogeri fué edificado hacia 1540 por Francisco Rogeri. Hombre riquísimo, culto y conocedor de la historia y las artes, su casa fué amueblada y decorada con verdadero gusto y esplendor, y a ella concurrían a menudo los grandes artistas romanos de aquel tiempo.



El señor Rogeri se casó con una hermosa heredera y tuvo dos hijos. Pablo, el mayor, llevaba doce años a su hermana, una preciosa niña a quien habían puesto el nombre de Lucrecia en homenaje a la célebre heroína romana.



En 1560, Pablo tenía quince años, y su hermana, tres. El hijo mayor de Rogeri, criado en aquel ambiente de artistas y personas aristocráticas y cultas, se entregó desde temprano a las aficiones que distinguían a su padre.



Guapo, rico y espiritualmente ambicioso, ejercía una singular atracción sobre las gentes. Muchas jóvenes, hijas de las más nobles y acaudaladas familias de la comarca, habían salido del palacio Rogeri más admiradas del mancebo que de las obras de arte allí existentes.



En 1561, otra rica y encumbrada familia italiana fué a establecerse en un castillo muy próximo al de Rogeri: era la de los Masaro.



Distintos en el temperamento y en los gustos, estos hermanos eran muy poco comunicativos entre sí. María, sensible a la música y a las artes plásticas, comenzó...





... a visitar el castillo de los Rogeri en compañía de su padre, quien estaba unido por una vieja y estrecha amistad con don Francisco.

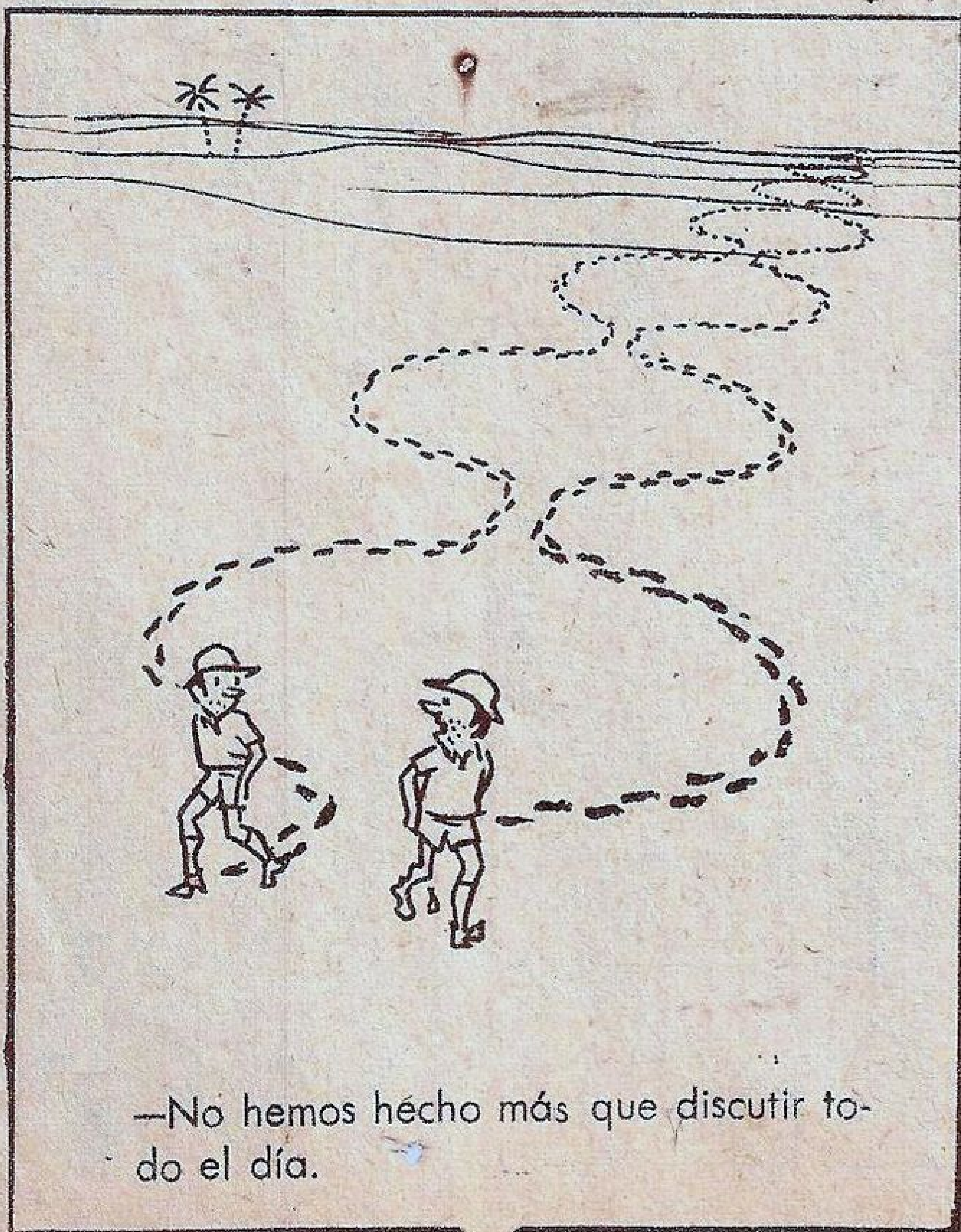
Juan, por su parte, visitó a sus vecinos en dos o tres ocasiones, pero como aquel ambiente le resultaba pesado y aburrido, no volvió.



QUE RISA

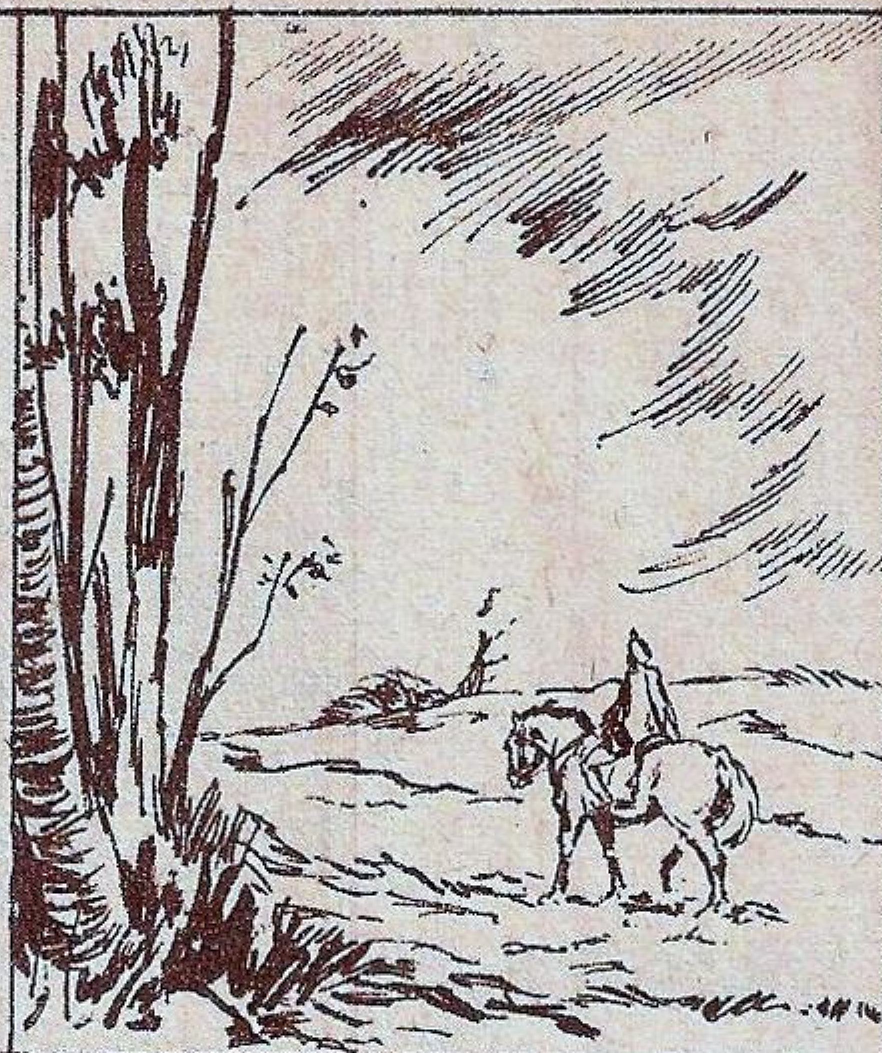


—¿Eso significa que vas a usar todas tus joyas esta noche, Sara?



—No hemos hécho más que discutir todo el día.

Aficionado a cabalgar, el adolescente comenzó por hacer algunos paseos en torno al castillo de su padre. Luego, poco a poco, fué...





...extendiendo sus recorridos hasta que por fin aventuróse en sus incursiones a penetrar en la Selva de la Faggiola. Un misterioso influjo magnético ejercía ésta por aquel tiempo sobre los jóvenes. Es que en la selva moraban célebres, románticos bandidos, transfigurados por la imaginación en héroes ideales.

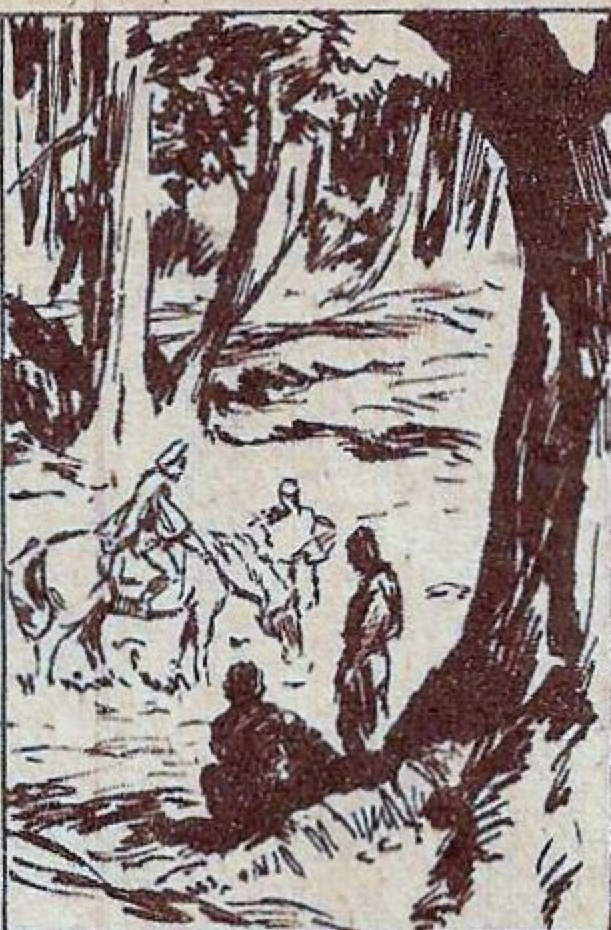
No fué ajeno a tal influencia Juan Masaro. En sus paseos vió muchas veces a algunos de esos "héroes" y hasta trabó conversación con uno: Bruno Caraccioli. Era éste un individuo alto y fornido. Sus facciones eran hasta cierto punto simpáticas, pero se contraían en expresión siniestra cuando hablaba de sus enemigos de Roma.



Juan no volvió a ver a Caraccioli, pero se encontró en varias ocasiones con uno de sus capitanes: **Cortadedos.** Le habían dado este apodo —según él mismo explicó al joven Masaro— después del asalto de un castillo florentino, donde se vió obligado a cortar los dedos a sus víctimas para despojarlas de las sortijas.

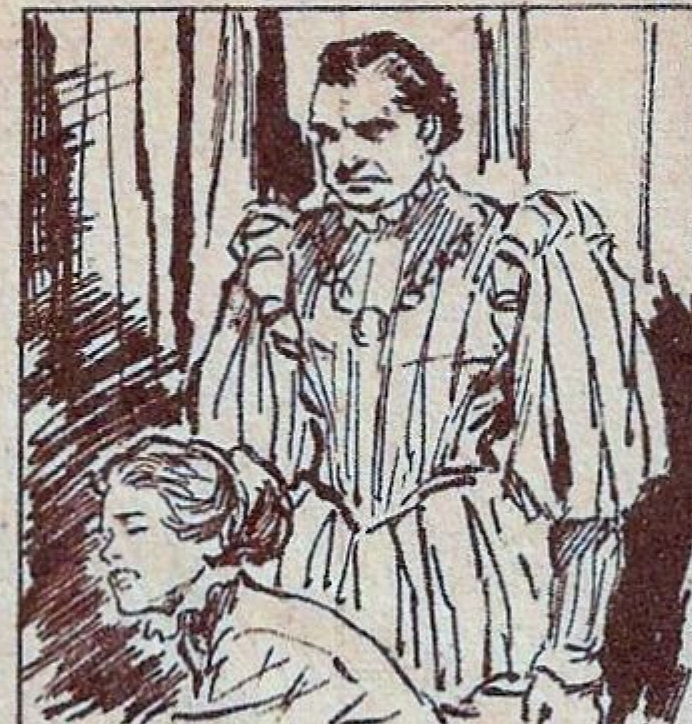


Luis Masaro odiaba a los bandidos, tanto por idiosincrasia como por saberlos enemigos políticos de su partido, que era el reinante, y estaba lejos de suponer las relaciones que su h i j o se iba creando en la Faggiola; más aún, ignoraba las cabalgatas de Juan a la selva.



Juan, por su parte, se cuidaba muy bien de decir a los bandidos el apellido de su padre, pues sabía que ello le habría de acarrear la muerte o el secuestro inmediato.





Un año después falleció el señor Masaro. De e s t e modo Juan y M a r í a heredaron una caudalosa fortuna.



El joven Masaro dejó a su hermana en el castillo de Albano y marchó a Roma, donde se e n t r e g ó a desenfrenados p l a ceres y a gastos que, en un año, lo dejaron en la ruina.

Volvió a la casa paterna con el deshonesto propósito de conseguir que su hermana le prestara parte de su dote para continuar su libertinaje. —He perdido mi capital en un negocio —pretextó— y deseo recuperarlo. Necesito para ello tu ayuda económica.





La reacción de Juan, injustificada por cierto, no se hizo e s p erar. Com e n z ó p o r censurar acerbamente a su hermana el no haberle comunicado antes su determinación.





—Es que nunca te interesaste ni por lo que hizo y dijo mi padre ni por saber qué sentía, qué sufría y qué amaba esta hermana tuya q u e quedó huérfana y a la que abandonaste como a un extraño. María habló con sinceridad y valentía, pero...



...sus razones no tuvieron poder para ablandar la conciencia de a q u el joven indolente y semisalvaje que era entonces J u a n Masaro. Furioso, ordenó encerrar a su hermana en la prisión del castillo.



Pablo Rogeri, enterado de esto por la doncella de María, se presentó en el castillo vecino para abogar por su novia, pero fué arrojado de allí humillantemente.



Antes que satisfacer su orgullo personal, Pablo pensó en rescatar a su amada de la prisión. Con ese propósito, reunió a una veintena de sus amigos más íntimos y los proveyó de armas.



Mas tampoco llegó a tiempo la justicia que quiso llevar a cabo por sus propias manos el joven Rogeri. Esa misma tarde se anunció que María Masaro había fallecido a consecuencias de un síncope cardíaco. Un médico certificó esto último.



Cuando el señor Francisco Rogeri se enteró de la manera como había ocurrido la desgracia, no pudo contener su indignación y presentó un escrito a la justicia para acusar a Juan Masaro de haber provocado la muerte de la joven. Refrendaban la acusación influyentes personajes de la comarca que habían conocido a María y la estimaban tanto como despreciaban a su desordenado hermano.

Juan Masaro fué procesado y encerrado después en una prisión romana. Ni los jueces, ni Rogeri y su hijo hicieron caso de sus manifestaciones de arrepentimiento.





Sin embargo, el arrepentimiento era sincero. Pablo Rogeri, desconsolado por la pérdida de la mujer a la que amaba apasionadamente, se consagró a la religión. Cinco años después de la muerte de su novia recibió las órdenes de sacerdote y comenzó a ejercer su misión en Roma.



Juan Masaro, en tanto, permanecía en su encierro. Tras apelar a cuantos recursos tuvo al alcance para obtener la libertad, había caído en un terrible estado de exasperación. Juraba que era inocente, proclamando que Dios ya lo había perdonado, porque se había arrepentido, y no cesaba de maldecir a los Rogeri.

Por fin, cansado de buscar su libertad con recursos legales, se dispuso a obtenerla de cualquier modo. El mismo día que se enteró de que Pablo Rogeri se había ordenado de sacerdote concibió un plan. Escribió a éste una carta en la que le...





. . .pedía que fuese a visitarlo, pues necesitaba urgentemente sus recursos espirituales y quería hacerle una "tremenda" confesión.

El padre Pablo solicitó la autorización correspondiente y se presentó en la celda del prisionero.



Apenas el guardián había cerrado la puerta tras sí, Masaro se abalanzó contra el sacerdote y lo tomó del cuello.



—No era malo; me arrepentí de mis culpas..., pero no me escuchasteis. La cárcel me ha convertido en un demonio. ¡Pronto, dame tus ropas, o te mataré!



El sacerdote obedeció, más que por miedo, por resignación, por una extraña compasión que habían despertado en su alma las palabras del hermano de María. Juan se puso rápidamente el hábito de clérigo y obligó a Pablo a ponerse su traje de penado.

Ahora me marcharé. Júrame que has de permanecer en mi celda, sin gritar, hasta dentro de una hora.





Arrojándose sobre Rogeri, Juan lo tomó por el cuello y comenzó a apretar con fuerza. —¡Jura!

Bien, juro que permaneceré aquí sin denunciarte hasta dentro de una hora... Pero que te conste que no juro por temor a la muerte en sí, sino porque no quiero morir dejando a mi hermana huérfana en este mundo.





Rogeri se refería a Lucrecia, que contaba unos doce años y vivía en el castillo de Albano bajo la protección de su hermano desde la muerte del padre.

Las palabras del sacerdote no consiguieron conmover a Masaro, quien minutos después recuperó su libertad, pues los carceleros lo dejaron salir confundiéndolo con el clérigo que había entrado poco antes.



Una vez fuera de Roma, Masaro se encaminó a su castillo de Albano. Una fuerza misteriosa parecía empujarlo hacia él. En el camino, las gentes lo saludaban respetuosamente.



Cuando arribó al parque, el sol estaba alto todavía, y le pareció conveniente esperar la noche para entrar. Así, sentóse en un banco que ocultaba un seto de rosales. Hacía un rato que estaba allí, concentrado en sus pensamientos, cuando. . .



. . .le pareció oír risas infantiles. Miró en torno, pero no vió a nadie. Sin embargo, estaba en lo cierto. Una niña, que paseaba por aquel parque con su institutriz, era quien había reído, pero, al ver a aquel sacerdote que descansaba en el banco, debió de confundirlo con otra persona, porque. . .

ALEGRESE



—No comience a gritar, miss Murton: usted es capaz de provocar una avalancha.



— Yo sugeriría que vieran a un buen consejero matrimonial antes de casarse.



. . . avanzó sigilosamente por entre los rosales hasta colocarse detrás de él. De pronto le cubrió los ojos con sus manos, a modo de venda.



Juan se incorporó sobresaltado, y la niña retrocedió espantada.



—Mi nombre es Lucrecia, y mi hermano es Pablo Rogeri, un sacerdote... Está en Roma, pero viene a visitarme todas las semanas. Al veros ahí sentado os confundí con él..





Masaro padecía el mayor atolondramiento de su vida. De pronto, huyó por entre los árboles, como un loco, dejando sorprendida a la inocente niña.

La Selva de la Faggiola se le ofrecía como un refugio, y en ella se internó Juan. Conocía, además, a Caraccioli y a muchos de sus capitanes y no vaciló en dirigirse al cuartel del famoso bandido.

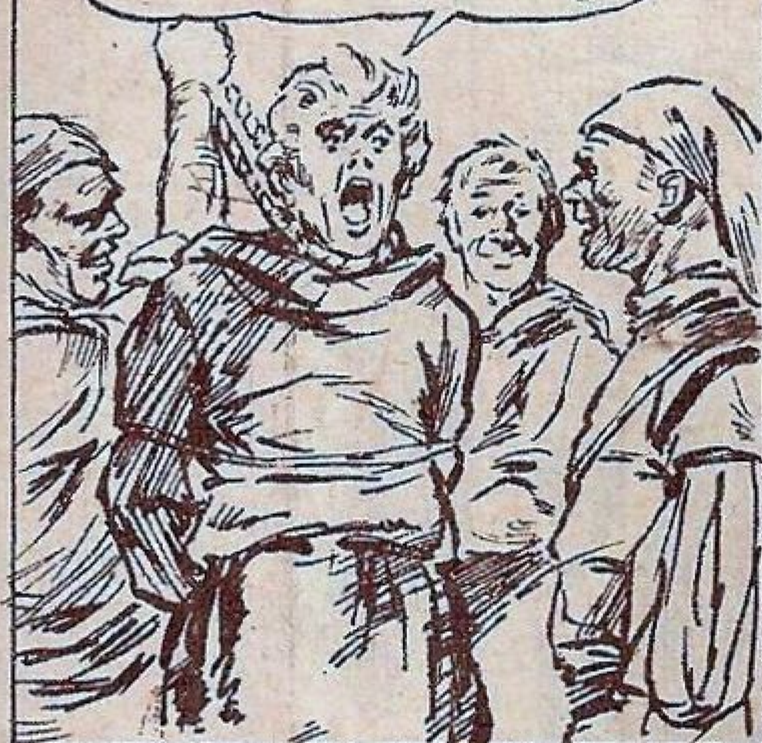


El traje de sacerdote era un serio inconveniente para viajar por aquellos sitios, pero, como no había modo de cambiarlo por otro, debió marchar con él. Un día llevaba de marcha, cuando se sintió rodeado por un grupo de jinetes.



Atado de pies y manos, Masaro fué conducido al cuartel general. Caraccioli, que estaba ese día de mal humor, ordenó que lo colgaran.





Fué llamado este último, que se mostró sorprendido.

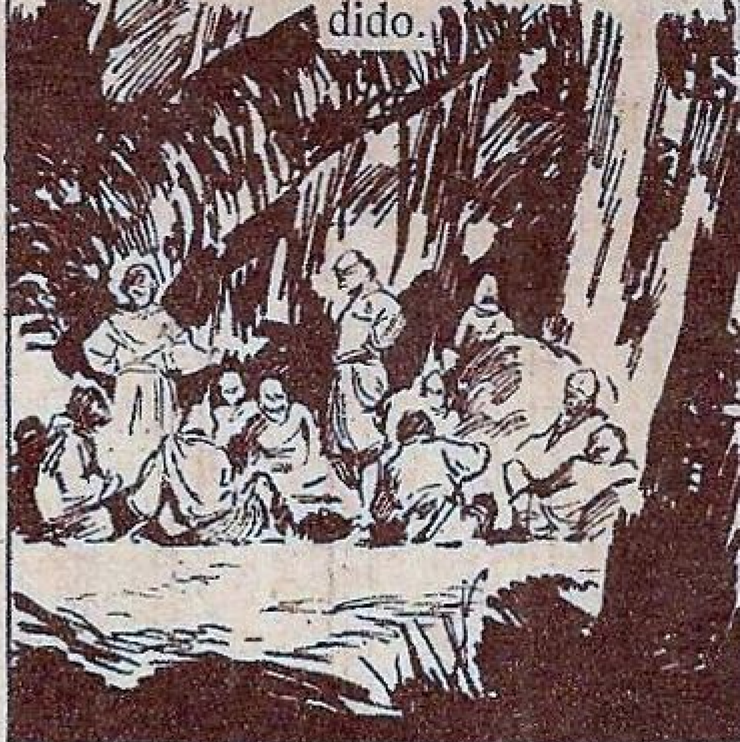


Luego fué llevado a presencia de Caraccioli, quien no recordaba a Masaro —pues lo había visto sólo una vez, como hemos dicho, y cuando era aún un adolescente—, pero, cuando se enteró de la condena que purgaba y de la estratagema que había usado para escapar, cortó la entrevista de este modo:





De este modo, casi involuntariamente, obligado por las circunstancias, Juan Masaro se hizo bandido.



Joven, valiente, arriesgado, cubrióse al poco tiempo de esa triste fama que aureolaba la cabeza de los bandidos que habitaron la Selva de la Faggiola. Sin embargo, en aquel ambiente de hombres fuera de la ley, Masaro observó una conducta ejemplar.



También él estaba fuera de la ley, puesto que de otro modo no se hubiese encontrado allí, pero jamás robó ni mató como algunos de sus camaradas por el bárbaro placer de robar o matar. Sólo iba a la lucha para defender la causa que había adoptado, y al hacerlo sentía que estaba defendiendo su vida y la de centenares de proscritos políticos arrojados injustamente por los gobiernos tiránicos del seno de la sociedad italiana.

Si en el seno de la sociedad legal Juan Masaro pasó por un descarriado, allí en la selva, viviendo entre hombres de vida y costumbres descarriadas, pasó por hombre recto, sensato y hasta de buen corazón. Esto hizo...





...que se le fortaleciera el carácter y que fuese diferenciando dentro de sí con plena conciencia los dos valores morales que presiden la acción de los hombres en la vida de relación: el bien y el mal. Y, sin darse cuenta, Juan Masaro se puso de parte del bien.

Esta metamorfosis de sus sentimientos duró cinco años. Así, aquel joven insensible que contemplaba imperturbablemente las mayores crueldades de un bandido, se rebelaba ahora contra el más leve desmán que no fuese cometido por imperio de las circunstancias. Tal conducta le valió un extraordinario respeto de sus compañeros, pero, en cambio, le fué granjeando la enemistad del jefe.



Caraccioli, más que temerlo, sentía ante él una especie de bochorno, porque Juan Masaro era, frente a él, el espejo donde se reflejaban, por contraste, todas sus acciones miserables y todas sus bajezas.



Seis años hacía que Masaro vivía en la selva cuando ocurrió un suceso que vino a modificar el curso de su vida. Una noche Caraccioli emprendió una de sus temibles incursiones de saqueo por la campiña de Albano. Serían las dos de la madrugada, cuando Juan, que había quedado custodiando el cuartel general, oyó tropel de caballos. Mandó...



...encender antorchas y se mantuvo en expectación. De pronto, Caraccioli apareció en el camino. Traía



cautiva a una mujer, cuyo rostro permanecía cubierto, y se adelantó hacia Masaro.





SONRIA



—No puedo recomendarle nada para comer, señor... Lo único bueno aquí es el espectáculo...



—¿Con la agencia de colocaciones? ¿Podría enviarme otra dactilógrafa? ¿Otra que..., en fin..., tenga mejor carácter?


El ejército ha salido a perseguirnos. Mis fuerzas luchan contra ellos a la entrada de la selva, en las proximidades del Monte del Diablo... Haré concentrar allí las tropas de todos mis capitanes.


¿Me necesitáis allá?
Por ahora no... Ya sabéis: cuidadme a esa mujer como a un tesoro, o me responderéis de ella con el pellejo. Hasta pronto, capitán Masaro.


Juan hizo conducir a la joven a su tienda. Una vez allí le ordenó que se quitara el espeso velo que le cubría el rostro. La desconocida permaneció inmóvil en el centro de la habitación. Parecía mirarlo sorprendida.


¿Por qué no me obedecéis?


Porque ha paralizado mis manos el horror... Jamás imaginé que mis ojos contemplarían a Juan Masaro convertido en cobarde y miserable bandido.


Masaro, que acababa de sentarse, se incorporó como impulsado por un resorte y arrancó de un manotazo el velo a la cautiva.
¿Quién diablos eres? No te conozco, y tú sí a mí... ¡Explícame esto!


La última vez que me visteis tenía yo doce años y os confundí con mi hermano.


¿Sois Lucrecia Rogeri entonces?
Sí, por desgracia.


Nada espero después de lo que me han contado de vos y de lo que vuestra presencia en este antro de bandidos me está diciendo..., pero, si queda en vuestra alma algo de aquella honorabilidad que caracterizó a vuestra familia, voy a pediros un favor. Dadme muerte antes de que nadie me ultraje.


Si me complacéis, por lo menos me llevaré de la vida un recuerdo más grato de vos.
Quizá me juzguéis con excesivo rigor, señorita... Si yo fuese el monstruo que creéis no toleraría que me trataseis de ese modo...


Cualquier otro capitán de Caraccioli os hubiese derribado de una bofetada u os hubiera degollado por lo mismo.


"Escuchadme, señorita Lucrecia —prosiguió Masaro—. Lo que yo soy ahora no es más que el resultado de una vida que comenzó desordenadamente. Mi padre me quería mucho y desde niño no me privó de ninguna de las comodidades materiales de la gente de mi condición. Tampoco me privó de libertad... Mas me privó de lo único que un padre tiene el deber de dar a sus hijos."


Me privó de esa continua, tenaz vigilancia del amor paterno que guía nuestro espíritu hacia las fuentes del bien, de la cultura.

"Nuestra casa estaba más cerca de la vuestra, que era un centro de cultura, que de esta selva, que era un antro de barbarie, el refugio de los hombres que quedaban al margen de la ley, de la política... ¿Por qué, en vez de internarme en la Faggiola, no visitaba el castillo Rogeri? Nunca oí a mi padre establecer la diferencia que había entre una y otro; no me enseñó que entre las actividades de los bandidos y las actividades que se desarrollaban en vuestra casa había distintos valores morales."



"Mi padre —continuó Masaro— murió cuando más lo necesitaba, y yo, que había vivido sin más dirección moral que la que me proporcionaba el instinto, terminé de desviarme y me hundí en el caos. El desastre moral que me produjo la muerte de mi hermana despertó mi conciencia y, de habérseme escuchado, habría rehecho mi vida... No me escucharon, y la cárcel, en vez de corregirme, me arrojó en la desesperación y terminó por hacerme aún más salvaje."





"¿Creéis que pude olvidar a aquella niña que me cubrió los ojos con sus inocentes manitas en el parque del castillo Masaro? No, nunca la olvidé, y hasta creo que el recuerdo constante de aquella escena, que me ha acosado como una fiera en las largas noches de la selva, es el factor que más ha contribuído a mi redención." Lucrecia, que había permanecido silenciosa hasta ese momento, levantó la cabeza.



—De la transformación moral que ha tenido lugar en mi alma —respondió Masaro. Luego continuó hablando. Lucrecia estaba impresionada por aquellos razonamientos que le hacían ver aspectos de la vida que ignoraba.



Al día siguiente, Masaro y Lucrecia Rogeri partían a caballo del cuartel de Caraccioli. Atravesando intrincadas y peligrosas regiones de la selva, se...



... dirigieron a Nápoles. Allí, Masaro dejó a la joven en un convento haciéndole jurar que no descubriría a nadie, ni siquiera a su hermano, dónde se hallaba ella.




Masaro entró en Roma audazmente, pero al presentarse en casa de Pablo Rogeri —quien merced a sus relevantes méritos era ya obispo— fué detenido.
¿Qué nueva fechoría tramas, miserable? ¿Hasta dónde llega tu atrevimiento?


Juan se arrodilló ante el ministro de Dios. —Si me perdonáis mi pasado, si me devolvéis el favor de vuestra amistad, os devolveré algo que para vos vale quizá más que la vida: Lucrecia, vuestra hermana.

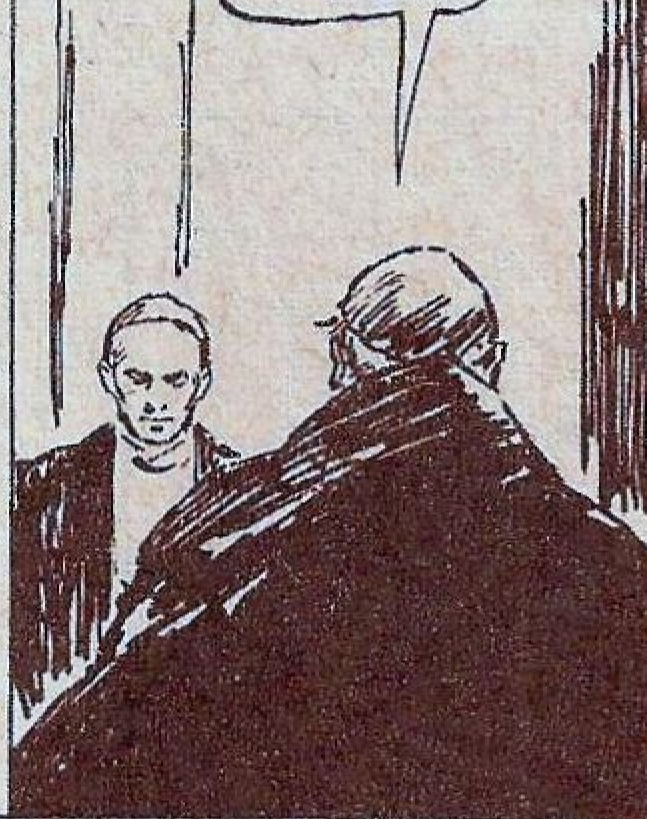

¡Canalla! ¿De modo que tú fuiste el que la raptaste? ¿Qué te propones? ¡Habla! ¿Dónde está mi hermana?


Juan se lo dijo. El obispo lo hizo conducir a una prisión, donde permaneció hasta el arribo de Lucrecia a Roma. La conversación que ésta mantuvo con Pablo sirvió para que el noble obispo perdonara a Masaro y para que iniciara la rehabilitación social de éste.


El trato frecuente de Lucrecia y Juan hizo nacer un apasionado amor entre ambos. Un día, después de confesarse recíprocamente que se amaban, Masaro tomó una extraña determinación.
Mi conciencia me dice que no estoy a tu altura. Voy a emprender una hazaña que, a salir vencedor, me hará sentirme digno de ti.


¿Qué hazaña es ésa?


Aniquilar al bandido Caraccioli, cuyos desmanes tienen aterradas a las gentes.


Por mediación del obispo Rogeri, el gobierno accedió a poner un centenar de hombres valientes y bien pertrechados al mando de Masaro. Hasta el Papa se interesó en el asunto.
¿Respondéis por ese ex bandido?


Con mi propia vida. Cuando un hombre de las condiciones espirituales de Masaro reconquista lo que él ha reconquistado, podéis poner las manos en el fuego, pues no os defraudará.


Tenía razón el obispo Rogeri. No los defraudó Juan Masaro, pues dos meses después arrasó la guarida de Caraccioli en la Selva de la Faggiola y se presentó en la plaza de Roma trayendo al bandido, atado de pies y manos, sobre la grupa de su magnífico caballo.


Esta acción le granjeó enorme estima entre las altas clases, las que le estaban agradecidas por haberlas librado de aquella espada de Damocles suspendida sobre sus cabezas que fué Caraccioli.


Un año después, en una iglesia de Albano, celebróse el casamiento de Lucrecia Rogeri con Juan Masaro.

PARA SONREIR



—A propósito, ¿has leído ese artículo sobre los efectos que puede causar el ruido en el sistema nervioso?



—Por supuesto que ésa es una carta mía; aún estoy enojada como para hablar contigo.

Fueron muy felices, y el ex bandido no desperdiciaba ocasión de practicar el bien y de borrar con acciones nobles y heroicas los recuerdos de aquél triste pasado que ensombrecía los comienzos de su vida.



Tuvo tres hijos con Lucrecia, y con ellos el nombre de la familia recobró el brillo de sus tiempos más gloriosos.



Este fué, resumido, el relato que Atilio Masaro me hizo de sus antepasados. De vez en cuando, mientras hablaba, su mirada se dirigía al retrato de Lucrecia Rogeri.

Por fin, Atilio concluyó: —Los nietos de Lucrecia y Juan fueron igualmente dignos que sus antecesores. El mayor de ellos heredó estas propiedades. Mandó derribar el castillo de Masaro y edificó en su lugar el flamante edificio en que os halláis. Quiso que fuera una especie de museo de nuestra familia, e instauró la tradición de que el primogénito de cada generación morase en él y lo custodiase...

..."hasta el final de su vida, momento en que la antorcha viviente de nuestra veneración sería recogida por el descendiente a quien correspondiese."





Una sonrisa patriarcal y hermosa se dibujó en los labios de Atilio, y al mirar el retrato por última vez descubrí que aquella sonrisa era idéntica a otra con que eternamente sonreía Lucrecia Rogeri.

FIN

Brujas, la muerta

Por JORGE RODENBACH

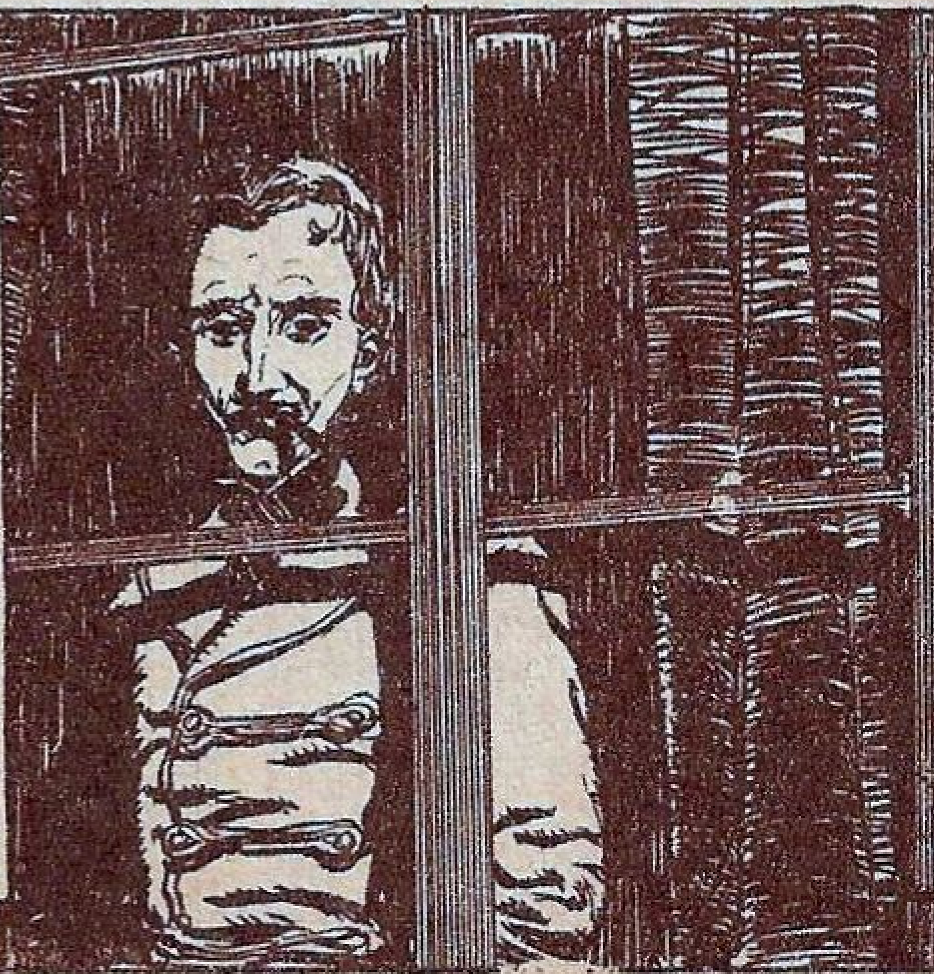
ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE MARIUS

Jorge Rodenbach nació en Tournai (Bélgica) el año 1855. Abogado como otras dos figuras representativas de las letras de su país —Veraheren y Maeterlinck—, Rodenbach obtuvo triunfos ruidosos en el foro, antes de encerrarse en un caserón de la ciudad que luego evocaría en páginas inmarcesibles. Fué en París donde este escritor conquistó la fama, que se asienta sobre un libro de versos —«El reino del silencio», 1891— y una novela —«Brujas, la muerta», 1892—, aunque salieron de su pluma no menos de catorce libros de cuentos, poesías y ensayos críticos. Y en París se extinguió, de un ataque de apendicitis, el 25 de diciembre de 1898. El mundo culto de Europa y de América acaba de recordarlo con admiración en el cincuentenario de su prematura muerte.

El día declinaba, ensombreciendo los corredores y cubriendo de obscuridad los cristales de la vasta casa silenciosa, sobre el muelle del Rosario, en la ciudad de Brujas.

Diariamente, a esa hora, Hugo Viane tenía por costumbre salir. Desocupado, solitario, pasaba el día entero en una vasta habitación del primer piso de esa finca. Leía poco —revistas, viejos libros—, fumaba mucho. Perdido en sus recuerdos, forjaba mil quimeras tras las ventanas que se miraban en el agua.



Hacía ya cinco años que llevaba esa vida, desde que se instaló allí, al día siguiente de la muerte de su mujer. ¡Cinco años!... La idea de la viudez no se apartaba de su mente. «Viudo»: palabra irremediable y breve, de dos sílabas, sin eco. Palabra gris que designa a seres aislados. La separación había sido terrible para él, que conoció el amor en el lujo, los placeres, los viajes a países extraños, en cada uno de los cuales se renueva el idilio; durante diez años, no sólo la delicia de una vida conyugal ejemplar, sino la pasión intacta, la emoción continua, el beso apenas moderado, la vibración armónica de dos seres, almas distintas y fundidas, sin embargo.

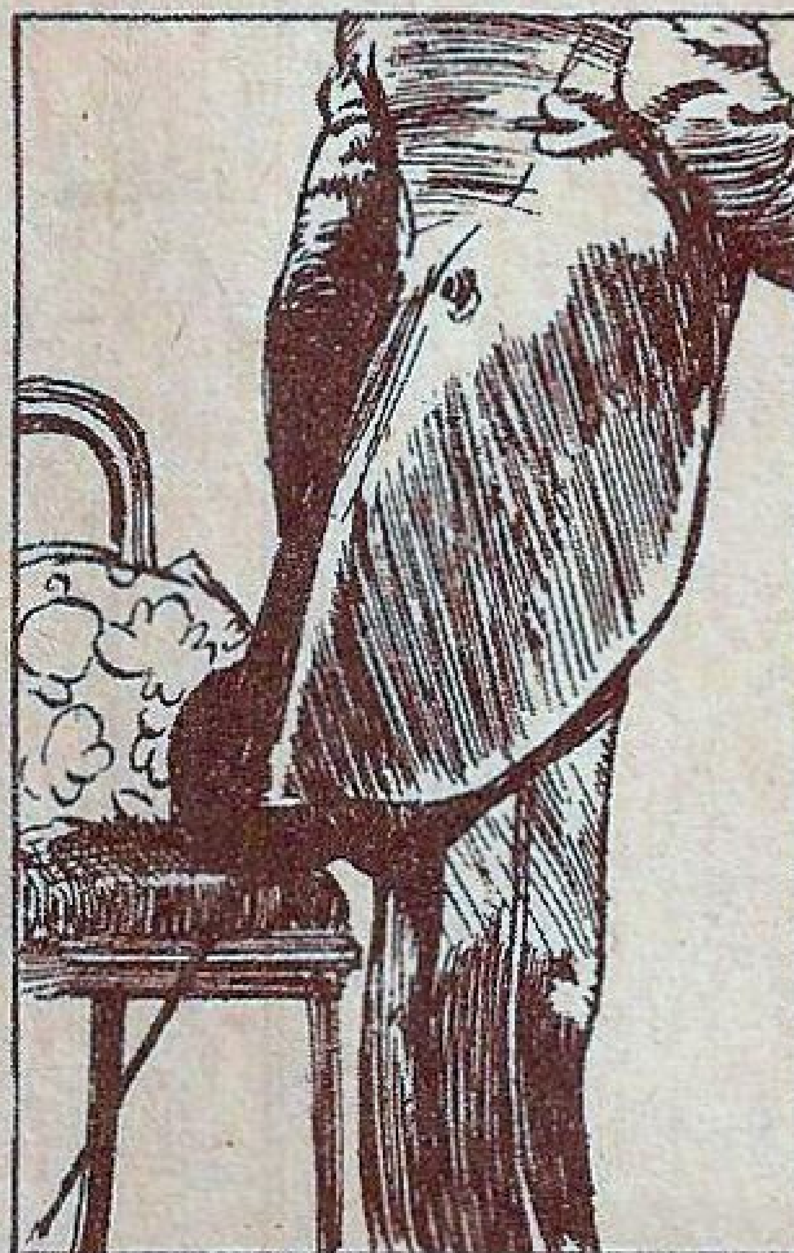
La muerte había sobrevenido cuando "ella" frisaba en la treintena, después de pocas semanas en cama. El veía siempre en ese último día, marchita y blanca como un cirio, a la que había adorado tan bella con su tez de flor, sus ojos de grandes y obscuras pupilas sobre el nácar de la piel, y el cabello largo, rubio y ondulante, que, extendido, le cubría toda la espalda.



Del cadáver, Hugo había cortado la cabellera, y para poder contemplarla a su sabor y librarla de las contaminaciones del aire húmedo, había tenido la idea ingenua de colocarla en un estuche transparente que permanecía sobre el piano.



He ahí algo que seguía teniendo vida, un oro que no envejecía nunca. ¿No es como una piedad de la muerte? La Parca lo arruina todo, pero respeta las cabelleras. Los ojos, los labios, todo se anubla y se desvanece; los cabellos ni siquiera se descoloran. ¡Sólo en ellos se sobrevive!



Aquel día el viudo volvió a vivir, más dolorosamente si cabe, todo su pasado, influído por el tiempo gris de noviembre, en el que diríase que las campanas siembran por el aire polvareda de sones, especie de ceniza de los siglos. No obstante, decidió salir, como otras veces, porque le agradaba pasear en la penumbra del crepúsculo y buscar melancolías análogas a su duelo en los solitarios canales y en los barrios apartados de la ciudad.



Al descender al piso bajo de su vivienda, vió abiertas de par en par las puertas, generalmente cerradas. En medio del silencio, alzó la voz llamando a su vieja criada: «¡Bárbara! ¡Bárbara!»

No tardó en aparecer Bárbara, y adivinó la razón de que la buscara su amo.

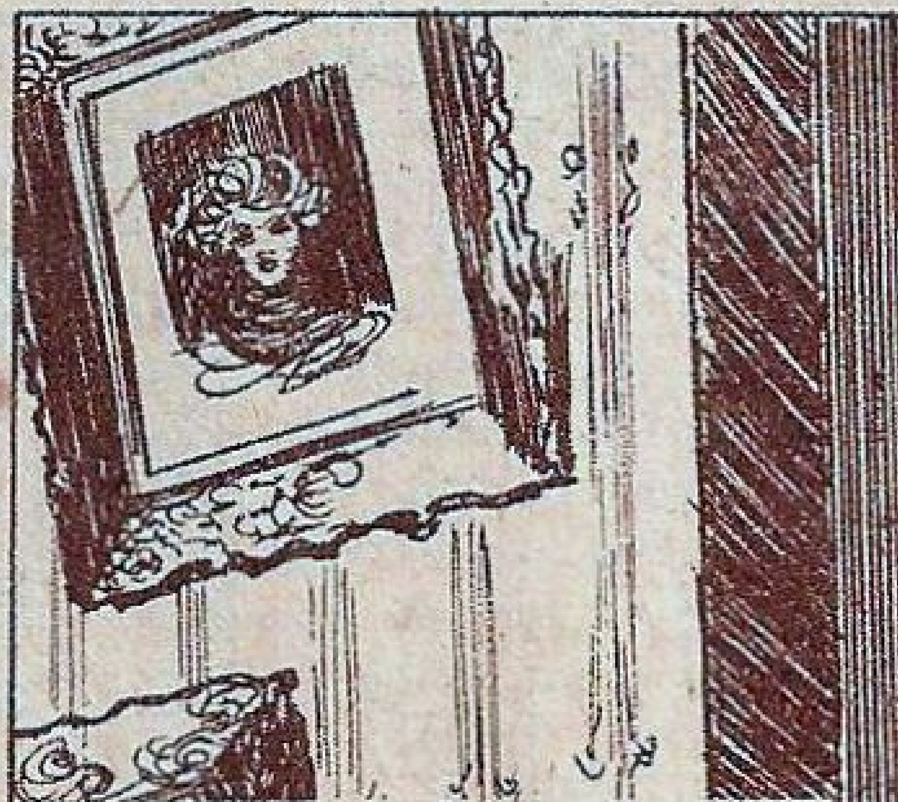
Señor, hoy he tenido que arreglar un poco los salones, porque mañana es fiesta.



¡Cómo! ¿No lo sabe el señor? Es la fiesta de la Presentación de la Virgen. Tendré que ir a misa y a la salve del Beaterio. Es un día igual a un domingo, y, como no podré trabajar mañana, he arreglado hoy los salones.



Hugo Viane no ocultó su descontento. Ya sabía Bárbara que él quería asistir a ese trabajo. En aquellas piezas había demasiadas reliquias, muchos recuerdos de «ella» y del pasado, para dejar a la sirvienta removerlos a su antojo. Quería someterla a una estrecha vigilancia, seguir sus gestos, controlar su prudencia, espiar su respeto, y si había que cambiar de sitio, para quitarle el polvo, tal o cual chuchería que había pertenecido a la muerta, quería hacerlo por sí mismo. Y, sobre todo, deseaba...



...preservar de cualquier violencia el sagrado estuche de cristal y los retratos de la pobre muerta, hechos en diferentes edades y esparcidos sobre la chimenea, en los veladores, en las paredes.

La vieja sirvienta flamenca, un poco ceñuda, pero fiel y cuidadosa, sabía con qué precauciones era necesario tratar estos objetos, y no se aproximaba a ellos sin temblar. Poco comunicativa, con su traje negro y su cofia de tul blanco, tenía la apariencia de una hermana tornera. Por otra parte, frecuentaba el Beaterio para ver a su única parienta, la hermana Rosalía, que era religiosa. De estas visitas...

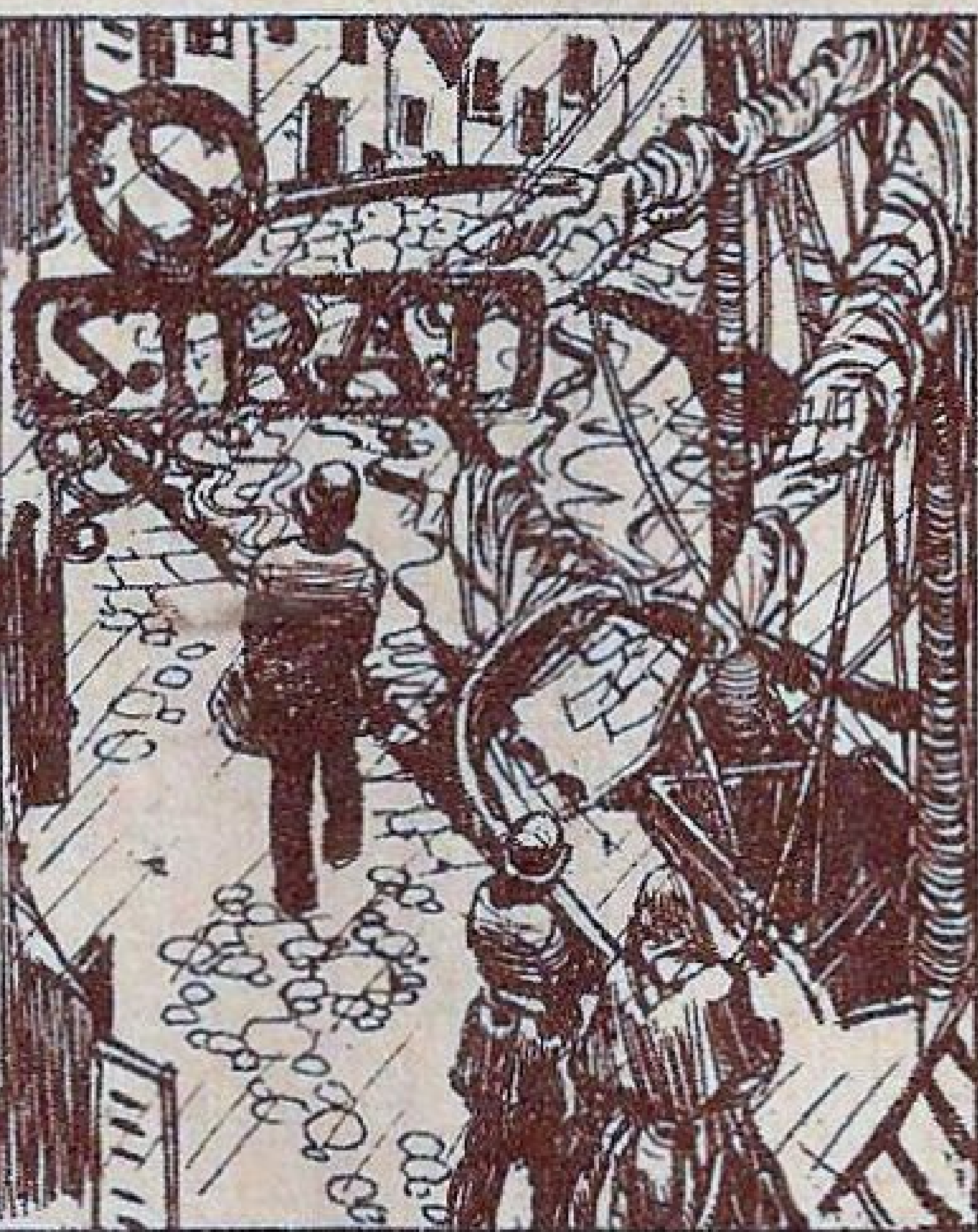


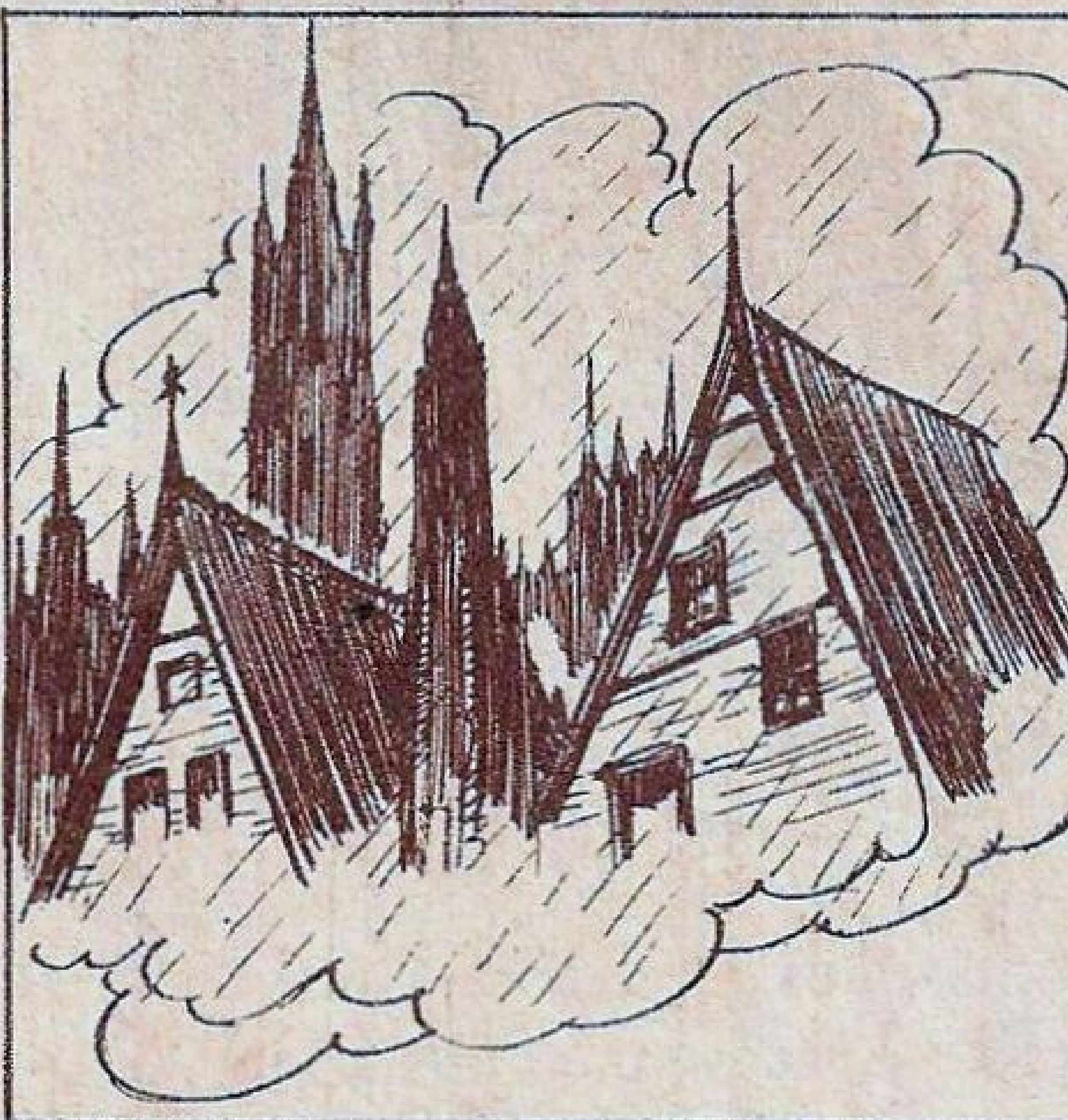
...guardaba la actitud silenciosa y la levedad de las pisadas.
Y por esta razón, porque no importunaba con ruidos o risas su dolor, Hugo Viane se consideró afortunado por haber dado con ella desde su llegada a Brujas. No había tenido otra criada, y Bárbara acabó por hacérsele imprescindible, a pesar de su inocente tiranía, sus manías de solterona y de vieja devota, y su costumbre de hacer su santa voluntad, como acababa de ocurrir bajo el pretexto de la fiesta del día siguiente.

Hugo esperó para salir hasta que ella colocó los muebles en su sitio.
Se cercioró de que cuanto le era amado permanecía intacto y en su lugar, y, tranquilizado, cerradas las ventanas y las puertas, emprendió su paseo habitual, a pesar de que no cesaba de caer una lluvia persistente y fina, lluvia menuda que llora, eriza de agujas la tersa superficie de los canales y aprisiona y deja el alma aterida, como un pájaro en las redes de una tristeza infinita.



El itinerario era siempre el mismo, a lo largo de los muelles. Avanzaba con marcha indecisa, algo fatigada ya, aunque Hugo sólo tenía cuarenta años. Pero su viudez había sido para él un otoño prematuro, y sus ojos cansados miraban muy lejos, más allá de la vida.





¡Y qué triste aparecía también Brujas en estos atardeceres! Le gustaba así la ciudad. Precisamente por la tristeza que irradia de ella la había escogido para vivir después del inmenso desastre. Años ha, en los tiempos venturosos, cuando viajaba con su mujer, viviendo...







Pero luego, al quedar solo, tuvo la intuición de que debía fijar allí su residencia. A una esposa muerta le correspondía una ciudad muerta también. El mundo podía agitarse y brillar; él tenía necesidad de un silencio infinito y de una existencia tan monótona que casi no le diese la sensación de vivir. Porque el ruido del mundo hace daño a los que sufren.





En la atmósfera silente de las aguas y calles inanimadas, Hugo había sentido menos el dolor de su corazón, y pensaba con más dulzura en la muerta. Podía evocarla mejor, oírla mejor, contemplando al borde de los canales su pálido rostro de Ofelia, y escuchando su voz en la canción vaga y lejana de los carillones.

RIA UN POCO



—No sé si podremos localizar a sus testigos, pero la policía ya comenzó la redada.



—Sus ronquidos están interrumpiendo nuestra fiesta de Año Nuevo en el departamento de arriba.

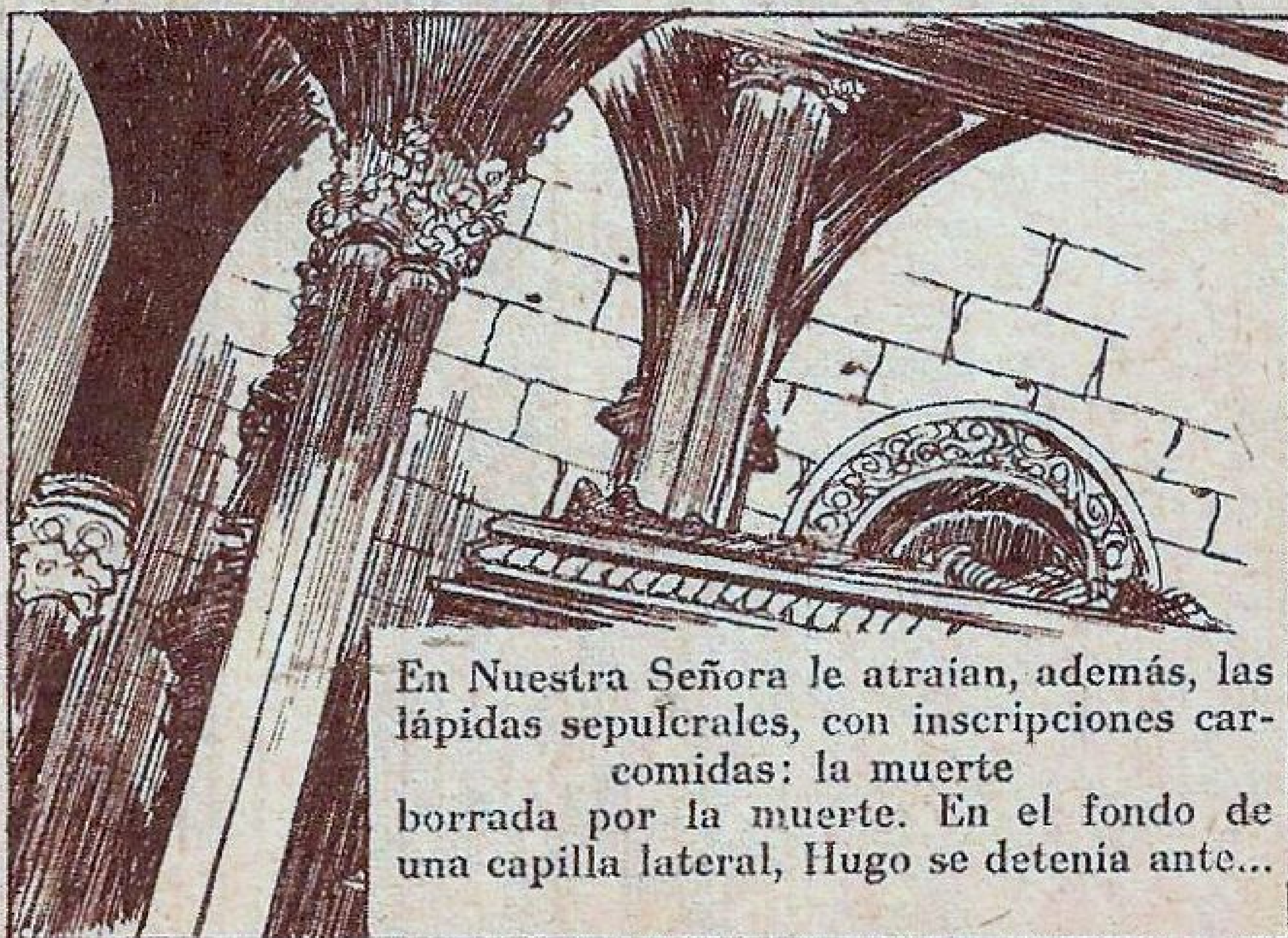
También la ciudad, amada y bella en otros tiempos, encarnaba de modo insuperable sus lamentos. Brujas era su muerta. Y su muerta era Brujas. Todo se fundía en un mismo destino. Era Brujas, la Muerta, ella misma, puesta en el panteón de sus muelles de piedra, con las heladas arterias de sus canales, en los que había dejado de latir la gran pulsación del mar. Aquella tarde, aun más que otras, lo invadió el sombrío recuerdo, emergiendo bajo los puentes, donde parece que lloran fuentes invisibles. Una impresión de muerte trascendía de los edificios cerrados, de los cristales semejantes a ojos fosforescentes de agonía, del reflejo de las escaleras en el agua.

Hugo atravesó el Muelle Verde, el Muelle del Espejo, el Puente del Molino — con sus alrededores poblados de álamos — sintiendo siempre sobre su cabeza la llovizna fría y el desgrane de las dulces notas de las campanas parroquiales.

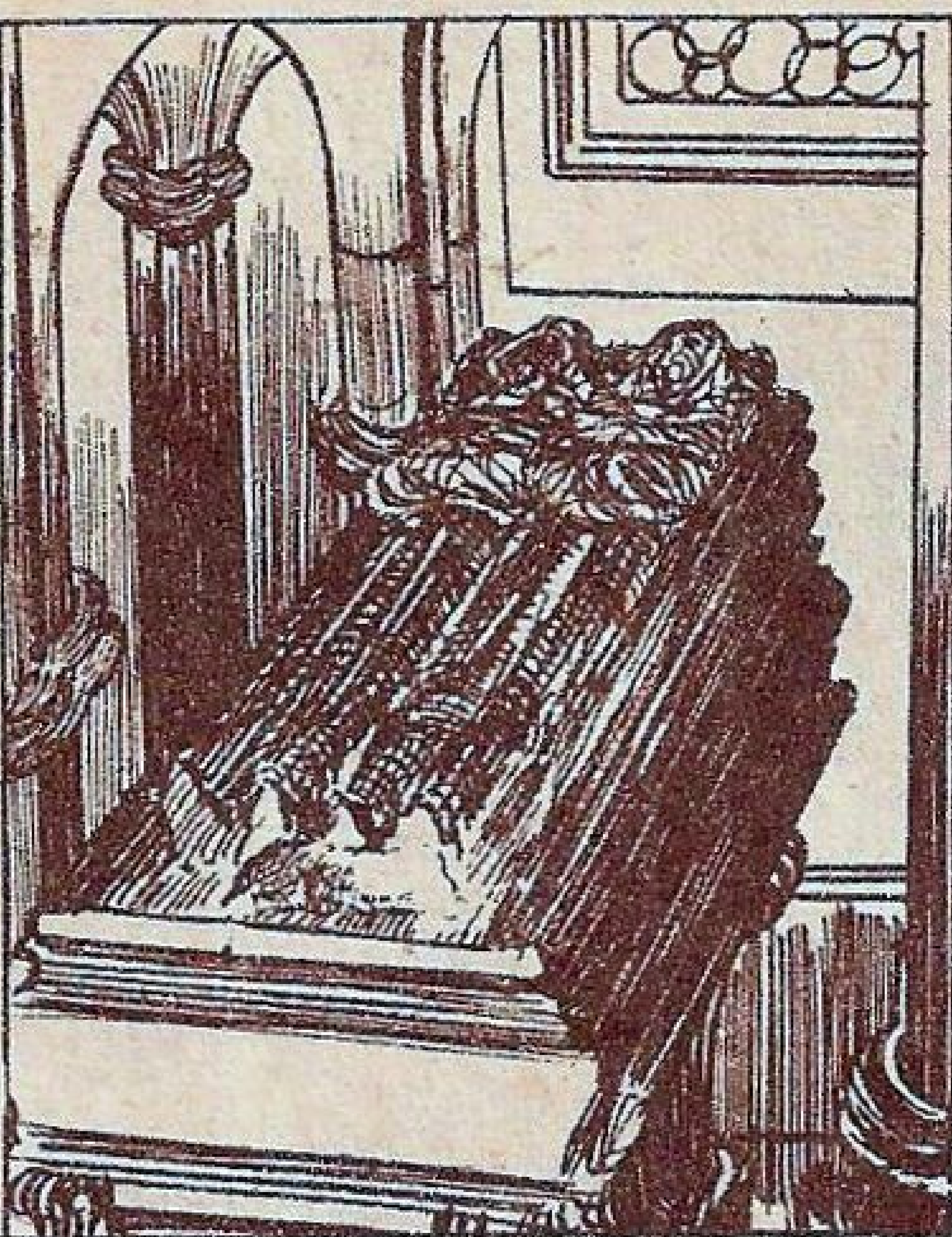




Al pasar ante la iglesia de Nuestra Señora, se sintió atraído, como otras veces, y entró. Era creyente. La honda religiosidad de su infancia había resurgido en él al embate del dolor. Eso le daba la esperanza de volver a ver a su amada y le cerraba el camino del suicidio.



...las célebres tumbas de Carlos el Temerario y María de Borgoña. ¡Cuán conmovedoras eran! María, sobre todo, la dulce princesa, con los dedos entrelazados, la cabeza sobre un almohadón, los pies apoyados en un perro, símbolo de la fidelidad, y envuelta en su traje de cobre, rígida sobre la base del sarcófago.

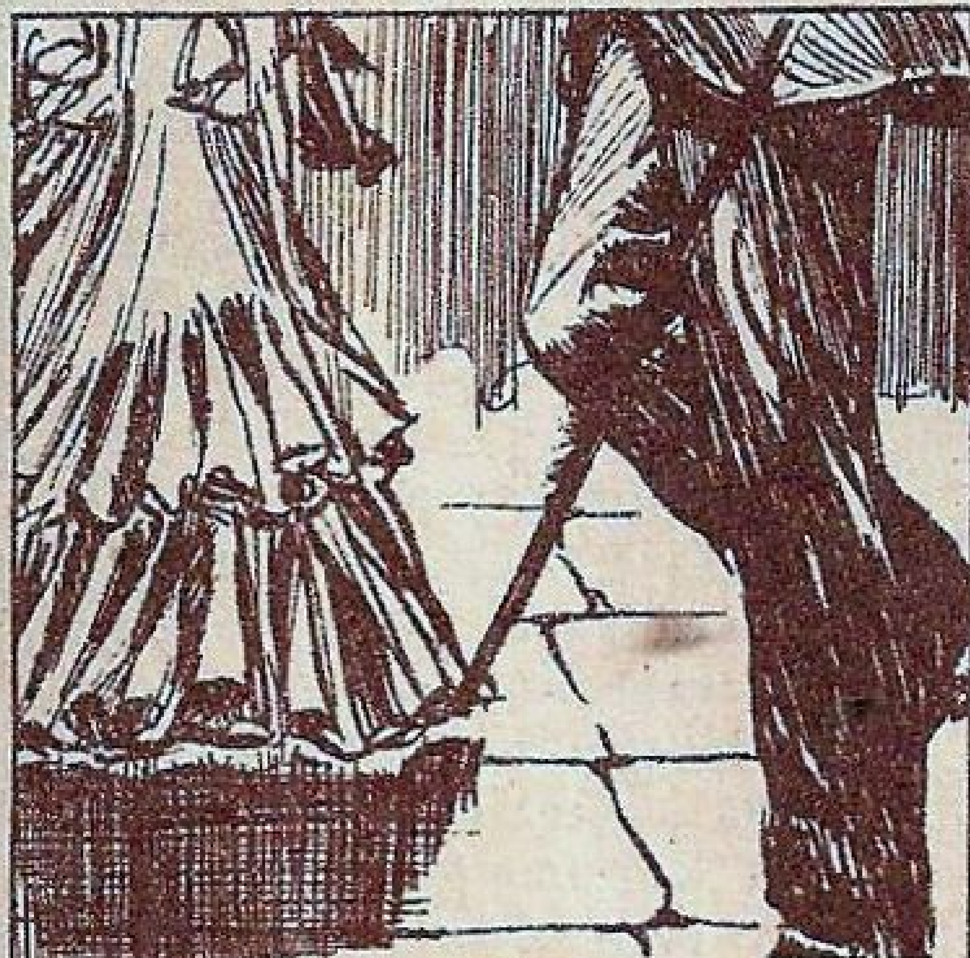


Hugo salió de Nuestra Señora más triste que nunca. Mientras caminaba recomponía, gracias a la tensión de su espíritu, los amados rasgos, ya medio desvanecidos; porque —¡ay!— la figura de los desaparecidos se desdibuja poco a poco en la memoria: ¡en nosotros, nuestros muertos mueren por segunda vez!... De pronto, Hugo, que apenas reparaba en los escasos transeúntes, experimentó una viva emoción al ver a una joven que se dirigía hacia él.



Se detuvo, paralizado. Creyendo soñar, se restregó los ojos. Luego, tras un minuto de vacilación, volvió...





...sobre sus pasos y se puso a seguir a la desconocida, que se alejaba al ritmo de una marcha lenta.





Pronto la alcanzó y pudo mirarla con una insistencia que le habría parecido inconveniente de no hallarse alucinado. Ella proseguía impasible.

Hugo, cada vez más extraño e impertinente, la siguió de calle en calle; tan pronto se le aproximaba, dispuesto a abordarla, como se apartaba con apariencia de temor. Diríase alguien que en las aguas de un pozo intentara ver con claridad un rostro. Mas... ¡Oh, sí! Esta vez la...



...había reconocido, con toda evidencia. La tez nacarada, los ojos de pupila dilatada y sombría, eran los mismos. Y los cabellos que cubrían la nuca eran de un oro idéntico —ámbar y capullo de seda—, de un amarillo flúido igual al de su amada muerta. El mismo contraste entre los ojos sombríos y el dorado flamígero de la cabellera. Pero ¿no estaría obscurecida su razón? ¿O acaso su cerebro, a fuer de pensar en la muerta, identificaba con ella a las demás mujeres que encontraba a su paso? En tanto que él evocaba el semblante adorado, esta mujer, súbitamente surgida, se lo había ofrecido, demasiado exacto, demasiado gemelo.

Con el aspecto de un sonámbulo, Hugo continuaba siguiéndola, a través del dédalo brumoso de las calles. Al llegar a una encrucijada, inesperadamente, la perdió de vista. Se detuvo, observando a lo lejos, escudriñando el vacío. Las lágrimas pugnaban por escaparse de sus ojos.



Los días que siguieron, Hugo, dominado por aquella aparición en que veía un rasgo de piedad del destino, acudió, a la misma hora, a los parajes en que la había visto. Penetraba en el viejo muelle de torres ennegrecidas, de ventanas cubiertas de visillos de muselina, detrás de los cuales lo espiaban mujeres desocupadas, sumamente curiosas de sus persistentes paseos, y se internaba por las callejuelas tortuosas, esperando hallarla al doblar cada esquina.



Así transcurrió una semana de espera decepcionada, cuando un lunes —precisamente el día del primer encuentro— la volvió a ver. Más todavía que la vez anterior, le encontró una identidad verdaderamente desconcertante.



Sin duda la mujer había notado la turbación de Hugo, pues lo miró también con asombro. ¡Ah, aquella mirada que él suponía apagada, la sentía ahora sobre sí, fija y dulce, reflorecida y acariciante!





Hugo se sintió sin fuerzas, todo su ser atraído y envuelto en la estela de la aparición. La muerta estaba ante él, caminaba, se iba... Y echó a andar tras ella, con el temor ansioso de volver a perderla en la vieja ciudad de calles sinuosas.

Como en un sueño, casi no advirtió que dejaban los muelles solitarios y llegaban al corazón de la ciudad, a la gran plaza donde la Torre de los Mercados, inmensa y negra, se defendía de la noche invasora con el escudo, luminoso y dorado, de la esfera de su reloj.

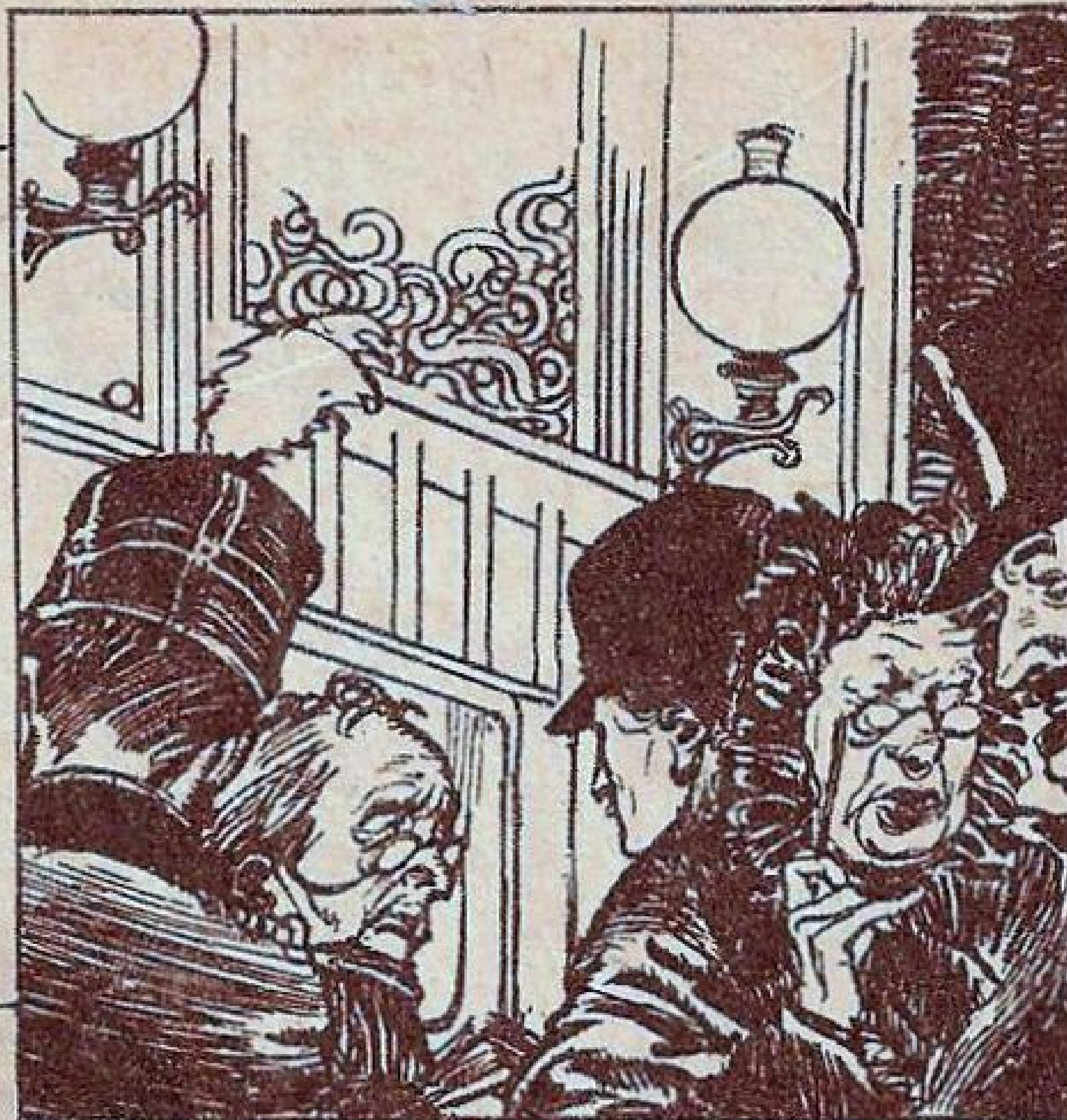


La joven, esbelta y ligera, tratando, quizá, de esquivar la persecución, se había internado por la calle Flamenca —con casas de antiguas fachadas ornamentales— y surgía más nítida, con silueta más delineada, cada vez que pasaba ante el escaparate iluminado de alguna tienda o el halo vacilante de un reverbero.





Hugo no se detuvo. Convertido en un autómata, entró en pos de ella. Pero no la vió en punto alguno del vestíbulo, lleno de gente. Sin duda había ido a ver el espectáculo y estaba ya en la sala. ¡Podría verla, contemplarla a sus anchas, durante varias horas!.. No reflexionó más y adquirió una butaca.



Rápidamente recorrió con la vista todas las localidades. Pero no la encontró, y quedó desconcertado, inquieto, triste. ¿Qué suerte sañuda se burlaba de él? Esperó, buscó aún. Todavía llegaban espectadores retrasados. Pero ella, no.





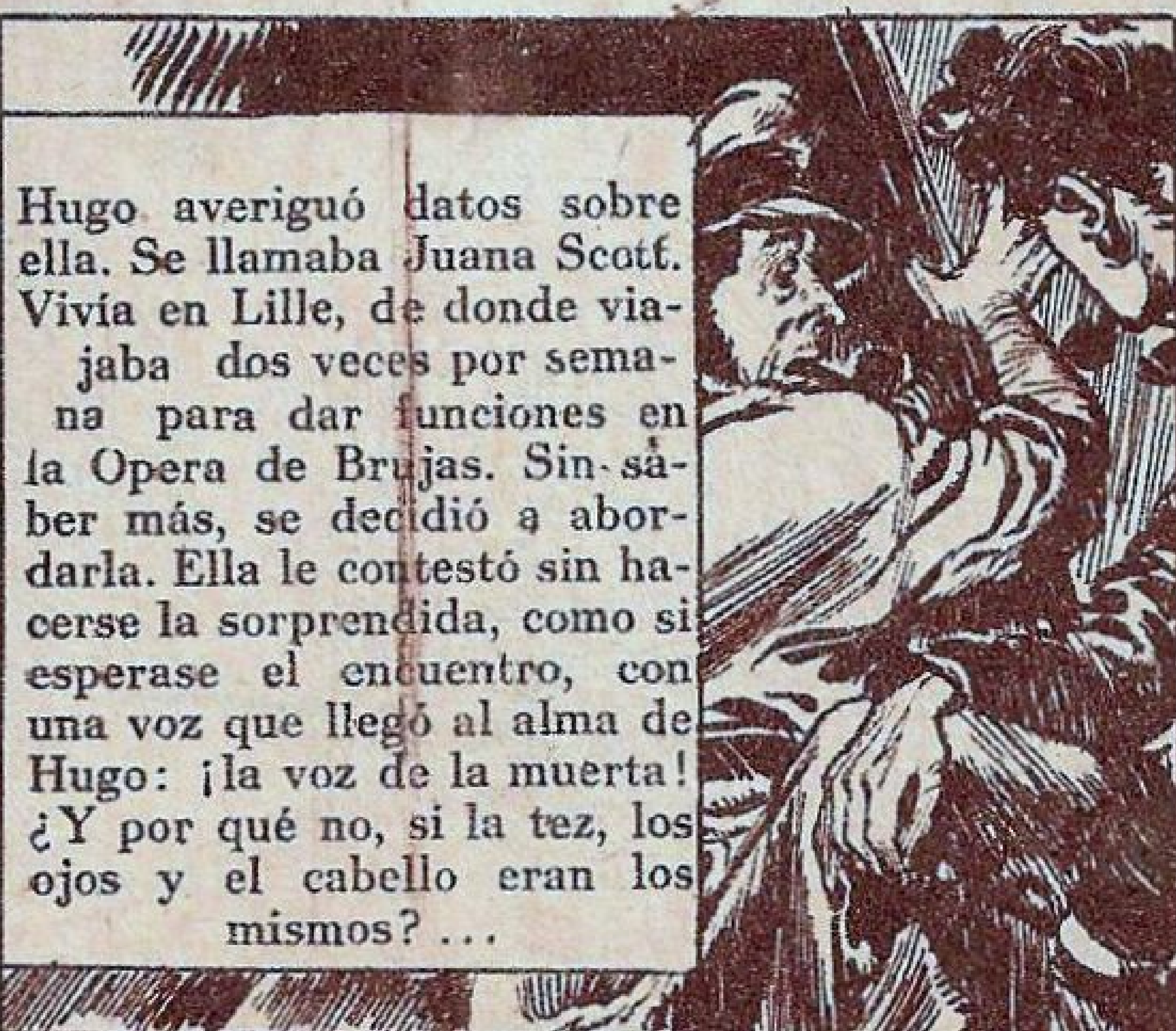
Verdad es que no visitaba a nadie, que no había contraido relaciones con familia alguna, que vivía solo. Pero todos sabían quién era y conocían su noble desesperación en esta Brujas poco populosa, tan desocupada, donde todo el mundo se informa o informa sobre los nuevos vecinos. La presencia del viudo en el interior de un teatro constituía, pues, una verdadera sorpresa, el fin de una leyenda y el triunfo de los maliciosos que habían sonreído siempre que se hablaba de aquel duelo inextinguible.





...por una ráfaga de locura, no se encontraba en la sala. No obstante, había entrado en el edificio del teatro... ¿Iría, pues, a verla aparecer en la escena? ¡Profanación que, de antemano, le desgarraba el alma! ¡El rostro idéntico, el mismo rostro de la esposa, en la claridad de la batería y desfigurado por el «maquillage»! ¿La vería surgir, gesticulando y cantando? Y su voz, ¿sería también la misma voz, para continuar la diabólica semejanza: la voz de timbre grave, como de plata fundida con bronce?... Lleno de angustia, Hugo prolongaba su espera. Los actos se sucedían, sin mostrarle nada, cuando...





¡OH, LOS CLIENTES!



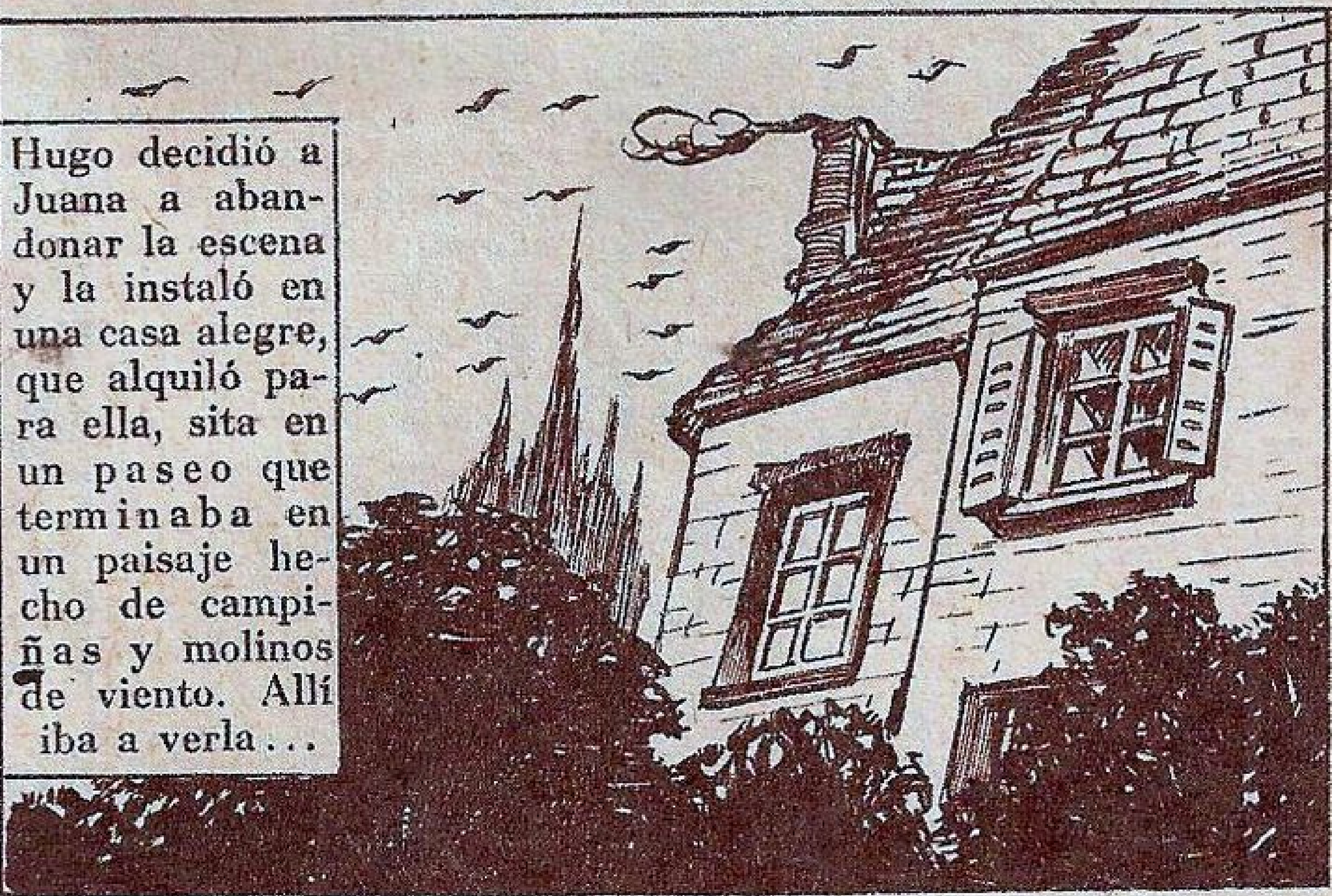
—Deseo comprar justo un metro y medio de libros para una estantería...

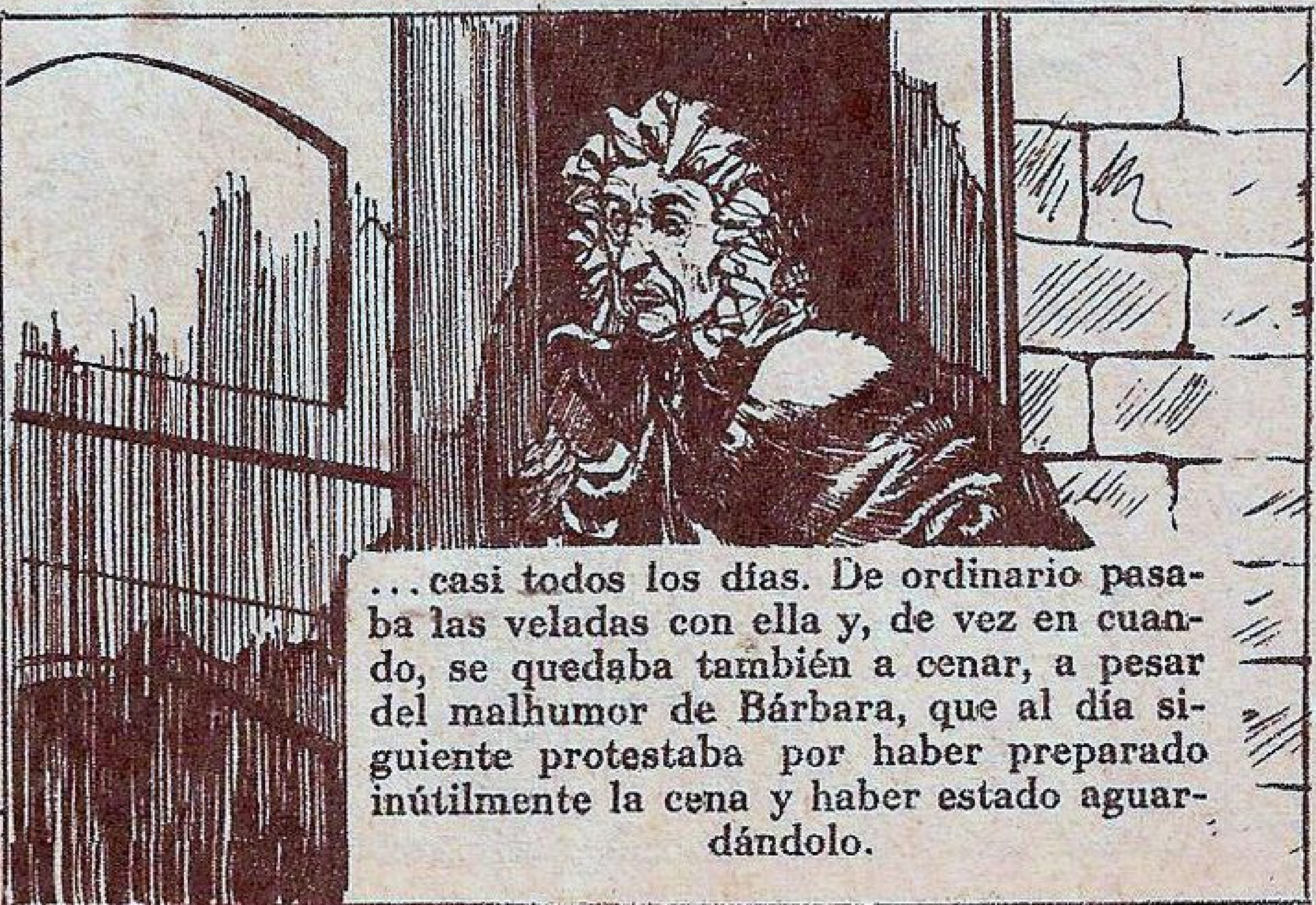


—No se desanime... Sus vacaciones comienzan pronto...





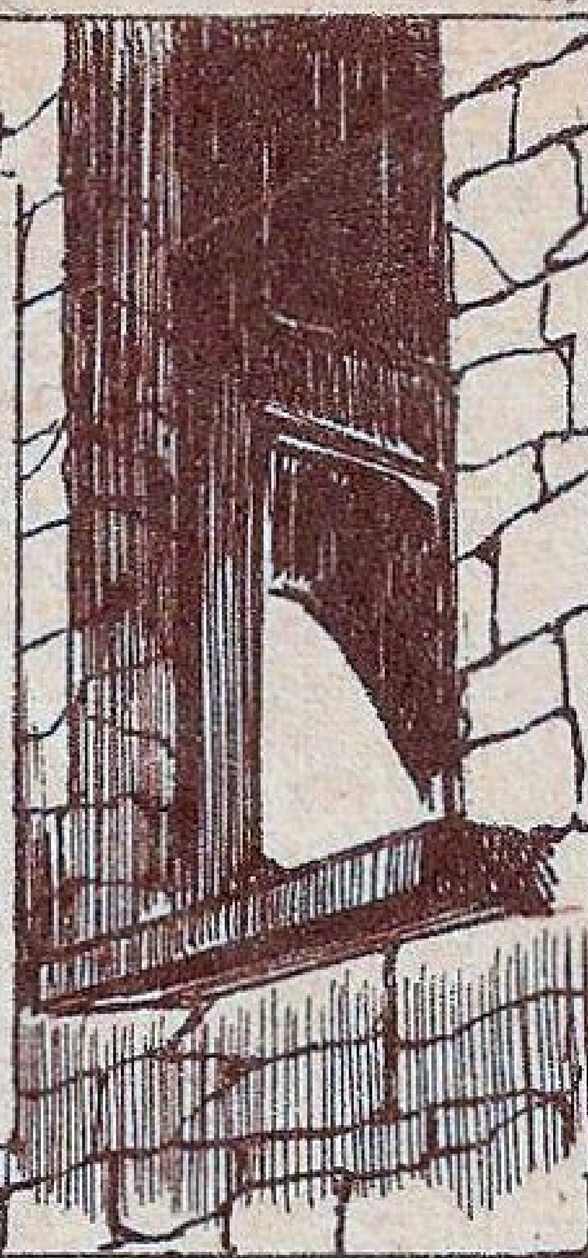




Con preferencia, Hugo hacía sus visitas al atardecer, no sólo por su antigua costumbre de no salir antes de esa hora, sino también para ser menos observado. El no creía cometer falta alguna, pero temía a la mojigatería de la ciudad. ¿Cómo dejar de inquietarse por la opinión, por la hostilidad o por el respeto público, si se siente incesantemente su contacto, por así decirlo? Pero a la vida provinciana y mezquina nada escapa, y pronto suscitó, sin sospecharlo, una...

... austera indignación... Nadie ignoró la unión del viudo con la actriz: arreciaron las murmuraciones, los chismes acogidos con curiosidad monjil, hierba de maledicencia que crece exuberante entre todas las losas de las ciudades muertas.





Las burguesas curiosas, desocupadas desde el mediodía, vigilaban el paso del viudo, acechándolo en esa especie de «atisbador» que existe en las ventanas: espejos oblicuos donde se refleja el paso de los transeúntes y lo reproduce en el interior de las habitaciones, donde alguien está en acecho.

Hugo ignoraba esta delación de los espejos, y persistía en sus precauciones de sigilo, que la difusión del caso hacían ridículas. Eso sí, ya no le resultaban tan dolorosos sus paseos crepusculares, a pesar de que los canalones seguían su monótono gotear, los túneles de los puentes filtraban lágrimas frías y los álamos que bordeaban el agua temblaban con la queja de una frágil fuente inconsolable... La ciudad de otro tiempo, Brujas, la Muerta, apenas si le inspiraba un matiz de melancolía. ¡Melancolía de ese...



...gris de las calles de Brujas, donde todos los días tienen el aspecto del de Todos los Santos! Ese gris que se diría formado con el blanco de las tocas de las religiosas y el negro de las sotanas de los sacerdotes, y que cambia de tono en todas las fachadas y a lo largo de las calles: unas estucadas con un verde pálido, otras con ladrillos desteñidos, con junturas blancas; pero a su lado hay ladrillos negros, carboncillo severo, como aguafuertes quemados, cuyas tintas ensombrecen y atemperan los colores claros; de manera que, en conjunto, lo que predomina es un gris que flota y se propaga a lo largo de los muros alineados como los muelles. Se diría que una química de la atmósfera, un milagro del clima, neutraliza los colores demasiado vivos y los funde en una amalgama de somnolencia gris; como si la bruma frecuente, la luz velada de los cielos del Norte, el granito de los muelles, las lluvias incesantes y el sonido de las campanas hubiesen influído, con su alianza, sobre el color del aire...

Habían transcurrido algunos meses desde que Hugo encontró a Juana, y nada había alterado la ficción en que vivía. Un día, Hugo tuvo una idea que en seguida lo sedujo.



Llamó a su vieja criada y le ordenó bajar del desván una maleta.



Sin contestarle, se hizo ayudar por la misma Bárbara para escoger y limpiar de polvo dos de los vestidos que conservaba de la difunta. Luego los extendió cuidadosamente en la maleta. La anciana creyó que su amo pensaba venderlos y no pudo menos que preguntarle:
—¿Qué diría de esto la pobre señora?

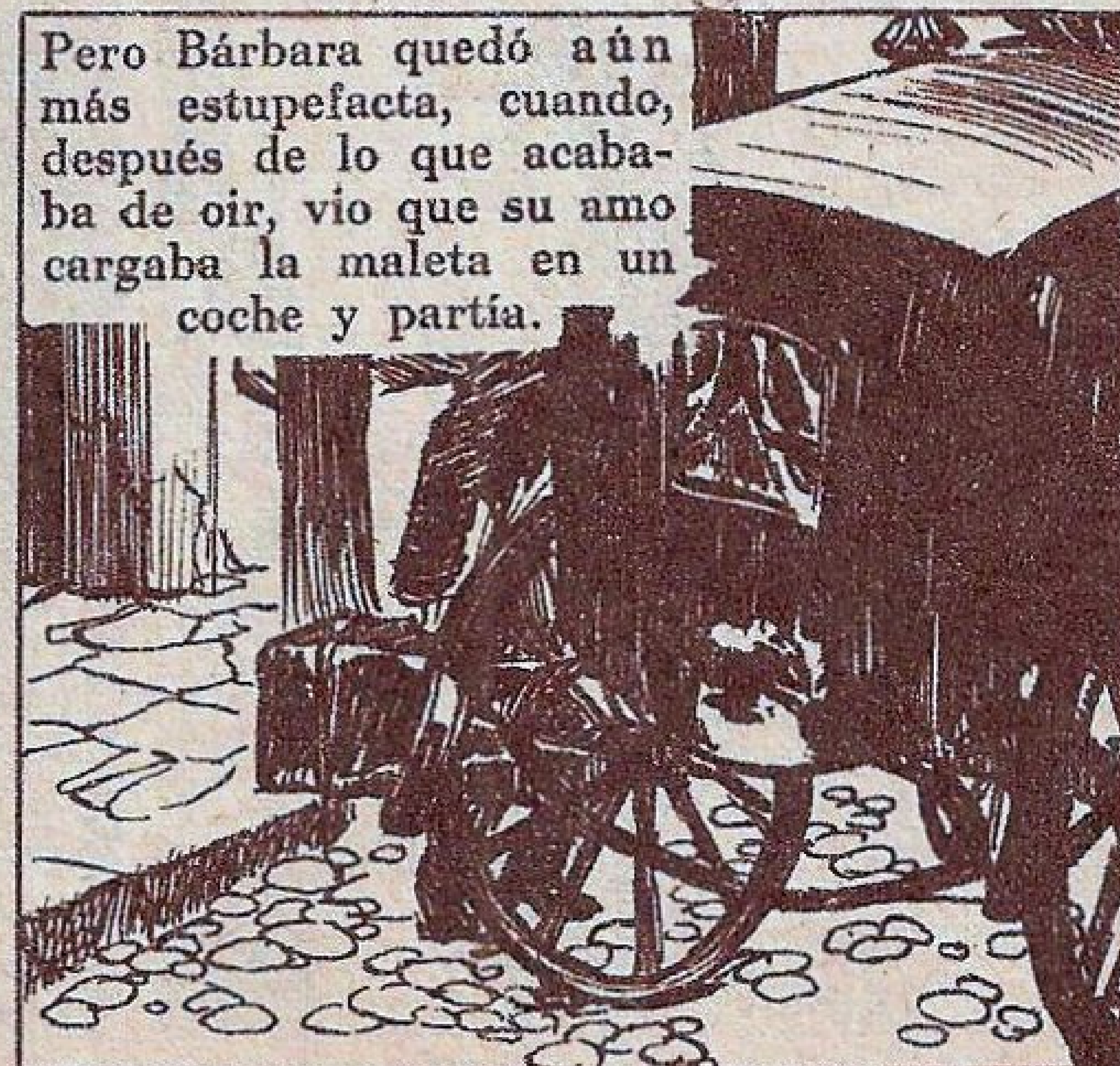


Hugo palideció. ¿Acaso Bárbara adivinaba su propósito? ¿Acaso sabía?...





Pero Bárbara quedó aún más estupefacta, cuando, después de lo que acababa de oir, vio que su amo cargaba la maleta en un coche y partía.



Egidio Esteban/2019

En el primer momento, Hugo no supo cómo comunicar a Juana su loca pretensión, pues jamás le había hablado de su pasado —por una especie de delicadeza, de pudor por la muerta —, ni siquiera había hecho alusión al dulce y cruel parecido que adoraba en ella. Cuando vió descargar la maleta, Juana...

...multiplicó sus manifestaciones de sorpresa y de alegría.

¿Está llena? ¿De qué? ¿Regalos? ¿Trajes?

Sí... Vestidos.

¡Qué amable eres! ¿Hay más de uno?

Dos.

¿De qué color? ¿Cómo son? ¡Oh, déjame mirar!...

Al ver que el malsano deseo se acercaba a su realización, Hugo, asustado, no sabía qué decir.

Abierta la maleta, Juana sacó las prendas, las examinó de una ojeada, y la desilusión se reflejó en su fisonomía.



Hugo, perplejo y pesaroso, comprendía lo ridículo de su idea, pero ésta no dejaba de atormentarlo.





Extrañada al principio, Juana terminó, sin embargo, por juzgar divertida la ocurrencia. Vistió, pues, uno de aquellos trajes y, risueña y picaresca, se contempló en el espejo y exclamó: —¡Tengo el aire de un viejo retrato!

Luego hizo contorsiones, piruetas, pasos de danza, riendo francamente, a veces zafiamente. Hugo la miraba con un malestar que iba en aumento, bajo la impresión de asistir a una dolorosa mascarada. Le parecía que, habiendo reencontrado a su muerta, la hallaba envilecida.

Un domingo de marzo, el de Pascua, Bárbara supo por su amo que podía disponer de su tiempo como quisiera, pues él no almorzaría ni cenaría en casa. La noticia regocijó a la sirvienta. Era día de fiesta solemne, y podría asistir cómodamente a los oficios y visitar, en el Beaterio, a la hermana Rosalía y a otras beguinas de su amistad. ¡Qué feliz se sentía —de antemano extasiado su obscuro espíritu en la pompa de las divinas ceremonias— mientras cruzaba...

...el puente arqueado del Beaterio y penetraba en el místico recinto! Reinaba un silencio de templo. El susurro de los leves manantiales exteriores, que vierten sus aguas en el lago Minnewater — estanque de ensueño, con nenúfares abiertos como corazones de niñas de primera comunión —, llegaba como un rumor de plegarias. Y las calles, con nombres de santos o bienaventurados, se retuercen entre un caserío medieval, pueblo aparte de la ciudad y más muerto todavía que ella.

Bárbara asistió a misa en la iglesia del Beaterio, resplandeciente de cirios encendidos. Ubicada entre otros seglares, miraba con ojos de envidia el grupo que formaban, arrodilladas, las Hermanas de la comunidad, poseedoras de una dicha que ella esperaba alcanzar algún día, cuando sus ahorros le permitiesen tomar el velo. Concluída la misa, las beguinas salieron juntas, con un estremecimiento de sus tocas, y entraron en su cenobio. Habitaban en grupos, de número muy variable, en cada una de las viviendas que componían la Comunidad. En la morada de la hermana Rosalía vivían muchas, y al entrar Bárbara afluían también otras visitas. La vieja sirvienta llegó a temer que para ella no hubiese sitio en la mesa...



Era el día en que le tocaba a la hermana Rosalía dirigir la casa. Muy atareada, se hizo sin embargo espacio para prevenir a su parienta.

Hablaremos después de la comida. Tengo algo grave que comunicaros.

¿Grave? Decídmelo en seguida, por favor.



Ahora no tengo tiempo.... Más tarde.



Y desapareció por los corredores, dejando consternada a la vieja flamenca.

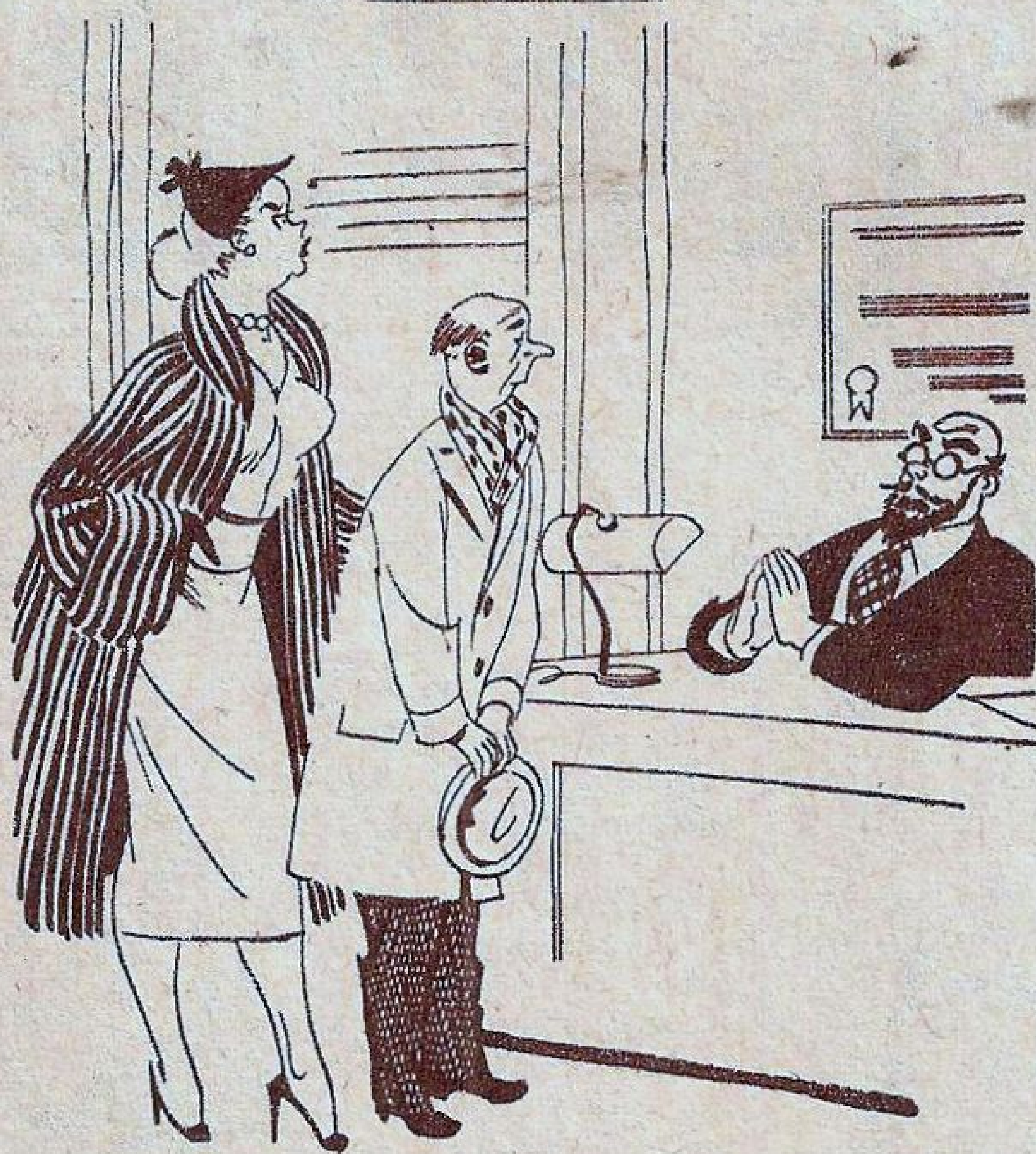
Ensombrecida por las cavilaciones, Bárbara apenas probó aquella comida de domingo. ¿Qué cosa grave podía acontecer?... Sirvieron vino de Tours, suntuoso y dorado como el que contienen las vinajeras, y Bárbara vació el vaso pensando ahogar sus preocupaciones. Pero éstas persistieron, agravadas por un fuerte dolor de cabeza.



BUEN HUMOR



—No se preocupe, señorita... Puede sacarnos la foto a los dos juntos... Soy la esposa...



—Mi marido tiene un terrible complejo de inferioridad, doctor... ¿A qué se debe?

Por fin, acabada la comida, que parecía interminable, Bárbara fué hacia su parienta y la interrogó llena de inquietud.



Es sólo un consejo que debo daros. Posiblemente tendréis que cambiar de casa.



¡Pobre hija mía! ¡Qué ingenua eres! El señor Viane no es el hombre honrado que suponéis.



Entonces la hermana Rosalía le contó la historia que corría de boca en boca por toda la ciudad y que incluso se había divulgado en el plácido recinto del Beaterio. Luego concretó el problema ético que se le planteaba a Bárbara: ¿podía una honrada cristiana continuar al servicio de un libertino? La anciana intentó defender a su amo: ella lo había visto, por mucho tiempo, llorar ante los retratos de su difunta, cuyos cabellos veneraba como una reliquia. Pero la beguina insistió. Aquel hombre se había transformado. Las pruebas eran irrecusables. Bárbara, abatida, puso fin a la entrevista diciendo: «Lo pensaré.»

El caso era difícil para la sencilla inteligencia de Bárbara. No pretendió, pues, resolverlo por sí sola, y lo sometió al juicio de su padre espiritual, un sacerdote de Nuestra Señora, quien la tranquilizó. No tenía por qué precipitarse. Si su señor cultivaba relaciones culpables fuera de su casa, la sirvienta no debía preocuparse; si, por desgracia, la mujer implicada en la falta frecuentaba el hogar de Viane, Bárbara debía abandonar a su amo.



Bárbara se hizo repetir la solución. Cuando hubo asimilado bien la dualidad que se le ofrecía, retomó el camino que esa mañana había recorrido tan dichosa. ¡Ah, qué difícil es poder estar contenta por mucho tiempo! Bárbara pensaba en próximas partidas, en nuevos rostros, en su amo en pecado mortal... ¡Qué lejano se le presentaba el ideal de acabar sus días en el Beaterio!..



Entretanto, Hugo se debatía en desilusiones y contrariedades que se sucedían desde que tuvo la desdichada ocurrencia de hacer vestir a Juana los trajes de la muerta. Con eso traspasó los límites. A fuer de querer fundir en una a las dos mujeres, había disminuído la semejanza. Y a Juana, por su parte, la irritaban cada vez más los silencios y las tristezas de aquel compañero, y tomaba desquite en interminables correrías por la ciudad, o...

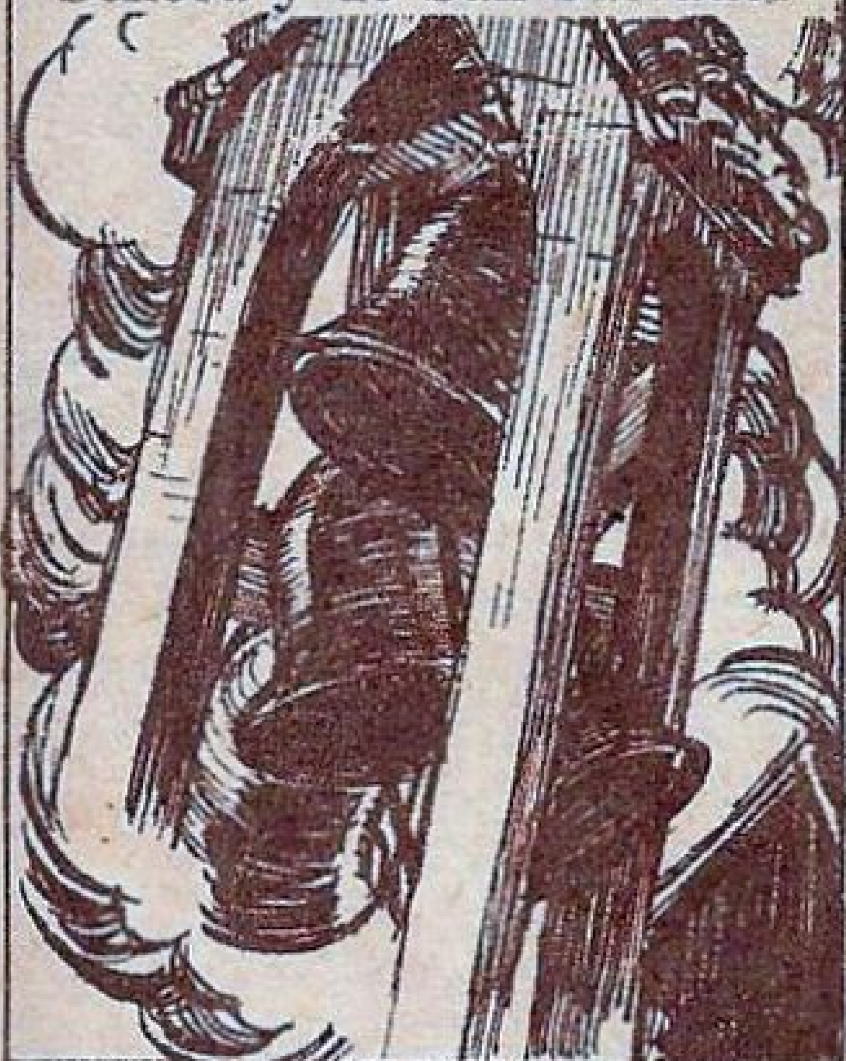


...reanudaba un hábito de su vida de teatro, que sabía que a Hugo lo molestaba especialmente. Era el de empolvarse las mejillas, avivar su boca con carmín y ennegrecerse las cejas. Hugo intentaba disuadirla, y Juana completaba los afeites en su presencia, riendo irónica, dura, colérica.



¡Oh, la muerta no era así! La diferencia entre ambas mujeres se iba precisando más y más. Una vaga molestia invadía el ánimo de Hugo. Ya no se atrevía a pensar en aquella a quien tanto había llorado, y ante cuya memoria empezaba a sentirse culpable. Paralelamente, ahora que Juana cesaba de parecerle igual a la muerta, él volvía a asemejarse a la ciudad, a hallarse en su elemento en los monótonos y continuos paseos a través de las calles desiertas. Porque había llegado a sentirse incapaz de permanecer en su casa, temeroso de la soledad, del viento que gemía en la chimenea, de los recuerdos que se multiplicaban en torno como pupilas inmóviles. Y en las tardes invernales recomenzaba la influencia que la ciudad ejercía sobre él: lección de quietud de los canales dormidos, de resignación ofrecida por los muelles taciturnos; de piedad y de austeridad, que brindaban, sobre todo, los...

... altos campanarios de Nuestra Señora y de San Salvador.



Hugo llegó a no creer en la lealtad de Juana. Después de haberla sorprendido en flagrantes mentiras, empezaron a llover en su casa —según costumbre de estas ciudades de provincia— cartas anónimas llenas de injurias, de sarcasmos, de detalles de engaños y desórdenes que él había sospechado. Decidido a despojarse, en un postrero adiós, del peso del dolor acumulado en su alma por culpa de ella, fué a visitarla por última vez. Y sin cólera, con...



... infinita melancolía, le mostró los vergonzosos papeles delatores.



Coinciden con lo que tu propia conducta me había obligado a sospechar.

¡Bueno! ¿Y si fuera verdad?



Furiosa, iba y venía por la habitación, cerrando las puertas con estrépito. Bruscamente...

...se detuvo, plantándose frente a él.

Por otra parte, estoy cansada de vivir aquí. ¡Voy a marcharme!



Hugo la miraba. ¡No, no era la imagen de la muerta! ¡Cuán diferentes!... Pero aquella mujer, palpitante bajo el peinador y con la garganta temblorosa, era la que él había estrechado entre sus brazos, y cuando la oyó gritar «¡Voy a marcharme!», toda su alma zozobró en un abismo de sombra. En aquel instante, Viane comprendió que, aparte de las ilusiones del espejismo, la había amado con todos sus sentidos; ¡pasión tardía, triste otoño que abrasa febrilmente!





Juana lo reconquistó. Estaba más segura que nunca de su influencia sobre aquel hombre, y una idea, nacida al principio de su vinculación, empezó a tomar cuerpo en su pensamiento. Hugo Viane, extranjero y solo, era rico. Parecía no tener salud para mucho tiempo. ¿Por qué dejar escapar una herencia que se ofrecía tan fácil? Pero previamente Juana quería saber bien a qué atenerse, ir a la casona del muelle del Rosario y calcular, por el lujo atesorado tras las impenetrables cortinas de encaje, la fortuna probable del propietario. Tornóse mimosa y tierna, y aprovechó una coyuntura para reiterar el pedido formulado otras veces sin resultado. El lunes siguiente, la procesión anual de la Santa Sangre desfilaría bajo las ventanas de Hugo. Juana deseaba ver con comodidad aquel acto de fe que atraía gente de todas partes. —Dime, ¿quieres? —insistía—. Iré a tu casa. Comeremos juntos. ¿Qué te parece?

Pero ¿qué dirán los vecinos, las criadas? ...



Su voz era insinuante; voz de tentación que vibra, se dispersa y se extiende en ondas en que el hombre naufraga y se abandona...

Aquel lunes Bárbara se levantó aún más temprano que de costumbre. Asistió a la primera misa, comulgó con fervor y, en cuanto regresó, inició los preparativos para que la casa en que servía estuviese tan bien adornada como la mejor al paso de la procesión. De los armarios sacó candelabros de plata, pequeños cálices de «vermeil», estufillas para quemar incienso, finos manteles que cubrirían las mesitas puestas a manera de altares frente a cada ventana.

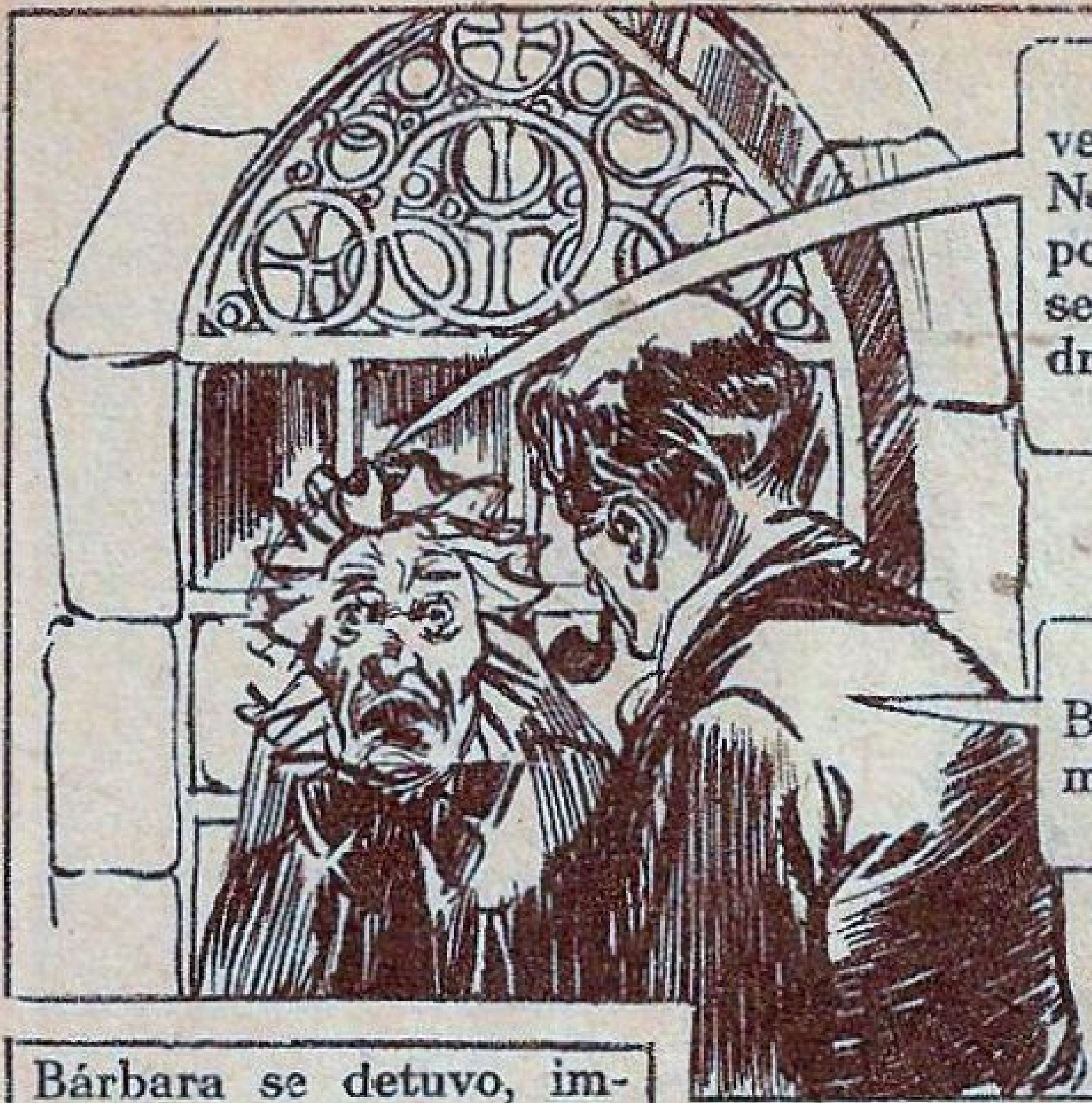




Ya se habían fijado, en la vereda, abetos de un verde bronceado, que los campesinos venden de puerta en puerta, y que forman a lo largo de las calles una doble fila de árboles. Bárbara ponía en el balcón los colores pontificiales, cuando...

...su amo se acercó a avisarle que tenía un invitado a comer. Bárbara, estupefacta, sintió reanimarse temores lejanos, casi olvidados.





Bárbara se detuvo, impresionada su buena alma de mujer de pueblo al percibir que aquel hombre sufría, y, olvidando las distancias, susurró, ennoblecida de piedad: —¡Oh, Jesús! ¡Pobre señor mío! ¡Y por una mujer semejante!... ¡Una mala mujer!



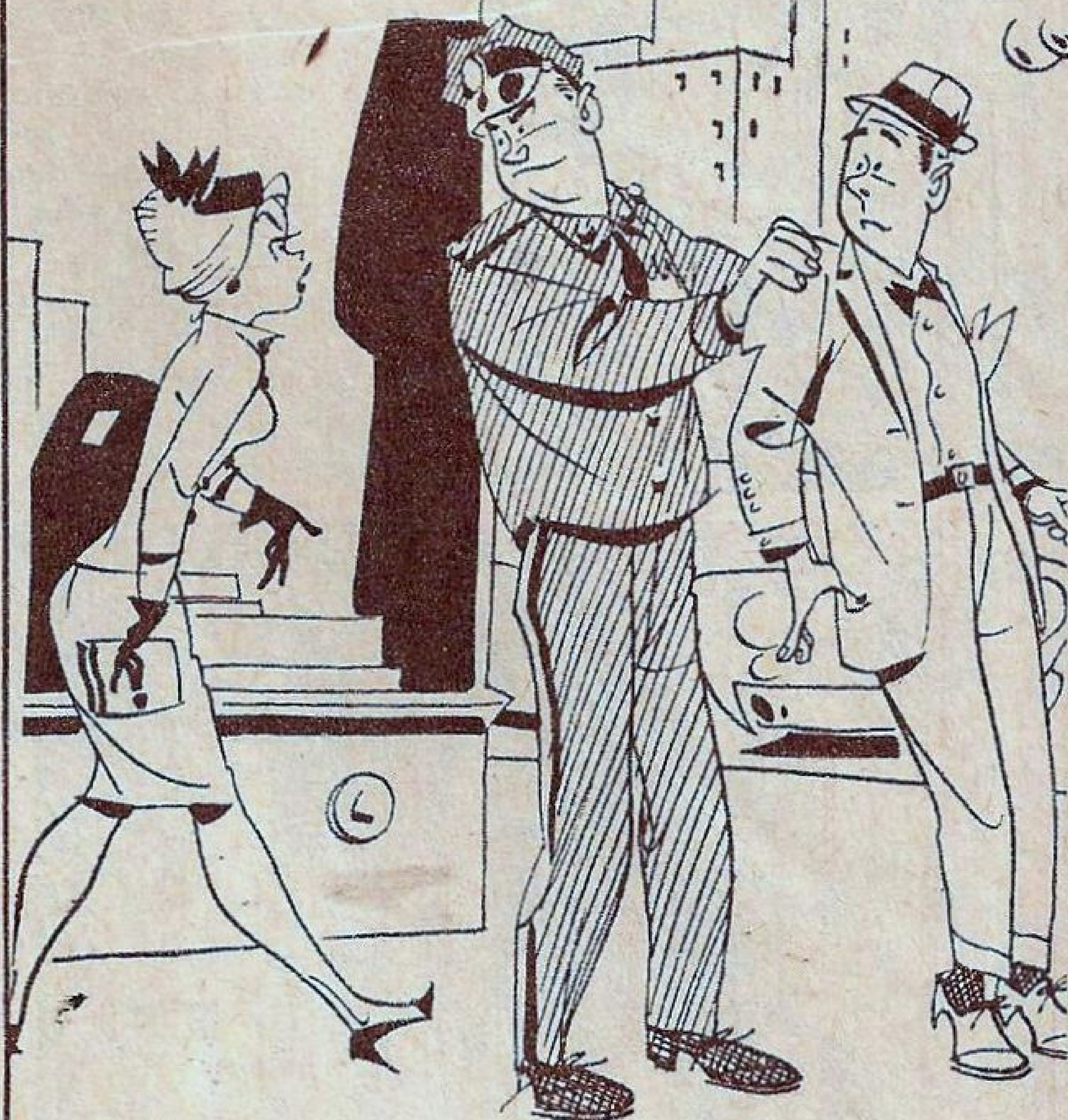


Hugo la hizo callar, humillado por la audaz ingerencia, y Bárbara fué en busca de su bello manto negro, contenta de sí misma y de haberse sacrificado al deber. Después, serena, sin emoción, salió de esa casa en que había servido más de un lustro; pero antes esparció, frente a la entrada, el contenido de las canastillas que había vaciado en su delantal, para que este sitio de la calle no fuese el único que careciese de flores en un día como ése.

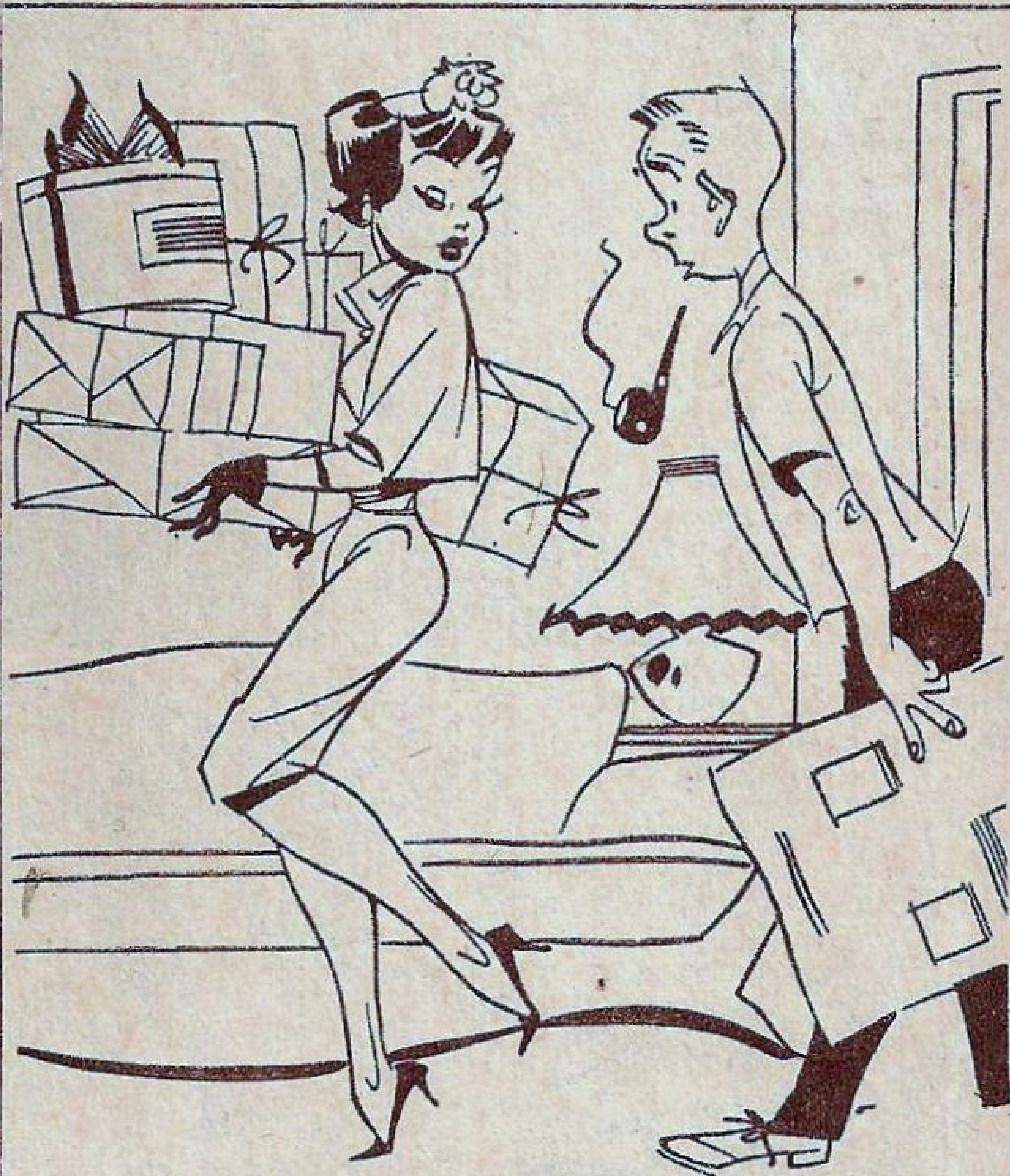


Juana llegó retrasada. Abarcó de una sola mirada la gran galería y los salones, subió al primer piso y abrió los postigos de la habitación de Hugo. La muchedumbre, que obstruía la calle, miró con curiosidad a aquella mujer, tan distinta de las otras presentes por lo provocativo de su traje y de sus actitudes.

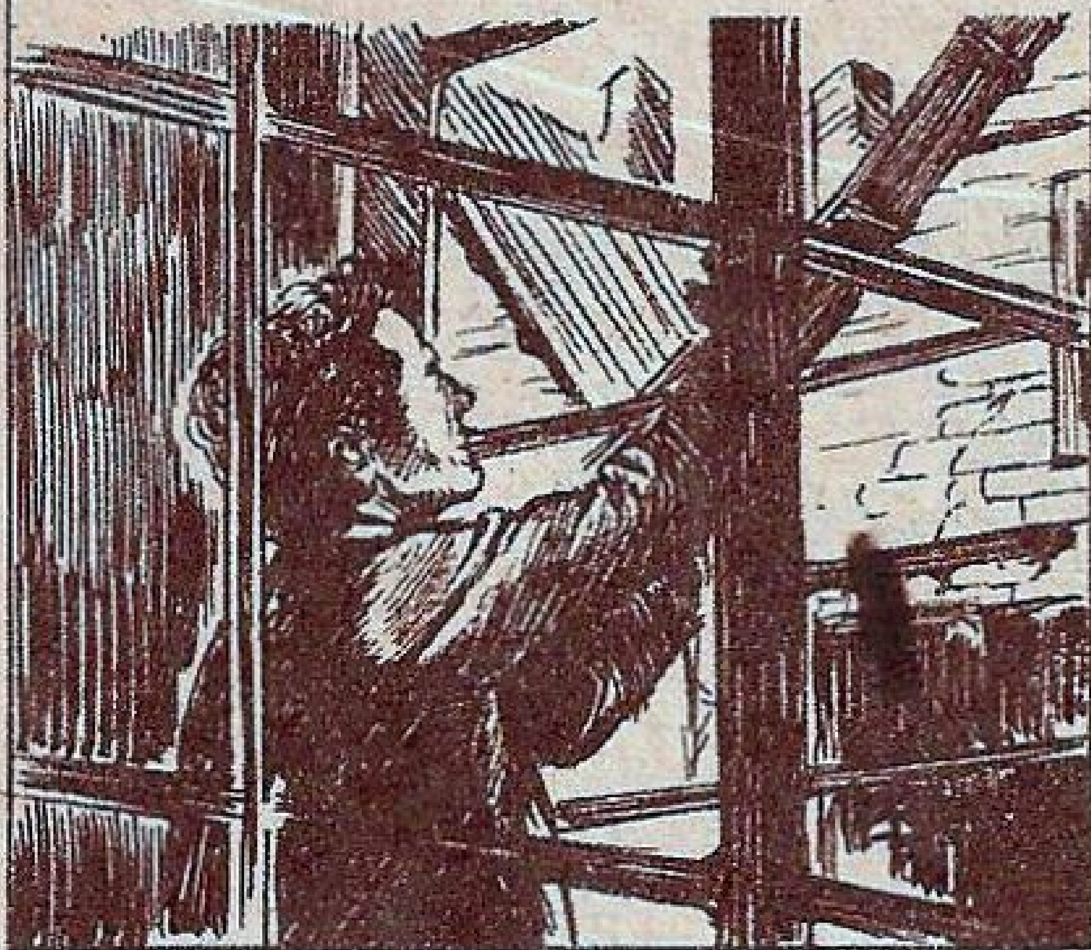
ALEGRESE



—Sólo me ha estado esperando durante cuarenta minutos, ¿y usted llama a eso vagancia, oficial?



—Yo no tengo la culpa si en la tienda había demasiados artículos.


Hugo se impacientó. Se veía suficientemente detrás de los vidrios. Tuvo un movimiento de energía y cerró el balcón.


Juana, enfadada, se tendió en un diván, sin querer mirar más. Lo hizo Hugo, apoyando su frente febril contra los cristales. Y vió el cortejo...




...encabezado por los primeros monaguillos. Seguían congregantes que llevaban sobre andas imágenes y Sagrados Corazones; niñas en torno de un Cordero Pascual; caballeros de la más encumbrada nobleza de Flandes, que representaban a los Cruzados que trajeron de Jerusalén la Santa Sangre.


Olvidado de la presencia de Juana, Hugo cedió al contagio de la emoción mística que irradiaban los semblantes. Ella, burlándose, se había puesto de nuevo el sombrero, disponiéndose a marchar. Bajó, en efecto, sin hablar con él, que la seguía; pero demoró a curiosear los salones, cuyo severo aspecto parecía reprobarla.


Indiscreta, lo examinaba todo, en particular los retratos de la muerta.
¡Ah! ¿Conque tienes aquí retratos de mujeres? ... ¡Calla! He aquí una que se me parece...
¡Deja eso!


Se abalanzó y le quitó de las manos el retrato. Ella, sin comprender, se echó a reír y siguió a la otra pieza, tocando y husmeando todo, desordenando las fruslerías, ajando las telas. De improviso, lanzó una sonora carcajada. Acababa de divisar...







...que Juana seguía ostentando alrededor de su garganta, y, trémulo, colérico, enajenado, la retorció como un cable, hasta que la risa de Juana se trocó en un suspiro, tenue como el soplo de una burbuja que muere a flor de agua.



Muy tranquilo, Hugo se sentó en una butaca. Sin cesar repetía «Muerta... Muerta... Brujas, la Muerta»..., con la cadencia de las últimas campanadas de la procesión, lentas, viejas, extenuadas, que parecían —¿sobre la ciudad o sobre una tumba?— deshojar lánguidamente flores de bronce.

FIN

EL HOMBRE QUIETO

por MAURICE WALSH

El tren de las dos de la tarde ha llegado a Castletown, pueblo de la campiña verde esmeralda de Irlanda. Un hombre desciende del mismo... El hombre sonríe. Nótase que está desorientado...

DIBUJOS DE MORAGA















Me "hice" solo. Tuve toda la suerte que les faltó a mis padres...

¡Dios no abandona nunca, Sean! ¿De manera que eres rico?

Sí..., querido Michaeleen Flynn...

¿Cómo? ¿Me conocías..., granujita? ¡Ah, simpático bribón! ¡Choca, choca!

En seguida te "ubiqué", Michaeleen. Igual que tú a mí... ¡Oh, estoy realmente contento de volver a mi pueblo!

¿Por mucho tiempo? ¡Irlanda no es New York!

Depende de varios factores... Traigo algunas ideas... ¡Mi casa natal sobre todo! La adquiriré...

Actualmente es propiedad de la viuda Tillane. ¡Hum!... ¡Difícil! ¡Máxime que la pretende Will Danaher!

–Que pretenda a la viuda, pero que deje en paz a mi casita blanca...

Difícil, Sean. Will Danaher es demasiado angurriento...

–El valle pedregoso, el sendero viboreando, y el mar, como marco para... ¡Inisfree!

¡La casa de mis padres! ¡Ahí está!...

Michaeleen miraba con simpatía a ese hombre joven, fornido, "norteamericanizado"..., pero que sin embargo retornaba a su verde Irlanda, a su pueblecito, para abrazarse a unos viejos muros enmohecidos. La casa de sus mayores...

Primero a lo de la viuda Tillane. Te adivino el carácter, Sean Thornton...

¡Será mía!... ¡Será mía!

El vozarrón de Sean retumbó en el valle. Una muchacha pelirroja y bonita, que cuidaba corderos, volvió la cabeza hacia el coche de Michaeleen Flynn...

¡Hola!

La joven huyó, sin dejar de darse vuelta en todo el trayecto que la llevaba a su domicilio...

No te metas con Mary Kate... ¡Vamos, Sean! ¡A lo de la señora Tillane!

Sean Thornton quedó deslumbrado por la agreste belleza de la muchacha.

La viuda Tillane no quiere vender esa casa...

Le pagaré lo que ella quiera... ¡La casa será mía! ¡Palabra de irlandés, y metalúrgico adinerado! ¡Palabra!

La señora Tillane era mujer de pocas palabras, algo seca en el trato, pero nada antipática. Al pedido de Sean Thornton contestó sencillamente "NO"...





A Sean Thornton le pareció irrisoria esa cantidad. Al cambio por dólares resultaba un gran negocio...



Un sirviente de la señora viuda escuchó esa frase del "yanky" y abandonó rápidamente la casa, en pos de determinada persona...



Sean continuó su conversación con la señora Tillane...





De pronto, un hombre de enorme talla y rostro desencajado por la ira, apareció sin saludar...



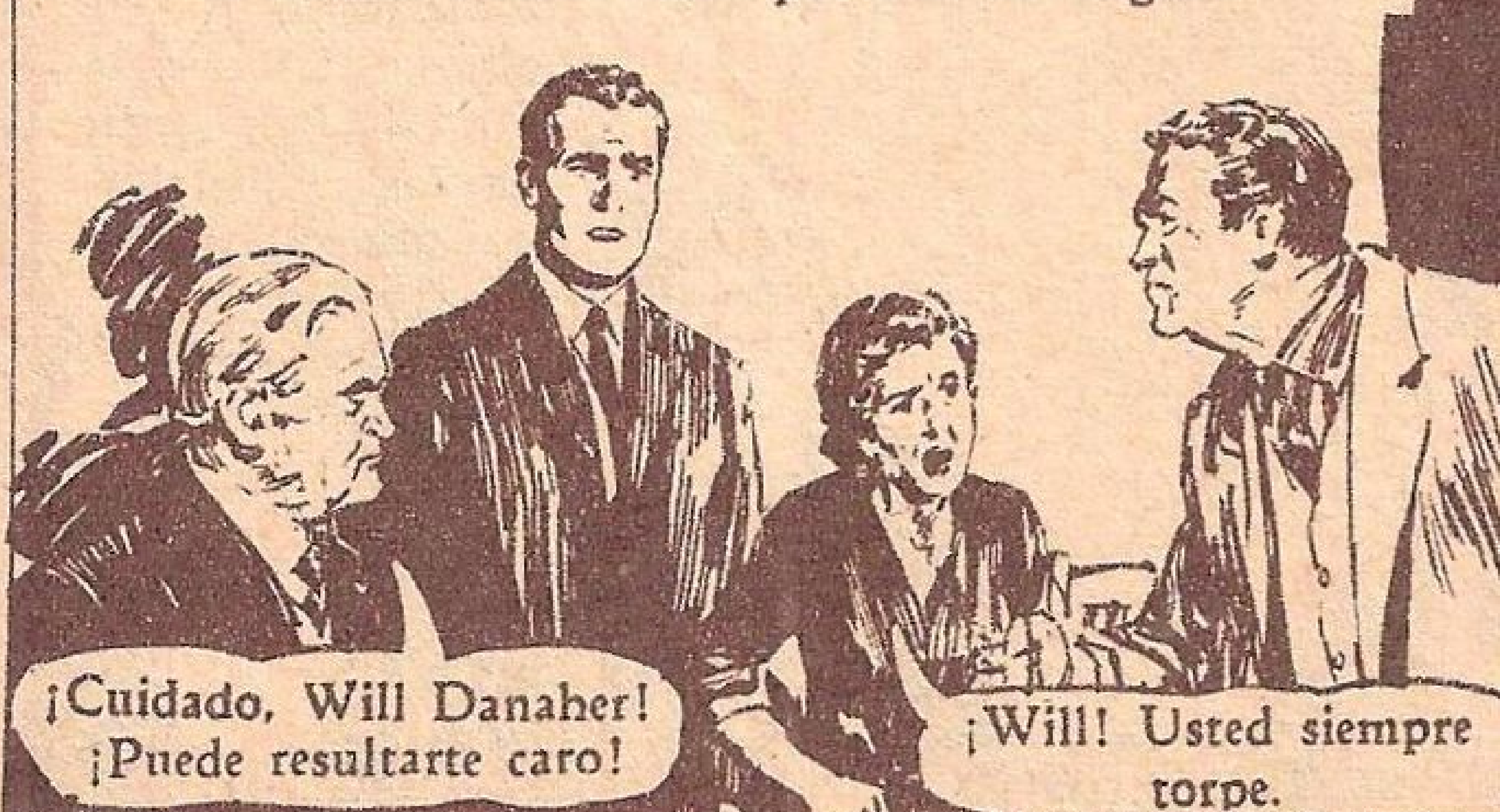
"¿Will Danaher?" —pensó con rapidez Sean Thornton.



"Sí", repuso el gigante, y avanzó resueltamente sobre el recién llegado a Inisfree. Los músculos de Sean pusiéronse en tensión...



Paralelo al impulso agresivo de Will Danaher, llegó el grito de Michaeleen Flynn, que apareció en el comedor de la señora Tillane como por arte de magia...



El gigante frenó sus impulsos.



Sean Thornton sonrió a la señora Tillane...





Danaher aulló de rabia... y abandonó la lucha. "Vendo", dijo Mrs. Tillane. Sean Thornton musitó un muy suave "Gracias"... y puso sobre la mesa las mil libras. El brusco y rico hacendado Will Danaher miró a Sean con enorme odio...



No hubo pelea, aunque el clima era por demás propicio para ella. El avispado Michaeleen Flynn contuvo a Danaher con una simple frase: "No propiciaré vuestro casamiento con la señora Tillane. Eres insociable, Will".





Michaeleen Flynn movió la cabeza con desaliento. Jamás, en treinta años que llevaba "de mediador entre parejas que luego se casarían", tuvo que vérselas con mayor bruto que el adinerado y bravucón Will Danaher...





Anochecía cuando Sean Thornton pisó el umbral de su querido predio natal... Una avalancha de emociones le apretó el corazón. Vio el momento cuando llevaban a su padre esposado..., y la muerte de su madre..., y su helada orfandad. Luego el trabajo brutal..., y la riqueza, como premio...

Sintió un ruido muy leve y cercano. Alguien que escapaba...







Ocurría, sencillamente, que las tierras de Sean Tornton terminaban donde comenzaban los dominios de Mary Kate... Danaher, y su hermano Will. Y la joven gustaba de acercarse a la antiquísima vivienda de los Thornton... Cuando Mary Kate regresó a su casa y se enteró...



Pasó toda la noche sin dormir..., preocupada... Al día siguiente, luego de misa, se dirigió a la pila de agua bendita. Estiró la mano, pero una palma ancha la proveyó de agua...



Tocó el agua, y la mano de Sean Thornton, en un gesto rápido, nervioso. Se persignó... y echó a correr hacia su bicicleta. Sean permaneció inmóvil...



MichaelleenFlynn llegaba a la iglesia con su coche... y vio la escena.





Sean invitó al cocheho-casamentero de Inisfree a beber una copa en el Bar Cohan. Bien pronto adquirió popularidad, por sus modales gentiles, por su sonrisa. En momentos que el anciano Morris decía...



...apareció en el bar Will Danaher.

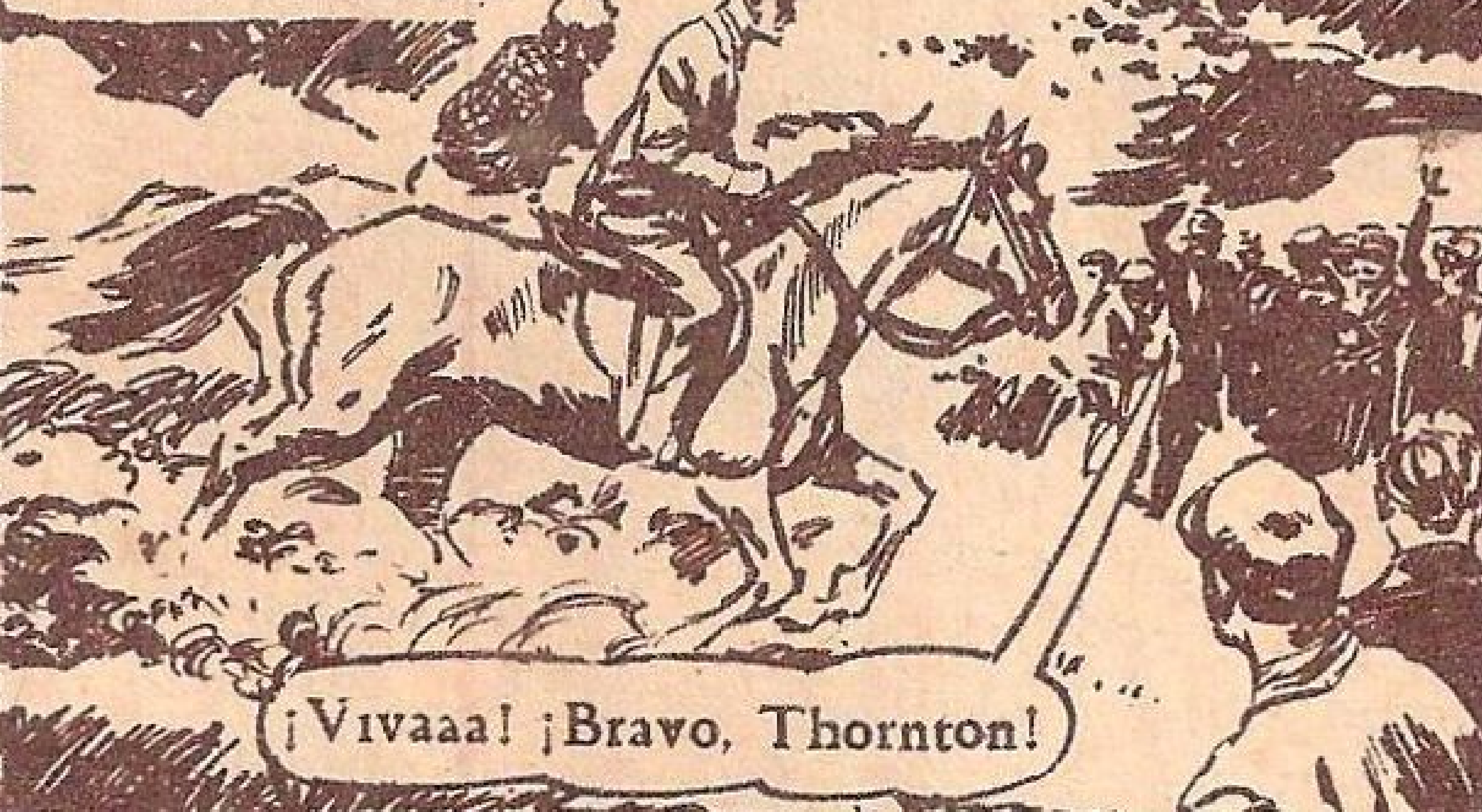




Sean Thornton se retiró del Bar Cohan sin bajar la cabeza..., pero se retiró. Todos murmuraron extrañados... "¿Con ese cuerpo de atleta y no pelea"? De todos los presentes sólo uno conocía el íntimo dolor, el secreto, de Sean Thornton. Era el reverendo O'Garr...



Dos días después realizábase en Inisfree la competencia anual de jinetes.
Sean Thornton apareció con su cabalgadura, y todos, lo miraron con alguna indiferencia. El "yanky" se anotó..., corrió... y venció. En segundo término llegaba Will Danaher...



El reverendo O'Garr y el padre Lonergan repartieron los premios...



Sean Thornton volvió a enfrentar la bella mirada de Mary Kate Danaher. La saludó y ella contestó con una nerviosa sonrisa...



La muchacha escapó una vez más a buena velocidad. El reverendo O'Garr se acercó a Sean...





Por su parte el padre Lonergan tuvo la visita de Mary Kate Danaher...



¡Sean Thornton llegó al domicilio del reverendo O'Garr.



La actitud enigmática de O'Garr sorprendió al hombre... Abrió el enorme libro lleno de recortes de diarios. En determinada página Sean Thornton quedó muy sorprendido..



¡Reverendo! ¿Usted sabe... lo que me ocurrió en Pittsburg? ¡Lo sabe!



Sean Thornton abandonó el domicilio del reverendo O'Garr con la tristeza clavada en sus pupilas. El doloroso ayer volvía a torturarlo...



Sintió que lo llamaban por su nombre. Era el padre Lonergan...



-El buscará pelea... Es duro como el granito, aunque tú seas diez años menor que él...



Siguieron conversando camino arriba, hacia la costa. Entonces el padre Lonergan sugirió a Sean Thornton...



El hombre esperó que Michaeleen Flynn llegara. Luego, los dos tomaron camino hacia la vivienda de los Danaher...



En realidad, Sean odiaba el dinero en general. ¡Más aún luego de "aquel horrible suceso" que a veces le hurtaba su tranquilidad, un reposo. "Aquello" había ocurrido porque había DINERO por medio... Allá, en Pittsburg. ¡Su secreto!



Mary Kate los recibió, nerviosa, pero halagada. Había recogido sus pelirrojos cabellos en una forma muy graciosa...



Uno de los sirvientes de Will Danaher corrió a avisar al patrón...







Will Danaher se contuvo. Michaeleen era el único en la comarca que podía acelerar el lento curso de su noviazgo. Noviazgo al que la viuda se oponía firmemente...



Mary Kate se encerró en su alcoba y lloró con inusitada amargura. El cochero casamentero de Inisfree salió de la casa Danaher, escoltando a un novio ya sin esperanzas...



Aquella tarde, Mary Kate salió hasta Castletown para hacer compras. Iba en su bicicleta. Por el camino la alcanzó Sean Thornton...



Serenamente, el hombre trató de hacerle comprender el grave error en que iba a caer...

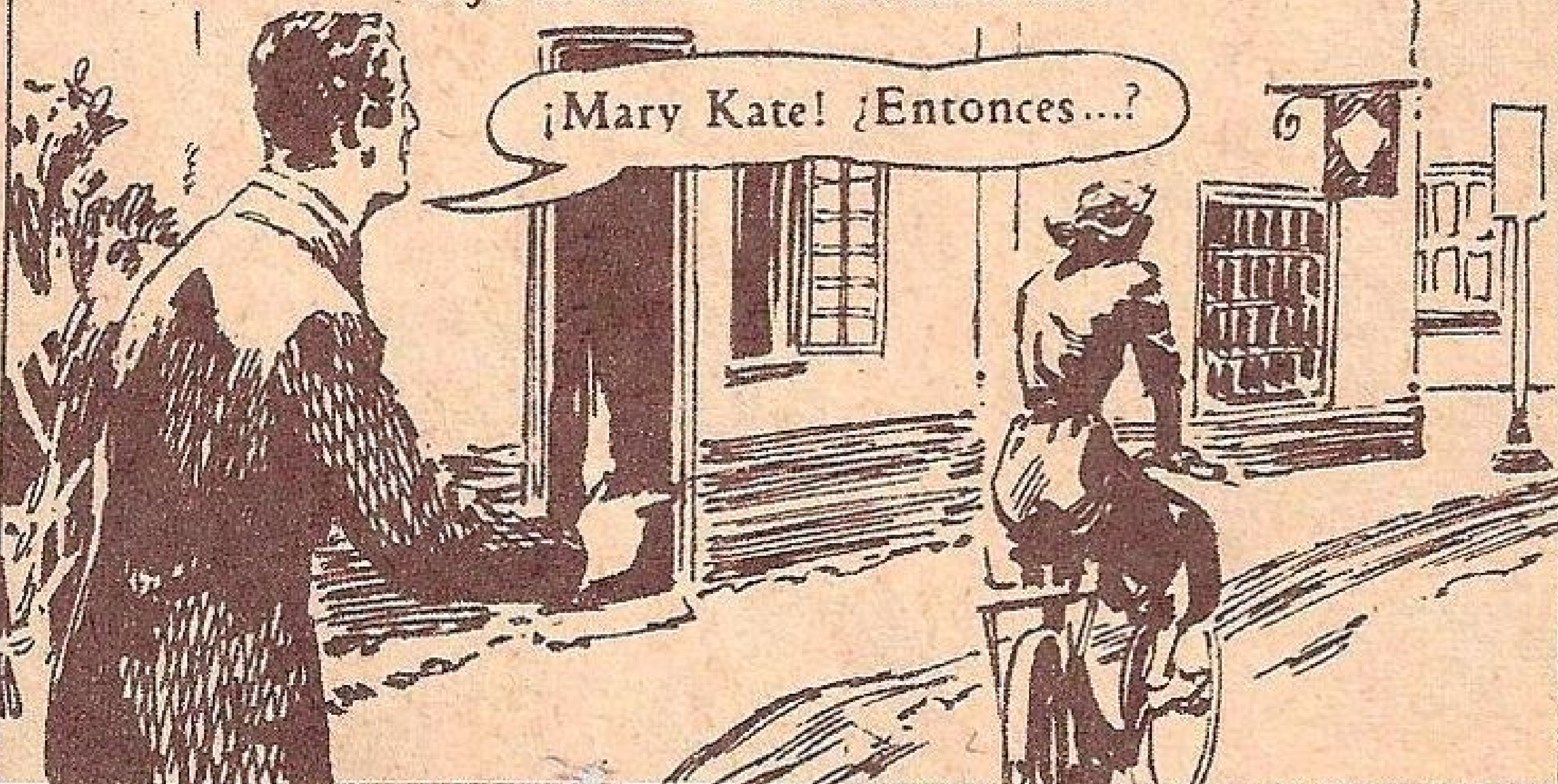




Ella escuchó al hombre con creciente terror...



La pelirroja clavó la mirada en el camino a Castletown y dejó al novio sin contestación...



El reverendo O'Garr tuvo una idea para ayudar a Thornton. Se la explicó a Michaeleen Flynn, y al casamentero le pareció OPTIMA. ¡Iban a atrapar a Will!...

















Will Danaher giró sobre sus talones y aplicó una trompada en el mentón de su cuñado, que cayó al suelo inconsciente. En medio del estupor general, un hombre temblaba, esperando lo peor: la reacción de Sean, "el hombre quieto". Ese hombre era el reverendo O'Garr...







El reverendo O'Garr era el único hombre de Inisfree que sabía del secreto del ex-campeón, luego brillante hombre de negocios... Siempre triste, siempre quieto.



Sean Thornton se incorporó, tomó del brazo a su esposa y...



El diabólico Will Danaher dijo rotundamente: "NO HAY DOTE".



Alzó a su esposa en sus brazos de granito y la llevó a la vieja y querida casa paterna. Mary Kate no se conformó. ¡ERA UNA TRADICION!



El hombre quieto sufrió esa noche y muchas más. Estaba casado, pero no tenía esposa...



"El dinero. Siempre el dinero en mi camino", suspiró Thornton...



En ese "mundo" se perdía su felicidad...



Mary Kate actuaba como una criada. En silencio..., lavando..., cocinando...
Luego se encerraba en su habitación y lloraba horas enteras.



Por las tardes, la joven iba a hablar con el padre Lonergan, que respetaba la posición "tradicionalista" de Mary Kate, pero que, sin embargo...



Will Danaher refugió sus fracasos sentimentales en su hacienda, que le daba jugosos dividendos...



Pero su odio hacia todos los que habíanse burlado de él no tenía fronteras.



Will Danaher ganó mucho dinero en la feria de hacienda de Inisfree... Michaeleen, el cochero, fue a decírselo a Sean Thornton...



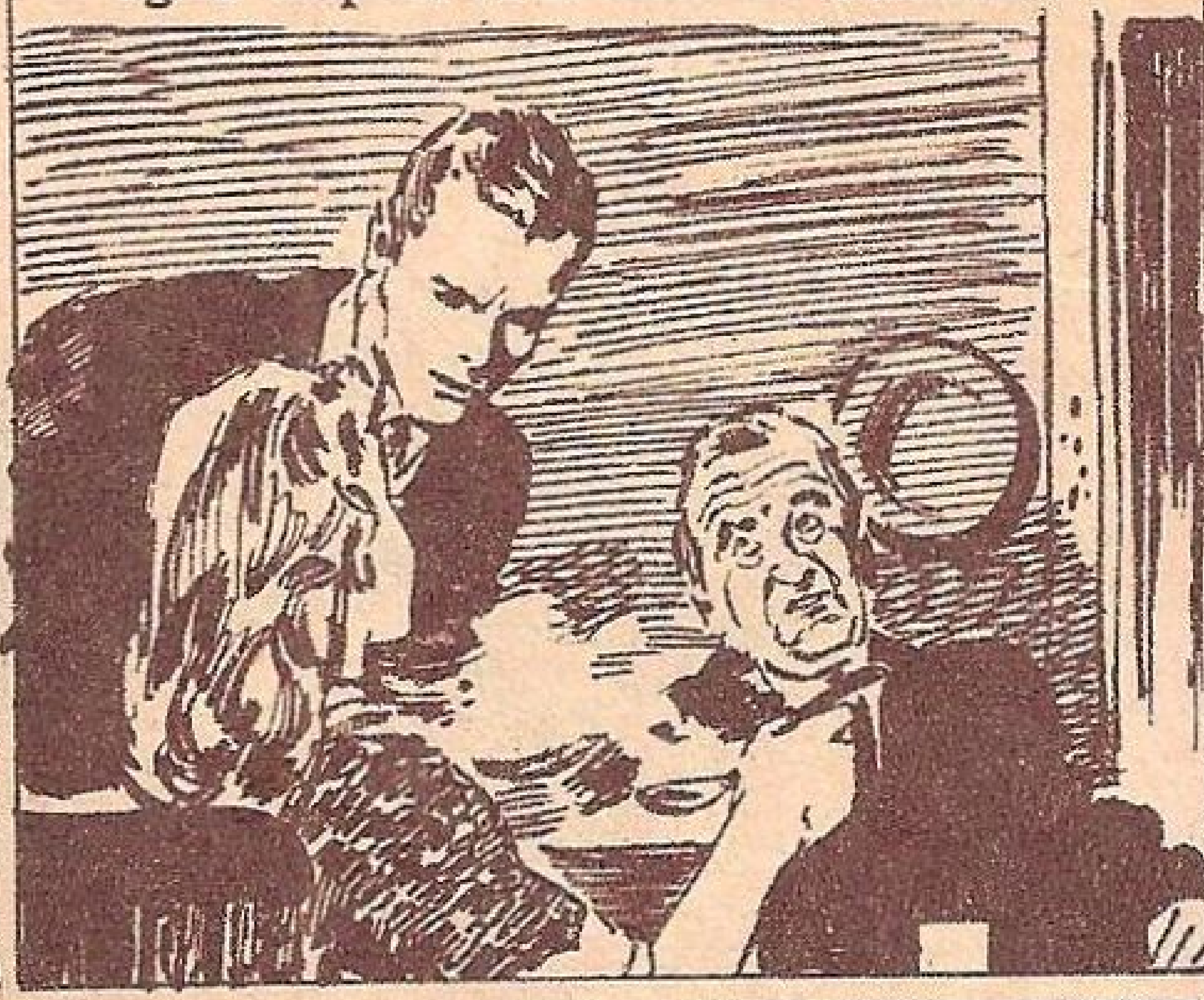
— Piensas regresar a EE. UU.?



Mary Kate escuchaba el diálogo desde la cocina. Con la punta del delantal secó una lágrima que huia...



Ese simple comentario de Michaeleen Flynn trajo —durante el almuerzo —una agria disputa en la mesa de Thornton...



Mary Kate selló sus labios. Luego, aprovechando la hora de la siesta, se arregló y.... salió.



Un buen amigo de Sean— intuyendo algo desagradable— fue en su busca...



Corrió, alcanzando a la esposa justo en la estación ferroviaria. La tomó de un brazo, y echó a correr con sus más largas zancadas...



Gran cantidad de gente venía detrás de ellos. Se diría que todo Inisfree estaba allí, esperando acontecimientos. Caminaron muchísimos metros. Al final de uno de los varios senderos que dividían la hermosa y verde comarca irlandesa...



Will Danaher acababa de realizar otro excelente negocio y echaba una cantidad de libras en sus bolsillos, cuando sintió que lo llamaban imperiosamente...



Sean dijo a Danaher por todo saludo: "Entrega la dote a Mary Kate." Una carcajada incivil contestó a su pedido. Entonces Thornton empujó a Mary Kate hacia el lugar donde se hallaba Will Danaher...





Danaher, lleno de furia, apartó a su hermana, y, apretando sus manazas, fue al encuentro de Sean Thornton, pero esta vez el hombre quieto le madrugó con un "punch" de notable acierto...

Instantes después, las dos fieras prodigábanse en una lucha terrible, cuyo final podía ser únicamente LA MUERTE...



Mary Kate Danaher de Thornton se apartó de la gente que rodeaba a los luchadores y rezó, de frente al valle... Luego tomó el camino hacia su verdadera casa. ¡Estaba orgullosa de Sean!



Un riacho recogió a los hombres, que se golpeaban encarnizadamente.



Cuando el robusto padre Lonergan —tras abandonar su caña de pescar— corrió a separarlos. Will Danaher caía víctima de un trompis en el mentón...



El "yanky" volvió a recordar aquel "Knock-out" asesino.



Atardecía. Golpearon a la puerta de la antigua vivienda de los Thornton. Mary Kate dijo "Adelante"...,y la puerta se abrió lentamente...



—Ella dijo... "¡Will!"... y pensó lo peor. En efecto; ahí estaba Danaher, que parecía mareado. El bravucón movió los labios...



Mary Kate olvidó el valor de "su dote". Algo de más importancia le exigía...



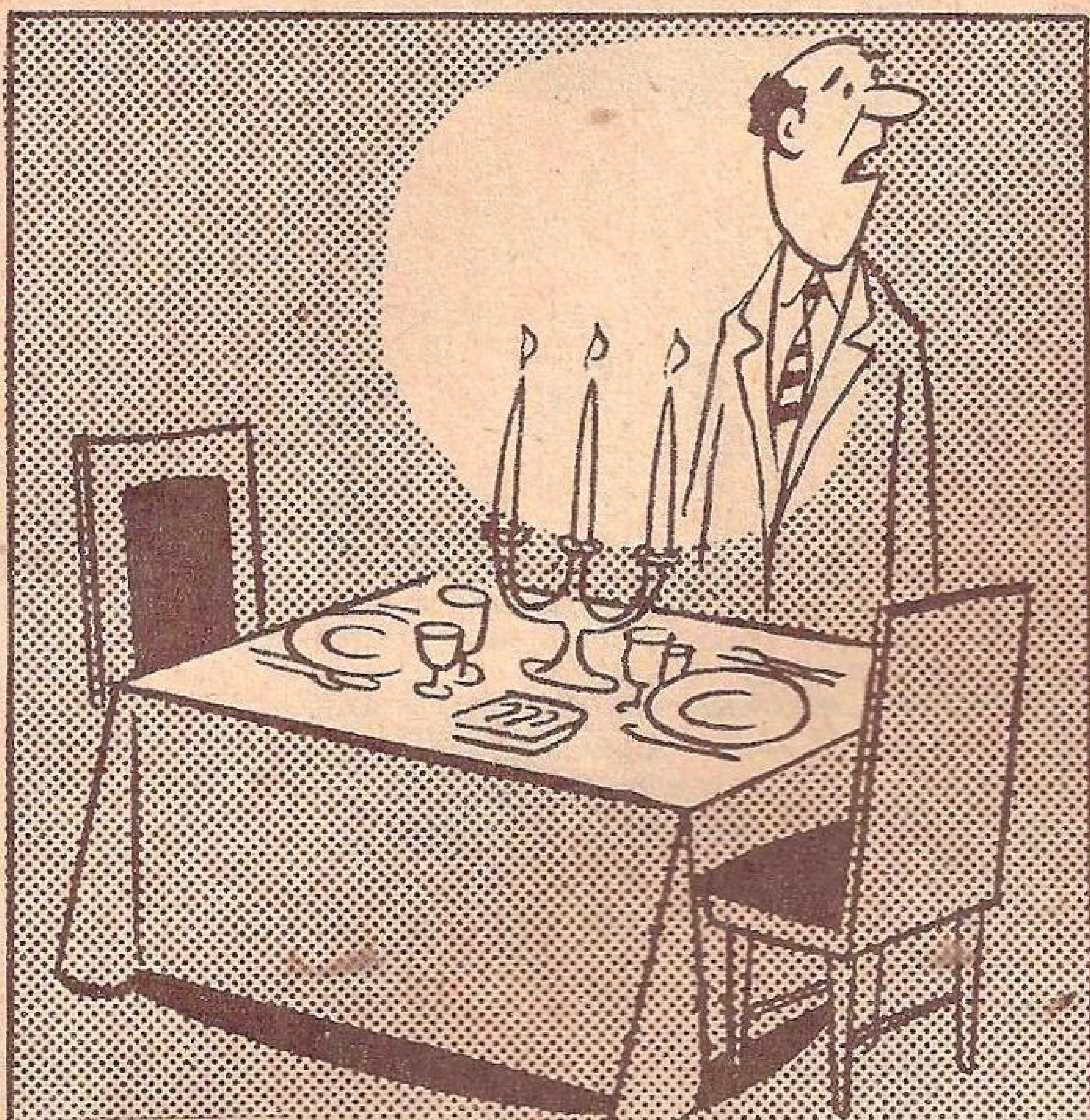
Will Danaher se apoyó contra la puerta. Estaba extenuado...



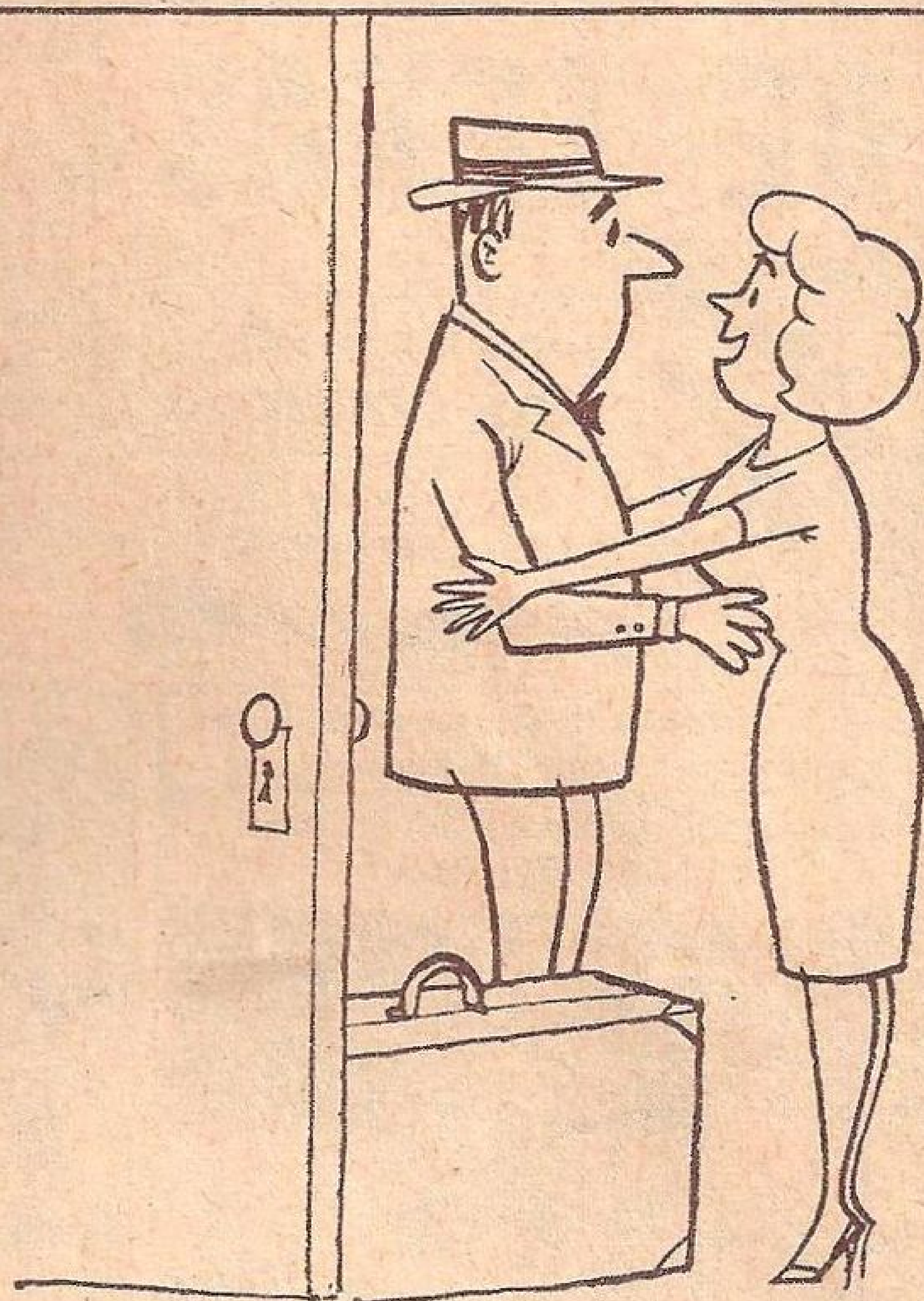
Muchas monedas de oro rodaron por la mesa familiar de los Thornton, mientras Mary Kate volvía a hacerse cargo de la cocina... ¡y satisfechísima!



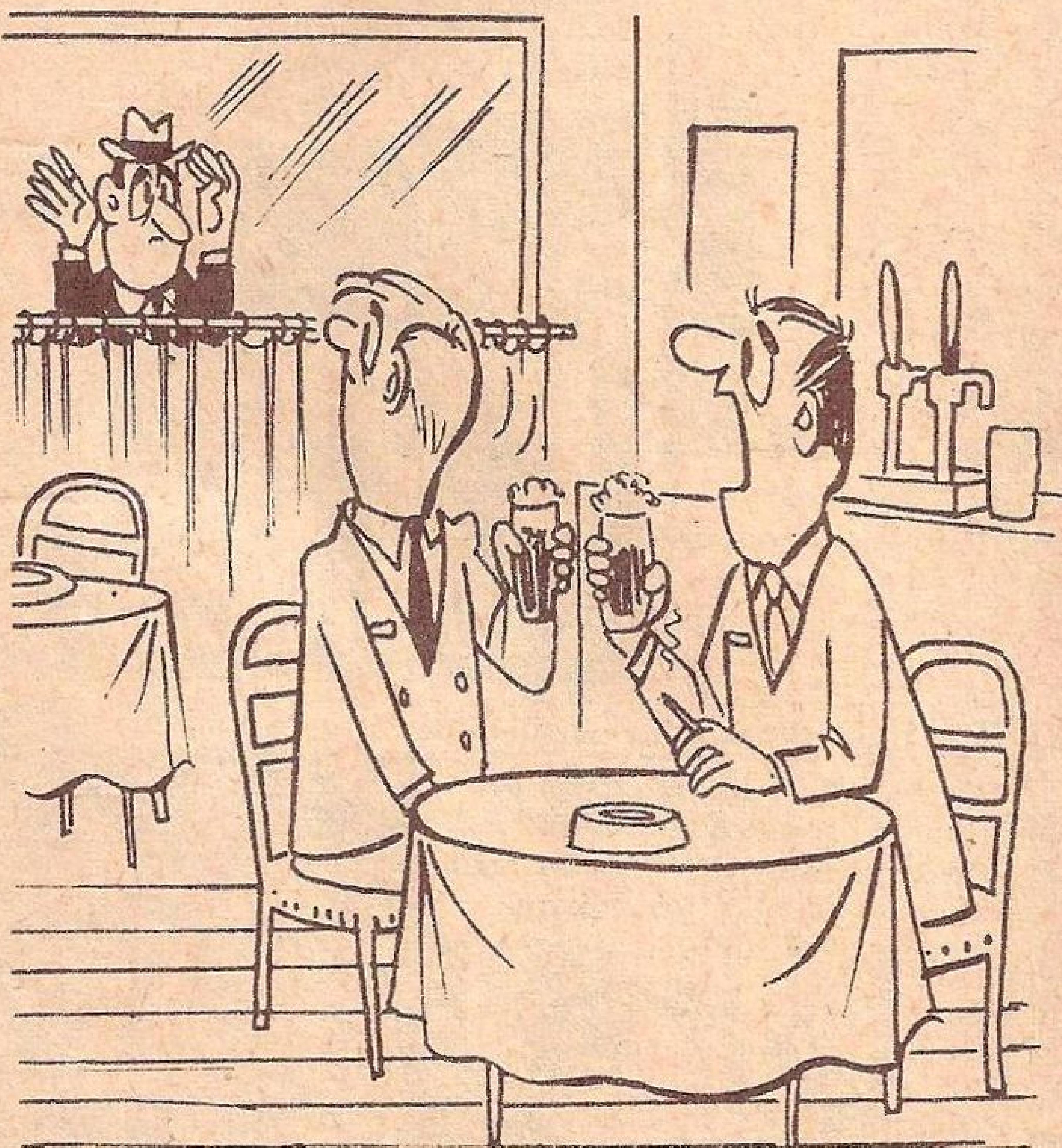
DE BUEN HUMOR



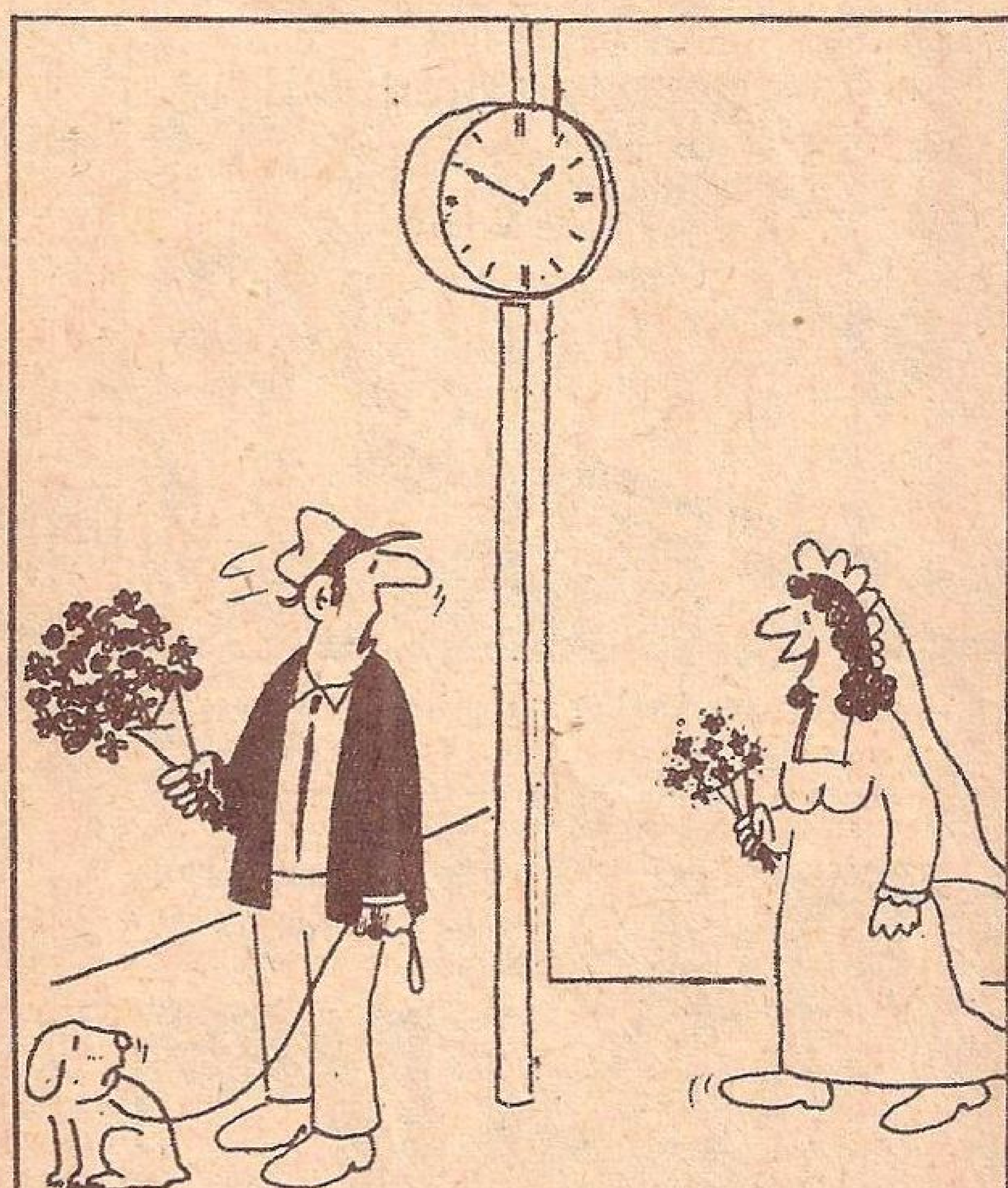
—¿Es nuestro aniversario de casamiento o te has olvidado de pagar la cuenta de la electricidad?



—No te olvides de escribirme, querido, aún cuando sólo sea un cheque.



—Parecería que la promesa de año nuevo que hizo Johnny comienza a debilitarse.



—Espero que no me crea usted demasiado presuntuosa por ser nuestra primera cita, señor Prati.

LOS WILSON DE TEXAS

por **JUAN DE DIOS CORREAU**

DIBUJOS DE ANGEL FERNANDEZ

El acaudalado y respetado ganadero de Texas, Rock Wilson, venía de la terraza del club neoyorquino "Races", en compañía de su amigo Flood.


















Wilson quedó repentinamente preocupado. Pero salió de esa situación con una jovial carcajada. "Tenía sus reservas como para aventar cualquier problema."


¡La mía fué una niñez y una juventud de miseria!... ¡Pero luego...!
TODO SE OLVIDA... cuando se llega tan alto como nosotros..., ¿eh?


Sí... Y hoy sólo me entristece esa "enfermedad" de Buster...
RACE CLUB


¿Enfermedad? No lo creo. Tu muchacho es melancólico. ¿No será poeta?
¡Qué sé yo! ¡Pero es "un Wilson", caramba! ¡Y a veces parece tonto! ¡En cuanto pueda le haré casar con tu hija Ruth!


Flood suspiró con cierta angustia. Su hija Ruth no era de esas jóvenes a las que se dice: TE CASAS CON ESTE SEÑOR Y BASTA.
Ruth es mi orgullo. Aunque tiene el carácter de mi finada hermana, Elsie.


Buster Wilson estaba muy encariñado con Ruth Flood, pero la joven arquitecta solamente lo apreciaba como un amigo de juegos infantiles.
Es una muchacha de carácter, Rock. No acepta "mandatos"...¿Comprendes?
¡Bah! ¡Paparruchas juveniles! Ya los haremos entrar en vereda...


Flood rompió a reír con ganas...
¡Tienes unas "maneras", Rockie! ¡No eres un poeta, realmente!


El viejo ganadero de Texas gruñó... "¿POETA? ¿QUIERES DECIRME TONTO?" "Prefiero un pillo a un tonto. Los tontos perjudican más."


Tenía frases así de lapidarias, y a montones, el rudo y veterano Wilson de Texas... "Sin la plata no podríamos dar un paso. Hombres con plata no son hombres paralizados."
Mira quién viene, Rock...

El ganadero giró su ancho cuello y sonrió.



Fritz Bishops no tenía buen aspecto físico. Era pequeño, míope, pero su sonrisa le daba excelente carta de presentación. A su lado venía otro individuo...



Bishops se mostró reticente delante del caballero Flood.



Fritz Bishops dedicó a Flood una cordialísima sonrisa.



Apenas minutos más tarde, Ruth Flood penetraba en el hall de mármol del "Races Club". Había quedado en encontrarse con Buster Wilson para nadar un rato. Pero en lugar de Buster halló a Douglas McNish, ingeniero naval...







Ambos se miraron durante breves instantes con la simpatía acostumbrada. Douglas había empezado a apreciar a la dinámica arquitecta Flood. Y a quererla, secretamente. Por eso sentía un enorme placer espiritual hablando con ella.



Al ingeniero McNish le parecía "un infierno en la tierra"...

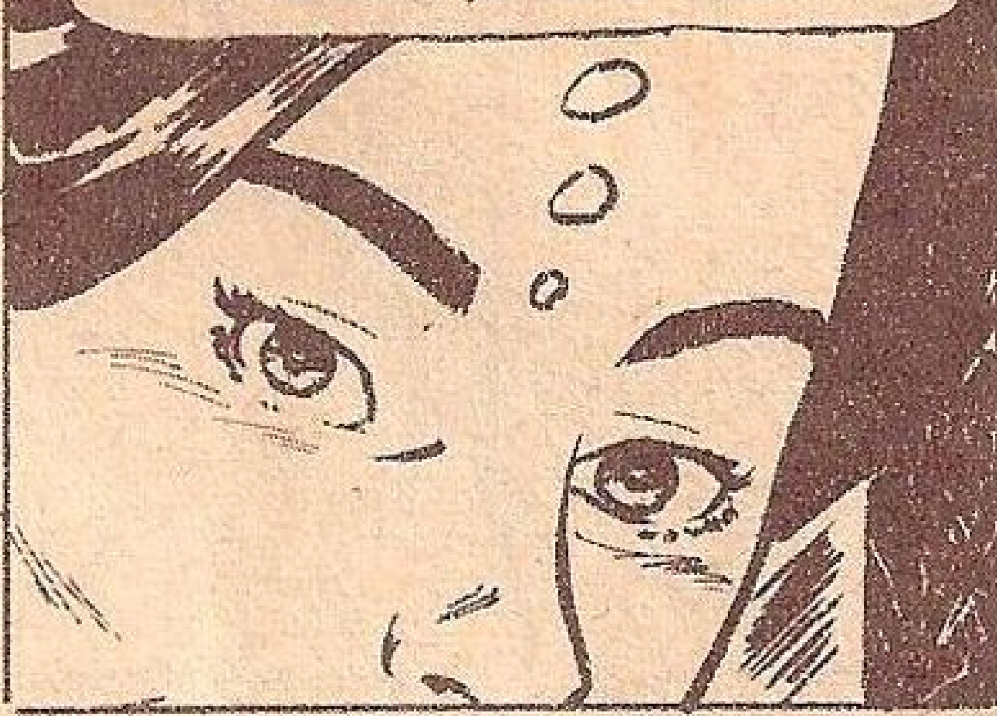



¿Un cóctel, mientras esperamos...?
De acuerdo.


En el suntuoso bar del club, ambos jóvenes continuaron la conversación...
¡Es penoso no poder liberarse de la tiranía del medio ambiente!
¿Se siente débil, un profesional tan vigoroso e importante como McNish...?


El ingeniero asintió con la cabeza.
SOY DEBIL... ,porque soy sensible. Necesitaría... mayor independencia de criterio... ¡Una voluntad de hierro, que me falta!
Caramba... ¡Es increíble! Has vencido muchas dificultades para llegar, y...


Douglas la interrumpió.
¿LLEGAR? No, Ruth. NO HE LLEGADO AUN. ¡Me falta ese "estímulo" final! ¡Y lo necesito imperiosamente!


Ruth fijó sus ojos azules en los de ese hombre tan agradable, casi infantil, amplio, sincero. Inmediatamente "lo midió" con su presunto "novio", Buster...
(¡Cuánto tendría que aprender ese tonto! ¡Pobre Buster...!)


El ingeniero continuó hablando con apasionamiento...
¡Lo mismo que si fuera hambre siento en mi interior! ¡Y despedazaré mis brazos en la búsqueda de "ese pan" que precisa mi alma!


¿Sabes, Ruth, lo que significa tener una ambición pura e irrealizada...?
Sí. Lo sé. Te comprendo perfectamente, Douglas.


Se quedaron varios minutos en silencio, haciendo como que escuchaban un bailable escapado con suavidad de la vitrola. Esa pausa les hizo un gran bien. Sin embargo, Ruth quedó muy seria. Y Douglas volvió a hablar...
Quisiera saber, Ruth..., si lo de Buster y tú...


Atlético, jovial, gritón, apareció en el bar Michael Wilson...
¿He demorado mucho, queridos míos?


El ingeniero sonrió con esfuerzo...
No lo sé. Conversado con Ruth las horas son apenas segundos.
¡Si se entera mi hermano Buster le da la histeria! ¡Ja, ja, ja! ¿Vamos a caminar un poco por Broadway, Douglas?

Douglas se incorporó con cierta pesadez.

Sí. Vamos...

Te hablaré sobre mis ideas políticas para el futuro. ¡Tengo planes maravillosos! ¡Roosevelt me invidiaría! ¿Vamos?

¡Hasta mañana, Ruth! ¿Puedo hablarte por teléfono al mediodía...?

Puedes, Douglas...

La joven marchó hacia la pileta de natación del "Races Club". ¡Ahí estaba Buster! ¡Y la miraba con encono!

¿Crees que Buster Wilson es un idiota, para jugar con él?

Y la mano delgada. huesuda, del furioso muchachón, estrellóse contra la mejilla de Ruth..., que quedó aplastada por el brutal recibimiento.

¡Te lo anticipé no hace mucho! ¡Con los Wilson no se juega! ¡He de matarte, Ruth, cualquiera de estos días...!

Y desapareció de la vista de todos los presentes, dejando a Ruth Flood confundida y llena de vergüenza...

Al mismo tiempo, Rock Wilson, acompañado de Fritz Bishops y su secretario, conversaban de negocios en medio de una pequeña sala amueblada con buen gusto.

Por mi parte, fuera del arrendamiento de mis campos en Texas, aceptación de hipotecas bien saneadas, y sobre todo mis animales...

...no me meto en otra clase de negocios. Me quedo "con lo conocido"...

Mal hecho, señor Wilson. Y ya sabe que yo se lo digo con la garantía de la fuerte firma canadiense que represento. ¡Hágame caso...!

¡Usted es un hombre inteligente, hábil, moderno...! Y lo que yo le propongo..., basado en un capital firme y amplio...

Minutos después...

Este documento que usted firma, señor Wilson, será su verdadera consagración comercial. ¡No en balde los Wilson de Texas son tan reputados!...

Entretanto, Ruth Flood iba lentamente por las calles llenas de gente del centro de New York. En su cabeza bullían mil cosas... y una enorme confusión...



Le ardía aún el alevoso golpe recibido por la mano injusta de Buster.



El caballero Ray Flood vio entrar a su hija con cara compungida...



Anochecía. En el departamento de los Flood sonó con sequedad el timbre del teléfono. Atendió Ruth...



Todas las semanas, Douglas McNish realizaba una visita a la base naval de Guantánamo, en Cuba, por exigencias de su trabajo. Iba a salir al día siguiente, por eso anticipó su llamado telefónico a la mujer que amaba.



El ingeniero McNish cenó con Ruth y su madre. Luego quedaron los dos jóvenes hablando en el comedor, mientras la señora Flood miraba televisión.



Media hora después...



Era una declaración de amor dicha en la serenidad de un hogar pacífico y honesto, como era el de los Flood. Y Ruth contestó afirmativamente.



En ese momento, Buster Wilson acababa de huir para siempre de los sentimientos de Ruth Flood...



Dos días más tarde...







Y la muchacha prosiguió conversando con su cliente; apoyaba sus manos nerviosas sobre un gran plano.



Transcurrían las últimas horas de ese día de otoño. En una oficina de New York aparece un hombre muy agitado, pálido, tembloroso...



Fritz Bishops observó que los ojos de su secretario bailoteaban en sus órbitas. "¿Qué pasa, Julius?" —insistió—



"El canadiense" y su secretario eran dos hábiles cuenteros internacionales...



La noche se presentaba destemplada, ventosa, desagradable. El camino al aeródromo de Ildewild era cruzado por ráfagas de viento con arenilla que azotaba los cristales del taxímetro...



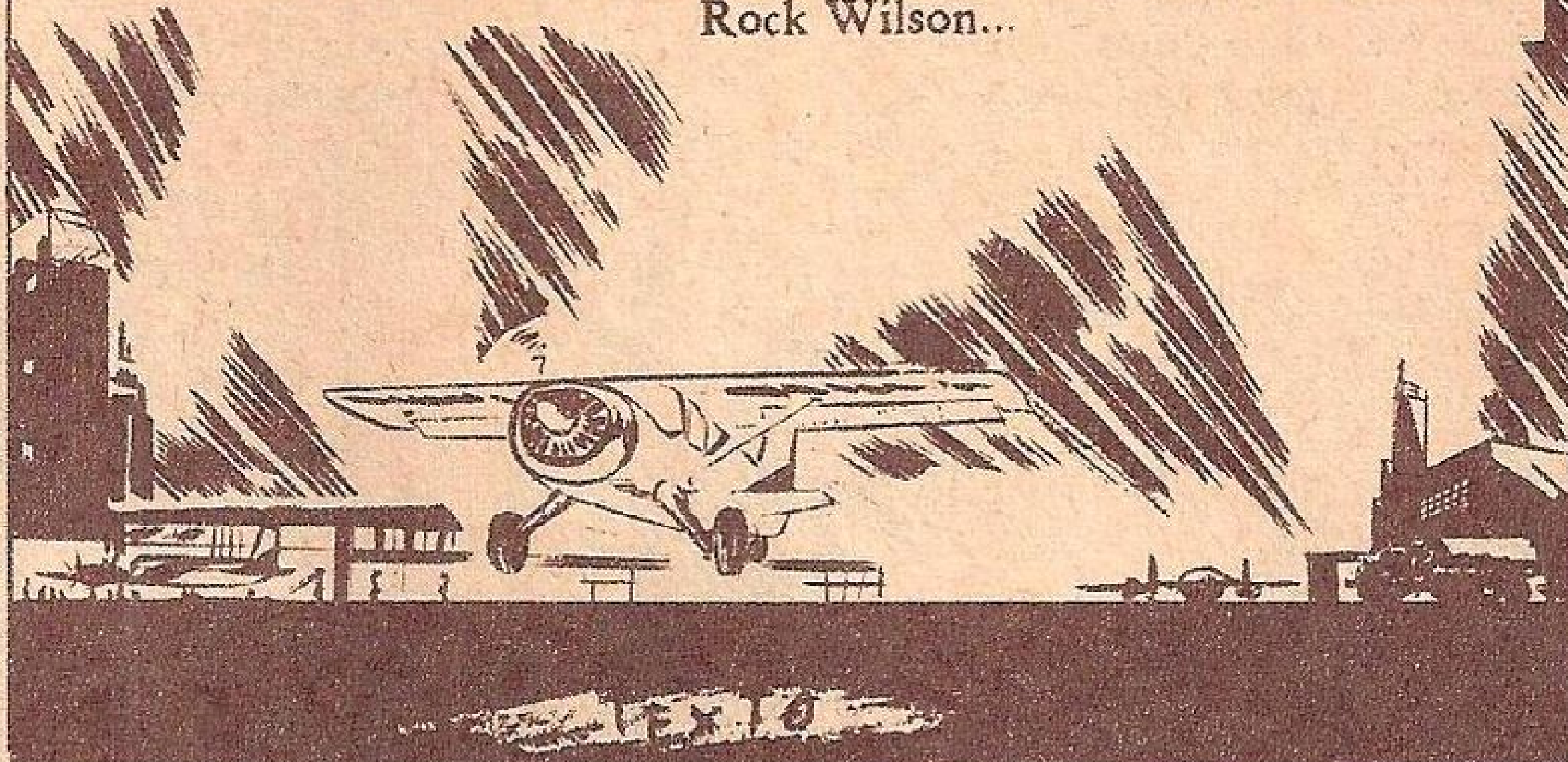
"El canadiense" apoyó sus abrumadas espaldas contra el cuero brilloso del Dodge. Sonrió, suspiró...

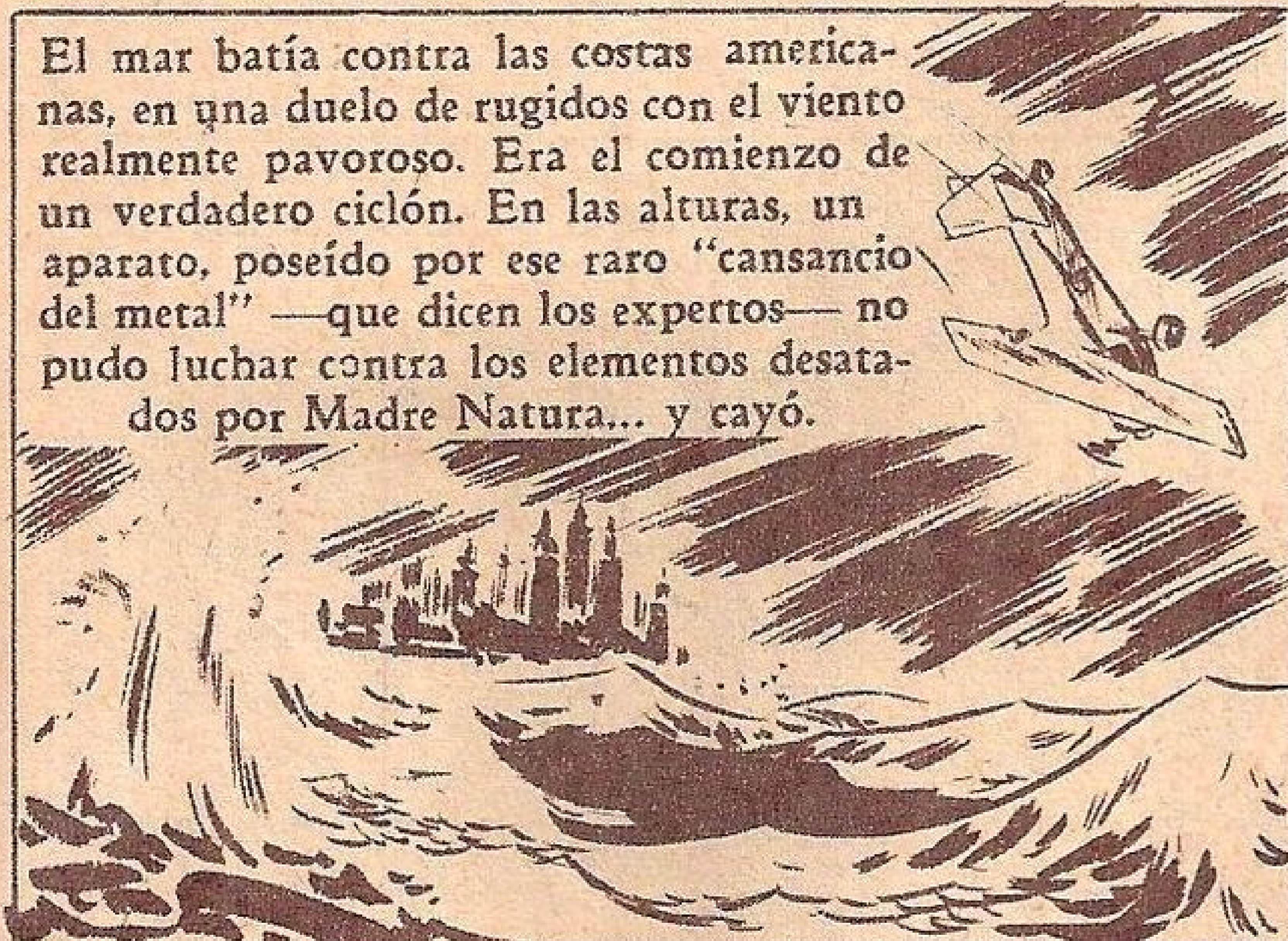


Pero lo que Fritz Bishops percibió en seguida, fue que pudo conseguir su rápida salida de New York gracias a una serie de procedimientos extraños. Y que el aparato indicado para el vuelo no era sino un viejo cacharro piloteado por unos hombres temerarios...

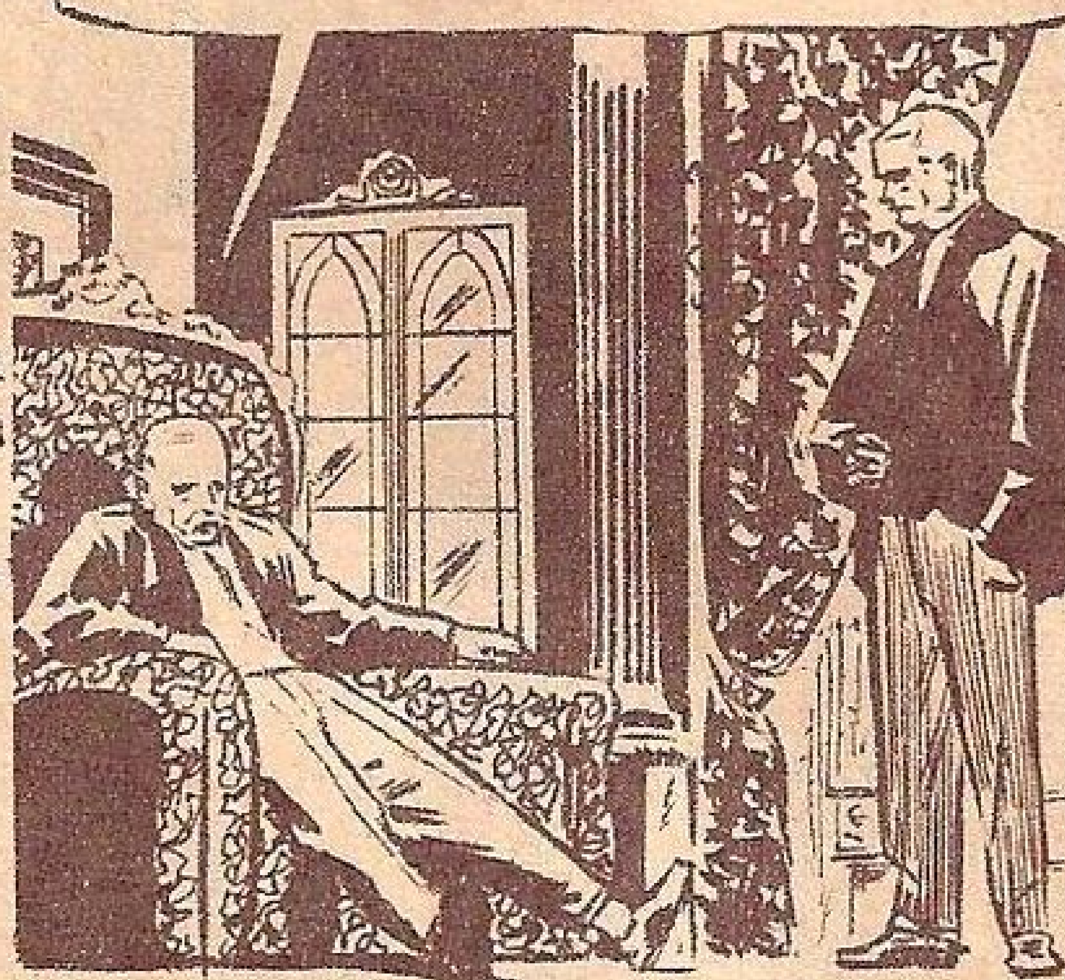



Julius Goodpeer ya estaba sentado en su asiento del avión...
¡Tiene los elásticos rotos! ¿Adónde me llevas, "secretario"?...

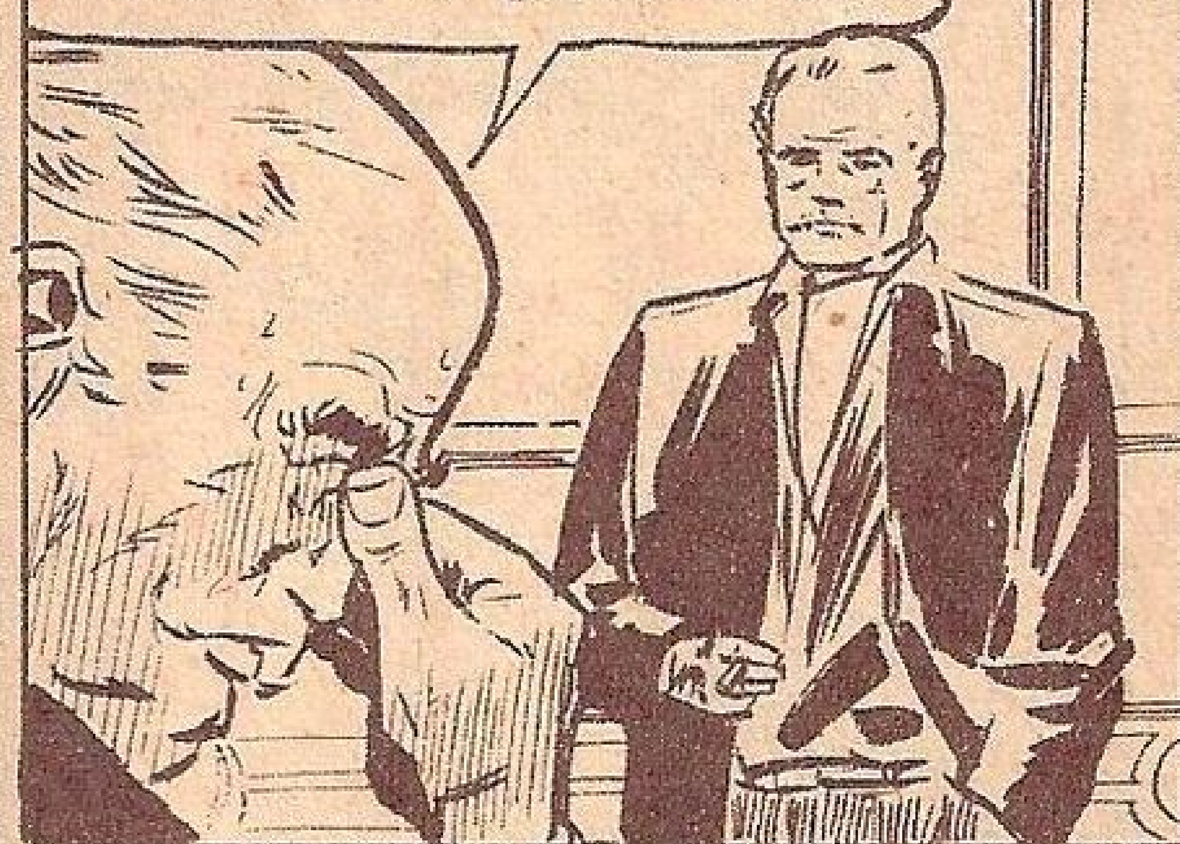

"Lejos de las justas iras del viejo Wilson", contestó secamente Julius. Fritz Bishops se sintió más calmo, acariciando la elegante cartera de bolsillo donde descansaban muchos dólares "raptados" a Rock Wilson...


El mar batía contra las costas americanas, en una duelo de rugidos con el viento realmente pavoroso. Era el comienzo de un verdadero ciclón. En las alturas, un aparato, poseído por ese raro "cansancio del metal" —que dicen los expertos— no pudo luchar contra los elementos desatados por Madre Natura... y cayó.


En la noche, el mar fue un verdadero monstruo devorador. Los billetes de banco de Rock Wilson descansaron, finalmente, a unos cien metros bajo el nivel de las aguas... Junto al cadáver de Bishops...


Los hechos sucedieron con un eslabonamiento vertiginoso tal, que a la hora de la cena, el veterano Rock Wilson estaba prisionero de gran agitación. ¡Ese había sido un día crucial para el viejo comerciante!
Primero mi hijo Michael, con sus complicaciones políticas... Luego Buster con su fracaso sentimental...


¡Y ahora ese engaño del que he sido víctima! ¡Ah, malditos gangsters!


El vigor del bravo león de Texas sucumbía minuto a minuto... Flood, su amigo fraternal, vino a consolarle...
¡Se han propuesto matarme... todos..., todos, querido Flood!


Ray Flood se sentía un poco culpable. Pero ¿qué podía hacer?
¡Ya te lo anticipé, Rockie...! Los jóvenes de hoy hacen su voluntad... ¿Y tú lo ignorabas, acaso?

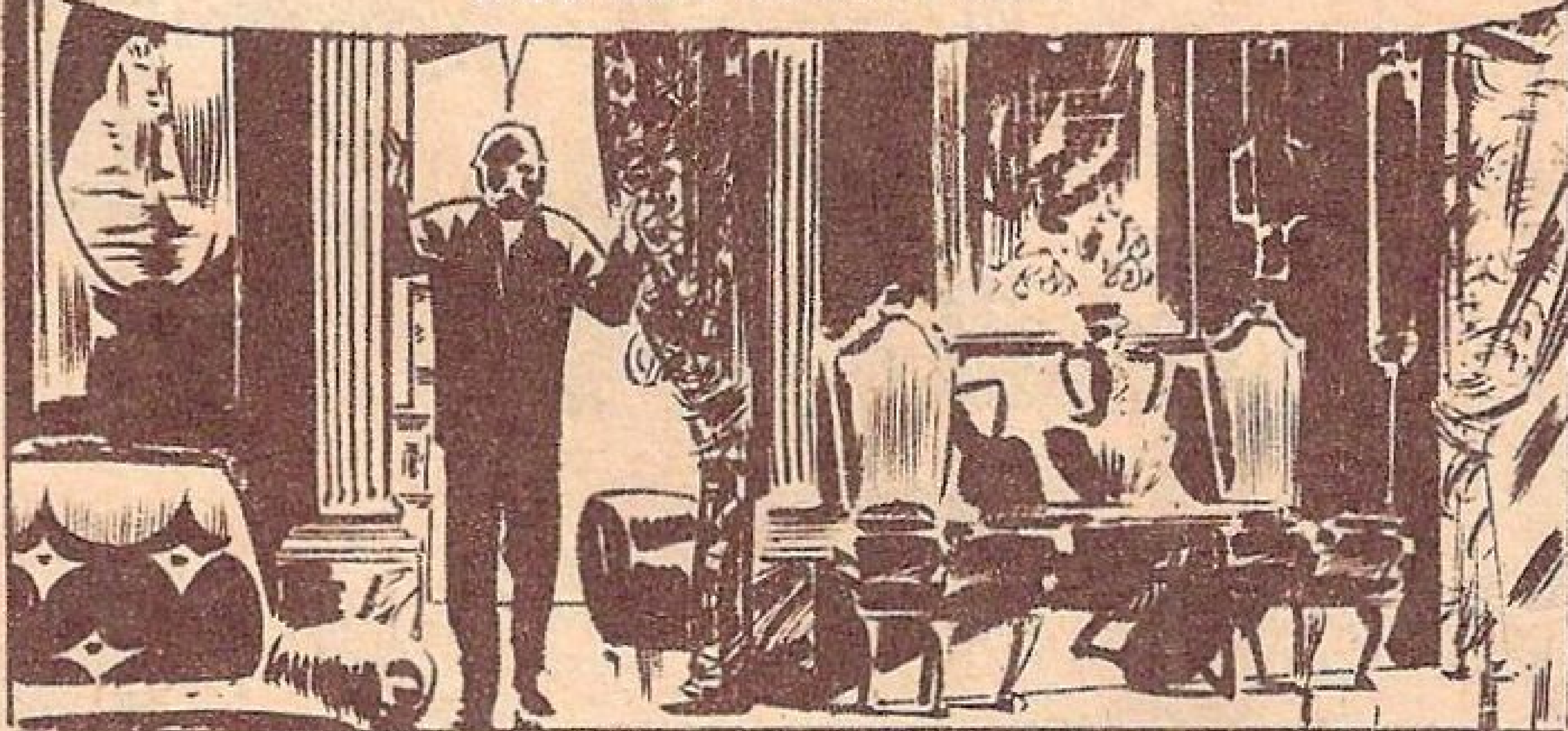

¡Pero lo de Buster no es nada, comparado con lo tuyo...!


¡Todo es canallesco, Flood, todo..., todo...! ¡Digan lo que digan por ahí, nunca será lo suficiente! ¡He sido un tonto de capirote!


¡No existía tal compañía "canadiense"! ¡Papeles, palabras, todo falso! ¡Me engañó! ¡Un Wilson fue el único engañado...!


¡Y ahora la policía me va a fastidiar con preguntas, indagatorias...! ¡Y soy un honesto comerciante con cincuenta años de...


...residencia en el Oeste, al que enriquecí con mi talento, con mis sudores...!


La policía tuvo noticias tardías sobre el accidente en la costa americana. Los restos del avión no pudieron localizarse...
¡Todos mis títulos al suelo! ¡Y mi orgullo! ¡Qué ingenuo...! Y todo, porque YO SOY EL UNICO QUE ENCARA TODOS LOS ASUNTOS...


¡Los inútiles de mis hijos sirven para vestirse con ropas de Londres y cambiar continuamente de automóvil! ¡Nada más! ¿No parece que EL UNICO WILSON del mundo soy yo, y nadie más que yo?


¡Mucha razón tienes, Rockie...!


De pronto presentóse un caballero pulcramente vestido de azul oscuro.
Lamento traerle un nuevo problema... y grave, señor Wilson. Represento a Kinson Bloyd, de Topeka, y...


Los ojos del veterano Rokie Wilson abriéronse enormes como soles.
Y hemos adelantado al señor Fritz Bishops, en tres ocasiones dentro de la misma semana, la cantidad de cien mil dólares...


¡Yo no sé nada de esos... adelantos a Bishops! ¡Retírese!
¡Están avalados por su firma, señor Wilson! ¿Quisiera examinarlos?


"El canadiense" y su secretario estaban presos en la mortaja de lata del antiguo avión japonés, ajenos ya, a todos los horrores que tenía que padecer Rock Wilson, de Texas...


¡Insisto! ¡Todo es obra de una defraudación criminal y no tengo la culpa! ¿Quiere entenderlo?
Los documentos ENTIENDEN, señor Wilson. Y sobre ellos, están sus firmas. Tres en total... para nuestros cien mil dólares...


El viejo Wilson, de haber tenido un revólver a mano, hubiera matado...
¡Lleve lo que quiera a los tribunales! ¡Mis abogados hablarán por mí!


El caballero vestido de azul no perdió su compostura...
De modo que.. se niega a reconocer...


Con un alarido, Rock Wilson terminó la entrevista.
Bien. Francamente lo siento. No tendremos más remedio que tomar medidas...


El elegante caballero de azul cruzó la puerta de la casa de Wilson con sus bien planchadas solapas a la miseria...
¡Agregue "esto" a mi proceso, señor! ¡Y afuera!


Ray Flood contemplaba a su viejo amigo Wilson con infinita pena...
¡Me ahogo, Flood!... ¿Podré resistir TANTAS JUNTAS?.. ¡Si no pago... me van a hundir!


El ganadero tejano se tiró en uno de los más espaciosos sillones de su departamento...
Un whisky por favor, Flood... ¡Pronto!


Prosiguió divagando dolorosamente...
Por esta desliz comercial voy a ser juzgado... como un hombre que jugó con el porvenir de su familia... ¡Eso es!


Y Dios sabe lo que tuve que matarme siempre para llevar adelante la famosa "marca" de mis posesiones... ¡SOLO! ¡SOLO!...

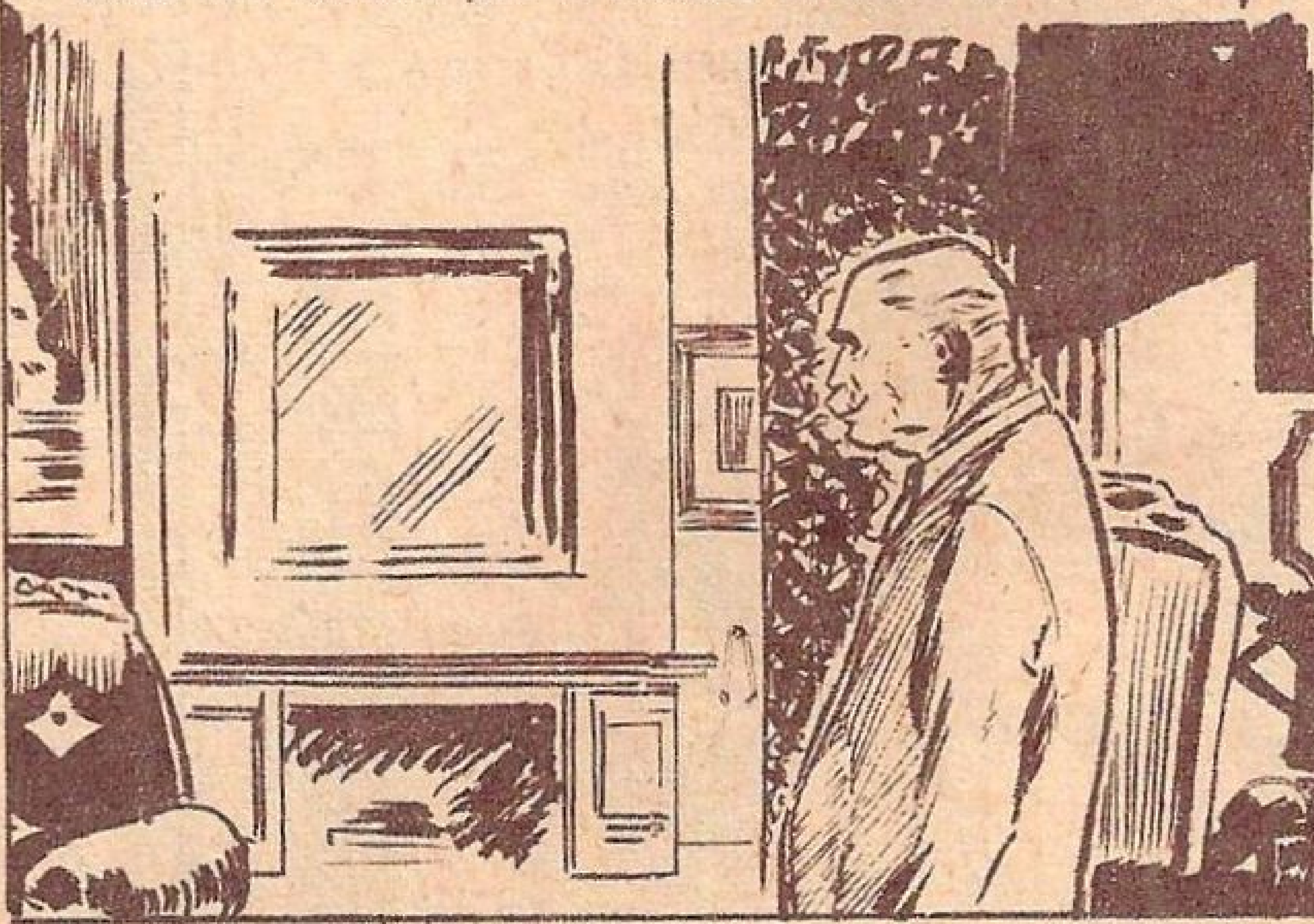

¡Qué fácil les resultó siempre a "los otros Wilson"! ¡Con el dinero de papá Rockie! Y ahora me mirarán de mala manera...
Toma. Rockie... ¡Serénate!


No prejuzgues a los muchachos. Rockie. ¡Cálmate! Todo se aclarará...
Buster, ese desordenado, dirá más o menos lo mismo que su hermano Michael... ¡Desagradecidos!


Presidía esa pequeña sala del departamento neoyorquino de los Wilson, una robusta caja fuerte de acero grisáceo, con guarniciones niqueladas. Rokie avanzó hacia ella... y la abrazó con sus aún potentes brazos...
¡Mi imperio! ¡Mi imperio! ¿Quién intentará hundirlo? ¡Todos! ¡Todos...!


El buen amigo Ray Flood le contestó suavemente...
No. Rokie Unos pocos, tal vez sí... ¡Pero a tu alrededor hay miles de amigos honestos para alentarte! ¡Como siempre, Rockie Wilson!
fernandez/61


El viejo ganadero no escuchaba a Flood, su camarada de tiempos bravíos. En ese momento recordaba una frase "muy suya": "Prefiero un pillo, a un tonto. LOS TONTOS PERJUDICAN MAS"...


Y lloró con rabia... por el fracaso rotundo de sus conceptos.


¡Empezaré de nuevo!


Y esa misma tarde se volvió para Texas, jurando no volver a pisar New York por el resto de vida que le quedaba... ¡Palabra de Wilson!
FIN

Volver a escuchar tu voz

por H. GARMATI

DIBUJOS J. P. DEL CASTILLO

1945: La segunda Guerra Mundial ha terminado. El teniente Paul Leclercq, de la Fuerza Aérea Francesa, ha regresado a su patria en compañía de su amigo Guy, después de una larga misión cumplida en Inglaterra.

El tren recorre la campaña francesa, hacia un pequeño pueblo, al Noroeste de Francia.



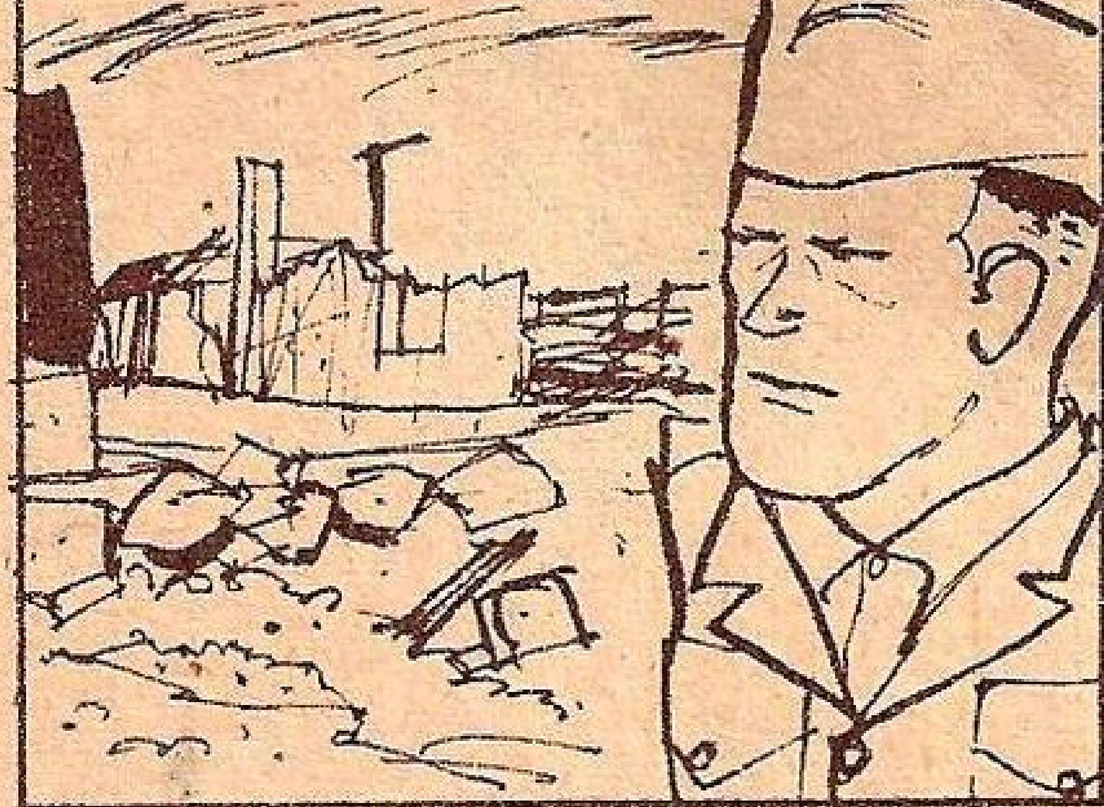
Ese pueblo fue teatro de una violenta lucha, y las tropas enemigas lo arrasaron antes de partir...







El tren se detuvo por fin en la estación del pequeño pueblo donde Paul había dejado a su novia, años atrás. Todavía se veían por doquier las huellas de la guerra, de la destrucción.



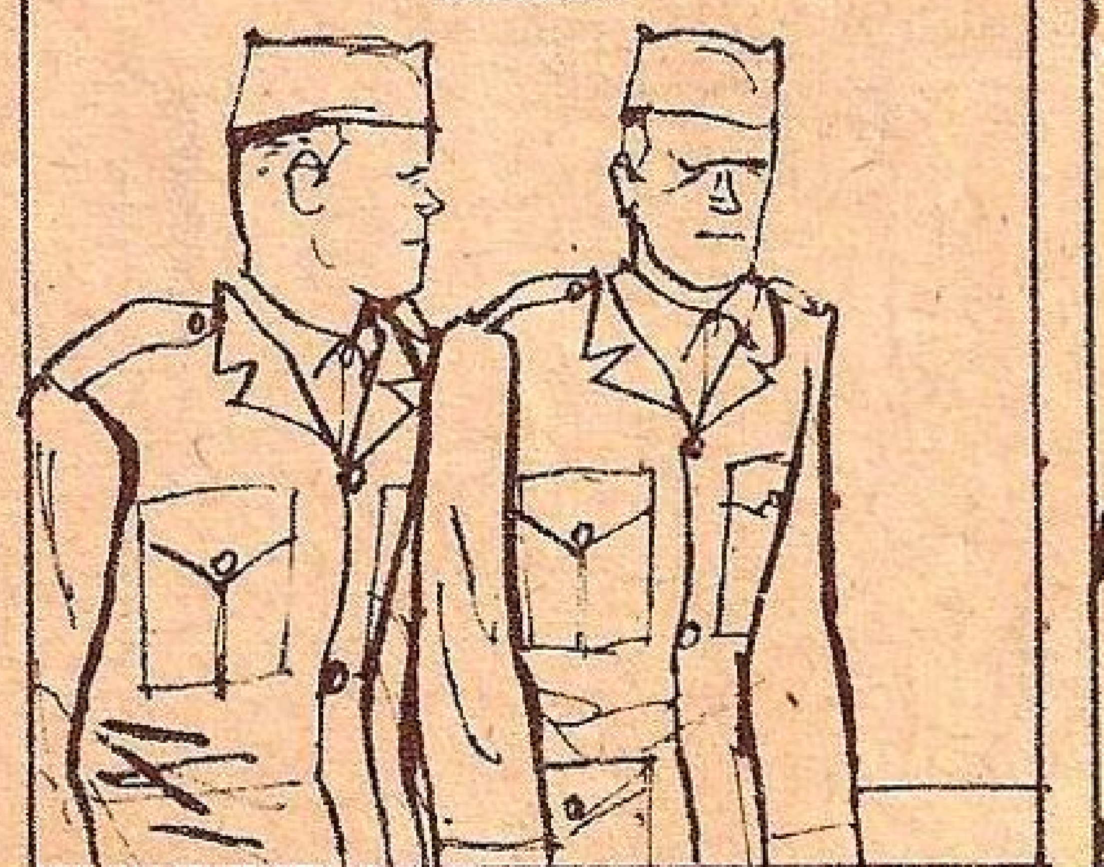
Y el corazon de Paul pareció detenerse cuando vio lo que quedaba de la casa en que Annette había vivido: sólo ruinas deshabitadas.

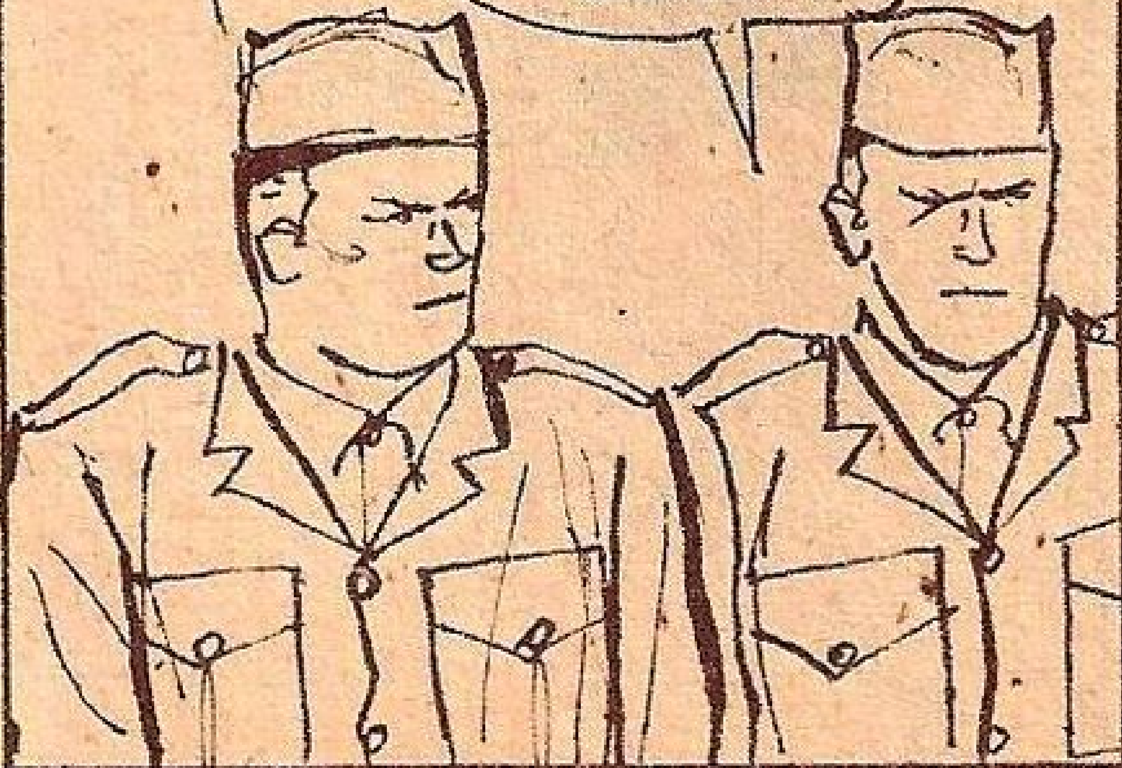


Paul trató durante días de encontrar algún indicio sobre la suerte corrida por Annette, pero siempre recibía la misma respuesta:-No sabemos nada....Reinaba gran confusión... Muchos murieron, otros huyeron ayudados por los rebeldes... Quedamos pocos en el pueblo...

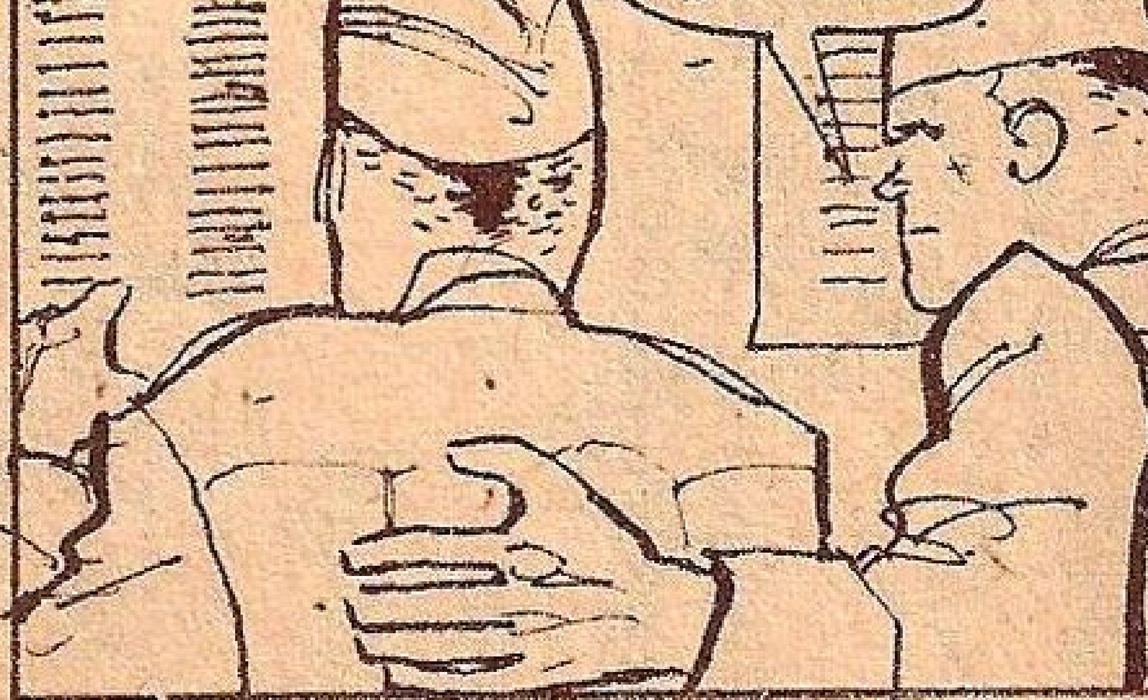


Por fin, un día aceptó ir con Guy a la oficina de la Cruz Roja... Consultarían la lista de los ciudadanos fallecidos en los últimos meses...

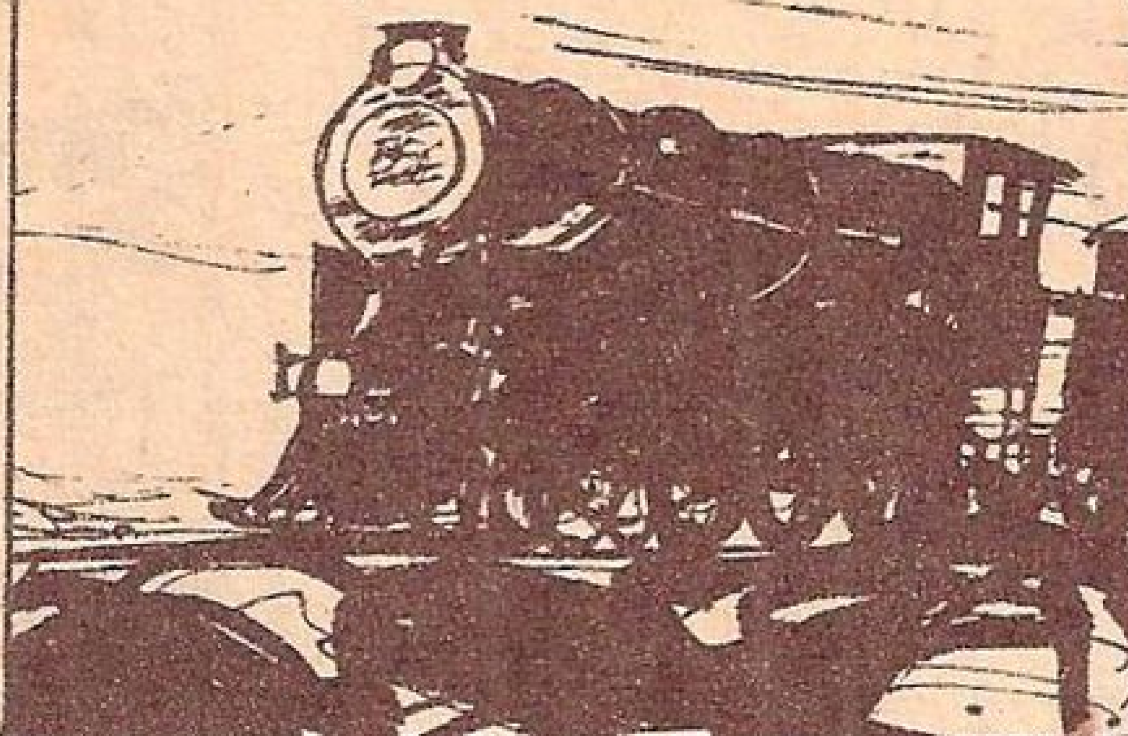




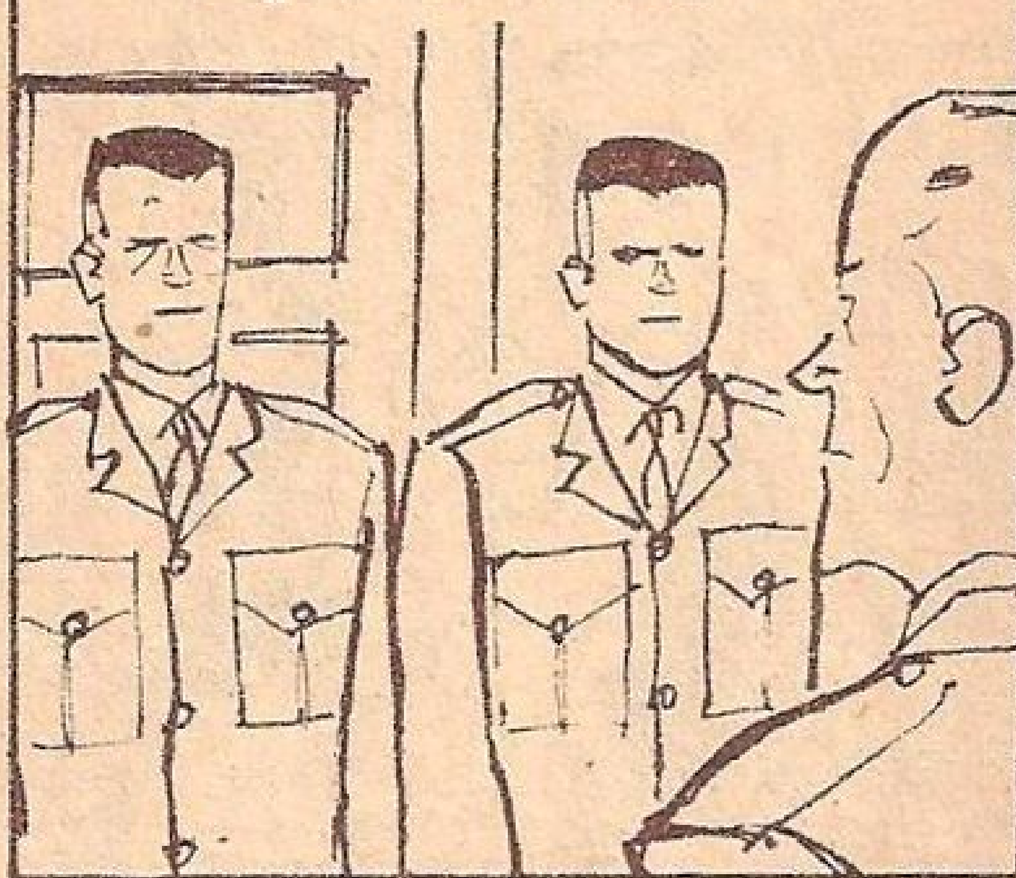
Una vez allí, sus ojos recorrieron con desesperación los nombres y se detuvieron en uno: Annette Rogier.




Paul no quería aceptar que ella no viviera..., que nunca más volvería a escuchar su voz...
No...Algo me dice que Annette vive... Pero entonces ¿por qué no vuelve a su pueblo? ¿Por qué no me ha escrito?...
¡Ten confianza, Paul! Quizá más adelante sepamos algo...


Esa misma noche, Paul y Guy volvieron a París. Fué un viaje triste. Dentro del alma de Paul algo parecía destrozado. En los meses siguientes, sin embargo, la esperanza volvió a renacer y la idea de encontrar a Annette no había ya de abandonarlo.


Muchas noches, en la intimidad de su cuarto, miraba la medalla que ella le regalara antes de separarse...
(Su medalla... Tiene grabado "Siempre contigo tu Annette"... Sí... En alguna parte tú me estás esperando... Y sé que te encontraré...)


Meses después, a Paul y a Guy se les encomienda, en mérito al valor demostrado durante esos años de guerra, una misión especial como ingenieros, en Argelia.


En los días que le restan antes de tomar el barco para Africa, Paul realiza nuevamente diligencias por París para encontrar algún rastro de Annette, pero todo en vano. Parecía que Annette Rogier pertenecía al pasado... y que no volvería a salir de él...


Pero ¿que ha sido de ella?... Volvamos el tiempo meses atrás, durante la triste noche de su huída...
Despacio... Debemos llegar hasta el camión sin que nos descubran...


Pero una ráfaga de metralla se abatió sobre los fugitivos. Annette vio a su madre caer y sintió que una bala se hundía en su cuerpo.
¡Ay!


Sigue... tú sola... hija..
Sin ti no, mamá...


Pero ella también había sido herida, y el esfuerzo para ayudar a su madre agotó sus energías. Sintió que perdía el conocimiento.
¡Oh!... Mamá...


Junto con su madre moribunda, fue transportada, por otros refugiados, al camión que esperaba en los lindes del bosque...
¡Rápido, que nos han visto...!


Largos días de inconsciencia pasaron para Annette, en lugar desconocido y entre gente extraña. Del hospital de emergencia fue trasladada a uno de convalecientes...


Fue allí, entre esas frías paredes blancas, donde Annette tuvo conciencia de su nuevo drama...
¿Qué hago en este lugar? ¡Yo! ¡Oh, Dios mío! Pero ¿Quién soy yo...?

Un grito escapó de su garganta. Una enfermera acudió presurosa y trató inútilmente de calmarla.



Pero todo parecía confabulado para mantener en misterio la identidad de la joven. Había llegado sin documentos al primer hospital, y el camión que la dejara no pudo ser localizado. Fue el buen doctor Lenoir el encargado de decir a Annette la triste verdad.





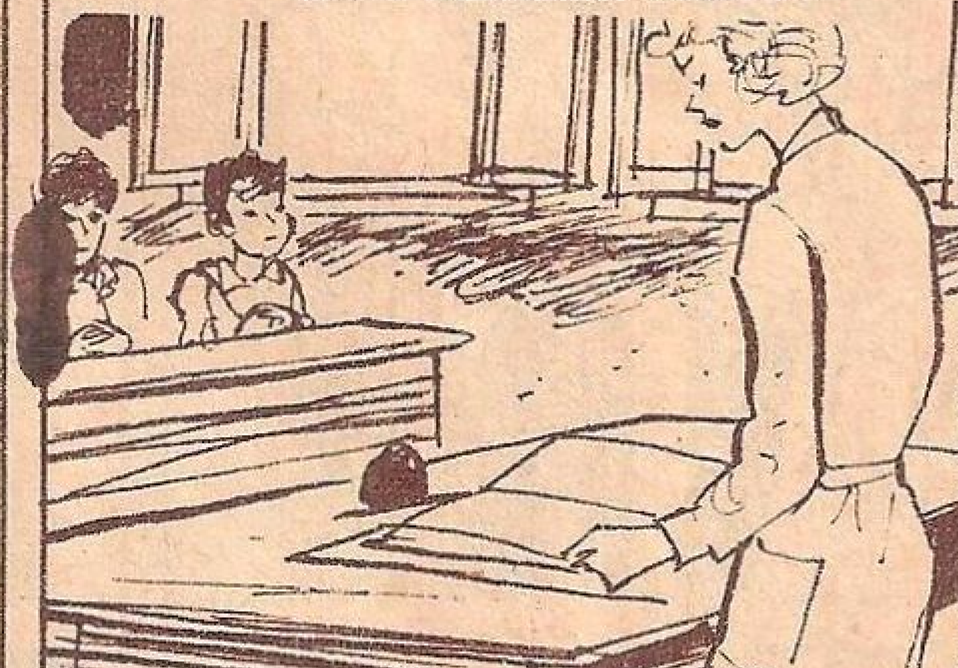
Un amargo sollozo sacudió el cuerpo de la joven...



En los días siguientes a la revelación, la idea de desconocer su pasado la atormentaba sin descanso. Todo parecía perdido para ella. Pero no fue así. El doctor Lenoir le aconsejó que se dedicara a alguna tarea: debía distraerse, no pensar en sí misma.



Semanas después, Annette comenzó a trabajar como maestra en una escuela rural para niños huérfanos. Un nombre nuevo guardaría su secreto: sería para todos Marianne Arnaul.



Un día...









El doctor Durand sentíase atraido por Marianne. El desconocía su secreto, y los tristes ojos de la joven y sus extraños silencios lo tenían cautivado.



Y esa noche...




No lo entiendo, Jean; no soy el tipo de mujer con el cual un hombre se siente feliz de ir a un baile...
¿Por qué se empeña, Marianne, en creerse distinta de todas?


¿Acaso no lo soy?... Pero no hablemos más de esto, por favor. Quisiera salir a tomar un poco de aire...


¿Caminamos o prefiere sentarse a descansar?
No. Caminemos, la noche está hermosa...


Marianne permanecía silenciosa, con la mirada perdida en la noche.
¿Qué está pensando, Marianne...?
No pienso en nada...


Marianne, yo quebraré su silencio con mi amor...
¡No! Jean... ¡No!


¿Por qué no? ¿Acaso no puedes querer y ser amada?
No... Yo no podré nunca... Usted no puede saber...


Marianne... Yo la amo... Quiero hacerla feliz..
¡Oh, Jean...!




Volvamos, Marianne... Estás temblando...
Siento haberme portado tan tontamente, Jean.


Por toda respuesta, Jean apretó el brazo de la joven. En silencio, comenzaron a caminar. Marianne hubiera querido confesarle lo que angustiaba su corazón, pero algo más fuerte que ella le impedía hablar. Jean rompió el silencio...


Mira qué hermoso... La luna, allí, entre los árboles...
¡Oh! La... luna... El bosque..


La joven miraba como hipnotizada. El recuerdo de la noche de su huida comenzaba a filtrarse en su mente.
¿Qué te pasa?
¡Jean, tengo miedo! ¡La luna, los disparos...! ¡Los oyes?


La joven sollozaba sin control.
No tengas temor, Marianne, estoy junto a ti...


Jean la condujo hasta su casa. Una vez allí, Marianne fué acostada: parecía presa de una fiebre extraña. Jean le administró una calmante y quedó junto a ella durante el resto de la noche.


Pobre Marianne, parece que comienza nuevamente a delirar...
Sí, Alice; vaya a descansar, yo me quedaré con ella.


¡Mamá...! ¡Cuidado!... Me han herido...
Mi pobre Marianne.


De pronto, la joven trata de incorporarse; sus ojos, que buscan afiebrados, algo, se detienen fijos en Jean.
Paul... Mi Paul... Soy yo... Dame tu mano . .
Sí. Aquí estoy a tu lado...

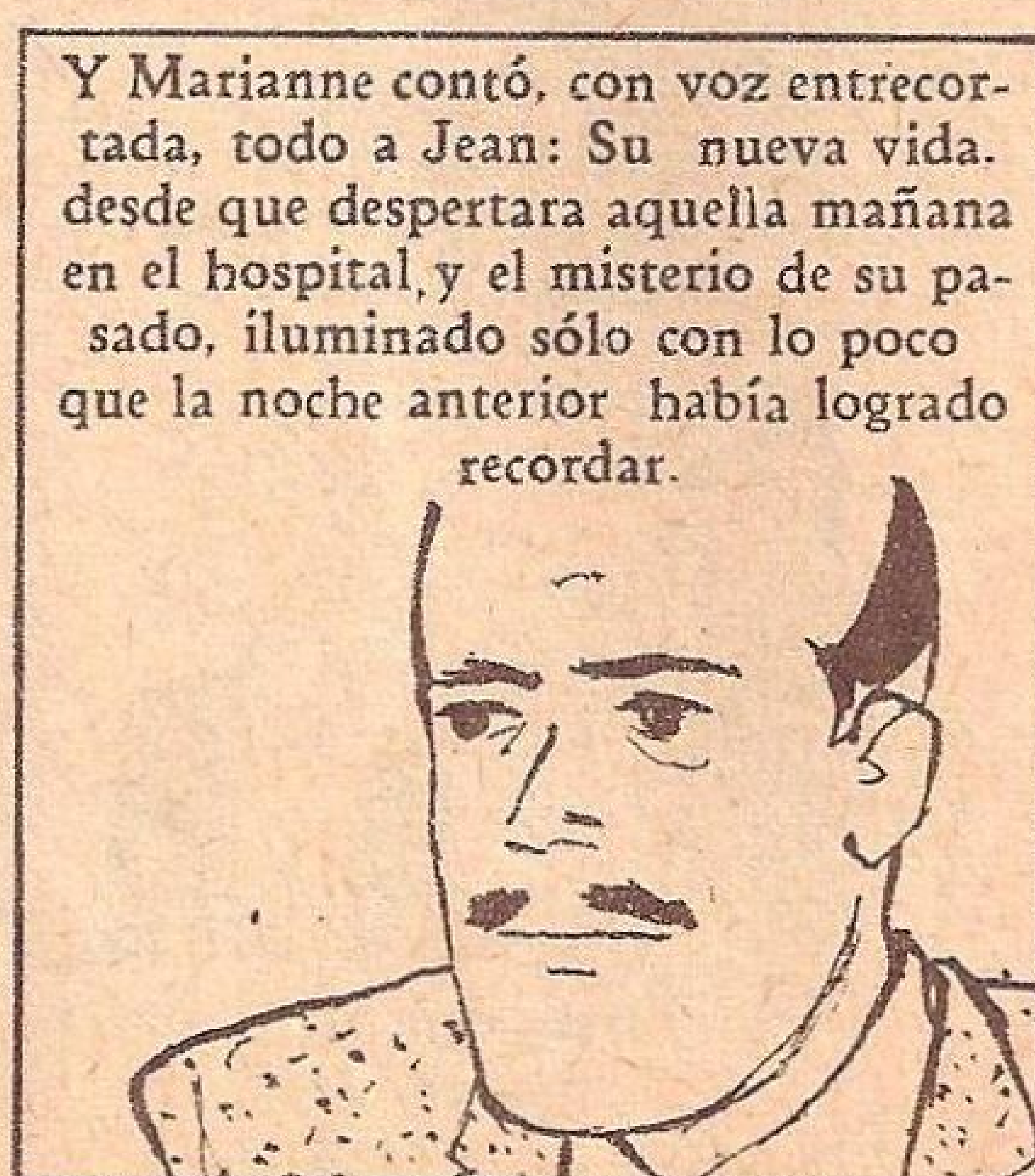

¡Cuánto tiempo hacía que te esperaba!...
Yo también a ti...


Una sonrisa iluminó el rostro de la joven, volvió a recostar su cabeza sobre la almohada, y pareció como si un velo cayera sobre su frente; sus ojos se serenaron y la respiración se hizo normal. Jean permaneció a su lado, teniendo aún entre las suyas la suave mano de Marianne.


Al día siguiente...
¡Buenos días! Se ve que estás ya mejor...
Deseaba verte, Jean; desde que me desperté he sentido la necesidad de hablar contigo.


Yo... Creo que he cometido un error ocultándote muchas cosas...
No, Marianne. No te creas obligada por lo que sucedió ayer; recuerda que soy médico y . . .


Hablo al médico y al hombre. Escucha por favor...
Antes de hacerlo, te recuerdo que siempre encontrarás en mí un verdadero amigo.


Y Marianne contó, con voz entrecortada, todo a Jean: Su nueva vida. desde que despertara aquella mañana en el hospital, y el misterio de su pasado, iluminado sólo con lo poco que la noche anterior había logrado recordar.


Ya ves, ni el nombre de Marianne me pertenece; lo único que queda de mi pasado es esto.
¿A qué te refieres?


A esta medalla, lee aquí: "SIEMPRE CONTIGO, TU PAUL".
¡Pobre Marianne! Ahora comprendo tu angustia cuando ayer te hablé de amor...


¡Qué noble que eres, Jean!
No digas eso. Ahora que sé todo, seremos dos para luchar, para encontrar a Paul y a tu pasado...


¿Dónde estaba en esos momentos Paul Leclerq? En Argelia. Su misión allí acababa de concluir. Ese día fué llamado por sus superiores, junto con otros compañeros.


Bueno, señores, la misión ha llegado a su término. Ha sido un éxito, los felicito a todos. Se les ha acordado un mes de licencia.


¿ Tú dóndes piensas ir? Yo me voy a París...
No sé todavía... Quizá a descansar a la Provenza..., después al pueblo de Annete...


Una sombra se había extendido por el rostro de Paul.
¿Pero por qué vuelves a atormentarte con ese recuerdo? Sabes que ella murió...
No. No quiero pensar que ella no vive. Pasaré en algún pueblito de Provenza unos días de descanso y después...


Paul realizó el proyectado viaje. Visitó varios lugares de la vieja Provenza. Cierto día, en uno de esos pueblos...
¡Hermoso lugar! Lástima que esta gripe no me permita salir.
¡Insisto, señor; tendría que hacerse ver por un médico!


Bueno, me parece que me está convenciendo. Mi primera salida será hacia el consultorio del médico.
Y en un par de días estará bien, para conocer nuestro bello pueblo.


Déme, por favor, la dirección.
Doctor Jean Durand. Rue de la Campagne, 32.

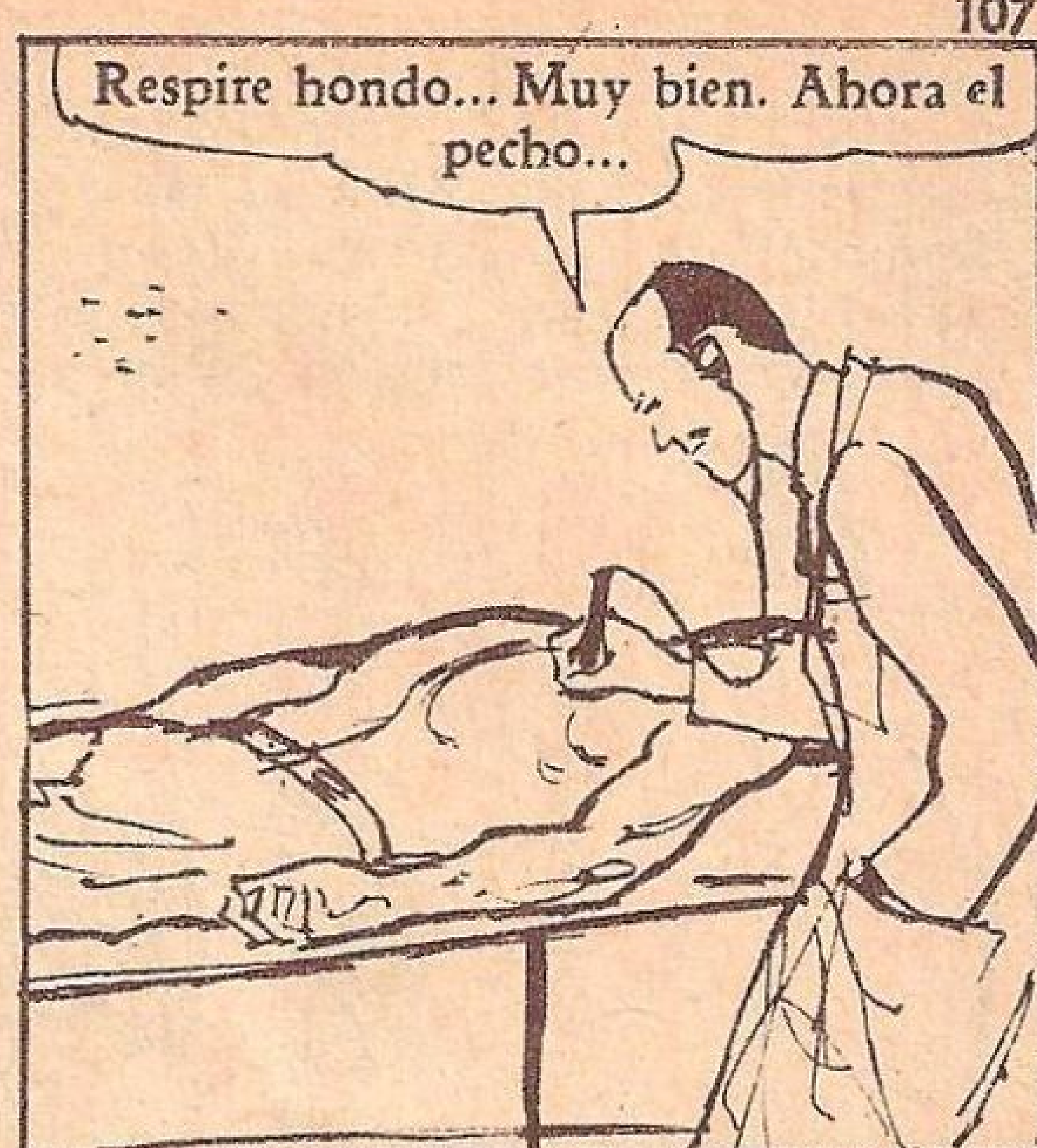

Ya estás completamente bien. Debes cuidarte y no pensar más en aquello. Te he prometido ocuparme yo.
¿Para qué engañarnos, Jean? ¿No has visto cómo fracasaron tus averiguaciones? No puedes recorrer toda Francia...


Jean sonrió...
Soy un empecinado, Marianne, y aunque sea así, averiguaré quién eres y dónde está Paul.
Eres demasiado bueno conmigo, Jean. Hasta mañana.


¡Pobre mi querida Marianne! ¡Dios mío, permite que vuelva a encontrarse a sí misma!


El próximo paciente, doctor.
Buenos días, doctor.


Paul explicó en pocas palabras lo que sentía.
¿Puede sacarse la ropa? Lo voy a auscultar.


Respire hondo... Muy bien. Ahora el pecho...


E iba a colocarle la toalla sobre el pecho cuando...
¡Oh! Esa medalla... ¿Puedo verla?
Sí, desde luego. Es el único recuerdo que tengo de mi novia...


Y Jean sintió que sus manos temblaban cuando tomó entre ellas la medalla.
¿Cómo se llama usted?... ¿Paul?
Sí. Paul Leclerq. ¿Cómo sabe mi nombre?


¡Es una historia larga!...Escuche usted...
Lo escucho, ¡hable por favor!


Jean explicó todo desde el comienzo. Mientras escuchaba, el rostro de Paul sufría una transformación: una nueva y desconocida alegría inundaba sus ojos.


Cuando Jean finalizó...
¡Iré a buscarla ahora mismo!
No. Sería una imprudencia, rcuerde que en este momento es para ella un desconocido.


¿Qué aconseja entonces, doctor?
Por lo pronto que vaya a su hotel y permanezca allí unos días: debe curarse ese resfrío, y a mí me dará tiempo para pensar algo.


¡Ah...! ¿No hay por casualidad alguna canción que solieran escuchar juntos...? Podría resultar eficaz...
Sí. Teníamos "nuestra" canción: AQUEL TRISTE OTOÑO. ¿La conoce?


Sí, mucho. Creo que la utilizaré, y quiera Dios seguir ayudándonos.
¿Cómo podremos, doctor, agradecerle, Annette y yo, lo que hace por nosotros?


Nada debe agradecerme, he sido sincero con usted: quiero a Marianne, a Annette en realidad, y deseo verla feliz.
Y la verá doctor Durand, ¡tenga la seguridad de que la verá!


Pasaron dos días. Paul permaneció en su hotel. En esos días se sintió completamente recuperado. Mientras tanto Jean había pensado un recurso, en el que había puesto toda su esperanza de devolver la memoria a la joven.


Y el día elegido...
Deseaba pedirte un favor, Marianne: ¿No podrías venir después de la escuela para pasarme unas planillas en limpio? Es un trabajo urgente y...
Desde luego que sí. Estaré aquí a las seis. ¿Te parece bien?


¿Qué te parece un poco de música para aliviar la tarea?
Magnífico, sabes que me encanta la música.


La música inundó con su suave melodía la habitación donde la joven trabajaba...
En seguida vuelvo...


De pronto Marianne detuvo su trabajo...
Esa música... Esa música me recuerda algo... La he escuchado muchas veces...


La joven se levantó como hipnotizada; de nuevo el recuerdo de su pasado comenzaba a filtrarse en su mente... Dio unos pasos inseguros por la habitación...
Es... como si escuchara una voz... Sí... Una voz...

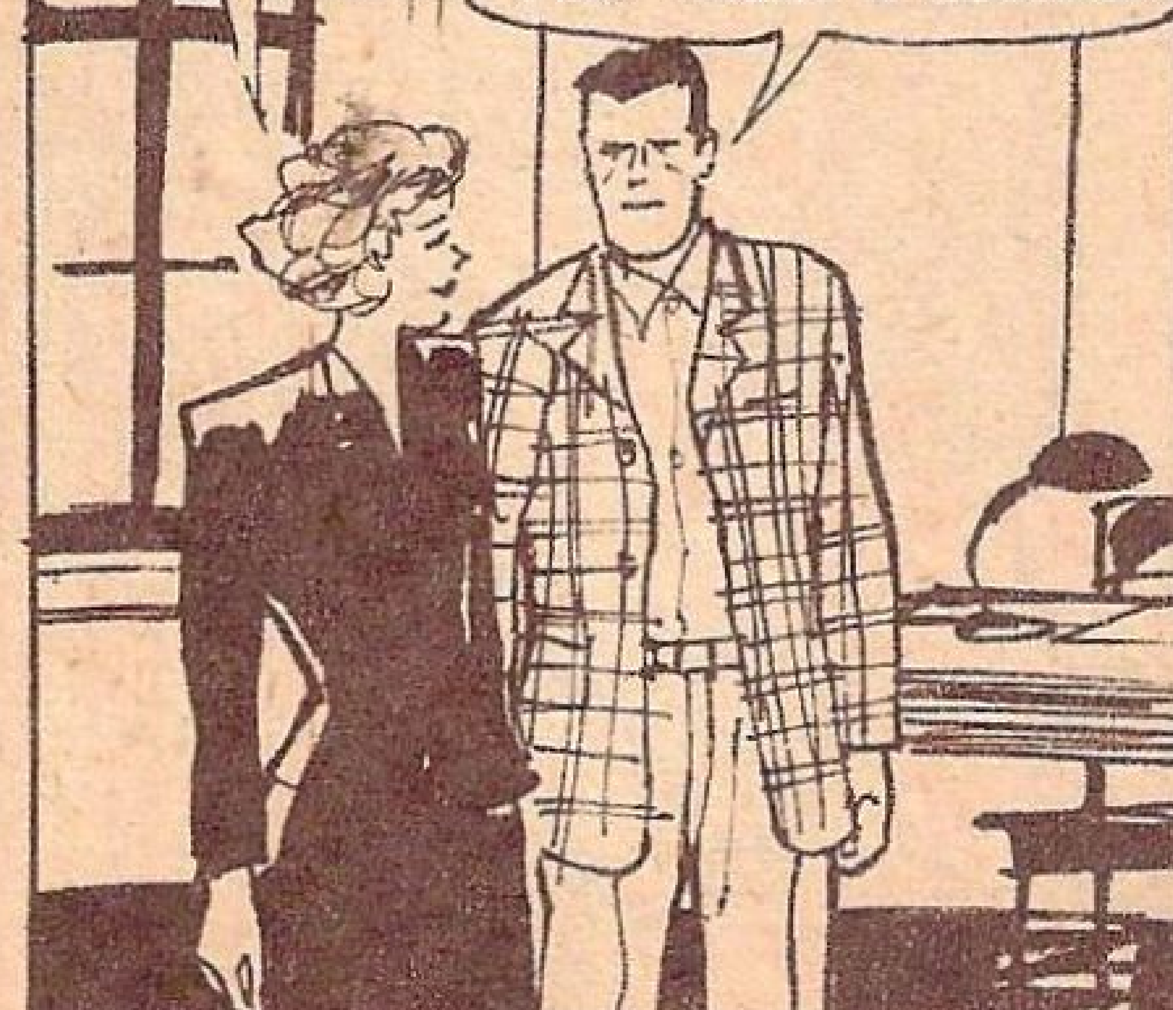

¡Annette! ¡Annette!
¡Sí!... ¡Paul!


Un grito escapó de la garganta de la joven, el velo de su pasado había sido desgarrado de pronto. Se echó en los brazos de Paul.
¡Annette!
¡Paul! ¡Paul mío!




Las manos de Paul acariciaron el rostro lloroso de ella.
¡Estaba seguro de que volvería a escuchar tu voz, mi vida!
Y fué la tuya la que me sacó de ese mundo de tinieblas...


Largo rato permanecieron ajenos a todo lo que no fuera ellos dos...
¿Pero tú cómo sabías? ¿Fué el doctor Durand?
Fué la Providencia la que me hizo cruzar con él...


¿Y él arregló todo esto?
Sí. Es el hombre más noble que conozco... Ven, vamos a buscarlo.

Annette, poco a poco, se fué encontrando a sí misma, recordando todo. Fué como volver a nacer. Ella y Paul vivieron un nuevo romance. La boda quedo fijada para días después. Se realizaría en la pequeña capilla del pueblo, de ese pueblo que había guardado el secreto de Marianne y que había visto nacer nuevamente la felicidad de Annette.



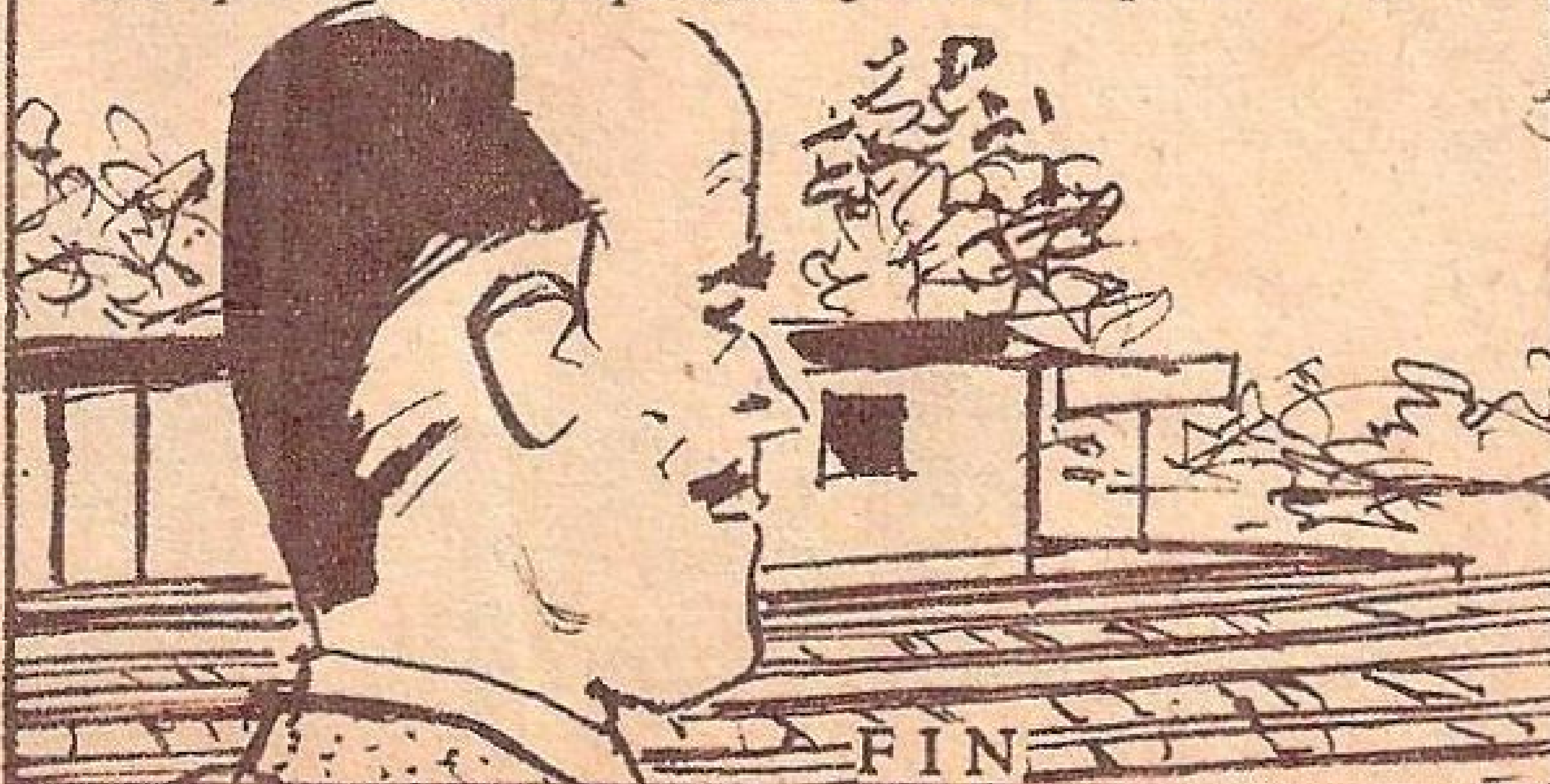
La víspera de la boda...







Y cuando, al día siguiente, Jean saludó por última vez a Annette y Paul, que se alejaban felices, en el tren que los llevaría a su nuevo hogar, Jean sintió que nunca estaría solo y que los suaves y tristes ojos de Marianne siempre lo acompañarían. Que era Annette la que se iba, que Marianne quedaba junto a él para siempre.



LEA Y RIA



—No, no soy ni autor, ni poeta, ni pintor; adivine de nuevo.



—¿Y las mujeres de tu club te han elegido tesorera?

EL CIENTIFICO DE MALMOE

por HANS KURT

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE DAVID COOPER

El gabinete de trabajo del doctor Svenk de Malmoe está desierto. El silencio de la noche se ha posesionado de los muebles severos, del busto de Hipócrates, y de los libros y elementos de cirugía y tubos de ensayo...



Cerca de allí están cenando el dueño de casa. su ayudante, el doctor Thill, y la joven vecina, Margaret Bax, novia del doctor Julius Thill. Ríen por un chiste que acababa de hacer la señora Luisa, cocinera del doctor Svenk...





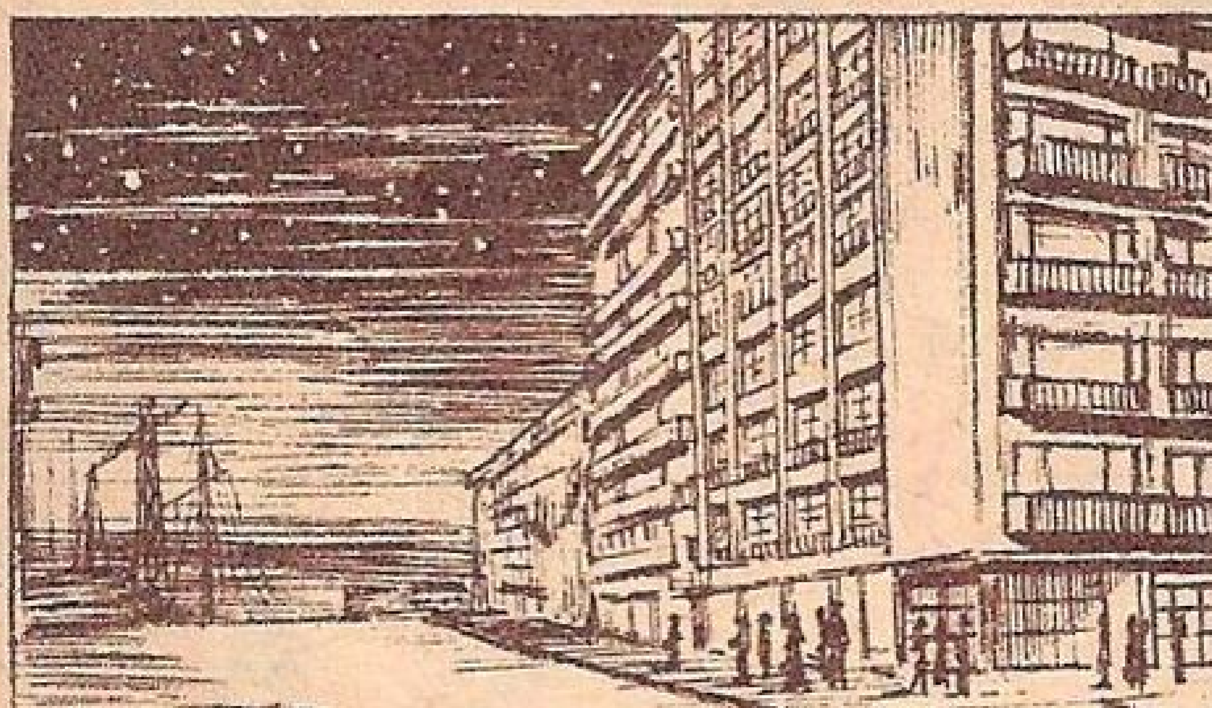












Efectivamente. Eran ocho pisos. Altos, aireados. Margaret Bax vivía en el segundo; el doctor Thill, en el quinto, y Roberto Svenk, en el último, con una vista al puerto de Malmoe, al mar, realmente prodigiosa...




De pronto el teléfono llamó con fuerza...
¡Me hizo asustar! ¡Cuando llama así, es un caso grave!


Atendió el mismo doctor Svenk...
Hola... Sí... ¡Mucho gusto, señora!... ¿Su hermana otra vez en cama? Indigestión... ¡como siempre!... Siga con las píldoras...


En seguida colgó el tubo.
¡Estas damas que olvidan el tratamiento! ¡Y lo peor es que tienen miedo! Suerte que pagan sin chistar.


Estoy un poco aburrido de la clientela menuda. "Si quiere *hacer ciencia* abandone los pacientes de pildoritas", me decía...

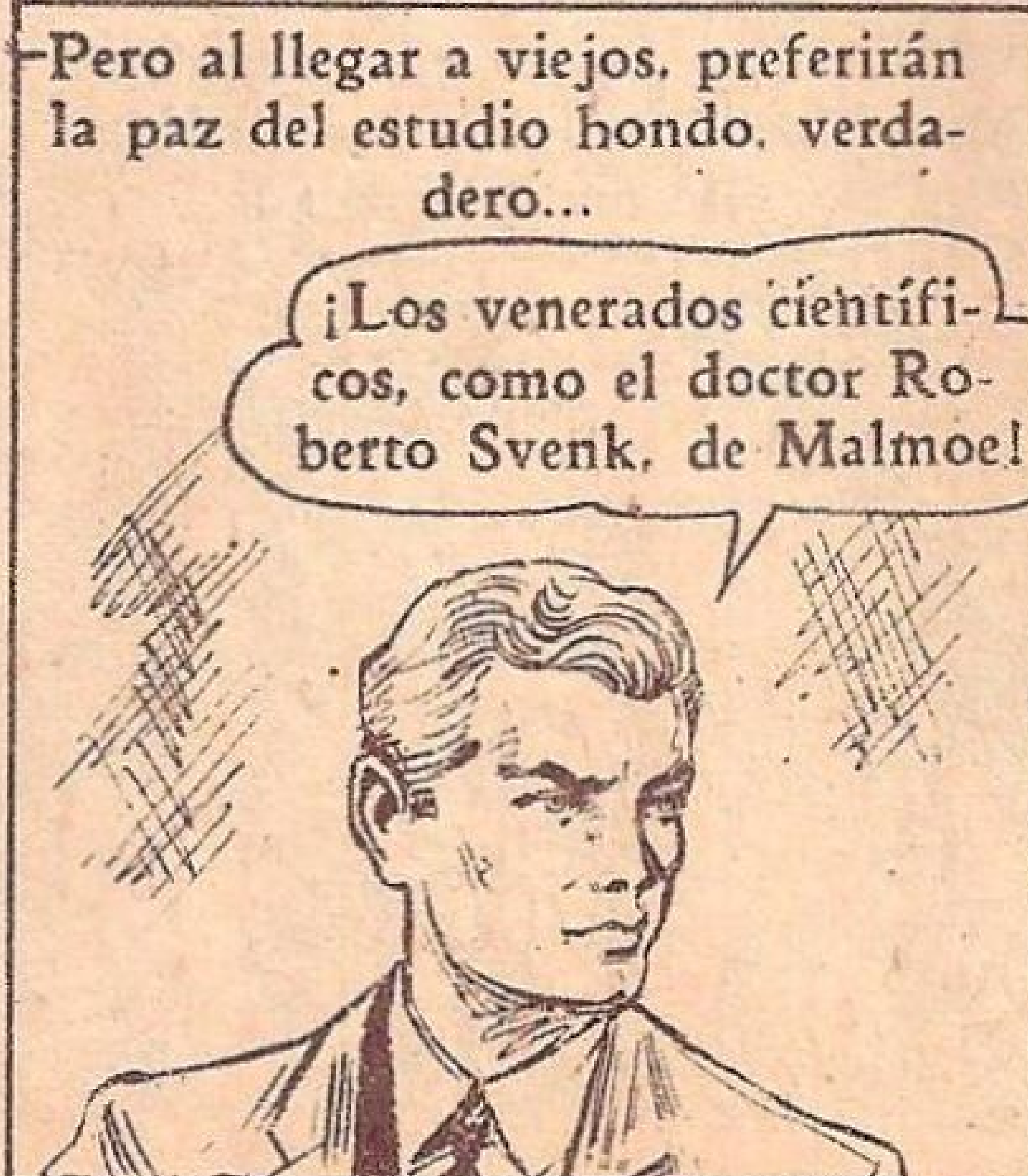

...el profesor Lumm, de Estocolmo. "Forman un engranaje que no deja hacer nada superior." ¡Qué razón tenía el maestro!
¡Pero no podemos abandonar las pildoritas! Ellas nos "dan de comer"...


—¡En cambio la ciencia superior, apenas si nos puede dar un premio Nobel!... ¡Ja, ja, ja! ¡Es un asunto sarcástico!
—¿Pasamos al gabinete, doctor?


No obstante, el científico Svenk seguía hablando con un poco de amargura...
Cuando un médico es joven, sólo vive preocupado por tener muchísima clientela. Luego llegará a amar su profesión...


Entonces preferirá la soledad. O poca gente a su alrededor... ¡Lo entiendo!


Los médicos jóvenes pueden ir de aquí para allá corriendo a todos los llamados...
Es verdad. "Ay doctor, me duele la garganta, o el pecho, no sé!".


—Pero al llegar a viejos, preferirán la paz del estudio hondo, verdadero...
¡Los venerados científicos, como el doctor Roberto Svenk, de Malmoe!


El doctor Svenk se echó un poco de alcohol en las manos. Luego tomó varios instrumentos de cirugía y los examinó...
Un nuevo modelo de bisturí... ¡Veremos!


¿Está satisfecho de su último trabajo, doctor?
Estoy pendiente de ese dichoso aparato. Me intranquiliza...

Con la juventud de sus veinte años fragantes y alegres, penetró en el gabinete de estudio Margaret Bax.

Telefonéame más tarde, si es que no tienes sueño...

Café, caballeros. Y yo vuelvo a mi piso. Tía Berta me debe de estar esperando con ese tejido que no puede aprender...

El doctor Svenk los miró con una sonrisa bonachona. ¡Cómo quería a esos muchachos! ¡Deseaba verlos casados! Y eso ocurriría muy pronto...

Llévale los comprimidos a tu tía, Margaret. Se le habían terminado...

La joven tomó la caja de comprimidos y salió del gabinete canturreando.

–¡Es muy linda! ¿verdad? ¡Y no tiene defectos!
–¡Tiene! ¡El peor es que no nos quiere demasiado! Ja, ja, ja...

El doctor Svenk miró a los ojos de su ayudante.

–Le envidio, Julius. Es ridículo, pero sufro por vuestro cariño Poco antes de la cena, ustedes se besaron...
–El saludo de todas las noches...

¡Me dio celos! ¡Bueno..., chocheras! Pero usted nos la va a quitar... y se irán lejos, tal vez... ¿París? ¿New York?

Posiblemente Roma. Amo a Italia, doctor Svenk... ¡Y Margaret también!

¡Se marcharán! ¡Oh, soy un estúpido! Pero ocurre que conozco a Margaret desde niñita..., cuando vivía su madre. Siempre se quiere...

...más a un niño, cuando su madre no existe.

Margaret tiene más de veinte años de edad, doctor Svenk...

Para mí sigue siendo una niña. ¡Y una niña enferma!

¿Enferma? Margaret goza de salud perfecta ...

El científico Svenk movió la cabeza con leve pesimismo. Su ayudante se le acercó presuroso...

¡Doctor Svenk!... ¿Qué duda quiere infiltrarme?

Margaret Bax no tiene toda la salud consigo. Se trata del corazón...

Es un asunto que le apareció a los doce años. Un exceso sanguíneo apoyándose en los vasos cardíacos. Por ello me apliqué a la...





—Venderé mi piso y quedaré junto a mi flamante esposa... y y la tía Berta. ¡Y cerca de usted, doctor, "para picarlo y tenerlo despierto"!







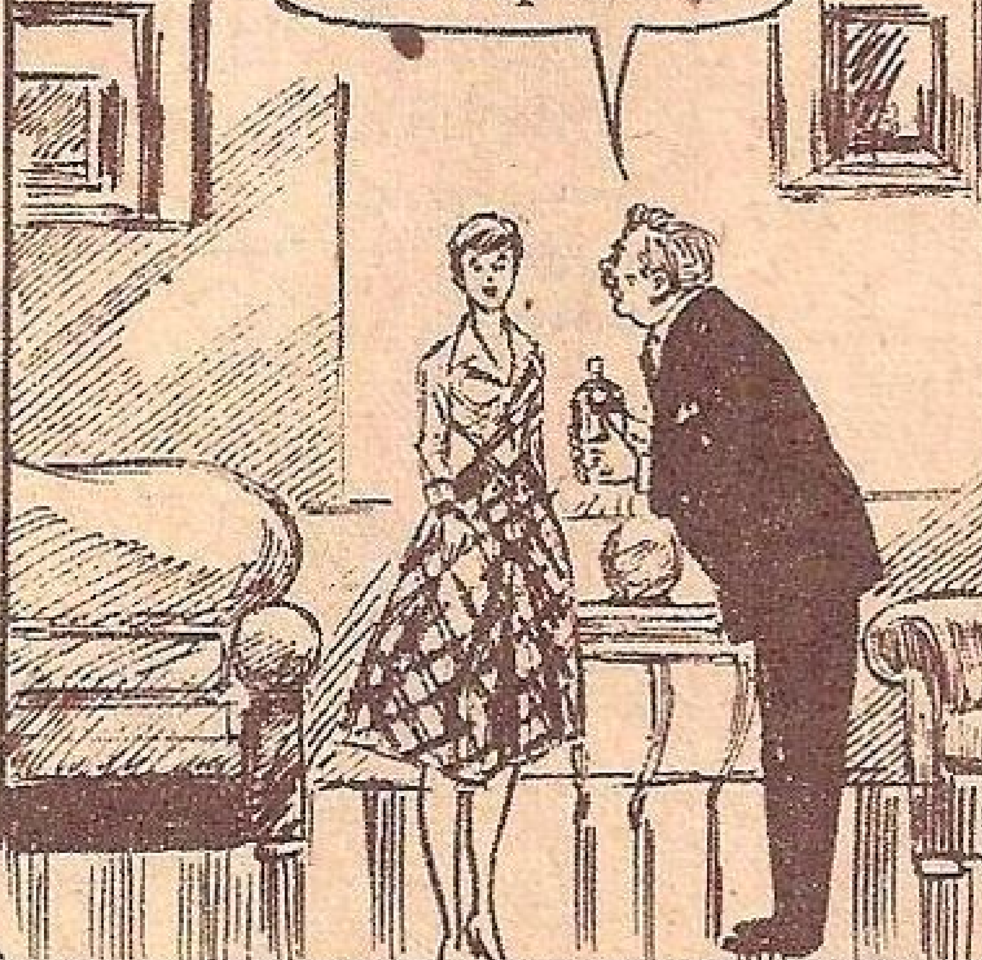








Margaret llegó al edificio cuyo piso segundo ocupaba, manejando el auto de Julius Thill. Se quitó los guantes y atrapó una botella de cognac. Luego la puso en las manos del científico Svenk...

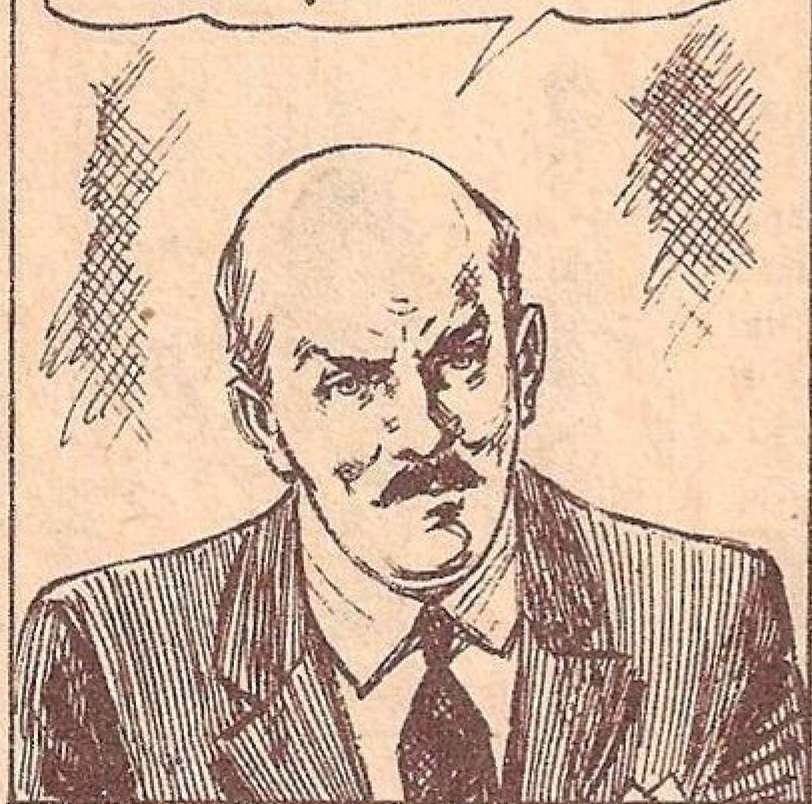




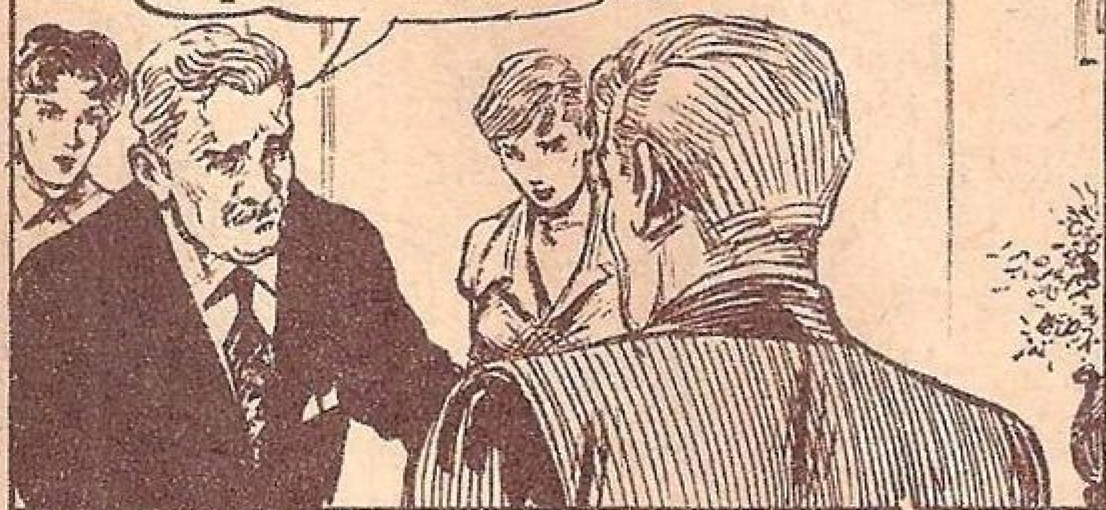

Es raro.. En fin... Esperemos un poco más...


A veinte kilómetros de Malmoe, el doctor Svenk había derrotado a la muerte. Un escape de gas estuvo a punto de matar a una mujer. Si Svenk no hubiera llegado a tiempo, la mujer habría fallecido.
¿Es un reactor cardíaco nuevo, maestro Svenk?


Sí. De mi fabricación. Creo que el resultado es bueno...


"¿Bueno"? ¡La ha librado de la muerte! ¡Bravo, maestro!


Dígame simplemente doctor...


Regresó a su casa dando todo tipo de excusas a sus amigos...
¿De manera que el reactor actuó brillantemente?
Sí. Gracias al Señor... ¡Hemos dado un paso importantísimo, querido Thill!


Hoy, en el Instituto Krumph, en cambio..., ¡me da indignación!
¡Volvieron a insistir con el experimento "Secquart"? ¡Es anticuado! ¡Y esos pobres bichos que sufren inútilmente!


Sin embargo, los cretinos del Instituto Krumph se atrevieron a rebatir sus argumentos. ¡Y hoy ha tenido un éxito rotundo, maestro!


No sé... Menos mal que no había ningún periodista. Todavía estoy inseguro.
Aunque... pude arrebatar a una madre... de la muerte...


La señora Luisa y Margaret Bax se habían quedado estupefactas escuchando la conversación entre Thill y el científico Svenk...
Aspiro a la supervivencia del corazón. Lográndola, se aliviarían todos nuestros problemas físicos. Pero aún... no estoy seguro...


Las ollas chillaban en la cocina. Luisa corrió alarmada, y minutos más tarde cenaban con buen apetito...
¿Me va a acompañar esta noche, Julius..., o "tiene visita urgente"?


Primero está la ciencia. Se quedará a su lado. doctor...


¡Amor moderno! ¡Separados!... ¿Y tengo que resignarme?...
¡Lo exije... Hipócrates!


Luego de la cena, pasaron al laboratorio...
No puedo admitir esos experimentos crueles... a la manera del Instituto Krumph. ¡Son investigaciones que no conducen a nada!


Todo perfeccionamiento logrado sobre las deficiencias cardíacas será una victoria sobre la muerte...


Como la que usted logró esta tarde, doctor...


Sí. Mi reactor se portó con brillo. En este momento nos está mirando desde su caja de caoba...


El joven doctor Thill apoderóse del aparato con todo cariño.
La bombilla "infrablue". El "quid" del éxito. ¿Ha recibido la de repuesto?


Aún no. Temo que se me termine de un día para otro. Espero ese envío de Alemania... más que el bocado de pan.


-La rueda dentada distribuyó perfectamente el sistema interno de cables. La bobina respondió hasta la más alta tensión...
¿Recuerda "sus dudas", doctor?


Sí. Temía que no actuara a setenta y dos pulsaciones por minuto. Pero felizmente... ¡Todo respondió de acuerdo con las exigencias!


¡Qué rabia va a sentir Jacob Krumph cuando se entere de que usted no tuvo que practicar ninguna incisión en el paciente!

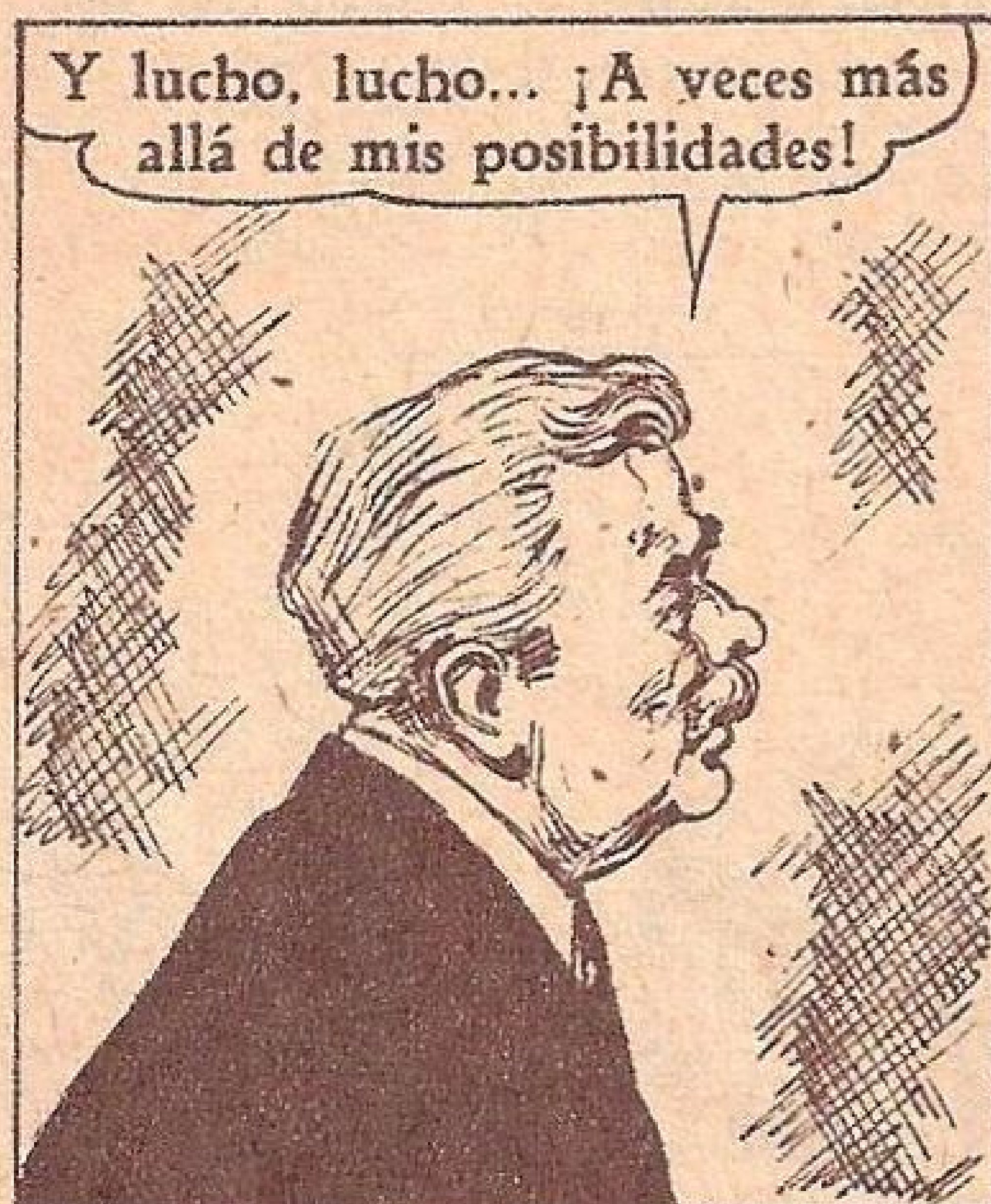

El científico encedió un cigarro, mientras sonreía...
EVITAR EL DOLOR. He ahí mi obsesión, desde que me recibí en Estocolmo...


Julius Thill observaba el sencillo mecanismo del reactor cardíaco.
Perfecto. Obrando a través del diafragma, el electrodo ayuda al éxito. Traspasa la pared interior y enfoca el corazón. Lo demás...


—... es cosa de Dios.
¡Admirable, doctor Svenk! ¡Candidato al premio Nobel, sin duda!


Es cosa de la Providencia... ¡Soy un soldado contra la muerte!
Y yo lo asisto... ¡Muy orgulloso!


Cuando le disputo un enfermo a la muerte, me parece que estoy luchando contra un malhechor dotado de enorme astucia...


Y lucho, lucho... ¡A veces más allá de mis posibilidades!


Había empezado a llover con fuerza...
Es raro, a esta altura del año. ¡Y el mar ruge como una fiera brava!


Mientras nosotros tengamos una buena copa de cognac a mano...


A la tarde posterior Julius Thill esperaba a su novia a la entrada del Instituto Klumph. De pronto escuchó que alguien le llamaba con insistencia...
¿Qué pasa, chico?


Al teléfono, doctor Thill. De parte del doctor Svenk...


Apenas treinta segundos más tarde, Julius Thill quedaba paralizado de espanto.
¿Es grave, dice, doctor Svenk? Pero... ¿cómo..., cómo?... ¡Acláreme! ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!


Del otro lado, un hombre de edad se había desvanecido, dejando el tubo del teléfono en un vaivén al aire...
¡Doctor Svenk! ¡Doctor Svenk! ¡Auxilio!


Había gritado varias veces Julius Thill antes de colgar definitivamente; pálido, como cargado su cerebro por diez repentinas copas de cognac.
¡Margaret!... ¡Margaret! ¡Qué desgracia!


Tambaleándose pidió un taxi... y dijo balbuceando la dirección del viejo edificio de ocho pisos en la calle Strindberg...

En la puerta de calle encontró a varios curiosos, pese a que había vuelto a llover. En el umbral de la casa, unas manchas de sangre...



El ascensor estaba detenido en el segundo piso. Julius Thill subió los escalones de dos en dos. Encontró a la señora Luisa asistida por un agente policial...



Un médico policial atendía a la joven...



No. Había sido un vuelco y a pocos metros de la casa de ocho pisos. Margaret estaba agonizando...





Julius Thill, con profundo dolor, miró a su novia, mientras el médico policial le preparaba un calmante...





Le contestó el aullido dramático del coche sanitario. Luego...







El médico de la policía era sumamente pesimista. Margaret había perdido mucha sangre, aparte de la fractura de la espina dorsal y una pierna...

Veinte minutos después, dos cirujanos trabajaban sobre la desdichada Margaret. Uno de ellos era el propio Julius...



Al Hospital de Malmoe llegó un hombre envejecidísimo, abatido..., vacilante. El chauffeur lo ayudó a descender del automóvil...




El doctor Svenk penetró en la sala de operaciones del Hospital Malmoe...
Doctor... ¡Por Dios!... Pronto... Pronto... ¡El reactivo!

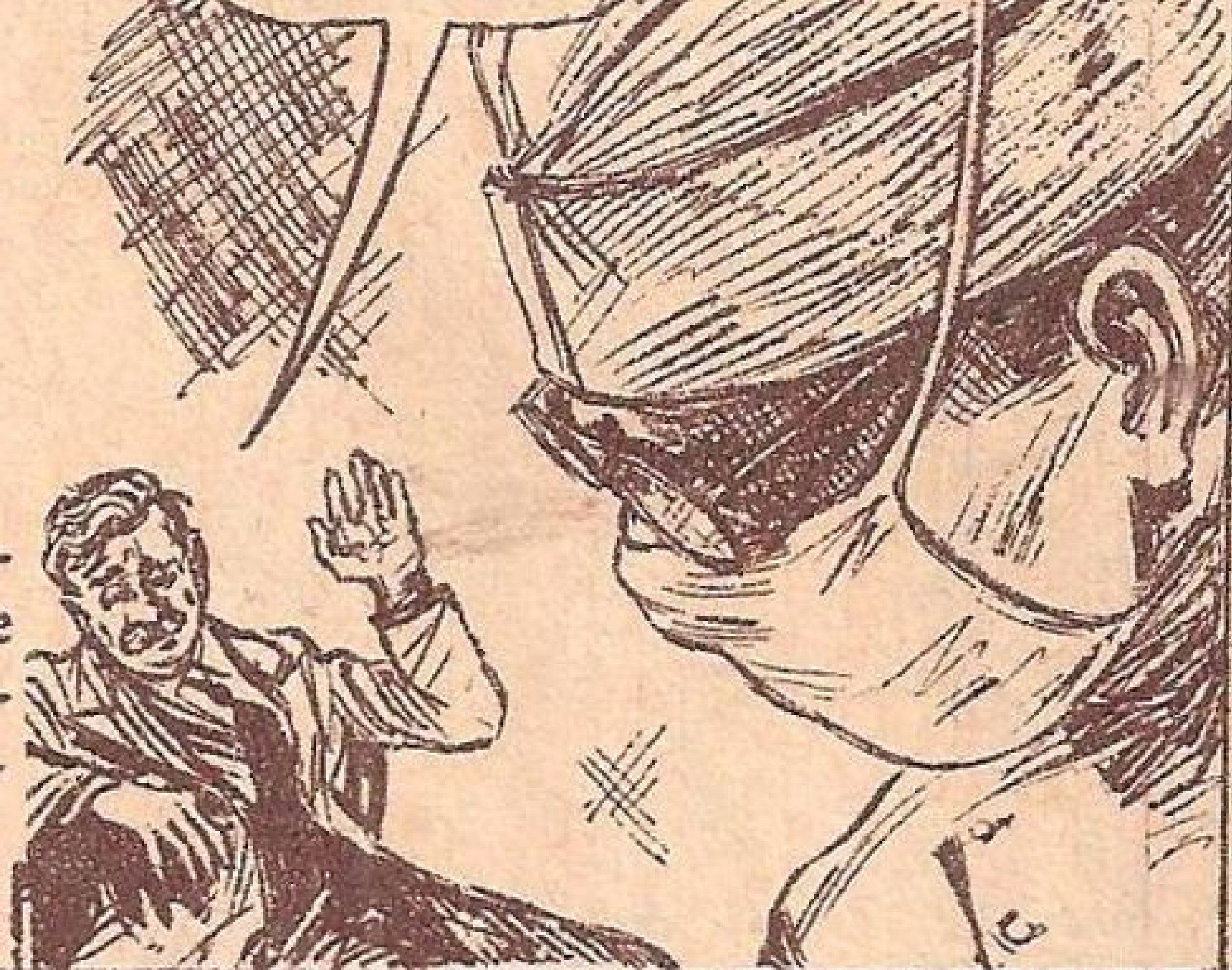

El anciano maestro siguió avanzando hasta la mesa de operaciones.
¡El reactor!... ¡Oh, sí!... Es cierto... ¡En mi gabinete! ¡Oh, mi cabeza!


La noticia del accidente acaecido a Margaret Bax sorprendió al doctor Svenk en la Academia de Medicina. Y fue como un rayo fulminante. Se sintió apartado del mundo, destrozado...
¡Continúe usted, doctor Voug! ¡Volveré con el reactor Svenk!


Julius besó las mejillas de Margaret y abandonó la sala de operaciones. El doctor Svenk se sentó como un autómata...
¿Se siente mal, maestro?


No. Ahora no tanto... No tanto...


Las gomas del auto que manejaba Julius Thill patinaban al doblar las esquinas. A su lado descansaba una caja de caoba. El reactor cardíaco del científico Svenk...


La fortaleza de Margaret Bax resistía a la muerte. El doctor Voug operó con destreza la fractura de la espina dorsal, pero el mayor obstáculo fincaba en la creciente debilidad del corazón de la muchacha...
El reactor... El reactor... ¿No ha... llegado... aún?


Cuando el doctor Thill volvió a ingresar a la sala de operaciones, halló al científico Svenk de pie, aunque no parecía muy seguro de sus actos. Su sonrisa se estereotipaba rápidamente, cuando intentaba mantenerla en el rostro. Dijo "Hola, Thill", y estiró ambas manos tratando de tomar su invento .


Julius Thill no se lo entregó...
Con todo respeto, maestro... Pero... ¡el caso es desesperado! ¿Está usted bien de salud? ¿Me permite intentarlo a mí?

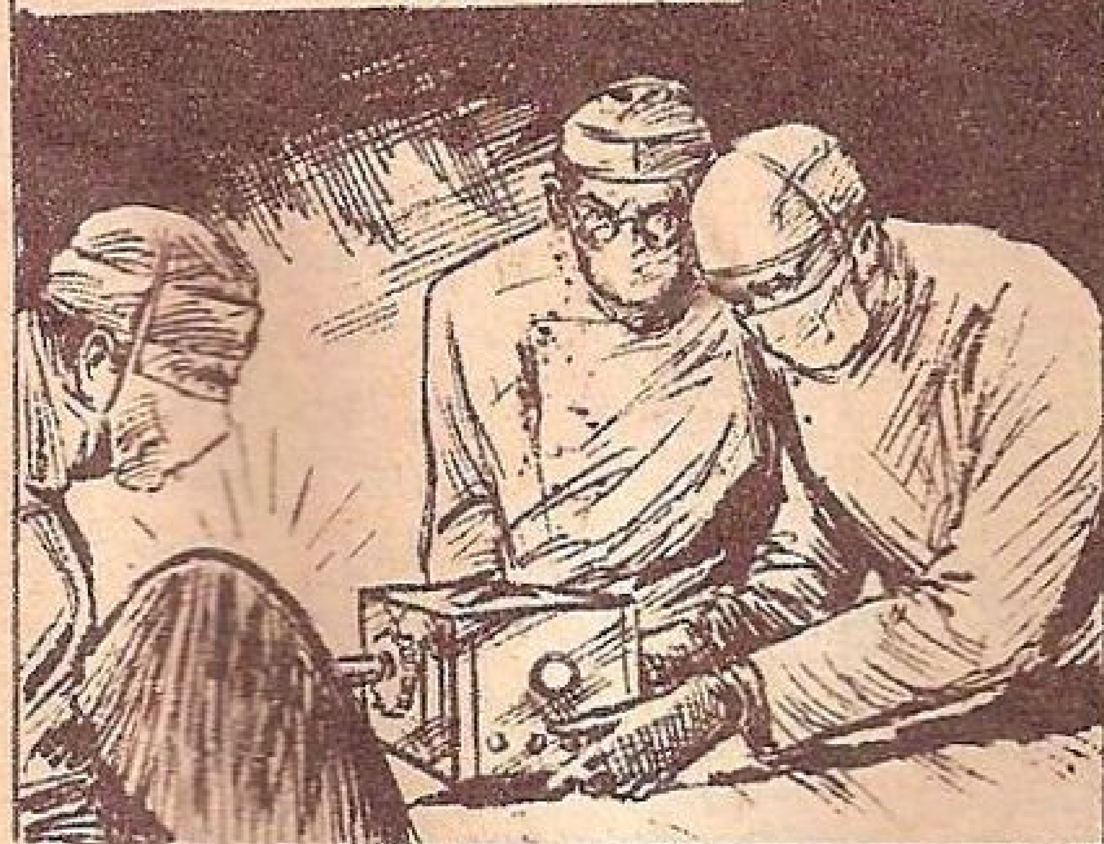

El viejo científico abatió su cabeza sobre el pecho...
¡Pronto!... ¡Este es el nuevo invento del doctor Svenk!...


¿Y usted pretende utilizarlo sin autorización de la Academia?


¡Lo usaré bajo mi responsabilidad absoluta, ya que el inventor no se halla en condiciones de hacerlo!


¡Se atreve usted a mucho, joven! ¡Es un irresponsable! ¿Qué va a hacer?

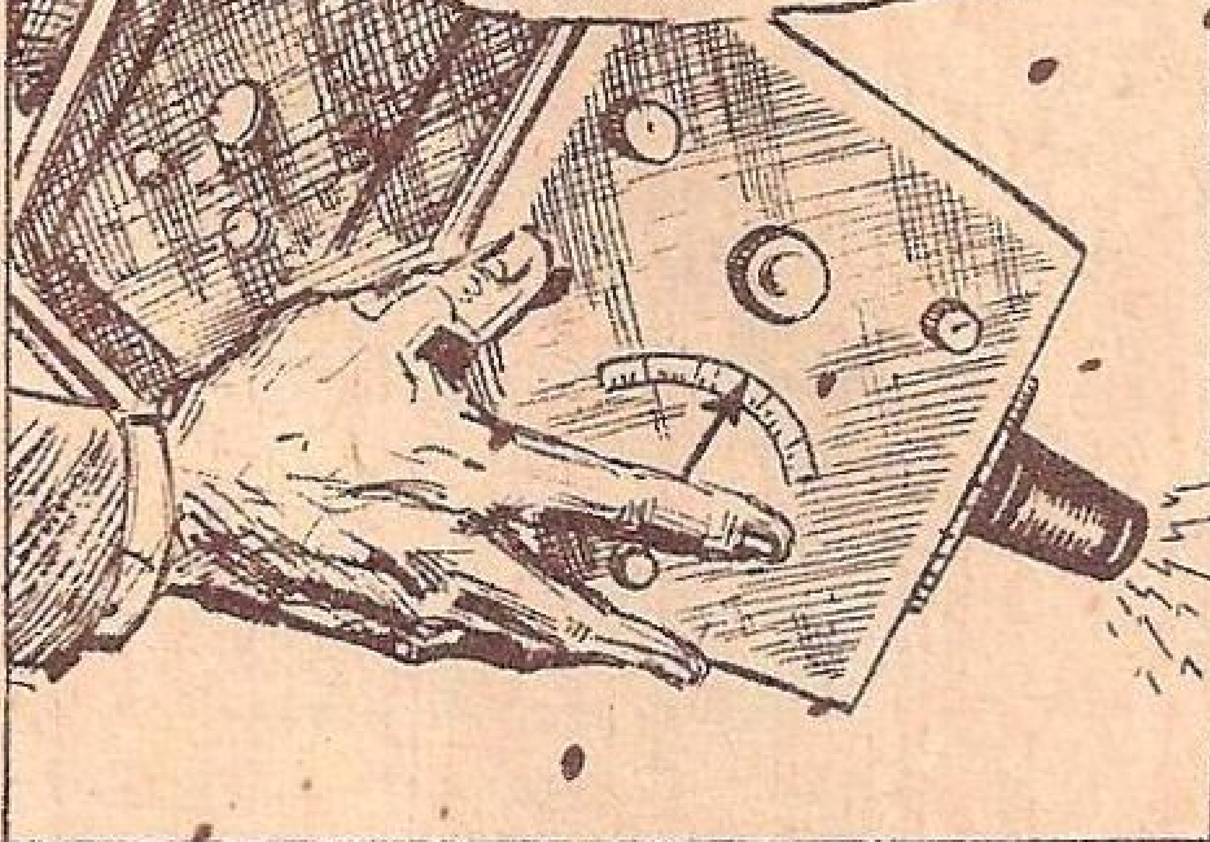

¡Voy a salvar mi felicidad!


El foco azul del reactor chocó suavemente contra el pecho de Margaret. Las manos del doctor Thill temblaban, pero su accionar era firme...


El doctor Voug había inyectado "Fenergan" al anciano Svenk, con éxito...
Sí... ¡Ahora recuerdo el momento... cuando me anunciaron el desastre!


¡Por favor, maestro! ¡Atienda a ese aparato! ¡Lo utiliza un irresponsable! ¡Y sin autorización de la Academia!...


Julius gemía, mientras daba mayor graduación eléctrica al reactor...
¡Se muere!...¡Se muere! ¡Estamos fracasando!


Dos manos grandes, ajadas, suplantaron a las manos febriles del doctor Thill.
Rece, Thill... Rece... ¡Por todos nosotros!


(Otra vez la lucha contra el malhechor astuto y arrebatador!...)


¡Margaret!... ¡Pobrecita mía! ¡Como mi hija!


La tensión del reactor iba aumentando. Julius Thill volvió junto a su novia...
¡Las pulsaciones han aumentado!... ¡Son casi sesenta ya!


El doctor Svenk contaba entre dientes...
(No, querido Julius... Cincuenta y tres... Cincuenta y tres... apenas...)


El doctor Voug conferenciaba en tono bajo con otros dos colegas, en un rincón de la sala de cirugía...
De cualquier forma, el reactor es bueno. Sin él, la paciente ya hubiera fallecido... inevitablemente...


Se sintió apenas un ruido. Era como un neumático soltando su aire por una grieta. Los ojos de Julius Thill miraron hacia el reactor...
Por favor, Thill... Mire usted... Yo no tengo valor...


La caja de caoba fue abierta. En su interior se había apagado la lámpara azul...
¡Se ha apagado su vida, doctor Svenk! ¡Es nuestro mayor fracaso!


El repuesto para el reactor Svenk estaba en viaje de Alemania a Suecia. Pero la salud de Margaret Bax no pudo esperar su llegada...
—Ha muerto, señores. Lo siento sinceramente...

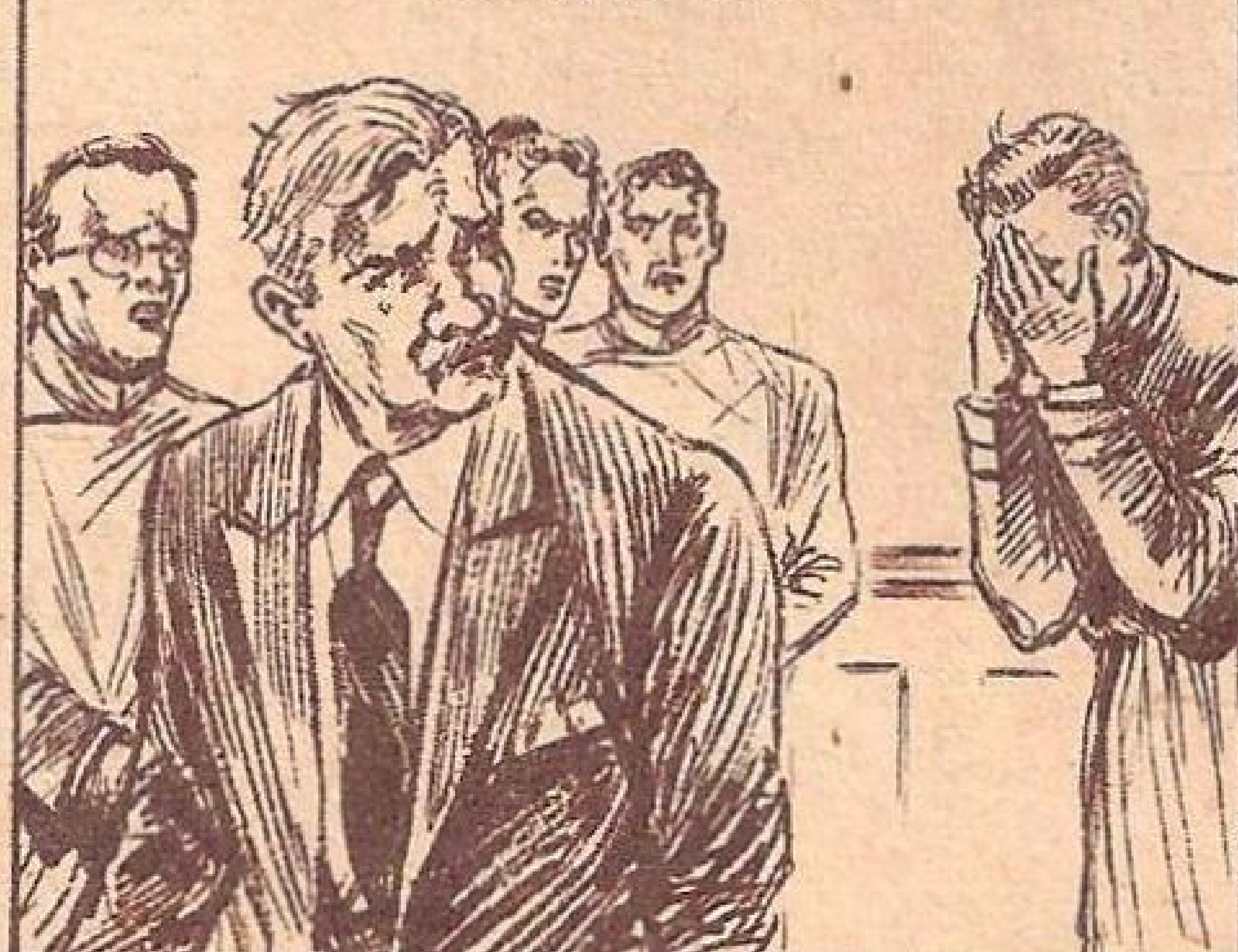

Julius Thill miraba con enormes ojos abiertos el cadáver de su novia.
—Sin embargo, debo aprovechar esta ocasión para felicitar al eminente doctor Svenk. ¡Su invento "puede" llegar a tener éxito!


La caja de caoba, el invento del anciano científico de Malmoe, fue aprisionada por el propio doctor Svenk...
Uno de los médicos abrió la ventana que daba al mar...
¡Es una tarde sofocante! ¡Qué aire maravilloso!


El doctor Svenk se acercó con paso lento al ventanal abierto. No pretendía aspirar el aire que venía del océano...
Alzó ambos brazos... y arrojó "el invento" al vacío...


Hubo una sensación de estupor entre los galenos.
¡Maestro! ¿Qué ha hecho? ¡Doctor Svenk!


Simplemente... retirarme de la medicina... ¡He terminado!


Se dirigió hacia la puerta de salida. Julius Thill sollozaba con las manos sobre el rostro...


Luego firmaré mi dimisión. ¿Pueden pasar a retirarla... en Strindberg 44? Piso octavo.... por favor...
FIN

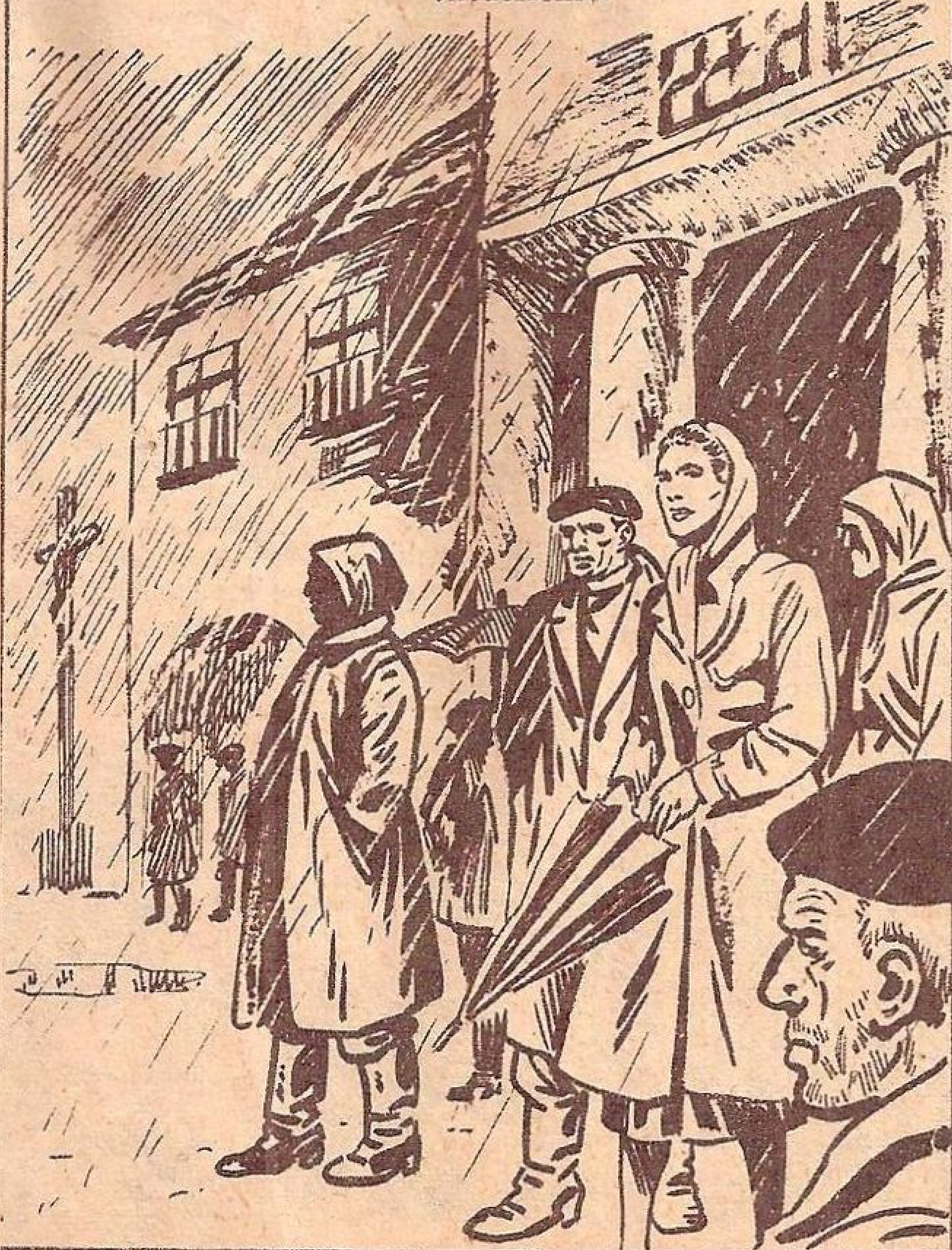
LA PAZ DURA QUINCE DIAS

La obra de García Serrano es una de las más originales de nuestro tiempo, representativa de la época, mezcla de gracia, desenfado, emoción y realidad. *La Paz Dura Quince Días* es una pequeña obra maestra.

por RAFAEL GARCIA SERRANO

DIBUJOS DE FERNAND

Llovía sobre la villa de Gambo, y todos esperaban allí a los hombres de la VII brigada de Navarra, desafiando las rachas, en los portales, bajo paraguas o capotes, llenos de entusiasmo.



Una viejecita envuelta en su manto de luto dijo lloriqueando: —Esta lluvia es como una enorme bandera con la que Dios enjuga la sangre de los hermanos españoles que no cesan de batirse.



El alcalde de la villa dispuso que se recibiese a los soldados con una fiesta seguida de baile. Muchos dijeron: —No están para danzas los que llegan.

—De la alegría, todos querrán bailar unas jotas.




Consultados los dos ancianos canónigos, dijo el más viejecito, lleno de piedad:
Pues si quieren dar unos pasos de baile, que los den. Bien merecida tienen esta pausa de ale-gría.


Todas las casas de la villa de Gambo se disponían para el regocijo, adornando el frente de los edificios, iluminando, olvidando las normas de oscurecimiento.
Que nuestro santo patrón vele por la ciudad.

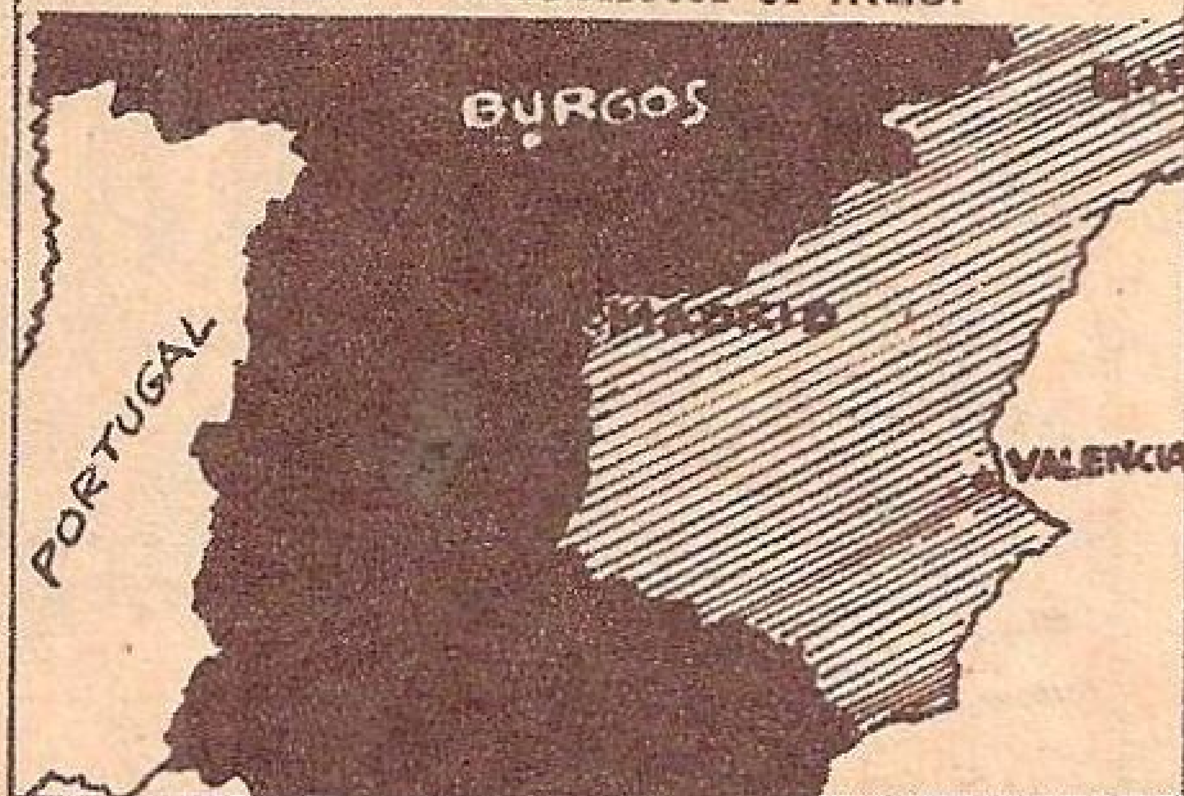

Las despensas surtieron los rojos chorizos de la región, las butifarras, los vinos y los mantecados. Se habló de traer pescado de los puertos próximos. Las mujeres brindaban gallinas, liebres, huevos, conejos.


Que nada faltase para los soldaditos, los que habían conocido el fuego graneado, el peligro, la lucha, allá en Navarra. Las madres, las novias, los niños, se preparaban para la celebración.


En una casita de Gambo, Elisa, la novia de uno de los jefes del esperado regimiento, conversaba con la vieja Eufemia, su nodriza fiel. —Me parece increíble que haya de verlo pronto.


Estaban las dos mujeres poniendo orden y flores en las piezas deshabitadas. La muchacha recordaba cómo gracias a sus ahorros consiguieron instalar aquello de que carecían todas las casas de Gambo: un moderno cuarto de baño.


Eufemia estaba encantada: —La casa es un chiche. Hay que ver las cortinas que bordaste, los tapices, los adornos. Y pensar que pasado mañana te casarás.
—Si Dios quiere...


Iban a casarse para el día de Santiago Apóstol cuando estalló la guerra y todo se desbarató. Elisa, enamorada, fuerte de ánimo, religiosa como buena española. no quiso verter demasiadas lágrimas. Se dedicó a embellecer el nido.
BURGOS
MADRID
PORTUGAL
VALENCIA


Y ahora mismo ella y su Eufemia iban retocando las colgaduras.
¡Mira qué bonito queda el comedor!

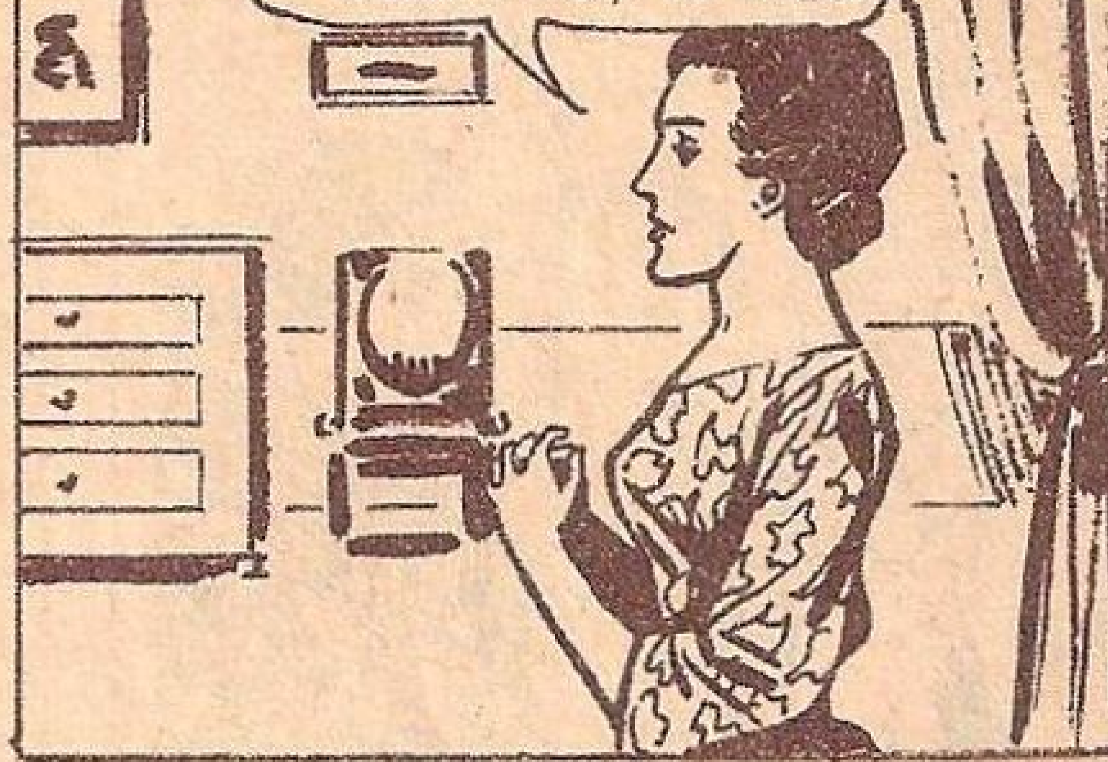

La anciana charlaba hasta por los codos, feliz de ver contenta a su niña. Asomándose al balcón vieron el arco verde que rodeaban las banderas. Había poca gente en la calle. La joven se quedó mirando a lo lejos...


Por allí vendría su novio, el Capitán de Infantería Félix Goñi, habilitado de comandante, de guarnición en Gambo.


No pudieron casarse, pues Félix debió hacerse cargo del mando de cien voluntarios, y precisamente el día del Apóstol le quedaban cuarenta y cinco hombres, que como cien, se salieron con la suya, triunfando.

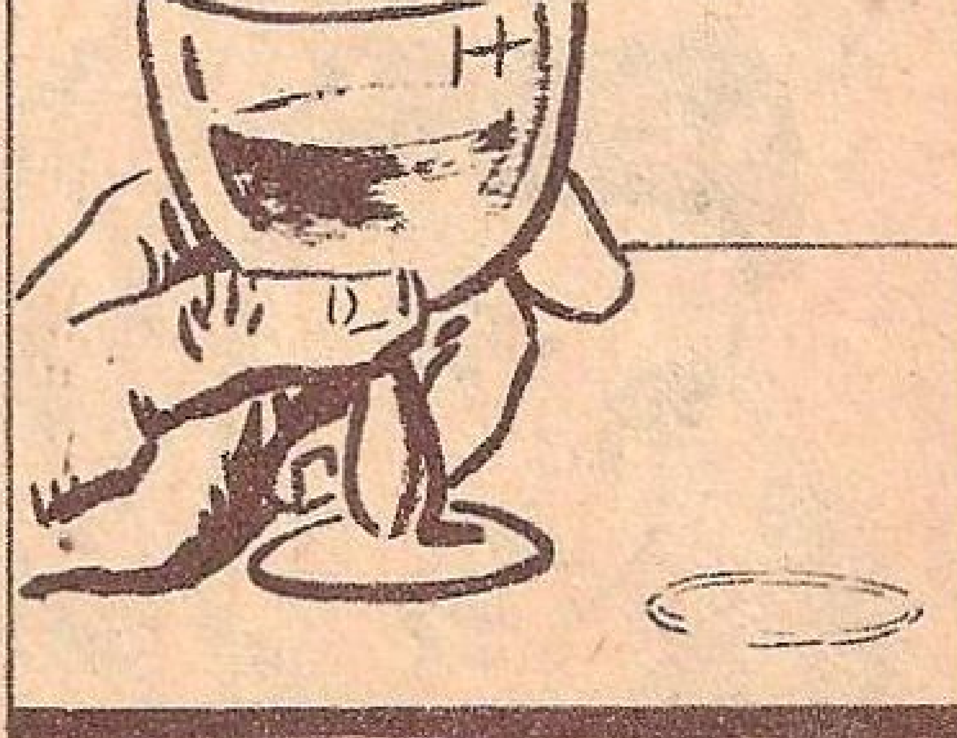

Entonces Félix Goñi era teniente y ascendió a capitán. Al llegar a Asturias lo hicieron comandante y le dieron el mando de la Bandera que se llamó Bandera de Gambo. Elisa suspiró recordando todo cuanto sabía por las cartas del novio.


La casa lista para los esposos debía quedarse a solas por ahora, como se quedó un año antes esperando al dueño. Elisa y Eufemia iban día por medio a limpiarla. Elisa señaló hacia el portón de la plaza: —Por ahí vendrán, Eufemia.


Y dejando el balcón volvió a admirar su casita como si entonces la viese. Le parecía infinitas las horas que aun tardaría en llegar el novio.
Esta mañana me parecía imposible decirme: hoy lo veré.

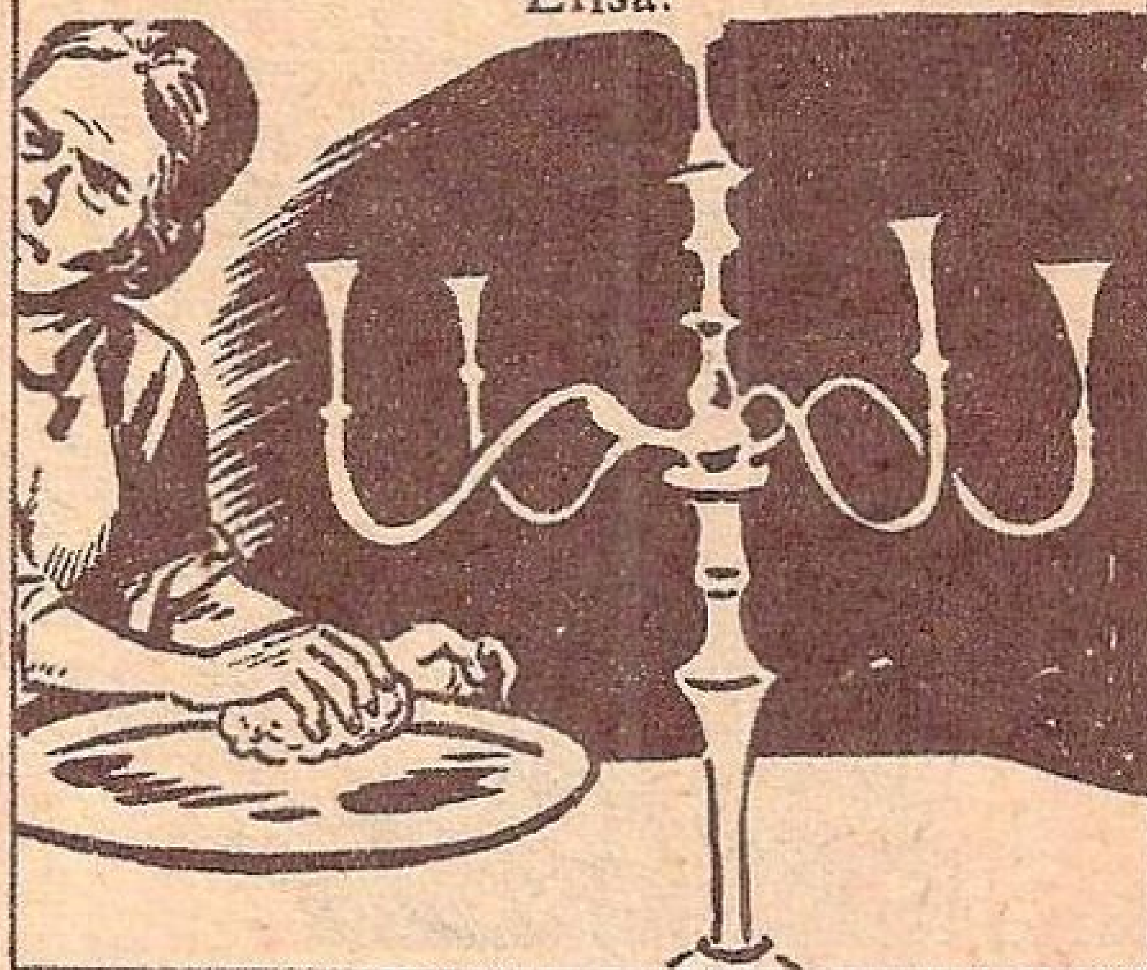

Y de pronto hizo reir a la anciana diciéndole que deseaba que la casa perdiera su brillo y su helada juventud, que se ensuciasen las paredes y las alfombras, que hubiera que cambiar el tapizado a los sillones.


Porque eso querrá decir que mi Félix y yo hemos vivido aquí. ¿Comprendes, Eufemia?
¿Cómo no comprender, palomita?


La novia siguió divagando: no diría al héroe que se guardara de poner las copas de vermut sobre los muebles, porque dejan cerco. Había conquistado el derecho de hacer lo que le viniese en gana. Y sonrió, alegremente.


Cuántas cartas había escrito a Félix desde esta misma mesita elegida por los dos. Le mandaba tabaco, betún para las botas, bufandas, coñac, una estampita de San Miguel...


¡Ah! Creían que la victoria sería cosa de minutos, luego de días, después de semanas. Para que el novio no advirtiese que se sentía morir, le mandaba cosas útiles evitando las cartas con huellas le lágrimas. Y rezaba mucho.


Eufemia suspiró sacando más brillo a una bandeja de plata: —No quieres ni debes esperar la victoria para casarte, Elisa.


Elisa tomó la escoba y empezó a buscar polvo imaginario en la alfombra.
Ya está todo a punto, Eufemia. Vámonos.
Te lo iba a decir, Tu madre estará aguardándonos.


A la mañana siguiente aun no habían llegado los hombres de la VII Brigada de Navarra. Elisa y su amiga Julia García, la enfermera, oyeron misa de siete. En la villa de Gambo todos cumplían con este piadoso deber.


La graciosa Julia estaba casi vencida por la fatiga de su jornada de hospital. La amiga la admiraba mucho por aquel ejercicio consciente de caridad.
Hoy llega tu héroe, ¿verdad?


—Así lo creo.—En el Hospital dijeron que entraría a las siete o las ocho.
-Temo que vuelvan a retrasarse.
Avisarán la hora con un bando.


Hablaron del desfile. Los de la VII serían muchos, y el espectáculo, maravilloso. Hombres que volvían de la guerra, casi de la muerte. Julita recordó que la última vez que había bailado fue en la Verbena del Carmen en 1936.


Entonces salieron los soldados, a la vuelta de un veraneo, para una guerra que creían duraría un mes y medio.
Desde esa fecha no he vuelto a divertirme nunca.


—Ahora vendrán heridos, muchos heridos, no te hagas ilusiones, querida.
—Sufren mucho y es hermoso ayudarlos. Por eso me hice enfermera.
Desearía hacer otro tanto; mis padres no me lo permiten.


—Además —sonrió la amiga— estás de novia con un héroe y vas a casarte con él.
Si Dios quiere...

Mientras tanto, al frente de la columna de camiones y por la carretera que remontaba un puerto, llegaba Félix Goñi y su brigada. Era un mozo alto, recio, de ojos asombrados y frente comba. Tenía celeridad en los ademanes.



Su alférez ayudante, Carlos Rubio, vestía una cazadora a la buena de Dios con una trinchera vieja, pantalón de montar de lana caqui y media bota de caza. El comandante llevaba una boina y un capote gris.



Se ofrecieron mutuamente cigarrillos y fuego. Félix Goñi señaló hacia la cima.



Siguieron avanzando hasta que Félix punteó el paisaje con la contera de su bastón: —Mira, Rubio, las torres de la Catedral: a la izquierda está la campana grande que se llama San Francisco. Yo he subido muchas veces a repicar.



—Tenéis allí muchas torres, ¿verdad, comandante?—Muchas y la más linda es la llamada San Antonio, la de mi parroquia. Mira... Allí está mi parroquia.





Para disimular su emoción, Félix Goñi señaló ahora una torre: —El banco Agrícola de Gambo. Entre él y la Torre de San Antonio está la Plaza Mayor. Guardaron silencio, y el pequeño Rubio...



..dijo de pronto: —¡Quién sabe si no acabará aquí la guerra! —¡Ojalá!



El comandante frotó su estrella de oro con la manga, sonriendo.



Goñi miró hacia Gambo con sus prismáticos sintiendo que los ojos se le humedecían.



La gente salió a recibir a los soldados apenas los avistaron, aunque la mayor parte los aguardaba en la Plaza Mayor, donde en realidad estaba toda la Provincia.







Algunos soldados llevaban ramas verdes en la mochila. El coronel inclinaba gentilmente la cabeza hacia el lado izquierdo y cabalgaba con grave sonrisa. Las muchachas arrojaban flores al paso de la Brigada. Se oían cantos.

Desde los balcones tiraban pétalos de rosas. juncia y mejorana, hojas de laurel. Las niñas enviaban besos con los dedos en racimos. Y muchos lloraban al paso de las banderas desgarradas y descoloridas.





Los soldados venían sucios, cansados, pero con fuerza para sonreir.



No se oía las bandas de música sino los vitores. Ahí estaba Julia con algunas enfermeras de su hospital, gobernando amorosamente una patrulla de heridos y mutilados que asistían desde lugar preferente al desfile de sus camaradas.


Goñi la saludó con la sonrisa y dijo a su ayudante :—Ahí tienes la novia prometida. Elisa esperaba ver pasar a su amado desde el balcón de la casa que era de los dos, pero sólo atinaba a secarse el raudal de las lágrimas.


Doña Carmen, la mamá, y Eufemia, no menos conmovidas, trataban de animar a la joven: —Chica, vas a tener entropeados esos lindos ojos.
Déjenme llorar, por favor. Lo necesito mucho.


Cuando Félix Goñi legó al descanso del tercer piso y se detuvo frente a la puerta de su casa —allí donde había convenido reunirse con Elisa—, debió respirar, porque se ahogaba de emoción.


Durante un larguísimo, interminable segundo, se miraron devotamente, asombrados de la mutua presencia, de su inmensa suerte. Luego cayeron uno en brazos del otro. Todo el amor del mundo les pertenecía:
—Entra en tu casa, Félix.

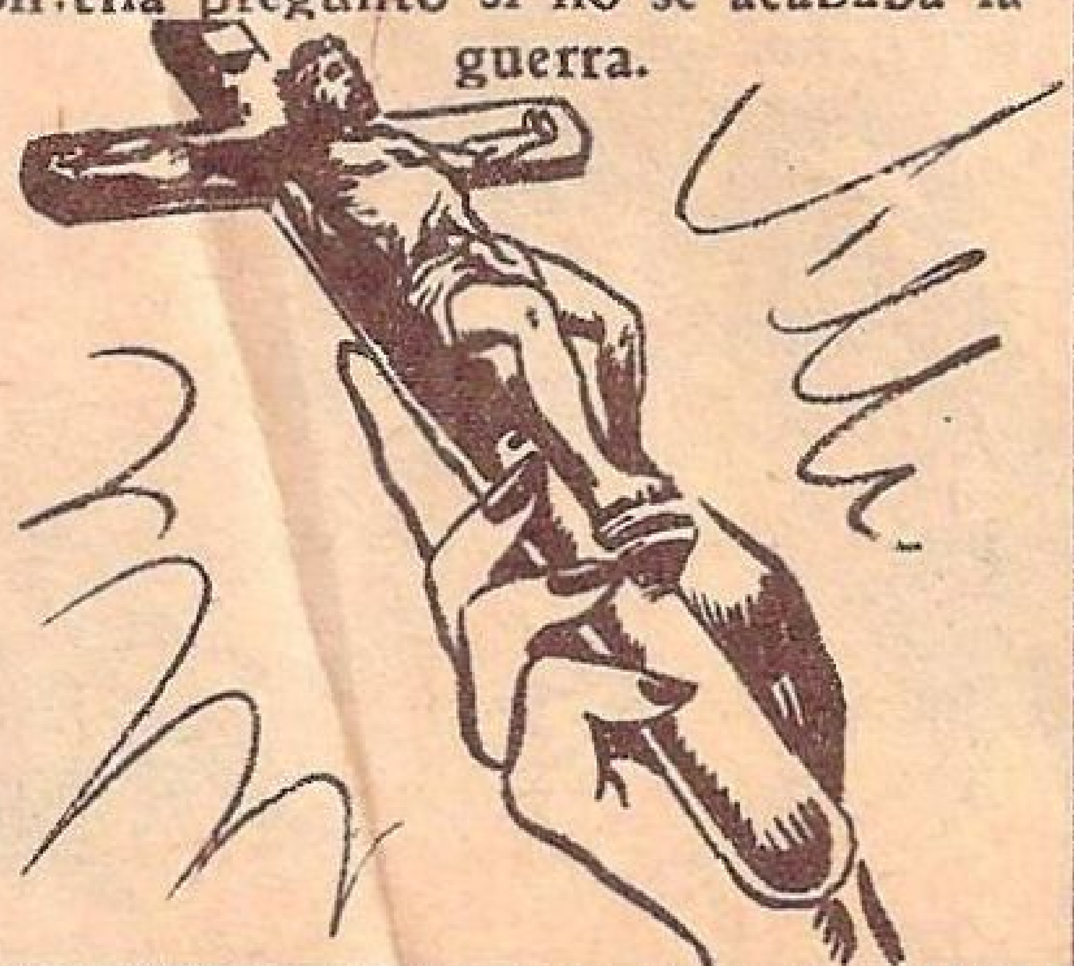

Sencillas palabras para el soldado que las había esperado tanto.
¿Quieres que la recorramos? Ahí está mamá y Eufemia, deseosas de verte.


Se sometió de buen grado a las preguntas, a la admiración, a los besos de las dos mujeres. Elisa lo llevó hasta el cómodo sillón, elegido para él.
Aquí está tu lámpara de pie... Aquí leerás por la noches.


Se sentaron juntos mientras Eufemia y doña Carmen iban a traer sandwiches y refrescos tomados de las manos, bebiéndose las miradas. Ella habló, sonriendo.
El piso es grande... por suerte.


Y él la miró con ternura, diciéndole en voz baja: —Hay sitio para huéspedes.
Los niños son muy necesarios.


Se besaron espontáneamente con todo el corazón, olvidados de la guerra. Después, tomándose de la mano, Elisa fue descubriéndole todas las cosas que había bordado, cosido, tejido con primor. —Hay ropas del ajuar de mamá, querido.


—Un regalo que nos hace. Y ese Crucifijo de ébano y de plata que fue de mi abuela. Después que las dos mujeres se retiraron, ella preguntó si no se acababa la guerra.


Muchos decían que antes de Nochebuena llegaría la ansiada paz.
—Y Navidad está cerca.
Quizá los otros quieren también pasar la Noche de Jesús en paz...


La paz que necesitarán los chiquitos que haya en esta casa.

Para ocultar sus lágrimas salieron al balcón; era noche cerrada, y él le pidió que apagase las luces. Estaban en plena lucha, siempre; no había que olvidarlo. Allí en la sombra, tomados de la mano. se rieron al recordar un sueño de antes.



El de recorrer en automóvil varios lugares durante la luna de miel. —Queríamos ir a Zaragoza, oír misa en el Pilar y subir a San Sebastián, ¿recuerdas?



—Esta casa será para nosotros el mundo entero. Y te quedarás aguardándome hasta que sea posible ir a todas partes...



Elisa apoyó la frente en el pecho de su novio: —Me basta con que estés en esta casa conmigo. Y él respondió: —Lo malo es que debo marchar pronto...



Los estremeció una misma ráfaga de frío: —Dios sabe si volveré.
—Esta noche hay baile en la municipalidad. Voy a ponerme linda.



Salieron los cuatro de la casa rumbo al hogar de Elisa. Y allí, luego de cenar ligeramente, se dirigieron al sitio del baile. Todo era risa, música, danza, broma. Los soldados parecían estar cada uno en su casa.



Julia conversaba animadamente con el ayudante Carlos Rubio.



Llegaban botellas de coñac, y café, obsequiados por todo el mundo. Los novios bailaron mirándose a los ojos. Julia y Carlos Rubio conversaban muy seriamente.





La enfermera tenía una carita menuda, los ojos grandes, la boca fina; sonrió.

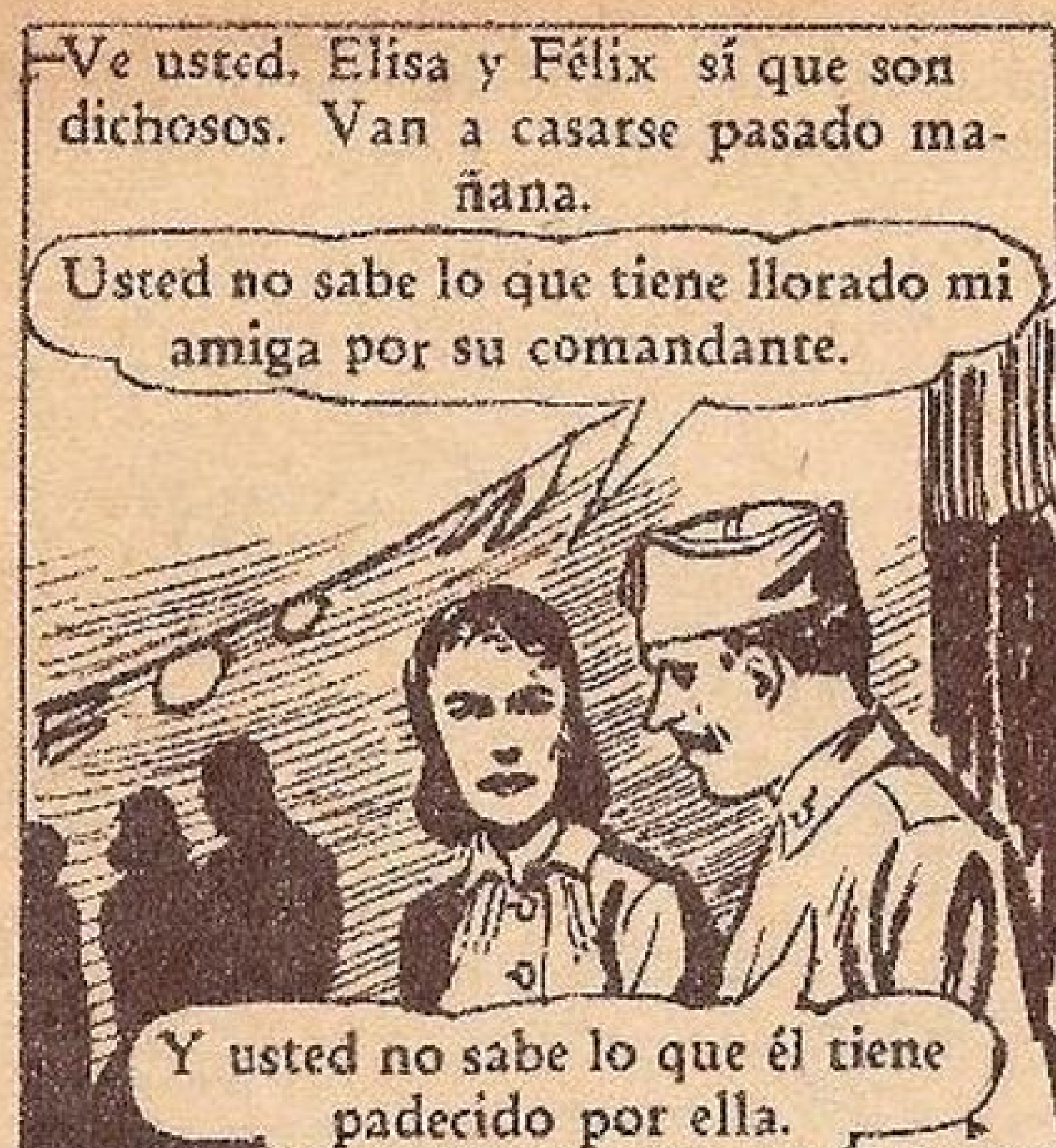


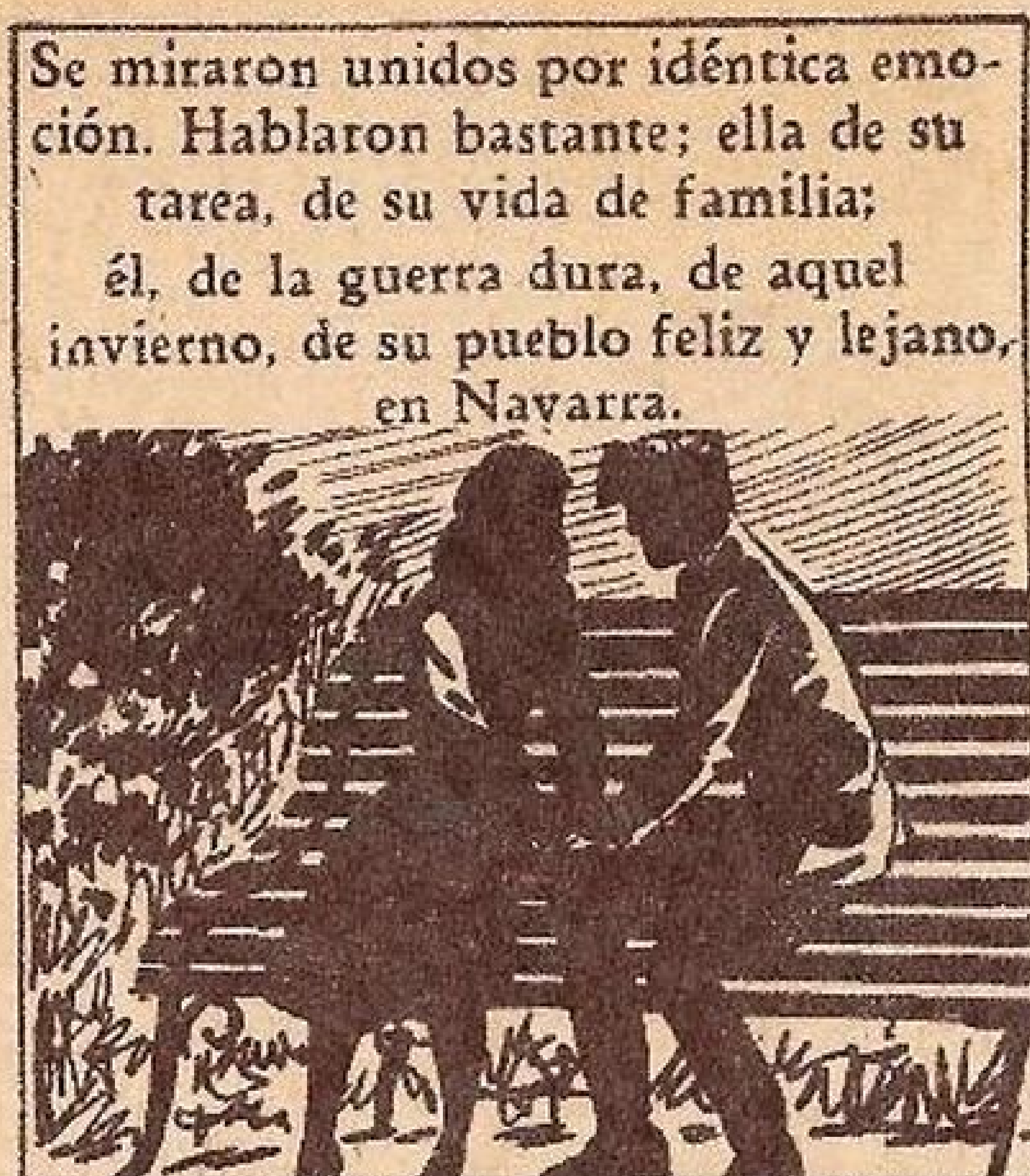
Carlos Rubio miró con pena a la linda muchacha: —Eso es lo que se dice para engañar la esperanza de los que sufren. Pero no se ve el fin a este infierno. Después le habló del flechazo; la había visto al entrar en Gambo.



—Santo cielo, Carlos —murmuró la chica con gracia—; ¿quién cree en eso? —Yo no creía en el amor a primera vista hasta conocerla a usted. Y siento que hace cien años que la quiero, Julia.




—Ve usted. Elisa y Félix sí que son dichosos. Van a casarse pasado mañana.
Usted no sabe lo que tiene llorado mi amiga por su comandante.
Y usted no sabe lo que él tiene padecido por ella.


Se miraron unidos por idéntica emoción. Hablaron bastante; ella de su tarea, de su vida de familia; él, de la guerra dura, de aquel invierno, de su pueblo feliz y lejano, en Navarra.


Ya se tuteaban cuando dieron los doce toques de la medianoche en la torre de la Catedral. Comentaron que la ciudad estaba contenta.


Hasta los viejos habían dejado de rezongar un poco. Y los jóvenes cantaban en las calles marchas militares y coplas de amor.
TENGO UN HERMANO EN EL TERCIO
Y OTRO TENGO EN REGULARES
Y EL HERMANO MÁS PEQUEÑO
PRESO EN ALCALÁ DE HENARES.
Mañana seré testigo de la boda de Félix.


—Y yo por parte de mi amiga Elisa.
—¿Has visto como todo nos une?
Hasta mañana, linda.
Hasta mañana. Madrugo por el Hospital.


La boda fue rápida y sencilla, con misa de esponsales. El coronel estuvo presente y bebió chocolate con la familia y los amigos.
Lástima que no pueda prolongarse el permiso de su marido.


Pero... la guerra es la guerra. Goñi rió al contestar que aquella era la más larga licencia que por razones sentimentales se hubiera concedido en la VII Brigada de Navarra. Después hubo baile.


Carlos Rubio y Julia García se comprometieron en la misma iglesia, a la vera del precioso San Antonio de talla. La miró él gravemente:
—Te querré mientras viva y después....con permiso de Nuestro Señor.—Te afirmo otro tanto, querido.


Rieron felices, colmados de esperanza, aunque resueltos a mantener en secreto su idilio. El comandante Goñi y su esposa salieron en automóvil a pasear, luego de abrazar a deudos y amigos.


Llegaron a Pamplona a la una y media. La ciudad era un gran cuartel macizo y gris. Se oían canciones antiguas. Con espíritu prudente, Félix eligió un restaurante apartado y pidió un almuerzo.
BEJARANA, NO ME LLORES
PORQUE ME VOY A LA GUERRA...


Tomaban el café cuando dos capitanes y un teniente cayeron casi sobre la mesa del comandante, felicitándolo: —Vimos tu coche afuera. —Me he casado, ésta es mi esposa. —Se llevó una especie de Cid, señora.

Y recordaron hazañas, penosas dificultades; Archanda, Santander...



Se despidieron a prisa, muy gentiles. Al rato llegó la camarera con una botella de champaña: —Para los señores, de parte del capitán Lozano.



—Lozano es de mi promoción. Estas amistades resucitan cada vez que te vuelves a ver, como si nunca hubieran muerto.



Regresaron a Gambo a la noche. Había luz y una mesa de fiesta en el comedor. Eufemia y doña Carmen, Rubio y Julia, los recibieron, cantando.



Hubo un brindis por todo. Sobre el cristal y la espuma del champaña se encontraron graves las miradas de Goñi y de su ayudante. En un aparte éste murmuró:




El comandante guiñó a su amigo apretándole la mano. —Haremos que ella lo ignore por lo menos hasta que salga el sol. ¿Qué te parece? Es lo que habíamos pensado con Julia, mi novia formal..., la que tú me elegiste.



Se los oyó reir, y levantaron las copas. La clara voz de Elisa comentaba: —Pues íbamos a casarnos el día de Santiago. No fue posible. Pero no cesé de rogar al Apóstol y... ¡ya somos marido y mujer!



intervalo ALBUM

AÑO XIII Nº 50

una publicación de

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

Editores responsables

Ramón Columba (h.) Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración

Sarmiento 1889 Buenos Aires

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

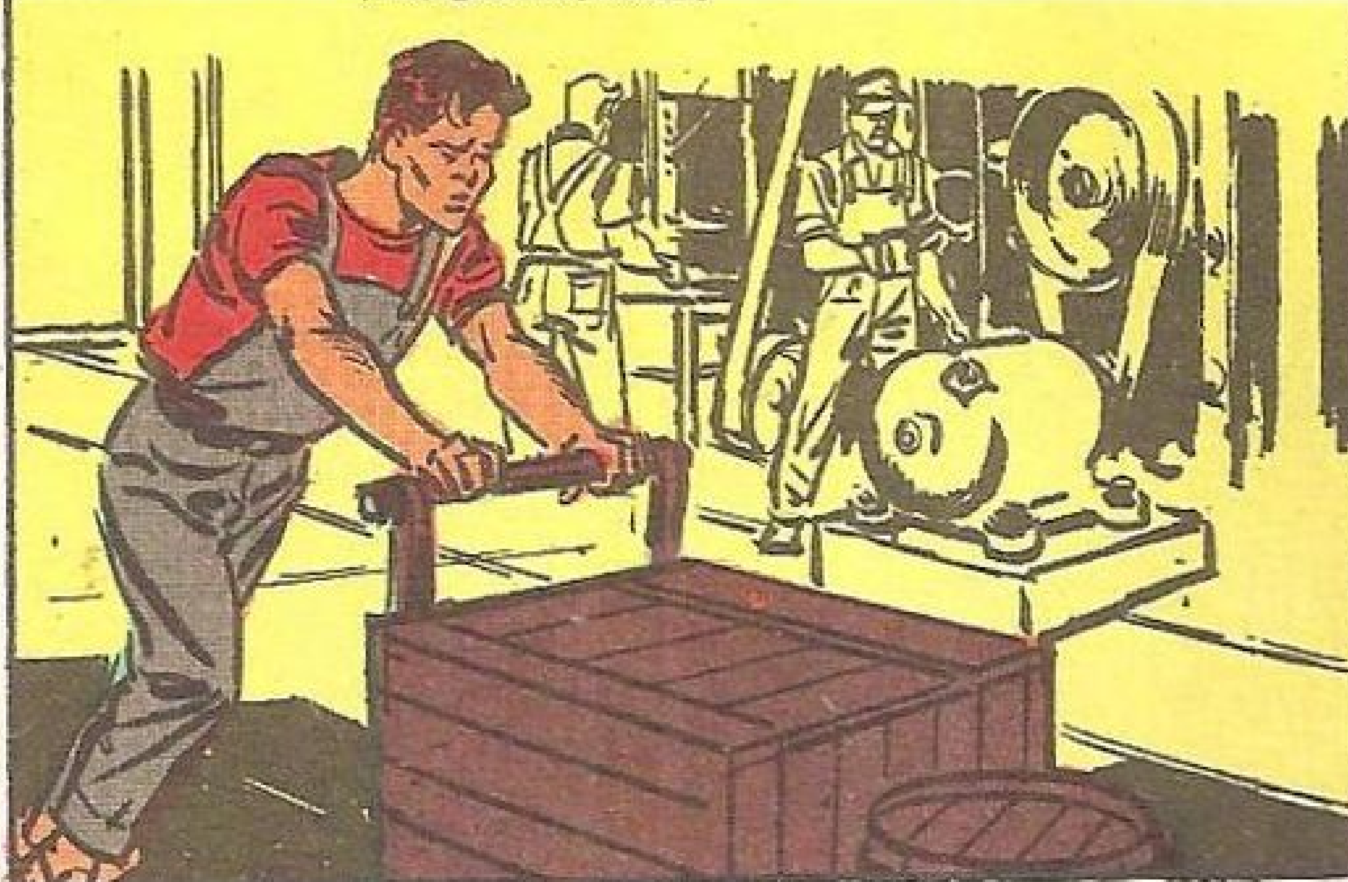
Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional Nº 679.577 de la Propiedad Intelectual	Correo Argentino Central B	Franqueo a Pagar Concesión Nº 372 Tarifa Reducida Concesión Nº 2761

ROSSO S.A.I.C.I. Doblas 955

COMO NACIÓ UN DIBU-JANTE















V3

¡JOVEN! HAGA USTED TAMBIÉN COMO YO. DÉ EL PRIMER PASO Y ENVÍE ESTE CUPÓN **HOY MISMO** A LA ESCUELA PANAMERICANA DE ARTE. **GRATIS** RECIBIRÁ FOLLETOS EN COLORES DEL CURSO DE LOS FAMOSOS ARTISTAS. ¡Y VEA QUÉ ARTISTAS!...

PROFESORADO

Alberto BRECCIA	Daniel HAUPT
Narciso BAYON	Joao MOTTINI
Angel BORISOFF	Hugo PRATT
Carlos FREIXAS	Pablo A. PEREYRA
Luis A. DOMINGUEZ	Carlos ROUME
C. GARAYCOCHEA	Enrique VIEYTES

ESCUELA PANAMERICANA de ARTE
SAN JOSE 715 - Bs. AIRES - ARGENTINA - ESTUDIO D-3

Ruego se sirvan enviarme GRATIS folletos en colores del curso de los FAMOSOS ARTISTAS.

Nombre: ____________
Calle y Nº: ____________
Localidad: ____________
Provincia: ____________
Ocupación: ____________ Edad: ______

ATENCION: CLASES PERSONALES. En Abril comienzan del 2 al 7. **INSCRIBASE**